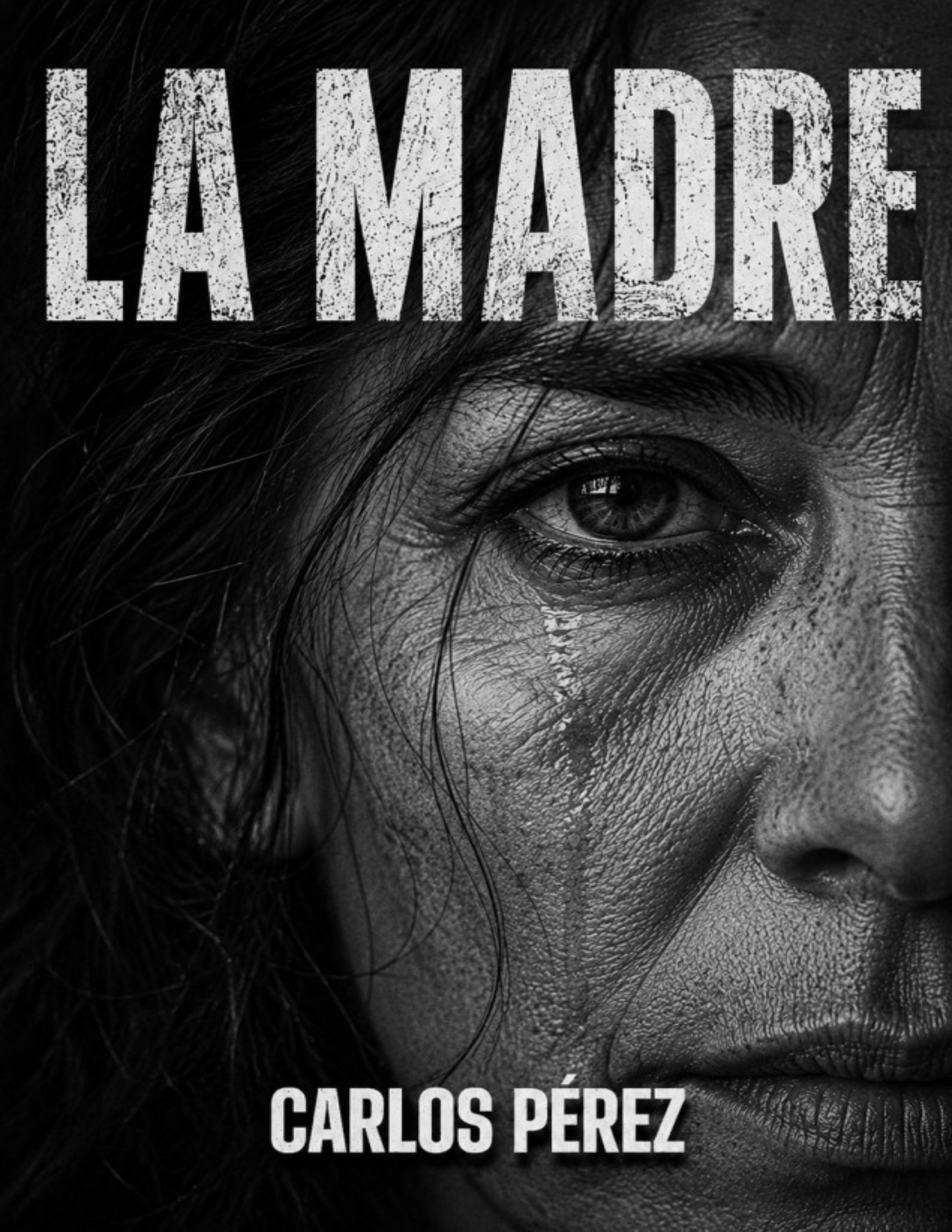
LA MADRE



CARLOS PÉREZ

LA MADRE

Carlos Pérez

© 2026 Carlos Pérez

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio sin permiso previo por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

Índice

Capítulo 1 — VEINTICUATRO AÑOS
Capítulo 2 — VEINTE PÁGINAS
Capítulo 3 — EL CASO OLMEDO
Capítulo 4 — LA CENA
Capítulo 5 — LA LLAMADA DE HUGO
Capítulo 6 — CUARENTA METROS
Capítulo 7 — EL LISTADO
Capítulo 8 — LO QUE SINTIÓ
Capítulo 9 — LA CAJA FUERTE
Capítulo 10 — EL MENSAJE
Capítulo 11 — LA TUMBA
Capítulo 12 — EL CONTACTO
Capítulo 13 — SARA BERMÚDEZ
Capítulo 14 — MARINA
Capítulo 15 — EL CALENDARIO
Capítulo 16 — EL PARALELISMO
Capítulo 17 — EL RECESO
Capítulo 18 — EL PASILLO
Capítulo 19 — LA MISMA PISTA
Capítulo 20 — QUINCE DÍAS
Capítulo 21 — EL SOBRE
Capítulo 22 — SIN HERRAMIENTAS
Capítulo 23 — EL COCHE
Capítulo 24 — LA GUANTERA

Capítulo 25 — LA LLAMADA DE HUGO
Capítulo 26 — «NO SÉ SI PUEDO»
Capítulo 27 — LA MENTIRA
Capítulo 28 — LOS HIJOS DE HUGO
Capítulo 29 — EL PARADERO
Capítulo 30 — LA DECLARACIÓN
Capítulo 31 — LA VERSIÓN
Capítulo 32 — EL PERITO
Capítulo 33 — LA CONFIRMACIÓN
Capítulo 34 — EL DESPACHO DE CASA
Capítulo 35 — EL MÉTODO REPLICADO
Capítulo 36 — LA SOSPECHA SOBRE MARINA
Capítulo 37 — LA CONFRONTACIÓN
Capítulo 38 — LA LLAMADA OCULTA
Capítulo 39 — VEINTICUATRO AÑOS EXACTOS
Capítulo 40 — EL SUELO DEL DESPACHO
Capítulo 41 — LA DIRECCIÓN
Capítulo 42 — EL RECONOCIMIENTO
Capítulo 43 — LA CALLE
Capítulo 44 — LA PIEZA QUE FALTABA
Capítulo 45 — LA LLAMADA DESDE EL COCHE
Capítulo 46 — LO QUE TE HICIERON
Capítulo 47 — EL INSPECTOR ANDRADE
Capítulo 48 — LA LLAMADA RUTINARIA
Capítulo 49 — DOS AMENAZAS
Capítulo 50 — EL CASO SE REABRE
Capítulo 51 — LA CITA

Capítulo 52 — LA FUENTE DEL ÁNGEL CAÍDO
Capítulo 53 — LO QUE QUIERE
Capítulo 54 — EL RECHAZO
Capítulo 55 — LOS AÑOS DE DERECHO
Capítulo 56 — LA PRUEBA QUE ESPEJEA
Capítulo 57 — EL BORRADOR
Capítulo 58 — LA GRIETA
Capítulo 59 — EL DESEO DE CASTIGAR
Capítulo 60 — EL ALEGATO DE LA DEFENSA
Capítulo 61 — LA CASA VACÍA
Capítulo 62 — LA PERIODISTA
Capítulo 63 — EL INFORME CONFIRMADO
Capítulo 64 — LA CITACIÓN FORMAL
Capítulo 65 — LA ENTREVISTA
Capítulo 66 — EL REFUERZO
Capítulo 67 — LA TESTIGO SILENCIOSA
Capítulo 68 — LO QUE REALMENTE PASÓ
Capítulo 69 — LAS LÁGRIMAS DE RUBÉN
Capítulo 70 — LA PEOR REVELACIÓN
Capítulo 71 — EL DOCUMENTO DE VUELTA
Capítulo 72 — LA ÚLTIMA COMPROBACIÓN
Capítulo 73 — CUARENTA Y OCHO HORAS
Capítulo 74 — EL ÚLTIMO ERROR DE HUGO
Capítulo 75 — LA INTERPOSICIÓN
Capítulo 76 — LA MAÑANA DESPUÉS
Capítulo 77 — EL FUEGO
Capítulo 78 — LA LLAMADA A ANDRADE

Capítulo 79 — SIN MARGEN PARA NEGOCIAR
Capítulo 80 — LOS CARGOS SE AMPLÍAN
Capítulo 81 — LA CONVOCATORIA
Capítulo 82 — LA RESPONSABILIDAD DE HUGO
Capítulo 83 — LA DECISIÓN DE FERNANDO
Capítulo 84 — LA ÚLTIMA SESIÓN
Capítulo 85 — LA SENTENCIA
Capítulo 86 — DOS PALABRAS
Capítulo 87 — LA SALIDA
Capítulo 88 — EL REPORTAJE
Capítulo 89 — LA PRIMERA NOCHE
Capítulo 90 — EL ALIVIO Y EL VACÍO
Capítulo 91 — LOS CARGOS FORMALES
Capítulo 92 — LO QUE NO SE DICE DEL TODO
Capítulo 93 — LA NOCHE ANTES
Capítulo 94 — SEGUNDA VISITA
Capítulo 95 — LO QUE VIENE DESPUÉS
Capítulo 96 — EL ASIENTO DEL ACUSADO
Capítulo 97 — LOS LÍMITES DEL SISTEMA
Capítulo 98 — UN DÍA CUALQUIERA
Capítulo 99 — LA CARTA
Capítulo 100 — CAMINAR

CAPÍTULO 1

VEINTICUATRO AÑOS

Centro Penitenciario Madrid VII, Estremera

La puerta no hizo ningún ruido especial al abrirse. Rubén Sotelo había imaginado, durante los primeros años, que sonaría a algo —una campana, un cerrojo pesado cediendo, algo que marcara el peso exacto de lo que estaba terminando. En cambio sonó como cualquier puerta automática de cualquier edificio público: un zumbido breve, un clic, y después nada, como si el sistema que durante veinticuatro años había decidido cada hora de su vida no considerara que este momento mereciera ningún sonido distinto de los demás.

Cruzó el umbral con la bolsa de lona en la mano izquierda. Dentro llevaba todo lo que el Estado consideraba que un hombre necesitaba después de veinticuatro años: una muda de ropa que no era la suya, los documentos de excarcelación en una carpeta de plástico transparente, doscientos euros en billetes nuevos que olían todavía a la máquina que los había impreso esa misma mañana, y una bolsa de papel con sus pertenencias personales, que cabían todas en un espacio más pequeño que el que ocupaba ahora mismo su propia mano.

El sol de las nueve y doce, en octubre, era más débil de lo que recordaba. O quizá sus ojos habían pasado tanto tiempo midiendo la luz en tramos de patio —cuarenta minutos por la mañana, treinta por la tarde, siempre la misma porción de cielo recortada por los mismos muros— que ya no sabían calcularla en espacios abiertos. Parpadeó varias veces, como si el problema fuera mecánico y pudiera resolverse ajustando algo.

Sara estaba apoyada en el coche, al otro lado de la verja, con los brazos cruzados y una expresión que intentaba no parecer expectante y no lo conseguía del todo. Llevaba el mismo abrigo verde oscuro que él recordaba de la última visita, hacía once días, y eso —la repetición de un detalle tan pequeño— le produjo a Rubén

una sensación de continuidad que no esperaba sentir en un día que se suponía que iba a romper con todo lo anterior.

—Pensé que tardarían más con el papeleo —dijo ella, cuando él ya estaba lo bastante cerca para oírla sin gritar.

—Yo también.

No se abrazaron. Llevaban tres años de visitas semanales, los treinta minutos reglamentarios al otro lado de un cristal o, los últimos doce meses, en la sala habilitada para encuentros con asistencia legal donde al menos podían sentarse a la misma mesa, y ninguna de esas visitas había incluido nunca un abrazo. A Rubén le pareció que cambiar el protocolo justo el día en que dejaba de ser necesario sería una especie de mentira, una actuación para un público que no estaba mirando.

Subió al coche. El asiento de cuero olía a algo artificial, a pino o a limón, un ambientador colgado del retrovisor que en la cárcel jamás había llegado a sus pulmones y que ahora le resultaba casi agresivo de puro innecesario, una intensidad sensorial que el cuerpo tardaría días, quizá semanas, en dejar de registrar como información relevante.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sara, con la llave todavía sin girar en el contacto.

Rubén miró por la ventanilla la fachada gris del centro penitenciario, los muros que durante veinticuatro años habían sido la totalidad de su horizonte físico, y sintió algo que no era alivio ni tristeza sino una especie de vértigo administrativo: la sensación de que un expediente que había llevado media vida abierto se cerraba, sin que él hubiera firmado nada, sin que nadie le hubiera preguntado si estaba listo para que se cerrara.

—A tu casa. Solo por hoy. Necesito un sitio donde pensar antes de decidir nada.

—¿Pensar en qué?

Rubén no contestó enseguida. Sacó del bolsillo interior de la bolsa de lona un sobre de papel manila, gastado en los bordes, que había sobrevivido a tres traslados de celda y dos requisas rutinarias sin que ningún funcionario hubiera encontrado motivo para confiscarlo, porque por fuera no era más que un sobre con papeles

dentro, y nadie se toma la molestia de leer veinticuatro años de anotaciones hechas por un hombre al que ya han condenado y al que, por tanto, ya nadie necesita vigilar con atención.

—En esto.

Sara miró el sobre sin tocarlo, como si tocarlo antes de tiempo pudiera adelantar algo que prefería recibir despacio.

—Rubén. Lo que sea que hay ahí dentro, lo que sea que hayas estado guardando todo este tiempo... no puede ser lo único que traigas contigo el primer día.

—No es lo único que traigo.

Giró la cabeza hacia ella, y por primera vez desde que había cruzado la puerta, algo en su cara se movió de una manera que no era ni calma ni rabia, sino las dos cosas sostenidas en el mismo gesto durante demasiado tiempo para que pudieran separarse ya, como dos colores que se han mezclado tanto tiempo en el mismo bote que ya no admiten devolución al estado original.

—También traigo un nombre. Lleva veinticuatro años esperando a que yo salga para hacer algo con él.

Sara arrancó el coche sin preguntar cuál era el nombre. Llevaba el tiempo suficiente conociendo a Rubén Sotelo para saber que, si no lo había dicho todavía, no era porque no confiara en ella, sino porque decirlo en voz alta, por primera vez, fuera de las veinte páginas donde lo había escrito un centenar de veces, iba a convertirlo en algo real de una manera en que escribirlo nunca lo había sido.

Y los dos, sin decirlo, sabían que ese momento iba a llegar antes de que terminara el día.

CAPÍTULO 2

VEINTE PÁGINAS

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Sara se había quedado dormida en el sofá hacia las once, vencida por un día que, sin que ella lo dijera, debía de haber sido casi tan agotador para ella como para él: la espera frente a la verja, la comida torpe en un restaurante que ninguno de los dos consiguió disfrutar del todo, la tarde entera intentando hacer que la conversación sonara normal mientras los dos evitaban, por turnos, la única pregunta que de verdad importaba.

Rubén se quedó despierto, sentado en la única silla de la cocina, con la luz apagada salvo la lámpara pequeña sobre la encimera, y por fin abrió el sobre.

Dentro había veinte páginas, escritas a mano en distintos momentos a lo largo de veinticuatro años, con una letra que había ido cambiando —más nerviosa al principio, casi ilegible en los primeros dos años, más controlada después, casi notarial en las últimas hojas, las que había escrito ya sabiendo exactamente qué palabras importaban y cuáles eran solo ruido— pero que siempre, en algún punto de cada página, volvía a mencionar el mismo nombre.

Irene Salgado.

La fiscal que en su día construyó, pieza a pieza, la acusación que lo mandó a prisión había seguido subiendo. Rubén lo sabía con la precisión de alguien que había dedicado media vida a aprenderlo: jueza de instrucción siete años después del juicio, magistrada de la Audiencia Provincial poco después de eso, y ahora, según el último recorte de periódico que un compañero de módulo le había pasado hacía dos meses, candidata discreta a una vacante en el Tribunal Supremo. Una candidatura que, según el propio artículo, se presentaba como el broche final de «una carrera construida sobre la resolución impecable de casos especialmente sensibles» —y Rubén

había leído esa frase tantas veces que ya no necesitaba el papel para recordarla palabra por palabra.

Veinticuatro años. Ella había construido una carrera entera sobre los cimientos exactos de lo que le hizo a él.

Pasó las páginas despacio, sin prisa, deteniéndose en los márgenes donde años distintos de la misma mano habían añadido anotaciones sobre lo mismo: una fecha que no encajaba con el resto del expediente, una firma que parecía forzada en comparación con las demás firmas del mismo funcionario, un testigo que se había retractado meses después del juicio y al que nadie había vuelto a llamar a declarar porque, para entonces, la sentencia ya era firme y nadie tenía ningún incentivo profesional para reabrir nada.

Veinticuatro años de estudiar Derecho en la biblioteca de la prisión, primero por aburrimiento, después por necesidad, al final por la única razón que de verdad importaba: entender exactamente qué le habían hecho, con qué palabras precisas, en qué artículos concretos del código penal y de la ley de enjuiciamiento criminal, para poder nombrar con exactitud lo que durante el juicio solo había podido sentir como una injusticia sin forma.

Encontró, en la página doce, la frase que había escrito hacía quince años, antes de comprender del todo lo que esos términos significaban aplicados a su propio caso, cuando todavía estudiaba los primeros manuales de procedimiento con la misma desesperación con la que un hombre que se ahoga estudia la forma de las olas: Si algún día salgo, no va a ser para hacerle daño. Va a ser para que entienda, aunque solo sea una vez, lo que se siente cuando el sistema decide en tu contra sin que puedas hacer nada.

Veinticuatro años después, esa frase seguía siendo cierta.

Solo había cambiado una cosa.

Ahora sabía exactamente cómo hacerlo.

Se levantó de la silla y caminó hasta la ventana, despacio, todavía sin acostumbrarse a la libertad de moverse por un espacio sin que ningún horario externo le dijera cuándo debía sentarse de nuevo. Madrid de noche se extendía al otro lado del cristal con una cantidad de luces que su memoria, entrenada durante veinticuatro años en la oscuridad uniforme de un patio cerrado, no conseguía

procesar como algo normal. Cada ventana iluminada representaba una vida que había seguido transcurriendo sin él, miles de decisiones pequeñas tomadas por gente que nunca había tenido que pensar en él ni una sola vez.

Volvió a la mesa y sacó, de un bolsillo distinto de la misma bolsa de lona, una carpeta más fina, casi nueva en comparación con el desgaste del sobre original: los apuntes de Derecho que había compilado durante los últimos ocho años, organizados por materias con la meticulosidad de alguien que sabía que algún día necesitaría consultarlos con rapidez, sin margen para dudas ni para errores de interpretación.

Prevaricación judicial. Falsedad documental. Obstrucción a la justicia. Tres conceptos que durante el juicio habían sido, para él, palabras abstractas pronunciadas por abogados que hablaban un idioma que no le pertenecía. Ahora eran herramientas que conocía con la misma precisión con la que un cirujano conoce el nombre de cada hueso que va a tener que tocar.

Cerró la carpeta, apagó la lámpara de la encimera, y se quedó sentado un rato más en la oscuridad, escuchando la respiración de Sara desde el sofá, pensando que la última vez que había estado despierto de madrugada sin que nadie le dijera cuándo debía dormir había sido hacía veinticuatro años, en una habitación distinta, siendo una persona distinta, antes de que el nombre de Irene Salgado significara nada en absoluto para él.

CAPÍTULO 3

EL CASO OLMEDO

Audiencia Provincial de Madrid, Sala Segunda

A cuarenta kilómetros de allí, sin saber todavía que el hombre al que había ayudado a condenar llevaba veinticuatro horas respirando aire que no controlaba ningún funcionario de prisiones, Irene Salgado entró en la Sala Segunda exactamente a las nueve y media, como hacía cada día de vista desde hacía más de veinte años, con la toga ajustada con el mismo gesto automático con el que otra persona se ajustaría una corbata.

El caso que presidía esa semana tenía un nombre que ya empezaba a sonarle familiar de un modo que no terminaba de gustarle: Cristina Olmedo, cuarenta y un años, acusada de encubrir un delito de su propio hijo —un atropello con resultado de lesiones graves, una persona en el hospital con secuelas que tardarían meses en cuantificarse del todo— alterando el orden de las llamadas que hizo esa noche, contactando primero con un abogado y solo después, con casi cuarenta minutos de diferencia, con los servicios de emergencia.

Irene había leído el sumario completo dos veces antes de la primera sesión, como hacía siempre, y las dos veces había sentido algo que no podía nombrar todavía, una incomodidad de fondo que atribuyó, la primera vez, al cansancio acumulado de una temporada particularmente cargada de trabajo.

—Buenos días —dijo, y la sala se puso en pie con el ruido habitual de sillas y togas que Irene había dejado de escuchar como sonido individual hacía años, fundido ya en un único gesto colectivo que marcaba el inicio de cada jornada.

La fiscalía abrió la sesión con la lectura de los hechos probados hasta el momento, y fue entonces, escuchando la cronología exacta de aquella noche —la llamada al abogado a las 23.14, la llamada a

emergencias a las 23.52— cuando Irene notó que su propio bolígrafo, sobre el atril, había dejado de moverse sobre el papel.

Treinta y ocho minutos. Esa era la distancia exacta entre el instinto de proteger y la obligación de ayudar, y Cristina Olmedo la había llenado con una llamada a un despacho de abogados antes que con una ambulancia, mientras un hombre de cincuenta y tres años sangraba en el asfalto de una calle secundaria con una fractura de cráneo que los médicos calificarían después de «potencialmente letal sin atención inmediata».

Irene había presidido decenas de casos parecidos en sus veinte años como magistrada, casos donde la línea entre el instinto familiar y la responsabilidad legal se difuminaba hasta volverse casi invisible, y siempre había conseguido mantener la distancia profesional necesaria para juzgarlos con la objetividad que el cargo exigía. Esta vez, por alguna razón que todavía no se permitía nombrar del todo, la distancia no llegaba.

Durante el receso de media mañana, una nota llegó a su despacho de la mano de Sonia, la auxiliar de sala, doblada en cuatro y con un membrete del registro central que Irene reconoció antes de desplegarla del todo.

—Una solicitud de acceso a archivo histórico, señoría. Llegó esta mañana, pero como no es de este caso pensé que podría esperar a que tuviera un hueco.

Irene desplegó la nota sin que ningún músculo de su cara se moviera de un modo que pudiera delatarla delante de Sonia. La solicitud pedía el expediente completo de un caso resuelto en los años noventa, identificado solo por su número de registro, sin nombre del solicitante, tramitada a través de un formulario genérico de transparencia que cualquier ciudadano podía rellenar sin necesidad de justificar el motivo.

No reconoció el número de registro al instante. Pero algo en la combinación de cifras —el año, el mes, el código del juzgado de origen— le produjo una sensación física concreta, un peso descendiendo por la garganta, antes incluso de que su memoria terminara de procesar de qué expediente se trataba exactamente.

—¿Algo importante, señoría?

—No —dijo Irene, doblando la nota otra vez en cuatro pliegues idénticos a los originales—. Trámite administrativo. Nada que no pueda esperar.

Pero cuando Sonia salió del despacho, Irene se quedó mirando la nota un minuto entero antes de guardarla en el cajón cerrado con llave donde guardaba lo poco que en veinte años de carrera había decidido que merecía ese nivel de discreción.

El número de registro era el suyo. El caso de hacía veinticuatro años, el único que en toda su carrera nunca había vuelto a mirar directamente, ni siquiera en los momentos en que algún periodista, hace años, había intentado preguntarle por su trayectoria completa como fiscal antes de la judicatura.

Pasó el resto de la mañana presidiendo la sesión con una concentración que, desde fuera, nadie habría podido distinguir de cualquier otro día, y solo ella sabía cuánto esfuerzo le costaba mantener esa apariencia mientras una parte de su cabeza repasaba, sin descanso, la lista de personas que podrían haber rellenado esa solicitud, y por qué motivo, después de veinticuatro años, alguien decidía precisamente ahora que merecía la pena volver a mirar.

CAPÍTULO 4

LA CENA

Domicilio de Irene Salgado y Fernando Aguirre, Madrid

Fernando había preparado merluza con almejas, la receta que hacía siempre los martes desde que se jubiló de la notaría hacía cuatro años y descubrió, para sorpresa de los dos, que cocinar le devolvía una sensación de control sobre el tiempo que la jubilación de otro modo le había quitado. La mesa estaba puesta con el mismo cuidado de siempre, los manteles individuales que habían comprado en un viaje a Lisboa hacía más de una década, las copas que solo usaban entre semana porque las buenas, decía Fernando con media sonrisa, había que reservarlas para cuando hubiera algo que celebrar.

—¿Cómo ha ido el caso Olmedo? —preguntó, sirviendo el vino con la atención meticulosa de alguien que ha pasado treinta años redactando documentos donde cada palabra de más podía ser un problema legal para otra persona.

—Denso. —Irene no levantó la vista del plato—. Es de esos casos donde todo el mundo en la sala sabe lo que pasó la noche de los hechos, pero la ley exige que lo demostremos como si no lo supiéramos.

—¿Y tú lo sabes? Lo que pasó esa noche.

—Creo que sí. —Hizo una pausa que a ella misma le pareció más larga de lo necesario—. Una madre decidió, en menos de un minuto, proteger a su hijo antes que ayudar a la persona a la que su hijo había herido. No es una decisión que requiera mucha sofisticación moral para entenderla. Es casi instintiva.

Fernando la miró con la expresión particular que solo aparecía después de treinta años de matrimonio, la de alguien que ha aprendido a detectar cuándo una frase dicha sobre el trabajo de su mujer en realidad está hablando de otra cosa, aunque todavía no supiera identificar cuál.

—Hablando de carrera —dijo él, cambiando solo lo suficiente de tema para que la transición no resultara brusca—, ¿hay novedades de la entrevista del Supremo?

—La semana que viene. Tres días, según me han confirmado esta tarde.

—Es lo que siempre has querido.

—Es lo último que voy a tener oportunidad de querer en esta profesión. —Irene levantó por fin la vista—. A los setenta me jubilan, lo sepa o no el tribunal que decida. Si no es ahora, ya no hay otra vez.

—Llevas treinta años esperando esto. —Fernando sirvió un poco más de vino en su copa, sin que ella se lo hubiera pedido—. Desde que te conocí ya hablabas de llegar al Supremo algún día, aunque entonces sonara a algo casi imposible para alguien que todavía estaba empezando.

—Entonces todo sonaba más sencillo. Construir una carrera, llegar lejos. Nadie te explica lo que cuesta de verdad, ni todo lo que tienes que ir dejando por el camino para conseguirlo.

Fernando asintió, y durante un momento los dos comieron en silencio, el silencio cómodo de dos personas que llevan tres décadas sabiendo cuándo una conversación necesita una pausa y cuándo necesita continuar.

—¿Alguna vez —dijo él, finalmente, con el tono de alguien que hace una pregunta retórica sin esperar mucho de la respuesta— tuviste dudas sobre algún caso? De los antiguos, de cuando eras fiscal. No me refiero a dudas sobre la ley. Me refiero a dudas sobre si hiciste lo correcto.

Irene se quedó con el tenedor a medio camino del plato.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en concreto. —Fernando se sirvió más vino, sin mirarla—. Es solo que lleváis treinta años de trabajo encima, los fiscales y los jueces, decidiendo cosas que afectan a vidas enteras con la información que tenéis en ese momento, que nunca es toda la información que existe. Me preguntaba si alguna vez piensas en eso. En lo que no sabías entonces y quizá sabes ahora.

—Todos los fiscales tienen casos así —dijo Irene, y se sorprendió de la facilidad con la que la frase le salió, entrenada durante veinticuatro años de respuestas preparadas para preguntas que nunca llegaban formuladas con tanta precisión como esta—. Es parte del oficio. Aprendes a vivir con la incertidumbre, o cambias de profesión.

—¿Y tú con cuál te quedaste?

—Con la incertidumbre, evidentemente. —Sonrió, y la sonrisa fue casi perfecta—. Llevo treinta años contigo. Ya sabes que se me da bien convivir con cosas que no puedo resolver del todo.

Fernando se rió, y el momento pasó, y los dos siguieron cenando, hablando después de cosas más ligeras —el viaje que llevaban meses posponiendo, la boda de la hija de unos vecinos, si merecía la pena cambiar el coche antes de que terminara el año— y solo Irene, mucho después, tendida en la cama sin poder dormir, entendería que su marido nunca había hecho antes esa pregunta con esas palabras exactas, y que la coincidencia entre esa pregunta y el día que había tenido era, probablemente, demasiado precisa para ser casual.

CAPÍTULO 5

LA LLAMADA DE HUGO

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

El teléfono sonó cuando Irene ya estaba en la cama, con la luz de la mesilla todavía encendida y un libro que llevaba tres semanas sin avanzar más allá de la página cuarenta. Vio el nombre de Hugo en la pantalla y sintió, antes de contestar, esa mezcla concreta de afecto y fatiga que solo sus llamadas le producían, una combinación que ningún otro número en su agenda conseguía replicar con tanta exactitud.

—Hola, mamá.

—Hugo. Es tarde. ¿Va todo bien?

—Sí, sí, todo bien. —Una pausa que a Irene, con veinticuatro años de experiencia interrogando a personas que mentían sobre cosas mucho más graves, le bastó para identificar exactamente lo que era: el preámbulo necesario antes de pedir algo—. Es solo que ha surgido un problema con la financiación del proyecto de Las Tablas. El banco se ha echado atrás en el último momento y necesitamos cubrir un hueco de liquidez hasta que entre el siguiente pago del cliente.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Quince mil. Te lo devolvería en dos meses, en cuanto se cierre el segundo plazo del contrato.

Irene cerró los ojos un momento, no por la cifra —que podía permitirse sin ningún esfuerzo real— sino por el patrón completo, la repetición de algo que llevaba sucediendo, con variaciones menores, desde que Hugo tenía veintitrés años y montó su primer estudio con un socio que resultó ser menos solvente de lo que prometía: un problema que aparecía siempre en el último momento, una cifra que siempre era manejable pero nunca pequeña, y la promesa de devolución que, en quince años, solo se había cumplido del todo en dos ocasiones.

No era que Hugo fuera incapaz. Sus diseños eran buenos, sus clientes hablaban bien de él, y el estudio llevaba más de una década funcionando con una reputación que cualquier arquitecto de su generación habría envidiado. Era, más bien, una incapacidad concreta y muy específica para anticipar las consecuencias de sus propias decisiones hasta que esas consecuencias ya estaban encima, golpeando la puerta con la urgencia de lo que no se ha previsto a tiempo. Irene se preguntaba, a veces, si aquello tenía algo que ver con la manera en que ella misma lo había educado: protegiéndolo siempre de las consecuencias más duras, asegurándose de que cada error tuviera una salida razonable, hasta el punto de que Hugo, quizá, nunca había llegado a aprender del todo lo que costaba afrontar un problema sin que alguien viniera detrás a resolverlo.

—Te lo transfiero mañana.

—Gracias, mamá. En serio. Te prometo que esta vez...

—No hace falta que prometas nada, Hugo. Solo dime si va todo bien. De verdad bien, no solo el dinero.

Hubo un silencio al otro lado, y por un instante Irene pensó que quizá esta vez su hijo iba a decirle algo distinto de lo habitual, algo que no fuera la versión editada y tranquilizadora que siempre le ofrecía. Pero cuando Hugo volvió a hablar, su voz tenía el tono ligero de quien cambia de tema con la práctica de muchos años.

—Todo bien. En serio. Oye, por cierto, ¿has visto las noticias esta semana? Hay un reportaje sobre revisión de casos antiguos, de los noventa, con técnicas forenses nuevas. Lo comentaban en la radio del coche. Curioso, ¿no? Después de tanto tiempo.

Irene sintió que algo en su pecho se contraía con una rapidez que no tuvo tiempo de disimular antes de contestar.

—No lo he visto. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, solo me pareció curioso. Bueno, te dejo, que es tarde. Gracias otra vez por lo del dinero. Te quiero, mamá.

—Yo también, Hugo. Buenas noches.

Colgó, y se quedó mirando el techo durante un minuto entero, repasando la conversación palabra por palabra, intentando decidir si la mención de las noticias había sido exactamente la casualidad despreocupada que su tono sugería, o si Hugo, a su manera evasiva

y siempre incompleta, estaba intentando decirle algo que no se atrevía a decir directamente.

Apagó la luz sin haber llegado a ninguna conclusión, y se quedó despierta mucho más tiempo del que habría admitido ante nadie, escuchando la respiración tranquila de Fernando a su lado, preguntándose por primera vez en años qué sabía exactamente su hijo, y desde cuándo lo sabía sin habérselo dicho nunca.

CAPÍTULO 6

CUARENTA METROS

Calle Génova, Madrid

Rubén llevaba dos horas sentado en la terraza acristalada de una cafetería frente al edificio de los juzgados, con un café que se había quedado frío hacía media hora y un periódico abierto en una página que no había leído, cuando la vio salir.

Había elegido esa cafetería con el mismo cuidado metódico con el que había hecho todo lo demás en las últimas semanas: la mesa junto al cristal le daba visión directa de la puerta principal del edificio sin que él resultara visible desde dentro, y el camarero, después de la primera visita, ya no le prestaba ninguna atención especial a un hombre solo que pedía un café y se quedaba leyendo durante horas. Había estado allí tres días distintos, en franjas horarias diferentes, anotando mentalmente los patrones de entrada y salida del personal del juzgado, sin saber todavía en qué momento concreto aparecería ella, hasta que finalmente, ese martes por la tarde, sucedió.

La reconoció antes de procesar conscientemente que la había reconocido, con esa parte del cerebro que registra los rostros importantes mucho más rápido que la parte que los nombra: el mismo corte de pelo que en las fotografías de prensa que Sara le había enseñado, aunque ahora gris en lugar del castaño oscuro que recordaba del juicio; la misma manera de caminar, derecha, sin prisa, con la seguridad física de alguien que lleva décadas ocupando espacios donde nadie cuestiona su autoridad.

Irene Salgado cruzó la acera a cuarenta metros de donde él estaba sentado, hablando por teléfono, sin mirar en ninguna dirección que no fuera la del coche que la esperaba con el motor en marcha.

Rubén no se movió.

No se levantó, no apartó la vista, no hizo ningún gesto que pudiera, en el caso improbable de que ella mirara hacia la cafetería, llamar su atención. Se quedó exactamente donde estaba, con las dos manos planas sobre la mesa, observando a la mujer que durante veinticuatro años había existido en su cabeza únicamente como una combinación de fotografías de juicio, recortes de prensa y la letra cada vez más precisa de sus propias anotaciones, convertirse, en el espacio de los pocos segundos que tardó en cruzar la acera, en una persona real, de carne, con arrugas concretas alrededor de los ojos y un abrigo de un color que él jamás habría podido adivinar desde una fotografía en blanco y negro de un periódico de hace dos décadas.

Era mayor de lo que la imaginaba. Y al mismo tiempo, exactamente igual de segura de sí misma que en cada fotografía del juicio que Rubén había estudiado durante años, esa seguridad que en su momento la prensa había descrito como «firmeza profesional» y que él, sentado en el banquillo, había experimentado simplemente como la certeza absoluta de que nada de lo que él dijera iba a cambiar el resultado de nada.

Ella subió al coche. El coche arrancó. Y solo cuando ya había desaparecido por la esquina de la calle, Rubén se permitió soltar el aire que, sin darse cuenta, había estado conteniendo.

No había sentido lo que esperaba sentir.

No había sentido rabia, ni el impulso físico de levantarse y cruzar la calle, ni siquiera la satisfacción anticipada de haberla visto sin que ella lo supiera. Había sentido algo mucho más simple y mucho más inquietante: la confirmación absoluta, en el cuerpo y no solo en la cabeza, de que esa mujer existía, vivía su vida, cenaba con su marido y se preocupaba por su hijo exactamente igual que cualquier otra persona, mientras él había pasado veinticuatro años aprendiendo a sobrevivir dentro de un espacio de nueve metros cuadrados.

Pagó el café y salió a la calle, caminando en la dirección opuesta a la que había tomado el coche de Irene, y solo cuando estuvo a varias manzanas de distancia se permitió pensar, con la claridad fría que llevaba meses cultivando, que aquello que había sentido —esa

confirmación física, esa certeza corporal de que ella era real— era exactamente lo que necesitaba para hacer lo que venía después.

Sacó el teléfono y le escribió un mensaje a Sara: La he visto. Estoy listo.

CAPÍTULO 7

EL LISTADO

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

Irene llegó al despacho antes de las ocho, como hacía siempre los miércoles, cuando la sesión del caso Olmedo no empezaba hasta las diez y el silencio temprano del edificio le permitía trabajar sin las interrupciones habituales del resto de la jornada.

No había planeado hacer lo que hizo a continuación. O quizá sí lo había planeado, en algún nivel que no se permitía reconocer del todo, desde la noche anterior, cuando la pregunta de Fernando sobre las dudas y la mención casual de Hugo sobre las noticias se habían combinado en su cabeza hasta producir una inquietud que ya no podía seguir ignorando.

Abrió el ordenador y entró, usando credenciales que tenía autorizadas para consultas administrativas rutinarias, en el sistema de gestión de Instituciones Penitenciarias. No era un acceso irregular —cualquier magistrado con causas activas relacionadas podía consultar el estado de internos concretos— pero la búsqueda que estaba a punto de hacer no tenía ninguna relación con ninguna causa que ella tuviera activa en ese momento, y eso, técnicamente, sí lo convertía en algo que prefería no tener que explicar si alguien le preguntaba por qué lo había hecho. Cualquier consulta quedaba registrada con su número de usuario y la hora exacta, un detalle que normalmente no le habría importado en absoluto y que ahora, mientras tecleaba, le pesaba con una intensidad desproporcionada.

Escribió el nombre.

Rubén Sotelo Marchena.

El registro apareció en pantalla con la frialdad administrativa habitual de cualquier base de datos del Estado: fecha de ingreso, número de expediente, centro de cumplimiento, y al final, en el campo que Irene llevaba treinta segundos evitando mirar directamente, la fecha de excarcelación.

Cuarenta y ocho horas. Llevaba dos días en libertad.

Dos días en los que ella había seguido yendo al trabajo, cenando con Fernando, hablando por teléfono con Hugo, presidiendo el caso Olmedo con la concentración profesional de siempre, sin saber que en algún lugar de Madrid, quizá a pocos kilómetros de su propia casa, el hombre al que había enviado a prisión hacía veinticuatro años llevaba ya dos días caminando libremente por las mismas calles que ella.

Cerró los ojos un momento, intentando procesar la magnitud concreta de lo que esa cifra significaba: no un hipotético futuro en el que algún día Rubén Sotelo terminaría su condena, sino un presente ya en marcha, un reloj que llevaba corriendo cuarenta y ocho horas sin que ella lo supiera.

Volvió a abrir los ojos y siguió leyendo, porque ya había cruzado la línea que separaba la curiosidad de la investigación activa, y no tenía sentido detenerse a medio camino.

El campo de «observaciones» del expediente incluía una nota breve, escrita por algún funcionario de la administración penitenciaria con la sequedad habitual de ese tipo de documentos: El interno rechazó en tres ocasiones distintas (2009, 2014, 2019) la posibilidad de acceder a programas de reducción de condena por buena conducta, alegando en todas ellas que dichos programas exigían un reconocimiento de los hechos que el interno se negó sistemáticamente a realizar.

Irene leyó la frase dos veces.

Un hombre culpable, pensó, habría firmado cualquier papel que le ofrecieran a cambio de salir antes. La reducción de condena por reinserción no exigía proclamar inocencia ni demostrar nada ante ningún tribunal: exigía únicamente las palabras adecuadas en el informe adecuado, un gesto de arrepentimiento que cualquier abogado de oficio mínimamente competente sabe enseñar a fingir. Un hombre culpable no rechaza tres oportunidades de reducir su condena por una cuestión de principios que, en la práctica, solo le costaron años de su vida que ya nunca iba a recuperar.

Cerró la sesión del sistema con un gesto brusco, casi como si pudiera deshacer lo que había leído cerrándolo lo bastante rápido, y

se quedó mirando la pantalla en negro durante un tiempo que no se permitió medir, mientras una palabra que llevaba veinticuatro años evitando pensar directamente sobre aquel caso empezaba a formarse en algún rincón de su cabeza al que ya no conseguía bloquearle el acceso.

Llamaron a la puerta. Era Sonia, otra vez, con la toga de Irene recién planchada sobre el brazo, recordándole que la sesión retomaba en quince minutos. Irene se levantó, se puso la toga con el mismo gesto automático de siempre, y caminó hacia la Sala Segunda con la espalda recta y el paso firme que veinte años de carrera judicial le habían enseñado a mantener incluso cuando, por dentro, todo lo demás empezaba a temblar.

CAPÍTULO 8

LO QUE SINTIÓ

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

—La vi —dijo Rubén, sin preámbulo, en cuanto Sara cerró la puerta del apartamento, todavía con el abrigo puesto, cargada con bolsas de la compra que dejó caer sobre la encimera sin terminar de procesar lo que él acababa de decir.

—¿Cuándo?

—Ayer. Frente a los juzgados. Estuve dos horas esperando, sin saber siquiera si iba a tener ocasión de verla, y al final salió. Cuarenta metros, quizá menos.

Sara se quitó el abrigo despacio, dándose el tiempo necesario para pensar antes de hacer la pregunta que de verdad le importaba.

—¿Te acercaste?

—No. Me quedé sentado. No quería que me viera todavía, no así, no sin haber decidido qué iba a decir cuando llegara el momento de que ella supiera que yo estoy aquí.

—¿Y qué sentiste? —Sara se sentó frente a él, en la silla que durante años había sido el lugar desde donde le hacía a Rubén las preguntas más difíciles, primero como su abogada y después, sin que ninguno de los dos lo nombrara nunca con esa palabra exacta, como algo parecido a una amiga, quizá la única persona en el mundo que conocía la versión completa de lo que le había pasado.

Rubén tardó en responder. Se quedó mirando un punto indefinido sobre la mesa, como si la respuesta estuviera ahí, escrita en algún lugar que necesitaba localizar antes de poder leerla en voz alta.

—Pensé que iba a sentir rabia. Llevo años imaginando este momento, el momento en que por fin la viera en persona, y siempre lo imaginé como algo violento, algo que necesitaría toda mi disciplina para contener.

—¿Y no fue así?

—No. —Negó con la cabeza, despacio—. Lo que sentí fue mucho más extraño. Fue como... como ver confirmado, físicamente, algo que durante veinticuatro años solo había existido como una idea. Ella es real, Sara. No es solo un nombre en veinte páginas de un cuaderno. Es una mujer que tiene un abrigo concreto, una manera concreta de caminar, una vida entera que ha seguido sucediendo todos estos años mientras la mía se detenía por completo.

—Eso tiene que doler más que la rabia.

—Duele de un modo distinto. La rabia, al menos, te da algo que hacer con las manos. Esto... esto es solo la certeza de que el tiempo que perdí no va a volver, da igual lo que yo haga ahora. Verla viva, cenando con su marido, preocupándose por su hijo, no me devuelve ni un solo día.

Sara lo dejó hablar, sin interrumpir, observando algo en su expresión que la inquietaba más que cualquiera de las palabras que estaba diciendo: una calma que no era exactamente paz, sino más bien la calma específica de alguien que acaba de confirmar que la decisión que ya había tomado, semanas o meses atrás, sigue siendo la correcta.

—Rubén. —Esperó hasta que él la miró directamente—. Sea lo que sea que estás planeando, sea lo que sea que hay en esas veinte páginas que no me has dejado leer del todo, quiero que sepas que puedes parar en cualquier momento. Nadie te va a juzgar por elegir no hacer nada.

—Lo sé.

—Pero no vas a parar.

No fue exactamente una pregunta, y Rubén no la trató como tal. Clavó la vista en las bolsas de la compra todavía sin abrir sobre la encimera, el detalle más doméstico y más absurdo posible para enmarcar la conversación que estaban teniendo, y cuando por fin contestó, su voz tenía la misma calma notarial de las últimas páginas de su cuaderno.

—No. No voy a parar. Pero te prometo algo, Sara: lo que sea que haga, va a ser preciso. Limpio. Nada de lo que tenga que avergonzarme después.

Sara no le preguntó qué significaba exactamente esa promesa, en parte porque sospechaba que ni siquiera Rubén lo sabía todavía con precisión, y en parte porque temía que, si insistía demasiado, él dejara de contarle las cosas antes de hacerlas.

Se quedó un rato más sentada frente a él, observando cómo Rubén guardaba las bolsas de la compra en los armarios con la misma meticulosidad con la que organizaba todo lo demás —las latas por categorías, las verduras en el cajón de abajo, el pan en la panera aunque solo fueran a comerlo al día siguiente— y pensó que aquella precisión doméstica, tan inofensiva en apariencia, era exactamente la misma cualidad que lo había convertido, dentro de la prisión, en alguien capaz de construir veinte páginas de anotaciones legales sin un solo error de fecha en veinticuatro años.

—¿Vas a contarme el plan completo en algún momento? —preguntó, finalmente, cuando él ya había cerrado el último armario.

—Cuando esté listo para ejecutarlo. No antes.

—¿Por qué no antes?

Rubén se quedó callado un momento, secándose las manos en un trapo de cocina, y cuando habló, su voz tenía una honestidad que a Sara le resultó más inquietante que cualquier evasiva.

—Porque si te lo cuento ahora, todavía a tiempo de cambiarlo, vas a intentar convencerme de no hacerlo. Y todavía no estoy seguro de tener argumentos suficientes para resistirme a eso.

CAPÍTULO 9

LA CAJA FUERTE

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

A las dos de la madrugada, Irene seguía despierta, mirando el techo con la misma fijeza inútil con la que lo había mirado desde las once, mientras a su lado Fernando dormía con la respiración regular de alguien que no tiene ningún motivo concreto para no dormir.

Se levantó sin encender la luz, con el cuidado silencioso de treinta años de no despertar a la persona con la que compartía la cama, y bajó al despacho de la planta baja, la habitación donde guardaba los documentos de la casa, las escrituras, los seguros, y al fondo del armario, detrás de una balda de libros de derecho que nadie más en la familia tenía ningún interés en consultar, la caja fuerte pequeña que llevaba allí desde que se mudaron a esa casa, hacía dieciocho años.

No sabía exactamente qué esperaba encontrar. La caja contenía lo que siempre había contenido: las joyas de su madre, un fajo de dinero en efectivo para emergencias, los documentos originales de la hipoteca ya pagada, y en una carpeta aparte, doblada con un cuidado que contrastaba con el desorden general del resto del contenido, un puñado de papeles de su época como fiscal que en algún momento de los años noventa había decidido que merecían un nivel de protección distinto del resto de sus archivos profesionales.

La abrió. Todo estaba donde debía estar.

Pasó los dedos por encima de la carpeta sin abrirla del todo, sin necesidad de comprobar el contenido exacto porque lo conocía de memoria, cada folio, cada anotación, cada decisión que había tomado durante las cuarenta y ocho horas más determinantes de toda su carrera y de toda su vida como madre.

Había manipulado dos firmas. Había redirigido la atención de un investigador hacia una línea de sospecha que sabía, con la certeza absoluta de quien controla la información desde dentro, que iba a

resultar mucho más sólida en juicio que cualquier alternativa que implicara a su propio hijo. Había hecho desaparecer, de los informes que ella misma redactó, una referencia horaria que habría situado a Hugo en un lugar distinto al que terminó constando en el sumario oficial.

Y había funcionado. Durante veinticuatro años, había funcionado exactamente como ella había calculado que funcionaría.

Recordaba con una claridad que la sorprendía, incluso ahora, los días exactos en que tomó cada una de aquellas decisiones: la noche en que Hugo llegó a casa temblando, incapaz de formar una frase completa; la madrugada en que ella, todavía con la bata puesta, redactó mentalmente un plan completo antes incluso de que amaneciera; la mañana en que entró en su despacho de fiscal con la determinación fría de alguien que ha decidido que no hay margen para el error, porque el error, en este caso, no se mediría en meses de cárcel sino en la destrucción completa de la vida de su hijo de diecisiete años.

En su momento, cada decisión le había parecido necesaria, casi inevitable, la única opción disponible para una madre con los recursos y el conocimiento del sistema que ella tenía. Nunca se había permitido, en veinticuatro años, examinar esas decisiones desde fuera del marco que las justificaba, hasta esta noche, sentada en el suelo de su propio despacho a las dos de la madrugada, con la caja fuerte todavía abierta y el peso completo de lo que había hecho cayendo sobre ella sin la protección habitual de la distancia profesional.

Cerró la caja fuerte, giró la rueda de combinación hasta que el mecanismo encajó con el sonido metálico y satisfactorio de siempre, y se quedó sentada en el suelo del despacho, con la espalda contra el armario, durante un tiempo que no se permitió medir.

No estaba pensando en si la descubrirían. Llevaba todo el día pensando en eso, desde que vio la fecha de excarcelación de Rubén Sotelo en la pantalla del ordenador, y la pregunta ya empezaba a resultarle agotadora de puro repetitiva.

Estaba pensando, por primera vez en veinticuatro años con una nitidez que no conseguía bloquear ni con todo el entrenamiento

profesional de toda una vida dedicada a separar los hechos de las emociones, en la cara de un chico de diecinueve años al que nunca había llegado a ver en persona fuera de la sala de juicio, escuchando una sentencia que ella misma había contribuido, con un cuidado meticuloso y profesional, a construir.

Subió de nuevo a la habitación, se metió en la cama junto a Fernando, y dejó la vista fija en el techo otra vez, sabiendo ya que esa noche, como las anteriores desde que todo esto había empezado, no iba a dormir nada.

CAPÍTULO 10

EL MENSAJE

Estudio de arquitectura de Hugo Salgado, Madrid

Hugo cerró la puerta de su despacho a las siete menos cuarto, después de que el último de sus dos socios saliera por fin del estudio, y se quedó solo entre las maquetas a medio terminar y los planos extendidos sobre la mesa de luz, en la calma específica que solo conseguía después de un día entero rodeado de gente.

Su vida, vista desde fuera, era exactamente lo que cualquiera habría esperado de alguien con su apellido, su educación y sus contactos: un estudio de arquitectura con encargos suficientes para mantener a seis empleados, un matrimonio de dieciséis años con Patricia que funcionaba, en general, mejor que el de la mayoría de las parejas que conocían, y dos hijos adolescentes —Mateo, de quince años, y Clara, de trece— que ocupaban la mayor parte del espacio mental que a Hugo le quedaba libre después del trabajo.

De Marta Lago no pensaba casi nunca. No por una represión consciente, no por un esfuerzo activo de no recordar, sino porque a lo largo de veinticuatro años había conseguido construir, capa sobre capa, una versión de su propia historia en la que aquella noche ocupaba un espacio cada vez más pequeño, cada vez más borroso, hasta convertirse en algo que recordaba casi como si le hubiera pasado a otra persona, a un chico de diecisiete años que apenas reconocía ya como una versión anterior de sí mismo.

El teléfono vibró sobre la mesa.

Era un mensaje de Diego Ferrán, un nombre que Hugo no había visto en su pantalla en, calculó rápidamente, al menos quince años, desde la última vez que se cruzaron en la boda de algún conocido común y mantuvieron la conversación incómoda y breve de dos personas que comparten un pasado que ninguna de las dos quiere mencionar.

Hugo. Llevo días sin decidirme a escribirte esto pero creo que deberías saberlo antes de que te enteres por otro lado. Rubén Sotelo salió de la cárcel. Lo vi mencionado en un grupo de antiguos del instituto. No sé si esto te afecta en algo después de tanto tiempo pero me pareció que era información que merecías tener.

Hugo leyó el mensaje tres veces, de pie junto a la mesa de luz, sintiendo cómo la calma de los últimos minutos se desmoronaba con una rapidez que su cuerpo registró antes de que su mente terminara de procesar las implicaciones completas de lo que acababa de leer.

Rubén Sotelo. Un nombre que durante veinticuatro años había existido en su cabeza exactamente en la misma categoría que Marta Lago: un fragmento de pasado tan cuidadosamente sellado que Hugo casi había llegado a creer que pertenecía a una vida distinta de la suya.

Escribió una respuesta, la borró, escribió otra, también la borró. Al final, después de varios minutos mirando el cursor parpadeante sobre la pantalla en blanco, escribió solo: Gracias por avisarme. Hace mucho de todo eso.

Lo envió, y después, sin pensarlo del todo, borró toda la conversación de su teléfono, como si eliminar el rastro digital pudiera deshacer también lo que ya había leído.

No le dijo nada a Patricia esa noche. No le dijo nada a su madre, aunque durante la cena estuvo a punto de mencionarlo varias veces, cada vez deteniéndose justo antes de que las palabras llegaran a formarse del todo, observando a Patricia servir la pasta a los niños con la naturalidad de quien no tiene ningún motivo para sospechar que su marido acaba de recibir un mensaje capaz de desmontar la versión completa de su pasado que ella conocía.

Mateo habló durante toda la cena de un partido de baloncesto del fin de semana. Clara, más callada que de costumbre, contestaba con monosílabos a cada pregunta sobre el colegio, y Hugo se descubrió, varias veces, mirando a sus dos hijos con una intensidad que no era la habitual, calculando, sin poder evitarlo, qué edad tenían respecto a la edad que él mismo tenía aquella noche de hace tantos años, y preguntándose si alguno de los dos sería capaz,

llegado el momento, de cometer un error del que después no pudiera deshacerse nunca del todo.

A las once de la noche, ya en la cama, con Patricia dormida a su lado, el teléfono volvió a vibrar. Era Diego otra vez, con un segundo mensaje que Hugo no esperaba y que, en cuanto lo leyó, le quitó cualquier posibilidad de dormir esa noche:

Una cosa más. ¿Alguna vez llegaste a saber qué pasó de verdad esa noche con Marta? Porque yo nunca me lo creí del todo, lo que se contó en el juicio.

Hugo dejó el teléfono sobre la mesilla, boca abajo, como si así pudiera impedir que llegara ningún mensaje más, y se quedó mirando el techo de la habitación, exactamente en la misma postura en que, a varios kilómetros de distancia, su madre llevaba ya dos noches sin poder dormir por el mismo motivo exacto, sin que ninguno de los dos supiera todavía que el otro estaba despierto por la misma razón.

CAPÍTULO 11

LA TUMBA

Cementerio de la Almudena, Madrid

Sara lo dejó solo frente a la lápida, tal como él le había pedido, y se quedó esperando junto al coche a una distancia que no era exactamente discreta pero que tampoco invadía nada.

La lápida tenía un nombre simple —Marta Lago— y dos fechas separadas por dieciséis años exactos, y debajo, en letra más pequeña, una frase que sus padres habían elegido y que Rubén había memorizado sin querer durante el juicio, cuando se la leyeron en voz alta como parte de la prueba documental presentada por la acusación: Se fue demasiado pronto para que el mundo aprendiera lo que tenía que enseñarle.

No la había matado. Lo sabía con la misma certeza con la que sabía su propio nombre, y aun así había pasado veinticuatro años cargando con la muerte de Marta como si fuera suya, porque el sistema entero —la fiscal, el juez, el jurado, los periódicos, hasta su propia familia durante los primeros años, antes de que dejaran de visitarlo— había decidido que lo era.

Se agachó junto a la lápida y limpió, con la manga de la chaqueta, una capa fina de polvo que se había acumulado en la base de las letras grabadas. Era un gesto sin sentido práctico —llovería esa misma semana, según el pronóstico que había visto esa mañana en el teléfono de Sara, y la lluvia limpiaría más a fondo que cualquier manga— pero necesitaba hacer algo con las manos mientras decidía qué palabras usar, y limpiar una lápida le pareció más honesto que quedarse de pie sin hacer nada, fingiendo una solemnidad que no terminaba de sentir del todo.

—No vengo a pedirte perdón —dijo, en voz baja, lo bastante baja para que ni el viento se lo llevara muy lejos—. Nunca tuve nada por lo que pedirte perdón. Vengo a decirte que voy a usar tu nombre

una última vez. Y después de eso, te prometo que nadie más va a tener que cargar contigo para protegerse a sí mismo.

Pensó, mientras lo decía, en cuántas veces había imaginado esta visita durante los primeros años de condena, cuando todavía creía que algún día un tribunal de apelación reconocería el error y él podría volver aquí como un hombre absuelto, con el derecho moral de hablarle a Marta sin que nadie pudiera cuestionar sus palabras. Ese día nunca llegó por la vía que él esperaba. Llegó veinticuatro años después, por una vía que él mismo había tenido que construir, página a página, durante más tiempo del que Marta había llegado a vivir.

—Sé que no fui yo —continuó—. Y empiezo a sospechar que tampoco fue exactamente lo que se contó en el juicio. Pero esa parte todavía no la tengo clara, y cuando la tenga, vendré a contártelo también, sea lo que sea.

Se quedó un momento más, sin añadir nada, porque no había nada más que añadir que no sonara a discurso, y los discursos eran exactamente lo que la fiscal Irene Salgado había construido sobre su caso durante un juicio entero: palabras elegidas con precisión para producir un efecto concreto en quien las escuchaba, más que para decir la verdad completa de las cosas.

Se incorporó, dio un paso atrás, y miró la lápida una última vez antes de darse la vuelta, fijándose en algo que no había notado al llegar: alguien había dejado, apoyado contra la base de la piedra, un pequeño ramo de flores ya secas, lo bastante antiguo para que el color original fuera casi imposible de adivinar. No llevaba ninguna tarjeta, ningún nombre. Rubén se preguntó, durante un momento, quién más seguía viniendo aquí después de tantos años, y si esa persona sabría algo de lo que él mismo todavía no sabía con certeza sobre lo que pasó aquella noche.

Cuando volvió al coche, Sara no le preguntó qué había dicho.

—¿Estás listo? —fue lo único que preguntó, con la llave ya en el contacto.

—Todavía no del todo. Pero cada vez más cerca.

—¿Cuánto es «cada vez más cerca»?

—Lo bastante para que tengamos que empezar a movernos en serio. —Rubén se abrochó el cinturón, mirando por última vez hacia la entrada del cementerio antes de que Sara arrancara el coche—. Necesito que me ayudes con algo. Voy a necesitar entender, con todo el detalle posible, cómo es la vida de Irene Salgado ahora mismo. No lo que dicen los periódicos. La vida real. Quién la rodea, en quién confía, qué rutinas tiene.

—Eso suena a que ya has decidido por dónde vas a empezar.

—He decidido que necesito información antes de decidir nada más. —Se quedó callado un momento, mirando el paisaje pasar al otro lado de la ventanilla—. Todavía no sé exactamente qué voy a hacer con esa información. Pero sin ella, no puedo hacer nada en absoluto.

Sara arrancó, y condujo, y los dos guardaron silencio durante el resto del trayecto, cada uno pensando en una versión distinta de lo que se les venía encima.

CAPÍTULO 12

EL CONTACTO

Cafetería cerca de la Fiscalía General del Estado, Madrid

Mariano Esteve llevaba treinta y un años en la Fiscalía y había sido, durante los últimos cinco que Irene trabajó como fiscal antes de dar el salto a la judicatura, su compañero de despacho más cercano. Se habían mantenido en contacto de forma irregular desde entonces —una comida cada par de meses, una llamada cuando alguno de los dos necesitaba un favor concreto que requería conocer a alguien dentro del sistema penitenciario— y esa irregularidad, paradójicamente, era lo que hacía que la relación siguiera siendo útil: ni Mariano ni Irene tenían que justificar ante nadie por qué hablaban, ni con qué frecuencia.

Se habían conocido en su primer año como fiscales, compartiendo el mismo despacho diminuto con dos mesas pegadas y una ventana que apenas dejaba pasar luz, y a lo largo de los años habían desarrollado el tipo de confianza que solo se construye trabajando codo a codo durante las peores horas de cada jornada, las que nadie ve desde fuera. Mariano había sido testigo, sin saberlo nunca del todo, de los meses más difíciles de la carrera de Irene, aunque jamás había llegado a sospechar exactamente por qué aquel año concreto la había visto trabajar con una intensidad casi febril que después, sin explicación aparente, se había transformado en una eficacia profesional que la llevaría, año tras año, a ascender más rápido que casi cualquiera de su generación.

—Necesito un favor un poco extraño —dijo Irene, después de los minutos habituales de cortesía, removiendo un café que no tenía intención de terminarse—. Información extraoficial sobre un excarcelado reciente. Nada que conste en ningún expediente que yo pueda consultar directamente sin levantar preguntas.

Mariano la miró con la curiosidad profesional de alguien acostumbrado a que le pidieran ese tipo de favores sin que nunca

llegara a saber del todo por qué.

—¿De qué caso hablamos?

—Uno antiguo. De cuando yo todavía estaba en la Fiscalía.

—¿Y qué necesitas saber exactamente?

—Si alguien lo está vigilando. Si ha mostrado algún comportamiento que preocupe a las autoridades. Si tiene... —Irene buscó la palabra correcta, consciente de que cada palabra que elegía revelaba más de lo que pretendía— intenciones concretas respecto a alguien relacionado con el caso original.

Mariano se quedó pensativo un momento, y después sacó el teléfono y empezó a teclear, con la familiaridad de quien todavía mantiene contactos útiles dentro de la administración aunque ya no trabaje directamente en ella.

—Dame el nombre.

—Rubén Sotelo Marchena.

Tecleó un mensaje, lo envió, y los dos esperaron en silencio durante varios minutos, hablando de otras cosas —la jubilación de un juez que ambos conocían, el calor inusual de aquel octubre, los rumores sobre quién ocuparía finalmente la plaza de Mariano cuando él mismo se jubilara dentro de dos años— hasta que el teléfono de Mariano vibró con una respuesta.

—Nada oficial activo —dijo, leyendo la pantalla—. Pero mi contacto me dice algo curioso. Dice que el tal Sotelo ha estado «muy acompañado» desde que salió. Concretamente por una periodista que lleva años defendiendo públicamente que el caso original tenía fallos graves. Una tal Sara Bermúdez.

Irene sintió que el café que tenía delante, de pronto, le pareció absolutamente irrelevante.

—¿Una periodista?

—Y abogada, según parece. Trabajó en su reapertura de condicional durante años, sin éxito hasta ahora. Mi contacto dice que es de las que no sueltan un caso aunque le cueste la carrera entera. —Mariano dejó el teléfono sobre la mesa, todavía sin entender del todo por qué Irene había dejado de fingir interés en el café—. ¿Te preocupa algo concreto, Irene?

—No —dijo ella, demasiado rápido—. Curiosidad profesional. Gracias, Mariano. Como siempre.

—Llevamos veinte años haciéndonos favores el uno al otro. Si alguna vez necesitas contarme algo más, ya sabes que esta mesa ha guardado secretos peores.

Irene sonrió, sin contestar a eso, y cambió de tema con la habilidad de alguien entrenado durante décadas en dirigir conversaciones hacia donde más le convenía. Pero mientras pagaba la cuenta, mucho antes de lo habitual entre ellos, ya estaba pensando en un nombre que necesitaba investigar esa misma tarde, en cuanto volviera al despacho, preguntándose cuánto tiempo llevaría esa periodista reuniendo piezas que, hasta ahora, nadie había sabido encajar del todo.

CAPÍTULO 13

SARA BERMÚDEZ

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

Irene cerró la puerta de su despacho con el pestillo, algo que no hacía casi nunca, y abrió el ordenador con la misma sensación de estar cruzando una línea que había sentido dos días antes, consultando el expediente de Rubén Sotelo en el sistema penitenciario.

Sara Bermúdez tenía una presencia digital extensa y, descubrió Irene en los primeros cinco minutos, casi obsesivamente centrada en un único tema: errores judiciales, condenas basadas en pruebas circunstanciales, la psicología de los sistemas que prefieren cerrar un caso rápido antes que dejarlo abierto el tiempo necesario para hacerlo bien. Había escrito, a lo largo de quince años, decenas de artículos sobre el tema, publicados primero en medios pequeños y después, conforme su reputación crecía, en publicaciones de mayor alcance.

El nombre de Rubén Sotelo aparecía en al menos una docena de esos artículos, el más antiguo fechado hacía dieciocho años, cuando Sara todavía estudiaba Periodismo y ya entonces, según el propio texto, consideraba el caso «uno de los ejemplos más claros de cómo una investigación construida sobre la urgencia política de cerrar un caso mediático puede producir exactamente el resultado equivocado».

Irene leyó el artículo completo, después otro, después un tercero, cada uno más detallado que el anterior en su análisis de las inconsistencias del caso original: la velocidad inusual con la que se descartaron otras líneas de investigación, la falta de pruebas físicas concluyentes más allá de testimonios que después se demostraron poco fiables, la ausencia, en el expediente final, de cualquier mención a un posible móvil que conectara a Rubén con la víctima más allá de coincidir en la misma fiesta.

Sara Bermúdez no había escrito ninguno de esos artículos como una opinión pasajera. Los había escrito con la meticulosidad de alguien que conocía el expediente completo, posiblemente mejor que la mayoría de los periodistas que en su día cubrieron el juicio, y los había seguido escribiendo, año tras año, durante casi dos décadas, sin que ningún tribunal le diera nunca la razón de forma oficial.

Irene se detuvo en un artículo de hacía nueve años, el más extenso de todos, donde Sara reconstruía hora por hora la noche del crimen basándose en declaraciones que constaban en el sumario pero que, según su análisis, nunca habían recibido el peso que merecían durante el juicio. Había un párrafo en concreto, subrayado mentalmente por Irene mientras lo leía, que describía la actuación de la fiscalía de la época con una frase que parecía dirigida directamente a ella, aunque la articulista no pudiera saber, por supuesto, que la persona leyendo aquello veinticuatro años después era precisamente la fiscal en cuestión: «Alguien, en algún momento de aquella investigación, decidió que la verdad completa era menos importante que la velocidad de la resolución. Y el sistema, en su conjunto, decidió no preguntar quién había tomado esa decisión, ni por qué.»

Cerró el ordenador un momento, respiró hondo, y volvió a abrirlo para terminar de leer.

Hasta ahora. Hasta que algo —Irene todavía no sabía exactamente qué, aunque sospechaba que tenía más que ver con el agotamiento de un sistema saturado de revisar casos antiguos que con un giro repentino en la opinión judicial— había conseguido que Rubén saliera, sin condena revisada formalmente, pero libre.

Cerró el último artículo y se quedó mirando la fotografía que lo acompañaba: Sara Bermúdez, de pie frente a un edificio judicial, con la expresión seria y decidida de alguien que ha dedicado gran parte de su vida adulta a una sola causa.

Esto ya no era solo Rubén Sotelo, comprendió Irene, con una claridad que le heló algo por dentro que el café de la tarde no conseguía calentar. Esto era Rubén Sotelo con una periodista de investigación a su lado, alguien con la paciencia, el conocimiento del

caso y los contactos en medios necesarios para convertir cualquier acusación que él hiciera en algo que el público entero pudiera leer en cuestión de horas.

La amenaza, hasta ese momento, había tenido un rostro. Ahora, además, tenía una intención pública, y un nombre concreto al que Irene iba a tener que empezar a prestarle tanta atención como al de Rubén Sotelo, quizá incluso más, porque a diferencia de Rubén, Sara Bermúdez no tenía nada que perder hablando.

CAPÍTULO 14

MARINA

Cafetería frente a la Audiencia Provincial, Madrid

Rubén había pasado los últimos dos días reconstruyendo, con la misma paciencia metódica con la que había estudiado Derecho durante una década, el entorno profesional completo de Irene Salgado: quién trabajaba en su despacho, quién la acompañaba en cada vista, quién tenía acceso a su agenda y a sus documentos.

Había empezado por lo más sencillo: buscar en internet cada mención pública de la Sala Segunda de la Audiencia Provincial, cada nota de prensa sobre casos relevantes, cada fotografía de actos institucionales donde Irene aparecía rodeada de otras personas cuyo papel exacto había que deducir de la posición que ocupaban junto a ella. Sara le había prestado, sin demasiadas preguntas, su acceso a bases de datos periodísticas que normalmente solo usaba para sus propias investigaciones, y con esas herramientas Rubén había conseguido reconstruir, en poco tiempo, un mapa razonablemente completo de quién importaba en la vida profesional de la magistrada.

El nombre que apareció con más frecuencia en sus búsquedas, citado en notas de prensa sobre casos que Irene había presidido, mencionado en el directorio público de la Audiencia Provincial, era el de Marina Castelló, su letrada de confianza desde hacía nueve años, la persona que organizaba su agenda, filtraba sus comunicaciones y, según pudo deducir Rubén observando los horarios de entrada y salida del edificio durante tres días distintos, almorzaba casi siempre en la misma cafetería, a la misma hora, sola o con alguna compañera de trabajo.

Aquel día, Marina almorzaba sola.

Rubén entró diez minutos después que ella, pidió un café en la barra, y se sentó en la mesa contigua a la suya con la naturalidad calculada de alguien que ha decidido, tras mucho pensarlo,

exactamente qué impresión quiere causar y cuánto tiempo va a tardar en causarla.

—Disculpe —dijo, después de un rato prudencial, señalando el periódico que Marina tenía abierto sobre la mesa—, ¿es de hoy ese periódico? El que yo suelo leer está agotado en el quiosco de la esquina.

—Sí, claro, tome. —Marina le pasó el periódico sin ninguna sospecha, con la cortesía automática de alguien acostumbrado a pequeñas interacciones sin importancia.

—Gracias. Trabaja por aquí, ¿verdad? La he visto entrar y salir del edificio de los juzgados varias veces.

—En la Audiencia Provincial, sí. Soy letrada. Llevo años viniendo a esta misma cafetería, así que probablemente me ha visto bastante.

Hablaron durante quince minutos de nada en particular —el tráfico de Madrid, un restaurante nuevo que había abierto cerca, lo impredecible que era el tiempo ese otoño— y Rubén, con la disciplina de quien ha calculado cada movimiento de antemano, no mencionó ni una sola vez nada relacionado con juzgados, casos o magistrados, dejando que fuera ella quien, de manera completamente natural, terminara hablando de su trabajo.

—Esta semana ha sido especialmente densa —dijo Marina, en algún momento, sin que él tuviera que preguntar nada—. Llevamos un caso complicado, de encubrimiento familiar, que tiene a todo el mundo en la sala un poco tenso. La magistrada que lo preside es muy meticulosa, pero incluso a ella se le ha notado esta semana que el caso le afecta más de lo habitual.

—Debe de ser duro, ese tipo de trabajo. Decidir sobre la vida de la gente todos los días.

—Lo es. Aunque ella lleva tantos años haciéndolo que la mayoría de la gente ni se imagina lo que hay detrás de esa cara tan serena que pone siempre en la sala. Yo lo sé porque la veo fuera de la sala también, y ahí es distinta. Más humana, supongo.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando con ella?

—Nueve años. Es la mejor jefa que he tenido, sinceramente. Exigente, pero justa. Y muy leal con quien trabaja con ella.

Rubén sonrió, terminó su café, y se despidió con la misma naturalidad con la que había empezado la conversación, sin pedir ningún dato concreto, sin preguntar ningún nombre, dejando que Marina volviera a su trabajo sin la más mínima sospecha de que aquel hombre amable del periódico acababa de obtener exactamente lo que había venido a buscar: la confirmación de que Marina hablaba con libertad sobre su trabajo, que sentía un afecto genuino por Irene que la haría más vulnerable a una manipulación cuidadosa, y que con el tiempo y la paciencia suficientes, terminaría dándole mucho más que confirmaciones generales.

Decidió que Marina iba a ser su puerta de entrada al mundo profesional de Irene Salgado, y que la próxima conversación que tuviera con ella, iba a ser un poco menos casual que esta.

CAPÍTULO 15

EL CALENDARIO

Cafetería frente a la Audiencia Provincial, Madrid

La segunda vez que coincidieron, Rubén ya sabía exactamente qué hora salía Marina a almorzar y se aseguró de llegar primero, ocupando deliberadamente una mesa pequeña donde, cuando ella entrara, la única opción libre con vistas a la ventana fuera la de al lado.

—¡Qué casualidad! —dijo Marina, sentándose con la familiaridad de quien ya considera a alguien, aunque solo lo haya visto una vez, parte del paisaje habitual de su rutina.

—No tanta. Empiezo a pensar que los dos comemos siempre a la misma hora.

—Probablemente. Yo casi nunca cambio de horario, soy muy de costumbres. Mi pareja siempre me dice que podría poner mi vida entera en un horario de tren y nunca llegaría tarde a nada.

Hablaron de nuevo de cosas sin importancia, y Rubén, con la misma paciencia que había guiado cada decisión suya en los últimos días, dejó que la conversación derivara, casi sin esfuerzo, hacia el trabajo de Marina.

—¿Sigue con el caso complicado del que me habló el otro día?

—Uf, sí. Ha sido incluso peor. La magistrada tuvo que pedir un receso a media sesión, algo que no le había visto hacer nunca en los nueve años que llevo trabajando con ella. —Marina bajó un poco la voz, con el tono de quien comparte un cotilleo inocente sin pensar en las consecuencias—. Y encima tiene la entrevista para el Tribunal Supremo la semana que viene, así que está sometida a una presión tremenda. La agenda de los próximos quince días es una locura.

—Imagino que para alguien con su cargo, gestionar la agenda debe de ser casi un trabajo en sí mismo.

—No tiene ni idea. Yo le organizo prácticamente cada hora del día, hasta las comidas, porque si no se le olvida comer cuando tiene

un caso complicado entre manos. —Marina sonrió, sacando el teléfono del bolso, casi sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, simplemente porque la conversación había llegado al tema que más ocupaba su cabeza esos días—. Mire, esto es solo la semana que viene.

Le mostró, durante apenas dos segundos, la pantalla del calendario compartido que usaba para coordinar los desplazamientos de Irene, y Rubén, con la memoria entrenada durante años de estudiar documentos legales con una sola lectura, capturó lo esencial antes de que ella volviera a guardar el teléfono: las sesiones del caso Olmedo marcadas en azul, una cena con un nombre que no reconoció marcada en verde, y, ocupando tres días completos hacia el final de la semana siguiente, un bloque marcado solo con dos letras —T.S.— sin ninguna otra anotación.

—¿T.S.? —preguntó, con el tono más despreocupado que consiguió fabricar.

—Tribunal Supremo. —Marina guardó el teléfono, sin darle ninguna importancia especial al detalle—. Es confidencial todavía, así que no lo comente con nadie, pero entre nosotros, va a ser magistrada del Supremo antes de que acabe el año. Lleva toda la vida trabajando para esto.

—No diré nada —dijo Rubén, sonriendo—. Aunque imagino que después de algo así, ya no tiene mucho más que demostrar.

—Eso mismo pienso yo. Aunque conociéndola, seguro que ya está pensando en lo siguiente antes de que se confirme esto.

Terminaron de comer, se despidieron con la misma cordialidad de siempre, y Rubén caminó de vuelta hacia el coche de Sara con una sola idea ocupando todo el espacio de su cabeza: tenía exactamente quince días, ni uno más, antes de que Irene Salgado consiguiera blindar su nombre con el cargo más alto que la magistratura española podía ofrecerle. Si iba a hacer algo, tenía que hacerlo antes de esa fecha, o el peso simbólico de lo que estaba planeando se reduciría considerablemente, diluido entre la legitimidad institucional que un nombramiento como ese le otorgaría automáticamente a cualquier cosa que ella dijera para defenderse.

Caminó las cinco manzanas hasta donde Sara lo esperaba aparcada, repasando mentalmente cada detalle de la conversación con Marina, intentando decidir si quince días eran suficientes para hacer las cosas con la precisión que se había prometido a sí mismo, o si la fecha límite que acababa de descubrir iba a obligarlo a tomar decisiones más arriesgadas de las que había planeado originalmente. Subió al coche sin decir nada durante el primer minuto, organizando en su cabeza un calendario propio que ahora tenía que correr en paralelo al de Irene, cada día contando doble: un día menos para ella antes del nombramiento, un día menos para él antes de que la ventana se cerrara del todo.

CAPÍTULO 16

EL PARALELISMO

Audiencia Provincial de Madrid, Sala Segunda

La sesión de aquel viernes del caso Olmedo se centró en el interrogatorio directo a Cristina, y desde el primer minuto Irene tuvo que esforzarse, más que en cualquier sesión anterior, en mantener la expresión neutral que el cargo exigía.

La sala estaba más llena que en sesiones anteriores —el caso había empezado a atraer cierta atención mediática, no mucha, pero suficiente para que hubiera dos periodistas sentados en la zona reservada al público, tomando notas con la atención de quien sabe que en algún momento de la sesión va a llegar el fragmento que sirva de titular— y esa presencia añadida hacía que cada palabra pronunciada en la sala pesara un poco más de lo habitual, como si las paredes mismas hubieran decidido prestar más atención.

—Cuando su hijo llegó a casa aquella noche, ¿qué le dijo exactamente? —preguntó el fiscal, con el tono procedimental de quien ya conoce la respuesta y solo necesita que quede registrada en acta.

—Me dijo que había atropellado a alguien. Que no sabía si la persona estaba viva. Que tenía mucho miedo.

—¿Y qué hizo usted con esa información?

Cristina tardó en responder, con las manos entrelazadas sobre la mesa en un gesto que a Irene le resultó dolorosamente familiar, aunque no conseguía identificar todavía de dónde exactamente.

—Primero pensé en mi hijo. Sé que no es la respuesta que se espera de mí en esta sala, pero es la verdad, y he venido aquí a decir la verdad. Pensé en mi hijo antes de pensar en nada más.

—¿Y después?

—Después llamé a un abogado. Necesitaba entender qué opciones teníamos antes de hacer nada irreversible.

—¿Y a la persona que su hijo había atropellado? ¿Cuándo pensó en ella?

—Treinta y ocho minutos después. —La voz de Cristina se quebró ligeramente al decirlo, la primera fisura visible en una declaración que hasta entonces había mantenido con un control sorprendente—. Lo sé porque ese número me lo han repetido tantas veces en los últimos meses que ya no consigo dejar de contarlo yo misma. Treinta y ocho minutos en los que pensé primero en proteger a mi hijo, antes de pensar en ayudar a la persona que él había herido.

Irene sintió que el bolígrafo, otra vez, se le quedaba inmóvil sobre el papel.

Porque ella también lo sabía, ese número, esa distancia exacta entre el instinto y la responsabilidad, aunque en su propio caso nunca hubiera llegado a medirse en minutos contados con tanta precisión judicial. En su caso habían sido horas completas, una noche entera de decisiones tomadas con la frialdad de alguien que conocía el sistema desde dentro y sabía exactamente qué hacer para que la balanza se inclinara en la dirección que ella había decidido. Pero el principio era idéntico, exactamente idéntico, y escucharlo verbalizado en la voz de otra mujer, en una sala llena de desconocidos, le produjo una sensación de exposición que ningún caso anterior, en veinte años de carrera, había conseguido provocarle.

—Señora Olmedo —continuó el fiscal—, ¿en algún momento de esos treinta y ocho minutos consideró que estaba anteponiendo el bienestar de su hijo al de otra persona?

—No en ese momento. —Cristina levantó la vista, y por primera vez en toda la sesión miró directamente hacia el estrado, hacia Irene, con una expresión que parecía buscar algo más que un simple veredicto—. En ese momento solo pensaba que era una madre haciendo lo que cualquier madre haría. Ahora, mirando atrás, entiendo que esa frase —«lo que cualquier madre haría»— es exactamente la que usan todas las personas que han hecho algo que saben, en el fondo, que no debería hacerse.

Irene tuvo que concentrarse en su propia respiración, despacio, contando los segundos como le habían enseñado a hacer hacía años

en un curso de gestión del estrés judicial que nunca pensó que necesitaría aplicar en una situación como esta.

El interrogatorio continuó durante otra media hora, profundizando en detalles cada vez más técnicos —el momento exacto en que la grúa municipal había trasladado el vehículo accidentado, las contradicciones entre la primera y la segunda declaración del propio hijo de Cristina— pero Irene ya no conseguía procesar del todo la información con la objetividad clínica que había mantenido durante toda la instrucción del caso. Cada nuevo dato que se añadía al relato de aquella noche le devolvía, sin que ella pudiera evitarlo, fragmentos cada vez más nítidos de su propia noche, hacía veinticuatro años, como si el caso de Cristina Olmedo hubiera abierto una puerta que ella creía completamente sellada y ahora, por más que lo intentara, no consiguiera volver a cerrar del todo.

CAPÍTULO 17

EL RECESO

Audiencia Provincial de Madrid, Sala Segunda

El fiscal continuó con el interrogatorio, y diez minutos después llegó la pregunta que Irene, en algún nivel que no se permitía reconocer del todo, ya sabía que iba a llegar antes de que se formulara.

—Señora Olmedo, ¿qué le dijo exactamente a su hijo, esa noche, antes de llamar al abogado?

Cristina cerró los ojos un momento, como reuniendo el valor necesario para repetir en voz alta, ante una sala llena de desconocidos, palabras que probablemente solo había dicho una vez en su vida, en la intimidad de su propia casa.

—Le dije: «Esto no va a definir el resto de tu vida. Yo me voy a encargar de que no lo haga. Pero tienes que confiar en mí y hacer exactamente lo que yo te diga, sin contárselo a nadie más.»

Las palabras cayeron sobre la sala con un peso que ningún otro testimonio de toda la sesión había tenido, y solo Irene, sentada en el estrado con la espalda perfectamente recta y la expresión perfectamente controlada, supo identificar por qué exactamente esa frase, con esas palabras casi exactas, le resultaba tan insoportablemente familiar.

Las había dicho ella. Veinticuatro años antes, en la cocina de su propia casa, a un hijo de diecisiete años que temblaba tanto que apenas conseguía mantenerse de pie. Esto no va a definir el resto de tu vida. Yo me voy a encargar de que no lo haga. Las mismas palabras, casi en el mismo orden, pronunciadas por dos madres distintas con veinticuatro años de diferencia, ante dos crisis que cualquier persona ajena a los hechos habría descrito con el mismo lenguaje genérico de la tragedia familiar.

El fiscal siguió hablando, formulando la siguiente pregunta, pero Irene ya no conseguía procesar del todo las palabras que llegaban hasta ella. Su cabeza se había quedado atrapada en la cocina de

hace veinticuatro años, viendo a Hugo llorar contra la encimera, sintiendo otra vez la determinación absoluta con la que había decidido, en cuestión de minutos, exactamente qué iba a hacer y cómo iba a hacerlo, sin permitirse ninguna duda que pudiera ralentizar el proceso.

—Señoría, ¿se encuentra bien?

La pregunta del fiscal la sacó de golpe del lugar al que se había ido sin darse cuenta, y solo entonces notó que su propia respiración se había acelerado lo suficiente para resultar visible desde fuera, y que su mano, sobre el atril, se había cerrado en un puño sin que ella lo hubiera decidido conscientemente.

—Vamos a hacer un receso de quince minutos —dijo, con la voz más firme que consiguió fabricar, golpeando el mazo con un gesto que esperaba que pareciera rutinario—. La sesión se retoma a las once y media.

Se levantó antes de que nadie pudiera añadir nada más, y caminó hacia su despacho con el paso controlado de alguien que ha pasado veinte años aprendiendo a que ningún gesto, en público, delate jamás lo que sucede por dentro. Solo cuando cerró la puerta de su despacho, sola por fin, se permitió apoyarse contra la pared y dejar que las piernas, durante un instante, amenazaran con no sostenerla.

No había pedido un receso en una sesión en veinte años de carrera judicial. Y la idea de que dos periodistas, sentados en la zona reservada al público, acababan de presenciar esa fisura sin saber exactamente qué la había causado, le resultaba casi tan inquietante como la fisura en sí misma.

Se acercó al espejo pequeño que tenía sobre el lavabo del despacho y se miró durante un momento, comprobando que su expresión, al menos en apariencia, había vuelto a la neutralidad profesional que necesitaba para regresar a la sala. Se recompuso el pelo, se ajustó la toga, y repitió mentalmente, como un mantra que llevaba veinticuatro años usando sin saber que algún día necesitaría usarlo con esta intensidad, la frase que le permitía separar lo que sentía de lo que debía hacer: Eres la magistrada en esta sala. No eres nadie más mientras estés sentada en ese estrado. Respiró

hondo una última vez, y volvió a caminar hacia la sala con el tiempo justo para retomar la sesión exactamente cuando había dicho que lo haría.

CAPÍTULO 18

EL PASILLO

Pasillo de la Audiencia Provincial de Madrid

Cuando volvió a salir, todavía con cinco minutos de receso por delante, se encontró con Cristina Olmedo en el pasillo, sola, esperando junto a una ventana con la mirada perdida en el tráfico de la calle, lejos de su abogado y de cualquier otra persona del caso.

Las normas eran claras: una magistrada no debía mantener conversaciones privadas con una acusada fuera de las sesiones formales, ni siquiera conversaciones triviales, y durante veinte años Irene había respetado esa norma sin excepción alguna. Pero algo en la postura de Cristina, en su soledad concreta frente a esa ventana, hizo que Irene se detuviera a su lado antes de poder decidir conscientemente si debía hacerlo.

—No deberíamos hablar —dijo Cristina, sin mirarla, en voz tan baja que apenas se oía por encima del ruido del pasillo—. Pero gracias por el receso. Necesitaba ese minuto tanto como usted, creo.

—¿Por qué dice eso?

Cristina giró la cabeza, finalmente, y la miró con una expresión que no era ni hostil ni suplicante, sino algo mucho más incómodo: el reconocimiento tranquilo de alguien que ha entendido algo que prefiere no decir en voz demasiado alta.

—Porque usted lo entiende mejor que cualquiera de los demás en esa sala. Lo he notado desde el primer día. Los demás escuchan mi testimonio y oyen un caso. Usted lo escucha y oye algo distinto.

—Soy magistrada, señora Olmedo. Mi trabajo es entender todos los casos que paso, sin distinción.

—Puede ser. —Cristina volvió a mirar hacia la ventana, y por un momento Irene pensó que la conversación había terminado ahí, hasta que ella añadió, casi como una reflexión dirigida a nadie en particular—: Pero hay una diferencia entre entender un caso porque

lo has estudiado y entenderlo porque lo has vivido. Y usted, señoría, no me mira como alguien que solo ha estudiado esto.

Irene no contestó. No había ninguna respuesta que pudiera dar sin confirmar o desmentir algo que no estaba dispuesta a confirmar ni desmentir, y el silencio, en ese momento concreto, le pareció la única opción disponible que no la exponía más de lo que ya se sentía expuesta. El silencio duró más de lo que debería haber durado, y en ese silencio comprendió que cualquier palabra que pronunciara a continuación corría el riesgo de decir demasiado, simplemente por el tono en que la dijera, por la rapidez o la lentitud con que decidiera contestar.

—El receso termina en dos minutos —dijo finalmente, y se alejó hacia su despacho sin esperar ninguna respuesta, sintiendo en la espalda el peso de la mirada de Cristina Olmedo durante todo el trayecto, como si esa mujer, sin pruebas concretas y sin ningún acceso a información que no fuera pública, hubiera conseguido ver algo que veinticuatro años de cuidado meticuloso debería haber mantenido completamente invisible.

Volvió a entrar en la sala con el tiempo justo, se sentó en su sitio, y durante el resto de la sesión evitó, con un esfuerzo que nadie en la sala podía percibir desde fuera, volver a mirar directamente hacia el lugar donde Cristina Olmedo permanecía sentada, escuchando el resto del interrogatorio con la misma calma resignada de alguien que ya ha dicho lo más difícil y solo le queda esperar a que el sistema decida qué hacer con ello.

Cuando terminó la sesión de aquel viernes, Irene fue la última en salir de la sala, recogiendo sus papeles con una lentitud deliberada que le permitía asegurarse de que Cristina y su abogado ya se habían marchado antes de cruzar ella misma el pasillo. No quería arriesgarse a otro encuentro como el de antes, no esa misma tarde, no con la fragilidad que todavía sentía bajo la superficie controlada que había conseguido reconstruir. Caminó hacia el aparcamiento pensando que, de las dos mujeres que se habían cruzado esa mañana en aquel pasillo, ninguna de las dos sabía todavía cuál de ellas iba a tener que rendir cuentas primero, ni cuál de las dos iba a tener menos tiempo del que creía para prepararse para ese

momento, ni cuál de las dos, llegado el caso, encontraría a alguien dispuesto a escucharla sin juzgarla primero.

CAPÍTULO 19

LA MISMA PISTA

Estudio de arquitectura de Hugo Salgado, Madrid

Hugo se había quedado en el estudio mucho después de que sus socios se fueran, con la excusa de terminar unos planos que en realidad podían esperar perfectamente hasta el lunes, porque la idea de volver a casa y fingir normalidad delante de Patricia y de los niños le resultaba, esa noche, más agotadora que cualquier trabajo pendiente.

Las maquetas a medio terminar seguían sobre la mesa, igual que dos días antes, pero Hugo ya no las miraba con el mismo interés profesional. Llevaba todo el día distraído, cometiendo pequeños errores en cálculos que normalmente hacía sin pensar, y sus socios habían empezado a notarlo lo suficiente para preguntarle, con la delicadeza de quien no quiere parecer indiscreto, si todo iba bien.

Abrió el navegador del ordenador y escribió, por primera vez en veinticuatro años, el nombre completo de Rubén Sotelo en un buscador, con la misma sensación de transgresión silenciosa que debía de sentir cualquier persona que abre una puerta que lleva mucho tiempo cerrada con la certeza de que detrás no hay nada bueno esperando.

Los primeros resultados eran lo que esperaba: artículos de hacía décadas sobre el juicio, fotografías granuladas de un Rubén mucho más joven entrando y saliendo de los juzgados, breves menciones de la sentencia final. Pero al seguir bajando por la página, encontró algo que no esperaba: una serie de artículos mucho más recientes, firmados por una periodista llamada Sara Bermúdez, que defendían con un detalle meticuloso que el caso original tenía fallos profundos, que las pruebas presentadas nunca habían sido tan sólidas como el juicio había hecho parecer, que existían líneas de investigación completas que jamás llegaron a explorarse a fondo.

Hugo leyó el primer artículo completo, después un segundo, sintiendo que cada párrafo le apretaba algo en el pecho que llevaba veinticuatro años sin necesitar nombrar. La periodista no mencionaba su nombre en ningún momento —en ningún artículo de los que encontró aparecía ninguna referencia a un segundo implicado, a otra persona presente aquella noche— pero la insistencia con la que cuestionaba la versión oficial, año tras año, artículo tras artículo, sugería a alguien que sabía, o sospechaba con fundamento, que la historia completa de lo que pasó en aquella terraza nunca había llegado a contarse del todo.

Buscó más información sobre la propia Sara Bermúdez, intentando entender qué tipo de persona dedicaría casi veinte años de su carrera a un solo caso, y encontró una entrevista antigua, de hacía una década, donde ella explicaba su motivación con una sinceridad que a Hugo le resultó perturbadora precisamente por lo razonable que sonaba: «No me importa quién es culpable o inocente como cuestión moral abstracta. Me importa que el sistema, cuando se equivoca, casi nunca tiene que rendir cuentas por ello. Alguien tiene que seguir preguntando, aunque tarde veinte años en obtener una respuesta.»

Cerró el ordenador de golpe cuando llegó al último párrafo de un artículo de hacía solo dos años, donde Sara Bermúdez escribía: Algún día, cuando Rubén Sotelo finalmente recupere su libertad, espero que el verdadero responsable de lo que pasó aquella noche sienta, aunque solo sea durante un instante, el peso de veinticuatro años que él nunca tuvo que cargar.

Se quedó sentado en la oscuridad de su despacho, con el ordenador cerrado y las manos todavía temblando ligeramente sobre la mesa, sin saber —y esa ignorancia era, en cierto modo, la parte más aterradora de todo— si aquella frase estaba dirigida genéricamente a cualquier lector que hubiera seguido el caso durante años, o si, de algún modo que no conseguía imaginar, Sara Bermúdez sabía exactamente quién era él, y estaba escribiendo, sin nombrarlo, directamente para que él lo leyera.

A varios kilómetros de distancia, en un despacho distinto, su madre cerraba en ese mismo momento las mismas páginas, sin que

ninguno de los dos supiera todavía que estaban siguiendo, por caminos completamente separados, exactamente el mismo rastro.

Hugo apagó el ordenador del estudio y se quedó un rato más sentado en la oscuridad, con la única luz de la calle filtrándose por la persiana entreabierta, intentando decidir qué hacer con lo que acababa de descubrir. Pensó en llamar a su madre, marcar su número y simplemente preguntarle, sin rodeos, si conocía el nombre de Sara Bermúdez. Llegó a coger el teléfono dos veces, y las dos veces lo dejó otra vez sobre la mesa sin marcar nada, incapaz de encontrar las palabras que pudiera usar sin tener que admitir, primero, por qué había estado buscando esa información en internet a las once de la noche de un viernes.

CAPÍTULO 20

QUINCE DÍAS

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

—Tenemos quince días —dijo Rubén, extendiendo sobre la mesa de la cocina una hoja donde había anotado, con su letra precisa, las fechas que Marina le había dejado ver sin saberlo.

Sara se sirvió un café y se sentó frente a él, estudiando la hoja con la misma atención meticulosa con la que durante años había estudiado cada documento del caso original.

—¿Quince días para qué exactamente?

—Para que se confirme su nombramiento en el Tribunal Supremo. Después de eso, va a ser mucho más difícil que nadie cuestione nada de lo que hizo hace veinticuatro años. El cargo la va a blindar de una manera que ahora mismo no tiene.

—¿Y eso cambia lo que estás planeando?

Rubén se quedó callado un momento, mirando la fecha marcada en el calendario improvisado que había dibujado a mano, contando mentalmente, otra vez, los días que le quedaban antes de que la ventana de oportunidad se cerrara de la manera más definitiva posible.

—Cambia el ritmo. No cambia el plan en sí, pero significa que no puedo permitirme esperar más de lo necesario para confirmar cada pieza antes de moverla.

—Rubén. —Sara dejó la taza sobre la mesa, con un gesto que pretendía llamar su atención más de lo que las palabras solas habrían conseguido—. Cuanto más rápido te muevas, menos margen tienes para comprobar que cada pieza es la correcta. Y esto no es un caso cualquiera. Es tu vida entera, otra vez, sobre la mesa.

—Lo sé.

—¿Lo sabes de verdad, o solo lo dices porque sabes que es lo que yo necesito oír?

Rubén la miró directamente, y por primera vez desde que había salido de prisión, algo en su expresión pareció ceder un poco, mostrando una grieta diminuta en la determinación fría que había mantenido durante todas las semanas anteriores.

—Lo sé de verdad. Y por eso te necesito a mi lado en cada paso, no solo para que me ayudes a moverme más rápido, sino para que me digas cuándo me estoy moviendo demasiado rápido para hacerlo bien. Eres la única persona que tiene permiso para decirme que pare, Sara. No lo olvides, da igual lo que pase en los próximos días.

Sara asintió, sin estar del todo convencida de que aquella promesa fuera a sobrevivir el contacto con la presión real de los próximos quince días, pero decidiendo, por ahora, confiar en la versión de Rubén que todavía parecía dispuesta a escucharla.

—Entonces empecemos por confirmar una cosa —dijo ella, sacando su propio teléfono—. Antes de que muevas ninguna pieza más, necesito enseñarte algo que encontré anoche, revisando los comentarios de mis artículos antiguos sobre el caso. Alguien más está empezando a tirar del mismo hilo, y creo que deberías ver exactamente quién.

Le pasó el teléfono, con la pantalla abierta en una captura de un foro de discusión sobre casos judiciales archivados, donde un usuario anónimo había escrito, hacía apenas tres días, una pregunta que ningún otro participante había sabido responder: ¿Alguien sabe si el hijo de la fiscal del caso Lago llegó a testificar alguna vez en algo relacionado? Algo no me cuadra en cómo se cerró todo tan rápido.

Rubén leyó la pregunta dos veces, y después miró a Sara con una expresión que mezclaba alarma y algo parecido a un alivio inesperado.

—Esto no lo hemos escrito nosotros.

—No. Alguien más, sin que sepamos quién, está empezando a hacerse las mismas preguntas que tú llevas veinticuatro años haciéndote. Y eso, Rubén, lo cambia todo otra vez.

Rubén dejó el teléfono sobre la mesa y se quedó mirando la captura de pantalla un rato más, intentando entender qué significaba exactamente aquella pregunta anónima en términos del

plan que había estado construyendo, pieza a pieza, durante las últimas semanas. Si alguien más estaba empezando a tirar del mismo hilo, sin saber todavía quién era esa persona ni qué intenciones tenía, eso significaba que el tiempo que él calculaba que tenía —quince días hasta el nombramiento de Irene— podía no ser, en realidad, el plazo más urgente de todos. Podía haber alguien moviéndose más rápido, o más despacio, pero moviéndose, y eso era exactamente el tipo de variable que su plan, hasta ese momento, no había contemplado.

CAPÍTULO 21

EL SOBRE

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

El sobre estaba sobre su mesa cuando llegó esa mañana, colocado encima de la pila habitual de correspondencia administrativa con una precisión que a Irene, en cuanto lo vio, le pareció deliberada: ni torcido, ni mezclado con el resto, sino exactamente centrado, como si quien lo hubiera dejado allí hubiera querido asegurarse de que fuera la primera cosa que ella viera al sentarse.

No llevaba remitente. Tampoco sello de correos, lo que significaba que alguien lo había entregado en mano, en algún momento entre el final de la jornada del viernes y el inicio de la de hoy, a través de un sistema de seguridad que Irene siempre había considerado, hasta ese momento, razonablemente estricto.

Llamó a Sonia antes de abrirlo.

—¿Sabes quién dejó esto en mi despacho?

Sonia entró, miró el sobre con una curiosidad genuina que descartaba de inmediato cualquier complicidad.

—No, señoría. Estaba ahí cuando llegué esta mañana, encima de su mesa. Pensé que lo había dejado usted misma el viernes.

—No fui yo.

Sonia se quedó un momento más, esperando alguna instrucción, y cuando Irene no añadió nada, salió del despacho con la misma curiosidad sin resolver con la que había entrado, dejándola sola con el sobre y con una sensación de frío que no tenía ninguna relación con la temperatura de la habitación.

Lo abrió con cuidado, casi con la delicadeza forense de quien sospecha que el contenido puede ser una prueba en algún proceso futuro, aunque no podría haber explicado ante ningún tribunal qué tipo de proceso imaginaba exactamente.

Dentro había una sola fotografía.

Marta Lago, sonriendo, con el pelo recogido en una coleta alta y una camiseta que Irene reconoció en el instante exacto en que sus ojos terminaron de procesar la imagen completa: era la misma fotografía, la misma exacta fotografía, que ella misma había seleccionado entre decenas de otras hacía veinticuatro años para incluirla en el sumario original, como parte del material gráfico que acompañaba la descripción de la víctima.

No era una copia tomada de algún periódico de la época, ni una imagen recuperada de redes sociales o de algún archivo público. Era, hasta donde Irene podía recordar con la precisión de quien había manejado aquel expediente con sus propias manos, una copia exacta del original que constaba en el sumario judicial, un documento que en teoría solo debía existir en los archivos oficiales del caso, fuera del alcance de cualquier persona sin acceso autorizado.

Le dio la vuelta a la fotografía. En el reverso, escrito a mano con una letra pequeña y precisa que no reconoció pero que, por algún motivo, le pareció exactamente del tipo de letra que esperaría de alguien que hubiera dedicado años a anotar documentos legales con cuidado meticuloso, había una sola frase:

Algunas cosas no se pierden, aunque el sistema decida archivarlas.

Irene se quedó sentada, con la fotografía todavía en la mano, sintiendo que el despacho entero, con sus estanterías de códigos legales y sus diplomas enmarcados, se reducía de pronto a ese único objeto: una fotografía de una chica de dieciséis años, muerta hacía veinticuatro años, devuelta a su mesa por alguien que claramente tenía acceso a información que no debería tener, o que conocía el caso con un detalle que solo alguien directamente implicado podría conocer.

Guardó la fotografía en el cajón cerrado con llave, junto a la nota del registro civil de días anteriores, y se quedó mirando ese cajón durante un tiempo que no se permitió medir, entendiendo, con una certeza que ya no podía seguir posponiendo, que esto no era una amenaza abstracta ni una posibilidad remota.

Esto ya había empezado.

Se levantó, caminó hasta la ventana de su despacho, y dejó la vista perdida en el tráfico de la calle sin ver realmente nada de lo que pasaba al otro lado del cristal. Pensó en llamar a Mariano otra vez, o a algún otro contacto que pudiera ayudarla a identificar quién había tenido acceso, en algún momento de los últimos veinticuatro años, al material gráfico original del sumario. Pero cualquier pregunta de ese tipo, formulada a la persona equivocada, podía convertirse en exactamente el tipo de rastro que ella misma necesitaba evitar.

Volvió a sentarse, abrió el cajón una última vez antes de la sesión de la tarde, y miró la fotografía de Marta una vez más, esa sonrisa congelada de una chica de dieciséis años que nunca llegaría a cumplir diecisiete. Notó, por primera vez en mucho tiempo, algo que se parecía sospechosamente al remordimiento puro, sin la protección habitual de la distancia profesional que durante veinticuatro años le había permitido pensar en aquel caso como un expediente más entre los muchos que había gestionado a lo largo de su carrera.

Cerró el cajón, giró la llave, y se preparó para entrar en la sala como si nada hubiera cambiado, aunque ambos sabían, ella y la fotografía guardada bajo llave, que ya nada iba a volver a ser exactamente igual.

CAPÍTULO 22

SIN HERRAMIENTAS

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

Después de guardar la fotografía, Irene se quedó un rato pensando en qué opciones tenía realmente disponibles, y la conclusión a la que llegó, después de repasar mentalmente cada una de ellas, no le gustó nada.

No podía denunciar la entrega del sobre sin explicar por qué una fotografía antigua de una víctima de un caso cerrado hacía veinticuatro años le producía tanta inquietud como para justificar una denuncia formal. No podía pedir protección policial sin levantar preguntas sobre el motivo concreto de esa protección. No podía, sobre todo, acudir a ningún canal oficial sin arriesgarse a que alguien, en algún momento del proceso, empezara a hacer exactamente las preguntas que ella necesitaba evitar a toda costa.

Llamó de nuevo a Mariano, esta vez con una pregunta distinta de la de la semana anterior.

—¿Hay alguna orden de alejamiento, alguna condición de libertad vigilada, algo que pueda usarse legalmente si alguien... molesta a una persona relacionada con un caso antiguo?

—Depende del caso y de las condiciones de la condicional. ¿Por qué?

—Curiosidad profesional, otra vez.

Mariano se rió, sin malicia, pero con un deje de incredulidad que dejaba claro que ya no se creía del todo la versión de la «curiosidad profesional».

—Déjame revisarlo.

La respuesta llegó una hora después, por mensaje: Nada. Salida sin condiciones especiales, cumplimiento íntegro de condena, sin libertad vigilada porque no hay condena pendiente de cumplir. Legalmente, es un hombre libre sin ninguna restricción, igual que cualquier otro ciudadano.

Irene leyó el mensaje tres veces, comprendiendo poco a poco la magnitud completa de lo que significaba: no había ningún mecanismo legal, ninguna orden judicial, ningún recurso administrativo que ella pudiera activar contra Rubén Sotelo sin revelar, en el proceso, exactamente la razón por la que necesitaba activarlo. Cualquier intento de usar su posición, su cargo, sus contactos dentro del sistema, para protegerse de él, requeriría primero admitir ante alguien, en algún punto del proceso, por qué necesitaba esa protección.

Era, comprendió con una ironía que no le pasó desapercibida, exactamente la misma posición en la que había estado Rubén durante veinticuatro años: sin herramientas, sin recursos legales que sirvieran de algo, atrapado dentro de un sistema que ella misma conocía mejor que casi nadie y que, por primera vez en su carrera, no tenía ninguna manera de hacer funcionar a su favor.

Se quedó mirando la ventana de su despacho, el tráfico de la calle moviéndose con la normalidad de un lunes cualquiera, y pensó que toda su carrera, todo su conocimiento acumulado durante décadas sobre cómo funcionaba realmente el sistema judicial español, no le servía absolutamente de nada frente a un hombre que solo necesitaba paciencia y la voluntad de esperar el momento adecuado. Se preguntó, sin conseguir responderse del todo, si esa misma sensación de impotencia absoluta era la que Rubén había sentido cada uno de los días de los últimos veinticuatro años, y si esa pregunta, formulada con tanta honestidad por primera vez, era ya en sí misma una forma de empezar a pagar algo que todavía no había decidido cómo pagar.

Repasó mentalmente, una vez más, cada opción disponible. Podía contratar a alguien de fuera del sistema, algún profesional de seguridad privada que pudiera investigar a Rubén sin que el rastro llevara directamente hasta ella. Podía intentar contactar con él directamente, ofrecerle algo —dinero, un acuerdo, cualquier cosa que pudiera satisfacer lo que fuera que estuviera buscando— antes de que la situación escalara más. O podía, sencillamente, esperar a ver qué hacía él a continuación, una opción que cada hora que pasaba le resultaba menos soportable, porque esperar significaba

ceder el control completo de su propio destino a un hombre al que nunca había llegado a conocer en persona.

Sacó una hoja de papel del cajón de su escritorio, algo que no hacía casi nunca en la era de los ordenadores, y empezó a escribir, con su propia letra, una lista de nombres: personas que podrían ayudarla, personas que podrían perjudicarla si llegaban a enterarse de algo, personas cuya lealtad necesitaba evaluar antes de dar cualquier paso más. A mitad de la lista, se detuvo, releyó lo que había escrito, y rompió el papel en pedazos pequeños que después tiró, uno a uno, en la papelera de su propio despacho, comprendiendo que ni siquiera ese gesto tan básico de organización podía hacerse ya con la confianza de antes.

CAPÍTULO 23

EL COCHE

Aparcamiento de la Audiencia Provincial de Madrid

—Es hora de que sepa que sé que ella sabe —dijo Rubén, esa misma tarde, explicándole a Sara el siguiente paso con la misma calma metódica con la que había explicado cada paso anterior.

—¿La fotografía no fue suficiente?

—La fotografía le dice que alguien sabe del caso. No le dice que yo sé exactamente dónde está, qué coche conduce, a qué hora sale del trabajo. Necesito que entienda el alcance completo de lo que está enfrentando, no solo que algo está sucediendo.

Sara lo miró con la misma inquietud que llevaba sintiendo desde que vio el borrador del plan completo, pero que ya no intentaba disuadirlo con la misma insistencia de las primeras semanas, consciente de que cada intento de frenarlo solo conseguía que él se volviera más reservado sobre los detalles de lo que estaba haciendo.

—¿Qué necesitas de mí?

—Que me ayudes a confirmar cuándo el coche queda solo en el aparcamiento del edificio. Diez minutos, quizá menos.

—¿Y si te ven? ¿Si hay alguna cámara que no has identificado, algún funcionario que decida hacer una ronda justo en el momento equivocado?

—Entonces habré entrado en un coche, sin tocar nada de valor, sin llevarme nada. En el peor de los casos, es allanamiento menor, quizá ni eso si no hay denuncia. Y sabemos que no va a haber denuncia, porque denunciar significaría explicar por qué alguien entraría en su coche solo para dejar algo dentro, no para robar nada.

Sara no contestó a eso, porque la lógica de Rubén, otra vez, era impecable, y esa precisión fría era exactamente lo que más le inquietaba de todo el plan: cada paso estaba calculado no solo para

conseguir su objetivo, sino para hacerlo de una manera que Irene no pudiera denunciar sin exponerse ella misma.

Aquella misma tarde, mientras Sara esperaba en su propio coche a media manzana de distancia, observando la entrada del aparcamiento subterráneo con el teléfono listo para avisar ante cualquier movimiento inesperado, Rubén bajó las escaleras hasta la planta donde, según había confirmado en sus días de observación previa, Irene aparcaba siempre el mismo vehículo, en la misma plaza reservada para magistrados.

El aparcamiento estaba prácticamente vacío a esa hora, con la mayoría del personal ya fuera del edificio, y las pocas cámaras de seguridad que Rubén había identificado en sus visitas anteriores cubrían ángulos que, con el abrigo adecuado y el sombrero calado lo suficiente, no permitirían una identificación clara salvo que alguien revisara las imágenes específicamente buscándolo, algo que solo ocurriría si Irene decidía denunciar formalmente lo que estaba a punto de encontrar, una decisión que Rubén, con la misma certeza con la que había calculado cada otro detalle del plan, sabía que ella no iba a tomar.

El coche no estaba cerrado con ningún sistema adicional más allá de la cerradura estándar, algo que Rubén había anticipado correctamente a partir de observar, durante días, la rutina relajada con la que Irene trataba su propio vehículo, la confianza de alguien que nunca había tenido motivos para sospechar que necesitaba protegerse de nada.

Abrió la puerta del copiloto con una ganzúa que había comprado, sin ninguna dificultad legal, en una tienda de ferretería, una herramienta que cualquier persona podía adquirir libremente y que, después de algunas semanas de práctica con cerraduras similares compradas en internet, había aprendido a usar con una eficacia que le sorprendió a él mismo la primera vez que lo consiguió en menos de un minuto.

Dentro, todo estaba exactamente como Marina le había descrito sin saberlo, en una de sus conversaciones casuales sobre lo organizada que era Irene en todos los aspectos de su vida: la guantera cerrada con un pequeño seguro, los asientos ajustados con

precisión, ni un solo papel fuera de lugar en ninguna de las superficies visibles.

Rubén abrió la guantera, sacó algo de su propio bolsillo, y lo colocó dentro con el mismo cuidado meticuloso con el que había hecho todo lo demás, asegurándose de que quedara visible en cuanto alguien abriera la guantera, pero no tan expuesto que pudiera verse desde fuera del vehículo.

Cerró la puerta, salió del aparcamiento por la rampa peatonal, y caminó hacia el coche de Sara con el pulso, para su propia sorpresa, completamente tranquilo.

—Hecho —fue lo único que dijo, al subir al coche.

—¿Qué dejaste?

—Algo que solo ella va a entender.

Sara puso el coche en marcha y se alejó del edificio sin decir nada más durante varios minutos, mirando de vez en cuando a Rubén por el rabillo del ojo, preguntándose si la calma con la que acababa de cometer lo que técnicamente era un delito, aunque fuera menor, era la misma calma que necesitaría mantener durante todo lo que faltaba por venir, o si en algún momento esa calma iba a empezar a costarle más de lo que él mismo era capaz de admitir todavía.

CAPÍTULO 24

LA GUANTERA

Calle Velázquez, Madrid

Irene notó el cambio antes de identificar exactamente qué había cambiado, con esa percepción periférica que algunas personas desarrollan respecto a los espacios que ocupan todos los días: el asiento del copiloto estaba inclinado un grado distinto del que ella recordaba haberlo dejado, el espejo retrovisor apuntaba ligeramente hacia un ángulo que no era el suyo habitual.

Se quedó sentada en el asiento del conductor, con la llave todavía sin girar en el contacto, repasando mentalmente la última vez que había usado el coche y la sensación de que algo no encajaba del todo se intensificó hasta convertirse en una certeza física que no podía ignorar.

Abrió la guantera.

Dentro, junto a los documentos del coche y un paquete de pañuelos que llevaba meses sin tocar, había un objeto que no era suyo: una llave pequeña, antigua, del tipo que ya casi no se fabricaba, atada con un trozo de cordel a una etiqueta de cartón donde alguien había escrito, con la misma letra pequeña y precisa de la nota en el reverso de la fotografía, un código.

DP-0438.

Irene se quedó mirando la llave durante varios segundos antes de que su memoria, con una rapidez que la sorprendió incluso a ella misma, conectara el código con su significado exacto: era el número de expediente abreviado del caso, la forma corta con la que ella misma se había referido a él internamente durante los meses del juicio, antes de que el caso adquiriera su nombre público completo en los archivos oficiales.

Nadie fuera del sistema judicial de la época debería conocer esa abreviatura. Ni siquiera la prensa, en su momento, había llegado a

usar ese número específico en ninguno de los artículos que Irene recordaba haber leído.

Cerró la guantera de golpe, como si pudiera devolver el objeto a la inexistencia con la misma rapidez con la que lo había encontrado, y se quedó sentada en el coche, en el garaje de su propio edificio, sintiendo que las manos le temblaban lo suficiente para que tardara casi un minuto entero en conseguir introducir la llave en el contacto con la firmeza necesaria.

Alguien había entrado en su coche. Alguien con un conocimiento del caso original tan preciso, tan interno, que solo podía proceder de dos fuentes posibles: alguien que hubiera tenido acceso directo al expediente completo en su momento, o alguien que hubiera dedicado años, quizá décadas, a reconstruir cada detalle con la paciencia obsesiva de quien no tiene absolutamente nada más en lo que ocupar su tiempo.

Bajó del coche un momento, todavía dentro del garaje, y examinó la cerradura de la puerta del copiloto con la atención de quien busca pruebas que ya sabe que probablemente no va a encontrar. No había ningún signo visible de forzado, ningún rasguño en la pintura alrededor de la cerradura, nada que pudiera presentarse como evidencia ante ninguna autoridad aunque hubiera querido hacerlo. Quien había entrado sabía exactamente qué herramientas usar y cómo usarlas sin dejar ningún rastro físico detectable a simple vista.

Condujo hacia el trabajo esa mañana con una atención redoblada a cada coche que la seguía más de dos manzanas, a cada persona que se detenía demasiado tiempo cerca de su vehículo en los semáforos, entendiendo, con una claridad que ya no podía seguir negando, que su vida cotidiana, la rutina que había mantenido sin sobresaltos durante años, ya no era exactamente la misma rutina segura que había sido hasta la semana anterior. Llegó al trabajo diez minutos tarde, algo que no le había sucedido en años, y pasó el resto de la mañana incapaz de concentrarse del todo en ningún documento, con la llave pequeña todavía en el bolso, pesando mucho más de lo que su tamaño físico debería permitir.

Durante el almuerzo, sola en su despacho, sacó la llave del bolso y la examinó con más calma de la que había podido permitirse por la mañana. Era una llave antigua, del tipo que se usaba en cajas de seguridad de bancos hace décadas, y la etiqueta de cartón, además del código, tenía en el reverso algo que no había notado al principio: una dirección, escrita con la misma letra precisa, de una sucursal bancaria que Irene no reconocía, en un barrio de Madrid que no significaba nada para ella todavía, pero que sospechaba que pronto significaría mucho más de lo que estaba preparada para aceptar.

CAPÍTULO 25

LA LLAMADA DE HUGO

Estudio de arquitectura de Hugo Salgado, Madrid

Llevaba cuatro días sin poder concentrarse del todo en nada, desde que encontró los artículos de Sara Bermúdez aquella noche de viernes, y la sensación de estar cargando solo con un peso que no sabía cómo nombrar había ido creciendo, día tras día, hasta convertirse en algo que ya no conseguía disimular del todo ni siquiera delante de sus propios socios.

Patricia le había preguntado dos veces, en los últimos días, si algo iba mal, y las dos veces Hugo había contestado con la misma versión genérica de siempre —mucho trabajo, mucho estrés, nada de qué preocuparse— sin que ninguna de las dos respuestas consiguiera borrar del todo la mirada de duda que veía en los ojos de su mujer cada vez que la pronunciaba. La noche anterior, incapaz de dormir, había estado a punto de contárselo todo, sentado en el borde de la cama mientras Patricia leía a su lado, y solo la certeza de no saber por dónde empezar una historia que llevaba veinticuatro años sin contar a nadie había conseguido detenerlo en el último momento.

Sus socios habían notado también que algo no iba bien. Esa misma mañana, durante una reunión de seguimiento de proyectos, Hugo había perdido el hilo de su propia presentación dos veces, algo que no le había sucedido nunca en quince años de profesión, y la mirada de extrañeza con la que sus colegas habían intercambiado gestos discretos entre ellos le confirmó que su capacidad para mantener la fachada habitual de control absoluto empezaba a resquebrajarse de manera visible para cualquiera que prestara la atención suficiente.

Aquel martes, durante la pausa de la comida, se encerró en su despacho con la puerta cerrada y marcó el número de su madre con una determinación que llevaba días posponiendo, incapaz de seguir

cargando solo con la combinación de información incompleta y miedo difuso que había estado acumulando desde el viernes.

—¿Hugo? —La voz de Irene, al otro lado, sonó con una alarma inmediata, poco habitual en una llamada de mediodía entre semana —. ¿Va todo bien?

—Sí, sí, todo bien. —La misma mentira automática de siempre, aunque esta vez le costó más esfuerzo del habitual pronunciarla—. Bueno, no del todo. Necesito hablar contigo de algo, mamá. En persona, si puede ser.

—¿De qué se trata?

Hugo se quedó callado un momento, con el teléfono pegado a la oreja y la mirada fija en un punto indefinido de la pared de su despacho, intentando encontrar las palabras adecuadas para algo que no tenía ninguna manera sencilla de decir por teléfono.

—Es sobre algo de hace mucho tiempo. Algo que pensaba que ya no tenía ninguna importancia, y ahora ya no estoy tan seguro.

El silencio que siguió, al otro lado de la línea, duró lo suficiente para que Hugo entendiera, sin necesidad de ninguna palabra adicional, que su madre sabía exactamente de qué estaba hablando, aunque ninguno de los dos hubiera pronunciado todavía ningún nombre concreto.

—¿Puedes venir esta tarde, después del trabajo? —dijo finalmente Irene, con una voz que se esforzaba por sonar tranquila y no conseguía del todo disimular la tensión por debajo—. Hablamos en persona. Es mejor así.

—Vale. Allí estaré.

Colgó, y se quedó sentado en su despacho durante varios minutos más, sintiendo, por primera vez en días, algo parecido a un alivio extraño: el peso que había estado cargando solo durante cuatro días iba a empezar, en unas horas, a compartirse con la única persona que probablemente entendía mejor que nadie la magnitud completa de lo que estaba en juego.

Volvió a la reunión de la tarde con sus socios fingiendo una normalidad que, esta vez, le costó menos esfuerzo de lo esperado, simplemente porque saber que en unas horas iba a poder hablar con su madre, fuera lo que fuera lo que ella tuviera que decirle, le

devolvía una sensación de estructura que llevaba días sin sentir. Revisó los planos pendientes, aprobó dos presupuestos sin la atención que normalmente les habría dedicado, y a las seis en punto salió del estudio sin despedirse de nadie en particular, conduciendo hacia la casa de sus padres con una mezcla de alivio y temor que no recordaba haber sentido con tanta intensidad desde que era mucho más joven.

CAPÍTULO 26

«NO SÉ SI PUEDO»

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Hugo llegó a las siete y media, sin avisar del todo el motivo exacto de la visita más allá del mensaje escueto que había enviado desde el coche —Voy para allá, llego en veinte minutos— y cuando Fernando abrió la puerta, extrañado por una visita de su hijo entre semana sin previo aviso, Irene ya estaba esperando en el salón, de pie, con los brazos cruzados en un gesto defensivo que no era habitual en ella.

—Voy a necesitar hablar con mi madre un momento solos, Fernando —dijo Hugo, con una formalidad incómoda que hizo que su padre lo mirara con una preocupación inmediata.

—¿Va todo bien?

—Todo bien —contestaron madre e hijo casi al mismo tiempo, con la misma entonación automática que Fernando, esta vez, no se creyó del todo.

Fernando se retiró a su despacho, no sin lanzar una última mirada hacia los dos que dejaba claro que aquella «normalidad» declarada no lo había convencido en absoluto, y en cuanto la puerta se cerró, Hugo se dejó caer en el sofá con el peso completo de cuatro días de tensión acumulada.

—Encontré artículos. De una periodista. Lleva años escribiendo sobre el caso, defendiendo que Rubén Sotelo era inocente.

—Lo sé, Hugo.

—¿Lo sabes?

—Lo sé desde hace una semana. He estado investigando yo también.

Hugo se quedó mirándola, procesando la confirmación de que su madre llevaba el mismo tiempo que él cargando con la misma información, sin que ninguno de los dos hubiera compartido nada con el otro hasta ese mismo momento.

—Mamá, tienes que arreglar esto. Como hiciste entonces. No puedo permitir que esto le llegue a Patricia, a mis hijos. No puedo permitir que Mateo y Clara tengan que enterarse de algo así sobre su padre.

Irene se quedó callada un momento, mirando a su hijo de cuarenta y un años pedirle, con las mismas palabras casi exactas que había usado a los diecisiete, que volviera a resolver un problema que él mismo había creado, sin ofrecer ninguna responsabilidad propia más allá de la petición de ayuda.

—Hugo, esta vez no sé si puedo.

La frase cayó sobre la habitación con un peso que ninguno de los dos esperaba, y por la expresión de Hugo, Irene entendió que era la primera vez, en toda la vida de su hijo, que ella admitía ante él la posibilidad real de que algo estuviera fuera de su control.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? Siempre puedes. Eres la persona más capaz que conozco.

—Esta vez la persona que tiene la información no quiere dinero, ni tiene miedo de las consecuencias legales de hablar. Esta vez la persona que tiene la información pasó veinticuatro años pensando exactamente en este momento, y no hay ninguna negociación que yo pueda ofrecerle que valga más, para él, que finalmente decir la verdad.

Hugo se quedó en silencio, mirando a su madre con una expresión que mezclaba incredulidad y un miedo que parecía estar descubriendo, por primera vez en su vida adulta, en toda su magnitud real.

—Entonces qué hacemos.

—No lo sé todavía. —Irene se levantó del sofá y caminó hasta la ventana, dándole la espalda a su hijo durante un momento, como si necesitara ese espacio para poder pensar con algo de la claridad que la presencia de Hugo le impedía mantener—. Lo que sí sé es que cualquier cosa que hagamos ahora, cualquier intento de presionarlo o de intimidarlo o de ofrecerle algo a cambio de su silencio, probablemente va a empeorar las cosas en lugar de mejorarlas. Este hombre ha estudiado nuestro caso durante más años de los que tú llevas siendo padre. Seguramente conozca el sistema legal mejor

que muchos abogados que conozco. No va a cometer ningún error que podamos usar en su contra.

—¿Y si hablamos con él? ¿Si le pedimos, directamente, que pare?

Irene se giró hacia su hijo, y por un momento pareció que iba a decir algo, pero se contuvo, decidiendo que todavía no era el momento de contarle que ella misma ya tenía la dirección donde Rubén vivía, ni que llevaba días considerando exactamente esa posibilidad sin atreverse a actuar todavía.

—Quizá. Pero antes necesito entender mejor qué es lo que realmente quiere, más allá de la satisfacción obvia de vernos sufrir un poco de lo que él sufrió.

Hugo asintió, sin sentirse del todo tranquilizado por la respuesta, y los dos se quedaron en silencio durante un rato, cada uno procesando a su manera la conversación que acababan de tener, sin saber todavía que esa misma noche, a varios kilómetros de distancia, el hombre del que estaban hablando llevaba ya horas observando, sin que ninguno lo supiera, la rutina diaria del propio Hugo.

CAPÍTULO 27

LA MENTIRA

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Hugo se marchó poco después de las diez, sin que ninguno de los dos hubiera llegado a ninguna solución concreta más allá de la promesa vaga de Irene de «pensar en algo», una promesa que ella misma sabía, mientras la pronunciaba, que no tenía ningún contenido real detrás.

Fernando salió de su despacho en cuanto oyó el coche de Hugo alejarse por la calle, y encontró a Irene todavía sentada en el sofá, en la misma postura en la que había permanecido durante la última media hora de la conversación con su hijo, con la mirada fija en un punto de la pared que no contenía absolutamente nada de interés.

—¿Vas a contarme qué está pasando?

—No es nada que tenga que preocuparte, Fernando. Un asunto del trabajo de Hugo, problemas con un cliente.

Lo dijo con la misma fluidez entrenada de siempre, la voz firme, la mirada estable, todos los marcadores físicos de la verdad que veinte años de experiencia profesional le habían enseñado a proyectar incluso cuando estaba mintiendo. Pero Fernando, sentándose a su lado en el sofá con un movimiento lento, deliberado, la miró con una expresión que Irene no le había visto nunca antes en treinta años de matrimonio: la expresión específica de alguien que, por primera vez, ha decidido no creer una palabra de lo que su pareja acaba de decir, y que ha decidido, también, no decirlo en voz alta todavía.

—Llevas días rara, Irene. Desde antes de esto. Desde la cena en que te pregunté por tus dudas sobre los casos antiguos.

—Estoy cansada, eso es todo. La entrevista del Supremo, el caso Olmedo, ahora esto de Hugo. Es mucho de golpe.

—Puede ser. —Fernando le cogió la mano, con un gesto que era a la vez cariñoso y, de algún modo que Irene no conseguía nombrar

del todo, también una advertencia—. Pero llevamos treinta años juntos, y nunca te había visto mentirme con tanta práctica. Eso me preocupa más que cualquier problema de trabajo que pudieras contarme directamente.

Irene no contestó. No tenía ninguna respuesta que pudiera dar sin acercarse más de lo que estaba dispuesta a acercarse a una verdad que llevaba veinticuatro años protegiendo con éxito, y el silencio, otra vez, le pareció la única opción disponible.

Fernando no insistió más esa noche. Pero cuando subieron a la habitación y se metieron en la cama, sin apagar la luz todavía, le dijo una última frase antes de darse la vuelta hacia su lado:

—Cuando estés lista para contarme la verdad, voy a estar aquí. Pero no me pidas que siga creyendo que todo esto es solo cansancio, porque los dos sabemos que no lo es.

Irene se quedó mirando el techo mucho después de que la respiración de Fernando se volviera regular, pensando que la distancia entre ellos, esa misma noche, se había ensanchado de una manera que ningún viaje pendiente ni ninguna cena de aniversario iba a poder cerrar del todo mientras ella siguiera eligiendo, una vez más, el silencio por encima de la verdad.

Pensó en las decenas de ocasiones, a lo largo de treinta años de matrimonio, en que Fernando le había contado cosas difíciles sobre su propio trabajo, sobre sus propias dudas, sobre momentos en los que él mismo se había sentido inseguro o equivocado, confiando en que ella supiera qué hacer con esa vulnerabilidad sin usarla nunca en su contra. Y pensó que ella, durante esos mismos treinta años, nunca le había devuelto exactamente esa misma confianza, manteniendo siempre una zona completamente sellada de su propia historia que ni siquiera la persona con la que compartía su vida entera tenía permiso para tocar.

Se preguntó, ya muy tarde, casi a punto de quedarse dormida sin haberlo decidido del todo, si esa incapacidad suya para compartir lo más difícil era la misma incapacidad que, sin darse cuenta, le había transmitido a Hugo: la convicción silenciosa de que algunos errores son demasiado grandes para confesarlos, y que la única opción

razonable, frente a algo así, es enterrarlos tan hondo que ni siquiera las personas que más te quieren puedan encontrarlos.

Esa idea, formulada con tanta claridad por primera vez, la mantuvo despierta todavía un rato más, dándole vueltas a la posibilidad incómoda de que su silencio de treinta años no hubiera sido únicamente un acto de autoprotección, sino también, sin que ella lo hubiera planeado nunca de manera consciente, una lección que su propio hijo había aprendido a la perfección: que cuando algo te avergüenza lo suficiente, la solución no es enfrentarlo, sino encontrar a alguien capaz de hacer que el problema desaparezca sin que tú tengas que ensuciarte las manos.

CAPÍTULO 28

LOS HIJOS DE HUGO

Calle residencial, barrio de El Viso, Madrid

Rubén llevaba aparcado frente a la casa de Hugo desde las siete y media de la mañana, observando el chalet de dos plantas con el mismo cuidado metódico con el que había observado, semanas antes, el edificio de los juzgados, anotando mentalmente los horarios, las rutinas, los detalles pequeños que terminaban, casi siempre, revelando más de lo que cualquiera de sus dueños imaginaba.

No tenía intención de acercarse. Todavía no. Solo necesitaba completar el mapa que llevaba semanas construyendo, y la vida de Hugo Salgado —la última pieza de ese mapa que todavía no había confirmado en persona— era una pieza que necesitaba ver con sus propios ojos antes de decidir si tenía algún papel que jugar en lo que venía después.

A las ocho y cuarto, la puerta del chalet se abrió, y dos adolescentes salieron cargados con mochilas escolares, discutiendo algo entre ellos con la energía despreocupada de quien todavía no ha tenido que enfrentarse a ninguna versión seria de la palabra «consecuencias». El chico, que debía de tener quince o dieciséis años, llevaba el pelo peinado hacia un lado con el mismo gesto despreocupado con el que cualquier adolescente de esa edad lo llevaría; la chica, más joven, caminaba unos pasos por delante, revisando algo en su teléfono con la concentración absoluta que solo los adolescentes parecen capaces de aplicar a una pantalla.

Rubén los observó caminar hasta la esquina, donde un autobús escolar los esperaba junto a otros niños del barrio, y sintió algo que no esperaba sentir: no rabia hacia ellos, que evidentemente no tenían ninguna culpa de nada de lo que había sucedido antes de que ninguno de los dos naciera, sino una tristeza concreta y específica al pensar que esos dos adolescentes, en algún momento de los

próximos días o semanas, iban a tener que aprender una versión de la historia de su propio padre que nadie, hasta ahora, les había contado.

Pensó en Marta, que nunca llegó a tener la oportunidad de convertirse en una madre que viera a sus propios hijos subir a un autobús escolar cualquier mañana de octubre. Pensó en sí mismo a los diecinueve años, sin hijos, sin ninguna posibilidad real de tenerlos durante los siguientes veinticuatro, viendo pasar frente a él, desde la ventanilla de un coche prestado, la vida normal y completa que el sistema le había arrebatado sin que él hubiera hecho nada para merecerlo.

El autobús se llevó a los dos hermanos, y Rubén se quedó un rato más frente a la casa, hasta que vio a Hugo salir también, con traje y maletín, subir a su propio coche y alejarse en dirección al centro, sin notar en ningún momento el vehículo aparcado a media manzana de distancia ni al hombre que, desde dentro, llevaba ya casi una hora observándolo todo.

Arrancó el coche unos minutos después, satisfecho con lo que había confirmado, aunque todavía sin decidir del todo qué papel iban a jugar esos dos adolescentes, si alguno, en el plan que seguía construyendo pieza a pieza. Lo único que sabía con certeza, mientras se alejaba de aquella calle tranquila, era que cualquier decisión que tomara a partir de ahora iba a tener que pasar, inevitablemente, por la pregunta de cuánto daño colateral estaba dispuesto a aceptar para conseguir lo que había venido a buscar.

Condujo de vuelta hacia el apartamento de Sara con las ventanas bajadas, dejando que el aire frío de la mañana le despejara un poco la cabeza, intentando ordenar los pensamientos contradictorios que la visión de aquellos dos adolescentes le había dejado. Por un lado, la confirmación de que Hugo había construido exactamente la vida que el sistema le permitió construir, sin obstáculos, sin condena, libre de las consecuencias que él mismo había tenido que pagar por algo que ni siquiera había hecho. Por otro lado, una incomodidad creciente ante la idea de que cualquier cosa que decidiera hacer a partir de ahora pudiera, de manera directa o indirecta, alcanzar

también a esos dos chicos que no tenían absolutamente ninguna responsabilidad en nada de lo ocurrido.

Cuando llegó al apartamento, Sara ya se había marchado a una cita relacionada con otro de sus artículos, y Rubén se quedó solo, sentado a la mesa de la cocina, con el cuaderno de anotaciones abierto delante de él, repasando una vez más cada pieza del plan, preguntándose si existía alguna versión de lo que estaba construyendo que pudiera alcanzar a Irene sin que el impacto se extendiera también hacia las personas que la rodeaban, personas que, como Mateo y Clara, no habían elegido absolutamente nada de lo que estaba a punto de caer sobre sus vidas.

CAPÍTULO 29

EL PARADERO

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

Irene decidió, después de la conversación con Fernando y de la visita de Hugo, que ya no podía seguir reaccionando únicamente a lo que Rubén decidiera hacer. Necesitaba saber dónde estaba, cómo vivía, con quién, y la única manera de conseguir esa información sin levantar sospechas oficiales era a través de canales que ella misma pudiera controlar completamente.

Llamó a un antiguo compañero de la judicatura, Fermín Alarcón, que se había especializado durante años en derecho administrativo y mantenía, por motivos profesionales legítimos, contactos en el padrón municipal que podían ahorrarle semanas de trámites a cualquiera dispuesto a pedir el favor adecuado.

—Necesito localizar el domicilio actual de una persona. Nada oficial, solo para confirmar un dato.

—¿De qué se trata, Irene? Normalmente no me pides este tipo de cosas.

—Un asunto personal. Preferiría no entrar en detalles.

Fermín se quedó callado un momento, y cuando volvió a hablar, su tono había cambiado, perdiendo la cordialidad rutinaria de los primeros minutos de la llamada.

—Mira, te voy a dar el dato que pides, porque hemos trabajado juntos muchos años y confío en que sabes lo que haces. Pero quiero decirte algo primero, como amigo: este tipo de consultas, aunque sean informales, dejan rastro. Si alguna vez alguien revisa con quién has hablado en las últimas semanas, en qué contexto, esto va a aparecer. Y si lo que estás investigando tiene algo que ver con tu candidatura al Supremo, te recomendaría mucho cuidado con cuántas piedras más mueves antes de esa entrevista.

Irene sintió que la advertencia, aunque bien intencionada, le caía encima con un peso adicional que no necesitaba en ese momento.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Fermín.

—Te mando el dato en un par de horas.

La información llegó, efectivamente, dos horas después: una dirección en un barrio del sur de Madrid, un apartamento alquilado a nombre de una tal Sara Bermúdez Ochoa, donde, según el registro municipal, también figuraba empadronado, desde hacía unos días, un tal Rubén Sotelo Marchena.

Irene se quedó mirando la dirección durante un buen rato, sintiendo que ahora tenía algo concreto, un lugar físico al que podría, si quisiera, presentarse en persona. Imaginó, durante un instante, cómo sería esa conversación: ella de pie frente a la puerta de un apartamento desconocido, esperando a que alguien abriera, sin saber exactamente qué palabras usar para empezar algo que llevaba veinticuatro años posponiendo. Pero junto a esa información llegaba también la advertencia de Fermín, resonando con una claridad incómoda: cada paso que daba para protegerse dejaba, a su vez, un rastro nuevo que alguien, en algún momento, podría seguir hasta llegar exactamente a ella.

Abrió un mapa en el ordenador y localizó la dirección exacta, estudiando la zona con la misma atención meticulosa que aplicaría a cualquier expediente profesional: un edificio de apartamentos de tamaño medio, en una calle tranquila, sin nada que llamara especialmente la atención salvo el hecho de que, en algún piso de ese edificio, vivía el hombre que tenía en su poder la información capaz de destruir todo lo que ella había construido durante veinticuatro años.

Se preguntó cuántas veces, durante esos mismos días, Rubén habría hecho exactamente lo mismo que ella estaba haciendo ahora: estudiar un mapa, memorizar una dirección, imaginar una conversación que llevaba años posponiendo. La simetría de la situación, lo similares que resultaban sus posiciones respectivas pese a estar en lados completamente opuestos de la misma historia, le produjo una sensación de vértigo que no consiguió nombrar del todo antes de cerrar el ordenador y guardar la dirección en un lugar de su memoria que no necesitaba ningún papel para recordar.

Salió del despacho ya entrada la tarde, con la dirección repitiéndose en su cabeza como una letanía que no conseguía silenciar, y condujo hacia su casa por una ruta más larga de la habitual, sin ninguna razón concreta para hacerlo salvo la necesidad de tener unos minutos más antes de tener que volver a fingir, delante de Fernando, que aquel día había sido exactamente igual que cualquier otro, exactamente igual que todos los días tranquilos que ya empezaban a parecerle, en retrospectiva, pertenecientes a otra vida distinta de la suya.

CAPÍTULO 30

LA DECLARACIÓN

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

El correo certificado llegó a media tarde, mientras Irene todavía estaba en el trabajo, y fue Fernando quien lo recibió, firmando el acuse de recibo sin sospechar que el remitente, identificado solo con las iniciales R.S.M. y una dirección de un barrio que no significaba nada para él, iba a cambiar por completo el resto de la noche.

—Esto llegó para ti —dijo, dejando el sobre acolchado sobre la mesa de la cocina en cuanto Irene entró por la puerta—. Certificado. Tuve que firmar.

Irene reconoció las iniciales del remitente antes incluso de que su mente terminara de procesar conscientemente lo que significaban, con esa misma rapidez instintiva con la que un cuerpo reconoce el peligro antes de que la razón consiga ponerle nombre.

—Gracias. Voy a revisarlo en el despacho.

—¿Va todo bien?

—Sí. Trabajo.

Subió al despacho con el sobre todavía sin abrir, cerró la puerta, y se sentó frente al escritorio con las manos temblando lo suficiente para que le costara dos intentos rasgar el papel por el borde correcto.

Dentro había una sola hoja: una fotocopia, de una calidad casi perfecta, de la declaración original que ella misma había redactado y manipulado hacía veinticuatro años, con las dos firmas alteradas marcadas con un círculo a lápiz, y al final, escrito con la misma letra pequeña y precisa de las dos comunicaciones anteriores, una nota breve:

Esto es solo una copia. El original sigue exactamente donde lo dejaste, esperando. Y hay diecinueve páginas más donde se explica, con todo el detalle que un tribunal necesitaría, por qué estas firmas no coinciden con el resto del expediente. Tienes hasta que se

confirme tu nombramiento en el Supremo para decidir qué hacer con esta información. Después de esa fecha, voy a decidir yo.

Irene leyó la nota tres veces, sintiendo que cada lectura le confirmaba, con más claridad que la anterior, la magnitud completa de lo que estaba enfrentando.

No era un hombre actuando por impulso, ni por rabia descontrolada después de veinticuatro años de espera. Era alguien que había construido, con la misma paciencia metódica que ella misma habría admirado en cualquier otro contexto profesional, un caso completo contra ella, documentado, fechado, con un plazo concreto y una amenaza explícita de lo que sucedería si ese plazo se agotaba sin que ella hiciera nada.

Rubén Sotelo no había perdido nada en veinticuatro años. Lo había guardado todo, cada pieza, cada detalle, esperando exactamente este momento.

Y ahora, por primera vez desde que todo esto había empezado, Irene entendió con una certeza absoluta que el reloj que durante días había sentido correr de manera abstracta, difusa, acababa de adquirir una fecha límite concreta, y que ya no le quedaba ningún margen para seguir posponiendo la decisión sobre qué iba a hacer al respecto.

Bajó a la cocina, sirvió dos copas de vino sin que Fernando le hubiera pedido ninguna, y se sentó frente a él en la mesa donde habían cenado tantas veces durante treinta años, intentando decidir, en el espacio de los pocos segundos que tardó en sentarse, si esta era finalmente la noche en que le iba a contar la verdad completa, o si todavía necesitaba un poco más de tiempo para reunir el valor necesario.

—Fernando.

Él levantó la vista del libro que estaba leyendo, reconociendo de inmediato algo distinto en el tono de su voz, algo que llevaba días esperando sin saberlo.

—¿Qué pasa?

Irene se quedó mirando la copa de vino sin tocarla, con el peso completo de la carta que tenía guardada arriba, en el cajón cerrado con llave, junto a la fotografía y la nota del registro civil, cada objeto

acumulado en ese cajón pesando un poco más sobre su capacidad de seguir manteniendo el silencio que había sostenido durante veinticuatro años.

—Necesito contarte algo. Y necesito que me prometas que vas a escucharlo todo antes de decir nada.

Fernando cerró el libro, despacio, y se quedó mirándola con una expresión que mezclaba alivio y miedo a partes iguales, como si llevara semanas esperando exactamente esa frase y, ahora que por fin llegaba, no estuviera del todo seguro de querer escuchar lo que venía después.

CAPÍTULO 31

LA VERSIÓN

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

Irene llegó al despacho aquella mañana con una decisión ya tomada, aunque todavía no la hubiera verbalizado del todo ni siquiera para sí misma: no iba a acudir a la policía. No iba a denunciar el sobre, ni la llave en la guantera, ni la declaración manipulada llegada por correo certificado. Cualquier denuncia formal exigiría explicar el contenido exacto de lo que estaba denunciando, y ese contenido, inevitablemente, conduciría hacia preguntas que ella no podía permitirse que nadie formulara.

Se sentó frente al escritorio, sacó una hoja de papel en blanco, y empezó a redactar, mentalmente primero y después con la pluma sobre el papel, una versión de los hechos de hace veinticuatro años que pudiera sobrevivir a cualquier escrutinio futuro. No para presentarla ante ningún tribunal —la idea de hacer algo así todavía le resultaba inconcebible— sino como ejercicio de supervivencia, la misma disciplina que aplicaba a cualquier caso complicado: entender exactamente qué pruebas existían, qué huecos había en ellas, qué relato alternativo podía sostenerse si algún día se veía obligada a defenderse.

Escribió: La fiscal actuó dentro del margen de discrecionalidad investigadora habitual para la época. Las inconsistencias señaladas en las firmas pueden atribuirse a un proceso administrativo apresurado, no a una manipulación deliberada.

Se detuvo, leyó la frase, y la tachó con una raya gruesa que atravesó el papel de lado a lado.

Era mentira, y una mentira que cualquier grafólogo competente, con el tiempo y el acceso adecuados, podría desmontar en cuestión de horas. Las firmas no eran «inconsistentes por un proceso apresurado»: estaban deliberadamente alteradas, con una precisión

que ella misma había practicado durante noches enteras antes de sentirse segura de que nadie las cuestionaría.

Empezó de nuevo, esta vez con una versión distinta, más honesta en su estructura aunque no en su conclusión: La fiscal, enfrentada a presiones personales extraordinarias, tomó decisiones que en retrospectiva no debería haber tomado. Sin embargo, dichas decisiones no alteraron sustancialmente el resultado del proceso, dado que las pruebas independientes contra el condenado eran, en su momento, suficientes para sostener la acusación sin necesidad de la documentación cuestionada.

Esa versión, al menos, contenía algo de verdad reconocible. Pero también sabía, con la misma claridad profesional con la que habría evaluado el argumento de cualquier abogado defensor, que ningún tribunal aceptaría esa narrativa sin investigar primero qué «pruebas independientes» existían realmente, y esa investigación llevaría, inevitablemente, de vuelta al punto de partida: que sin la manipulación, el caso contra Rubén Sotelo nunca habría sido tan sólido como resultó ser.

Dobló la hoja, la guardó en el bolso en lugar del cajón del despacho —ya no confiaba en ningún espacio que pudiera considerarse seguro dentro del edificio— y se quedó sentada un momento más, pensando que aquel ejercicio, por inútil que pudiera resultar al final, era la primera vez en veinticuatro años que se permitía mirar de frente la arquitectura completa de lo que había construido, sin la protección habitual de la distancia profesional.

Pensó en todos los años que había pasado aconsejando a fiscales jóvenes, en los cursos de formación donde explicaba con autoridad incuestionable la importancia de la integridad probatoria, la inviolabilidad de la cadena de custodia, los principios fundamentales que sostenían la confianza del ciudadano en el sistema judicial. Había dado esas charlas decenas de veces, con una convicción que en su momento le parecía absolutamente genuina, sin que ni una sola vez, en todos esos años, alguien le hubiera preguntado directamente si ella misma había vivido siempre según esos mismos principios que enseñaba con tanta seguridad a los demás.

La ironía no le pasó desapercibida: había construido una reputación profesional entera sobre la defensa rigurosa de exactamente los valores que ella misma había traicionado en el momento más importante de su vida, y esa contradicción, sostenida durante dos décadas sin que nadie la cuestionara, se sostenía únicamente sobre el silencio, sobre la ausencia de cualquier persona dispuesta a tirar del hilo correcto en el momento adecuado.

Sonia llamó a la puerta a las diez, recordándole que la sesión del caso Olmedo retomaba en quince minutos, y Irene cerró el cuaderno donde había estado escribiendo, se recompuso el gesto profesional que llevaba toda la vida perfeccionando, y caminó hacia la sala con la sensación extraña de estar interpretando, por primera vez de manera consciente, un papel que durante veinticuatro años había creído que era simplemente quien era.

CAPÍTULO 32

EL PERITO

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Sara encontró la cita anotada en la agenda compartida que usaban para coordinar las gestiones relacionadas con el caso, un hábito que habían adoptado las últimas semanas para evitar duplicar esfuerzos: Viernes, 11.00h. Joaquín Ferrer, perito grafólogo judicial. C/ Alcalá 142.

—¿Cuándo decidiste esto? —preguntó, encontrando a Rubén en la cocina, preparando café con la misma meticulosidad con la que hacía todo lo demás.

—Hace tres días. Necesitamos una opinión profesional sobre las firmas, alguien con credenciales que un tribunal tendría que tomar en serio si esto llega tan lejos.

—Rubén, presionarla con objetos en su coche es una cosa. Llevar las pruebas a un perito oficial es otra completamente distinta. Eso ya no es advertirla. Eso es empezar a construir un caso formal.

—Es exactamente lo que es. —Rubén se sirvió el café, sin alterar el tono calmado que mantenía en cada conversación de este tipo—. Y es exactamente lo que tenía que pasar en algún momento, Sara. No puedo seguir indefinidamente con advertencias y fotografías. En algún punto, esto tiene que convertirse en algo que un tribunal pueda usar, si ella decide no hacer lo correcto por su cuenta.

—¿Y si el perito identifica algo que comprometa el modo en que conseguiste las copias? ¿Si pregunta de dónde sacaste los documentos originales para comparar las firmas?

—Le he dicho que son copias de un expediente familiar antiguo, relacionado con una herencia disputada. No tiene ninguna razón para no creérmelo, y no necesita saber más que eso para hacer su trabajo.

Sara se quedó mirándolo, reconociendo en la fluidez de la respuesta la misma habilidad que Rubén había desarrollado durante

años para anticipar cada pregunta antes de que se formulara, una habilidad que en otro contexto ella misma habría admirado profesionalmente, y que ahora, dirigida hacia el objetivo que era, le producía una inquietud que no conseguía aplacar del todo.

—Esto ya no tiene vuelta atrás, ¿verdad? En el momento en que un perito oficial emita un informe, da igual lo que decidas hacer después con ese informe. Va a existir.

—Exactamente. —Rubén la miró directamente, con una expresión que por primera vez en días dejaba ver algo parecido a la duda—. Y necesito que ese informe exista, Sara, porque sin él, todo lo que tengo es la palabra de un hombre que ya fue condenado una vez por un jurado que no le creyó. Con él, tengo algo que cualquier tribunal tendría que tomar en serio, independientemente de quién lo presente.

Sara se sentó frente a él, y se quedó en silencio un momento, pensando en todos los años que había dedicado a este caso desde el otro lado, como periodista, como abogada de oficio, siempre desde fuera del sistema que tenía la capacidad real de cambiar algo. Ahora, viendo a Rubén construir metódicamente las piezas de un caso formal, sintió un vértigo casi profesional: estaba presenciando, en tiempo real, la construcción del expediente que ella misma había soñado durante casi dos décadas con poder presentar algún día, solo que esta vez no era ella quien lo construía, sino el hombre cuya inocencia había defendido durante tanto tiempo sin éxito.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer si el informe confirma todo lo que sospechas? —preguntó finalmente—. No el plan de presión que has estado construyendo. Me refiero a después. Cuando todo esto termine, sea como sea que termine, ¿qué va a quedar de tu vida que no esté organizado alrededor de Irene Salgado?

Rubén no contestó enseguida, y el silencio que siguió le dijo a Sara más de lo que cualquier respuesta inmediata habría podido decirle.

—No lo he pensado —admitió finalmente—. Y creo que es porque, en algún nivel, todavía no consigo imaginar que exista una versión de mi vida después de esto. Durante veinticuatro años, cada día tenía el mismo propósito exacto: sobrevivir hasta el siguiente, sin

perder de vista por qué merecía la pena seguir haciéndolo. No sé qué se supone que tengo que hacer con los días, una vez que ese propósito deje de existir.

—Eso me preocupa más que cualquier cosa que le hayas hecho a ella hasta ahora.

—Lo sé. —La miró, y por primera vez desde que se conocían, algo en su expresión pareció pedirle, sin palabras, que no insistiera más en esa dirección, al menos no esa tarde—. Dame tiempo para llegar hasta el final de esto, Sara. Después, te prometo que voy a pensar en serio en la pregunta que me acabas de hacer.

Sara asintió, sin estar del todo convencida, pero decidiendo, una vez más, conceder a Rubén el margen de confianza que llevaba tiempo extendiéndole, incluso cuando cada nueva pieza del plan la acercaba más a la sensación de que estaba ayudando a construir algo que, en el fondo, no sabía si terminaría salvando a Rubén o consumiéndolo del todo.

CAPÍTULO 33

LA CONFIRMACIÓN

Despacho de Joaquín Ferrer, calle Alcalá, Madrid

El despacho de Joaquín Ferrer ocupaba la segunda planta de un edificio antiguo cerca de la Puerta de Alcalá, con las paredes cubiertas de diplomas enmarcados y certificaciones de cursos de grafología forense acumulados durante más de tres décadas de ejercicio profesional.

—Ha dicho por teléfono que se trata de un asunto de herencia —dijo Ferrer, ajustándose las gafas mientras extendía sobre la mesa las dos copias que Rubén le había entregado, la declaración original y una muestra de comparación que Rubén había conseguido, semanas antes, de otro documento público firmado por la misma persona en una fecha posterior—. Documentos de hace casi un cuarto de siglo. Eso complica un poco el análisis, pero no lo imposibilita.

—Entiendo que necesita tiempo.

—Un par de días, para hacerlo con el rigor que un caso como este merece. —Ferrer se inclinó sobre los documentos, examinando con una lupa de aumento los trazos de cada firma, comparándolos con una atención que a Rubén le recordó, incómodamente, la misma atención meticulosa con la que él mismo había estudiado el expediente durante años—. Pero le puedo decir, incluso ahora, sin necesidad del análisis completo, que hay algo que llama la atención de inmediato.

—¿Qué es?

—Mire aquí. —Ferrer señaló un punto concreto de la firma cuestionada—. La presión del trazo cambia de manera abrupta en este punto exacto, algo que normalmente indica una pausa, una vacilación, como si la persona que firmó hubiera necesitado un segundo de más para decidir cómo continuar. Eso no es típico de una firma genuina, donde el gesto suele ser fluido de principio a fin,

casi automático. Es mucho más típico de alguien intentando reproducir la firma de otra persona, deteniéndose justo donde su memoria del trazo original se vuelve menos segura.

Rubén sintió que algo en su pecho, una tensión que llevaba semanas cargando sin nombrarla del todo, se aflojaba ligeramente por primera vez.

—¿Está diciendo que la firma es falsa?

—Estoy diciendo que hay indicios preliminares fuertes en esa dirección. El informe completo, con el análisis comparativo detallado, podría confirmarlo con un grado de certeza que cualquier tribunal tomaría en serio. Pero antes de seguir adelante, señor... —Ferrer consultó sus notas— Sotelo, necesito preguntarle algo directamente, porque mi experiencia me dice que las herencias familiares rara vez requieren este nivel de precisión forense. ¿Hay algo más en juego aquí de lo que me ha contado?

Rubén se quedó callado un momento, calculando, como hacía con cada decisión desde que había salido de prisión, exactamente cuánta verdad podía permitirse revelar sin comprometer nada esencial.

—Hay más en juego de lo que le he contado. Pero por ahora, solo necesito el informe técnico. El resto, cuando llegue el momento, se lo explicaré con todo el detalle que merece.

Ferrer lo miró un momento más, con la curiosidad profesional de alguien que ha visto, a lo largo de los años, demasiados casos extraños para sorprenderse con facilidad, y finalmente asintió, volviendo su atención a los documentos.

—Tendrá el informe el lunes.

Rubén se levantó para marcharse, pero antes de llegar a la puerta, Ferrer añadió algo más, sin levantar la vista de los papeles que ya había empezado a organizar sobre su mesa de trabajo.

—Una última cosa, señor Sotelo. En treinta y dos años de profesión, he visto muchos documentos antiguos relacionados con herencias, divorcios, disputas familiares de todo tipo. Casi nunca llegan acompañados de la tensión que he notado en usted durante esta consulta. No es asunto mío preguntarle más de lo que está dispuesto a contarme, pero si en algún momento necesita que mi

informe se presente formalmente ante alguna instancia oficial, quiero que sepa que mi trabajo se sostiene exclusivamente sobre la evidencia técnica, sin importar quién sea el cliente ni cuáles sean las consecuencias de mis conclusiones.

—Es exactamente lo que necesito que sea.

Salió del despacho hacia la calle Alcalá con una sensación que no había sentido en mucho tiempo: la certeza tranquila de que, por primera vez desde que había salido de prisión, estaba construyendo algo con la solidez suficiente para sostenerse por sí mismo, independientemente de lo que decidiera hacer con ello después. Caminó varias manzanas sin rumbo concreto, dejando que el ruido de la ciudad le llenara la cabeza de algo distinto de los cálculos constantes que llevaba semanas haciendo, permitiéndose, por unos minutos, la ilusión momentánea de que aquello que estaba construyendo podría, eventualmente, terminar de una manera que no implicara seguir cargando con el peso de Irene Salgado durante el resto de su vida.

CAPÍTULO 34

EL DESPACHO DE CASA

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Irene llegó a casa más tarde de lo habitual, después de una sesión del caso Olmedo que se había alargado por las conclusiones finales de la defensa, y encontró la casa en silencio: Fernando había salido a cenar con su hermano, un compromiso que llevaba semanas en el calendario y que, esa noche concreta, Irene se alegró de que existiera, porque necesitaba unos minutos completamente sola antes de tener que volver a fingir cualquier cosa delante de nadie.

Subió al despacho de la planta de arriba, la habitación donde guardaba sus documentos personales, sus libros de derecho, y la caja fuerte detrás de la balda que llevaba semanas convertida en el centro silencioso de toda su ansiedad. Encendió la luz, y se detuvo en el umbral antes de terminar de entrar.

Algo estaba fuera de lugar.

No de una manera obvia, no como si alguien hubiera revuelto los cajones o tirado los libros de las estanterías. Era algo mucho más sutil, mucho más inquietante precisamente por su sutileza: la silla de su escritorio, que ella siempre dejaba orientada hacia la ventana, estaba girada ligeramente hacia la puerta, como si alguien se hubiera sentado en ella y, al levantarse, no hubiera conseguido devolverla a su posición exacta original.

Caminó hacia la balda de libros con las piernas más rígidas de lo que le habría gustado admitir, y la apartó con cuidado, revelando la caja fuerte detrás. La rueda de combinación estaba en una posición distinta de la que ella recordaba haber dejado la última vez que la cerró, hacía solo dos días.

El corazón le latió con una violencia que no recordaba haber sentido nunca, ni siquiera en los momentos más tensos de su carrera judicial, mientras marcaba la combinación con dedos que apenas conseguía controlar.

La caja se abrió. Todo seguía dentro: las joyas de su madre, el dinero en efectivo, la carpeta con los documentos del caso original.

Pero encima de la carpeta, donde ella sabía con certeza que no había nada la última vez que la cerró, había un objeto nuevo: un bolígrafo, antiguo, de los que ya no se fabricaban, con una inscripción diminuta grabada en el cuerpo metálico que Irene no necesitó acercar a la luz para reconocer, porque la reconoció en el instante exacto en que sus dedos lo tocaron.

Era el bolígrafo que ella misma había usado, hacía veinticuatro años, para falsificar las dos firmas. El bolígrafo que había dado por perdido, hacía años, sin volver a pensar en él, sin sospechar nunca que alguien pudiera haberlo conservado, guardado, esperando exactamente este momento para devolverlo a su sitio.

No habían entrado en su despacho del trabajo, ni en su coche.

Habían entrado en su casa.

Se sentó en el suelo del despacho, con la espalda contra la pared, sosteniendo el bolígrafo entre los dedos con una delicadeza que no sabía explicar del todo, como si aquel objeto diminuto pudiera, de algún modo, hacerle daño físico además del daño que ya le estaba haciendo simplemente con su presencia. Repasó mentalmente cada sistema de seguridad de la casa: la alarma que Fernando insistía en activar cada noche, las cerraduras que habían cambiado hacía apenas dos años después de un intento de robo en la calle vecina, las cámaras que cubrían la entrada principal y el jardín trasero.

Nada de eso había servido de nada. Quien había entrado conocía exactamente cómo desactivar o evitar cada uno de esos sistemas, con la misma precisión metódica con la que había accedido a su coche, había conseguido fotografías que solo deberían existir en archivos oficiales sellados.

Pensó, con una lucidez repentina que la asustó más que cualquier otra cosa hasta ese momento, que quizá no era solo un hombre actuando solo. Quizá había alguien más, alguien con conocimientos técnicos que Rubén Sotelo, con veinticuatro años de aislamiento carcelario, no podría haber adquirido por sí mismo. Esa posibilidad, la de no saber exactamente cuántas personas estaban

involucradas ni qué recursos tenían disponibles, le resultó, de algún modo, todavía más aterradora que la certeza de un solo enemigo con un objetivo claro.

Guardó el bolígrafo de nuevo en la caja fuerte, cerró la puerta, y se quedó sentada un rato más en el suelo de su propio despacho, en su propia casa, comprendiendo que ningún espacio, ni siquiera el más íntimo, era ya completamente suyo.

CAPÍTULO 35

EL MÉTODO REPLICADO

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

No durmió aquella noche, y a la mañana siguiente, todavía con el bolígrafo guardado en un pañuelo dentro del bolso, como si necesitara protegerlo de algo aunque ya no tuviera ningún sentido protegerlo de nada, se sentó en la cocina con un café que no consiguió terminar, intentando entender el patrón completo de lo que estaba sucediendo.

Una fotografía del sumario. Un código de expediente en su coche. Una declaración manipulada por correo. Un bolígrafo de hacía veinticuatro años, devuelto a la única caja fuerte donde ella guardaba los objetos más sensibles de toda su vida.

Cada objeto, por separado, podría interpretarse como un mensaje aislado. Pero juntos, ordenados cronológicamente, formaban algo mucho más preciso y mucho más aterrador: una réplica exacta, paso a paso, del mismo método que ella misma había usado contra Rubén hacía veinticuatro años. Recopilar pruebas. Plantarlas en el lugar exacto donde causarían más impacto. Dejar que el peso acumulado de cada pieza, por pequeña que fuera, construyera una narrativa que la víctima no pudiera negar ni desmontar con facilidad.

Él no estaba improvisando. Estaba enseñándole, con una precisión casi pedagógica, exactamente lo que se sentía al ser el objetivo de ese método, replicando con un cuidado meticuloso cada una de las técnicas que ella había usado para construir el caso que lo destruyó.

Irene se levantó de la mesa, caminó hasta la ventana de la cocina, y se quedó mirando el jardín trasero de la casa, preguntándose, con un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura de la mañana, qué parte de su propia casa, de su propia vida, todavía no había sido tocada por las manos de un

hombre al que nunca había visto en persona, y cuánto tiempo más iba a tardar en descubrir la siguiente pieza que él hubiera decidido devolverle.

Pensó en llamar a un técnico de seguridad privada para revisar toda la casa, cada cerradura, cada sensor, cada punto de entrada posible, pero descartó la idea casi tan rápido como se le ocurrió: cualquier técnico que encontrara señales de manipulación profesional empezaría a hacer preguntas sobre quién podría tener motivos para entrar con tanta precisión en una casa protegida, y esas preguntas, como todas las demás desde que esto había empezado, conducían inevitablemente hacia un terreno que ella necesitaba mantener completamente oculto.

Se preparó un segundo café que tampoco bebió del todo, y se quedó de pie en la cocina, repasando mentalmente, una vez más, cada decisión que había tomado en las últimas semanas, buscando algún error, algún paso en falso que pudiera haber facilitado el acceso de Rubén a información tan íntima. No encontró ninguno que pudiera identificar con certeza, y esa misma ausencia de explicación clara le resultaba, de algún modo, más perturbadora que si hubiera podido señalar exactamente dónde había fallado.

Se sentó frente a la mesa de la cocina con un cuaderno en blanco, decidida a documentar, con la misma metodología que aplicaría a cualquier investigación profesional, cada incidente en orden cronológico exacto: la fotografía, el código en el coche, la declaración por correo certificado, el bolígrafo en la caja fuerte. Escribió fechas, horas aproximadas, cualquier detalle que pudiera, eventualmente, ayudarla a entender el patrón completo de movimientos de quien estaba haciendo esto.

A medida que escribía, una idea empezó a formarse con una claridad incómoda: cada incidente había escalado en intimidad y en riesgo asumido. La fotografía podía haberse entregado por un mensajero sin ningún contacto directo. El coche había requerido entrar en un aparcamiento semipúblico. La casa, en cambio, exigía un nivel de planificación y de riesgo personal mucho mayor, la clase de riesgo que solo alguien completamente decidido, sin nada más que perder, estaría dispuesto a asumir.

Eso significaba, comprendió cerrando el cuaderno con un golpe seco, que cada paso siguiente probablemente implicaría un riesgo todavía mayor que el anterior, y que ella tenía cada vez menos tiempo para anticipar de dónde, exactamente, iba a llegar el próximo golpe.

Se quedó sentada un rato más en la cocina, ya vacía, escuchando los ruidos habituales de la casa que durante años había asociado únicamente con tranquilidad doméstica y que ahora, por primera vez, empezaba a escuchar con una atención distinta, casi forense, catalogando cada crujido de la madera, cada sonido de las tuberías, como si necesitara aprender de nuevo el lenguaje completo de un espacio que había dejado de sentir como completamente suyo.

CAPÍTULO 36

LA SOSPECHA SOBRE MARINA

Audiencia Provincial de Madrid

El fin de semana le había dado a Irene tiempo suficiente para repasar, con la metodología analítica de toda una vida profesional, cada posible vía por la que alguien hubiera podido obtener acceso a información tan específica sobre su caso original, su rutina diaria, y ahora, su propia casa.

Llegó a una conclusión que no le gustó nada: alguien con acceso a su entorno inmediato, alguien capaz de observar sus rutinas sin levantar sospechas, tenía que estar proporcionando, consciente o inconscientemente, información que terminaba llegando hasta Rubén Sotelo.

Revisó, primero, los registros de entrada al edificio de los últimos dos meses, buscando cualquier visitante inusual, cualquier patrón que se desviara de lo normal. Después, con más reticencia, empezó a revisar algo que nunca había considerado necesario revisar antes: los movimientos de Marina, su letrada de confianza durante nueve años, la persona con más acceso directo a su agenda, sus documentos, y los detalles más íntimos de su rutina profesional.

No encontró nada concluyente en los registros oficiales. Pero al revisar las cámaras de seguridad de la cafetería frente al edificio —un favor que pidió, sin explicar el motivo exacto, a un antiguo contacto en la policía municipal que gestionaba las cámaras de tráfico de la zona— encontró algo que le heló la sangre: Marina, sentada en la misma mesa, en al menos cuatro ocasiones distintas durante el último mes, con un hombre cuya cara, en las imágenes granuladas de las cámaras de baja resolución, no conseguía identificar con certeza, pero cuya complexión y forma de moverse le resultaban inquietantemente familiares.

Pasó casi una hora repasando las grabaciones, fotograma a fotograma, intentando capturar un ángulo lo bastante claro de la

cara del hombre para poder compararlo con algo, con cualquier imagen que pudiera tener de Rubén Sotelo, aunque la única que existía era la fotografía granulada de hacía veinticuatro años que ella misma había manejado durante el juicio, y que ya no estaba del todo segura de que coincidiera con el aspecto que tendría ahora un hombre de cuarenta y tres años después de dos décadas y media de prisión.

La complexión coincidía. La altura, calculada de manera aproximada comparando con el marco de la puerta de la cafetería, también. Pero sin una imagen clara de la cara, Irene no podía confirmar nada con la certeza absoluta que necesitaba antes de actuar.

Llamó a Marina a su despacho esa misma tarde, con un pretexto administrativo cualquiera, y la observó con una atención que Marina, acostumbrada a la confianza habitual entre las dos, no pareció notar al principio.

—Marina, necesito preguntarte algo, y necesito que seas completamente honesta conmigo.

—Por supuesto, señoría. ¿Qué pasa?

—¿Has hablado con alguien, en las últimas semanas, sobre mi agenda? ¿Sobre mis casos, mis horarios, cualquier detalle de mi trabajo?

Marina se quedó pensativa un momento, sin ninguna alarma visible todavía en su expresión, repasando mentalmente sus propias conversaciones recientes con la inocencia de quien no tiene absolutamente nada que ocultar.

—He hablado con un hombre, en la cafetería de enfrente, varias veces. Es simpático, comemos cerca, hablamos de cosas generales. No le he contado nada confidencial, señoría, solo... cosas normales. Sobre el trabajo en general, lo duro que es a veces, ese tipo de cosas.

El estómago de Irene se contrajo con una certeza fría que ya no necesitaba ninguna confirmación adicional.

—Descríbemelo. Con todo el detalle que puedas.

Marina lo describió con la precisión incómoda de alguien que, sin saberlo, ha estado prestando mucha más atención de la que

admitiría a un desconocido: pelo oscuro, con algunas canas prematuras, una manera particular de sostener la taza de café con las dos manos, una cicatriz pequeña cerca de la ceja izquierda que solo se notaba si te fijabas con atención. Cada detalle que añadía confirmaba, con una precisión que a Irene le resultaba casi insoportable, que el hombre que había estado cultivando la confianza de Marina durante semanas no podía ser ninguna otra persona.

—Señoría, está empezando a asustarme con tantas preguntas. ¿Quién es ese hombre, de verdad?

Irene se quedó mirando a Marina, calculando exactamente cuánto podía revelar sin exponerse demasiado, sabiendo que cualquier mentira adicional, en este momento concreto, podría costarle la última persona de su entorno profesional en la que todavía confiaba sin reservas.

—Es alguien de un caso muy antiguo, de hace muchos años. No puedo darte más detalles ahora mismo, pero necesito que confíes en mí cuando te digo que esto es serio, y que no debes volver a hablar con él bajo ninguna circunstancia.

CAPÍTULO 37

LA CONFRONTACIÓN

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

—No entiendo por qué me pregunta esto, señoría. —Marina empezaba a notar, por fin, que aquella conversación no era una verificación rutinaria, y la alarma en su voz crecía con cada pregunta adicional—. ¿He hecho algo mal?

—Necesito que me digas exactamente qué le has contado a ese hombre. Cada detalle que recuerdes.

—Cosas normales. Que llevábamos un caso complicado, el de la señora Olmedo. Que usted tiene la entrevista del Supremo... —Marina se detuvo, y por primera vez algo parecido al miedo cruzó su expresión—. Señoría, ¿quién es ese hombre? ¿He puesto en peligro algo?

Irene se quedó mirándola un momento, calculando cuánto podía revelar sin convertir a Marina en alguien que entendiera demasiado, y decidió, finalmente, ofrecer solo la parte de la verdad estrictamente necesaria.

—Ese hombre está relacionado con un caso antiguo que tuve hace muchos años. Un caso que se ha vuelto a abrir, de manera extraoficial, y que podría tener implicaciones serias para mí. No has hecho nada deliberadamente mal, Marina, pero necesito que entiendas que cualquier información que le hayas dado, sin saberlo, puede haber sido usada en mi contra.

Marina se quedó pálida, procesando la idea de que sus conversaciones despreocupadas con un desconocido amable hubieran servido, sin que ella tuviera ninguna manera de saberlo, como una fuente de información para alguien con intenciones que ni siquiera podía empezar a imaginar.

—Lo siento muchísimo, señoría. Si hubiera sabido...

—No podías saberlo. Por eso es tan efectivo lo que ha hecho. —Irene se levantó, caminando hasta la ventana con las manos

firmemente entrelazadas detrás de la espalda, una postura que llevaba usando toda su carrera para proyectar control incluso en los momentos en que sentía exactamente lo contrario—. Necesito que a partir de ahora seas extremadamente cuidadosa con cualquier persona nueva que se acerque a ti, especialmente si parece interesada, aunque sea de manera casual, en mi trabajo. Y necesito que, si ese hombre vuelve a aparecer, me lo digas inmediatamente, sin hablar con él, sin darle ninguna información adicional.

—Por supuesto, señoría. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya, Marina. —Irene se giró hacia ella, suavizando por un momento el tono profesional que había mantenido durante toda la conversación—. Es culpa de alguien que sabe exactamente cómo aprovecharse de la confianza de la gente buena. Vamos a asegurarnos de que no vuelva a conseguirlo.

Marina asintió, todavía visiblemente afectada, y se quedó un momento más sentada frente al escritorio, como si necesitara ese tiempo adicional para terminar de procesar la magnitud de lo que acababa de descubrir sobre sus propias conversaciones de los últimos meses.

—Señoría, si me permite preguntarlo... ¿hay algo más que debería saber? Para protegerme mejor, quiero decir. Para reconocer si alguien más intenta acercarse con las mismas intenciones.

Irene se quedó pensando la respuesta más tiempo del que la pregunta, en apariencia sencilla, debería haber requerido.

—Lo más importante que necesitas saber es que esta persona es extremadamente paciente y extremadamente inteligente. No va a presentarse como una amenaza obvia. Va a parecer exactamente lo que parecía él: alguien simpático, interesado en ti como persona, sin ninguna otra intención visible. Esa es precisamente la razón por la que funciona tan bien.

—¿Debería preocuparme por mi propia seguridad?

La pregunta golpeó a Irene con una fuerza que no esperaba, obligándola a confrontar, por primera vez de manera tan directa, la posibilidad de que su propio silencio durante todas estas semanas hubiera puesto en riesgo a alguien completamente inocente, alguien que solo había cometido el error de confiar en la persona

equivocada en el momento equivocado, exactamente la misma descripción que Rubén había usado para describirse a sí mismo hacía veinticuatro años.

—No creo que tenga ningún interés en hacerte daño directamente, Marina. Su interés está centrado en mí. Pero quiero que tengas cuidado, de todas formas, y que confíes en tu instinto si algo te parece extraño en el futuro.

Marina se levantó para marcharse, todavía con preguntas que claramente no se atrevía a formular, y al llegar a la puerta se detuvo un momento, mirando hacia atrás con una expresión que mezclaba lealtad profesional y una preocupación genuina que Irene no esperaba sentir tan profundamente como la sintió en ese instante.

—Lo que necesite, señoría, cuente conmigo. Llevamos nueve años trabajando juntas. Sea lo que sea esto, no voy a dejar que le pase nada malo si está en mi mano evitarlo.

Irene esperó a que la puerta se cerrara del todo antes de permitirse, finalmente, dejar que la expresión de control profesional que había mantenido durante toda la conversación se desmoronara un poco, comprendiendo que la lealtad genuina de Marina, en ese momento concreto, le resultaba casi más difícil de soportar que cualquier amenaza directa que hubiera recibido hasta entonces.

CAPÍTULO 38

LA LLAMADA OCULTA

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

El teléfono sonó a las diez y cuarto de la noche, con un número que la pantalla mostraba simplemente como «Desconocido», sin ningún prefijo identificable, sin ningún patrón que Irene pudiera reconocer de ninguna llamada anterior.

Se quedó mirando la pantalla durante varios segundos, con Fernando ya dormido en la habitación contigua, sintiendo una certeza que no necesitaba ninguna confirmación racional para sentirse absoluta.

Contestó.

—¿Sí?

Silencio al otro lado. No el silencio vacío de una llamada perdida o una conexión fallida, sino un silencio con presencia, con la textura concreta de alguien que está ahí, escuchando, decidiendo el momento exacto en que va a hablar.

—Irene Salgado —dijo finalmente una voz de hombre, calmada, sin ninguna prisa, con una precisión en cada sílaba que sugería a alguien que había ensayado esas dos palabras durante mucho más tiempo del que cualquiera podría imaginar.

—¿Quién es usted?

—Sabe exactamente quién soy. Lleva semanas sabiéndolo, desde la primera fotografía.

Irene se quedó de pie en mitad de la cocina, con el teléfono pegado a la oreja con tanta fuerza que empezaba a dolerle. La voz al otro lado de la línea, esa voz que durante veinticuatro años había existido sólo como una abstracción en su cabeza, una pieza más de un expediente cerrado, se convertía de pronto en algo completamente real, con un timbre concreto, con un acento que situaba a su dueño en algún lugar de Madrid sin más precisión que esa.

—¿Qué quiere?

—Hablar. Solo eso, por ahora. —Una pausa, calculada, antes de continuar—. Lleva veinticuatro años construida sobre algo que decidió hacer en cuarenta y ocho horas. Yo he pasado el mismo tiempo exacto pensando en este momento, en esta llamada concreta, en lo que iba a decirle cuando por fin llegara.

—¿Y qué va a decirme?

—Que sé exactamente lo que hizo. Que tengo todas las pruebas que necesito para demostrarlo. Y que la única pregunta que todavía no he decidido cómo responder es qué voy a hacer con esa información, ahora que finalmente tengo su atención completa.

Irene se apoyó contra la encimera de la cocina. Las piernas, de pronto, no le sostenían con la firmeza habitual, y se obligó a mantener la voz lo más controlada posible, aunque cada palabra le costaba un esfuerzo que esperaba que él no pudiera detectar.

—¿Por qué ahora?

—Porque quería que tuviera tiempo de entender, por sí misma, cada pieza que le he ido enviando, antes de escuchar mi voz por primera vez. Quería que el peso se acumulara despacio, no de golpe. Imagino que eso suena cruel. No tengo ninguna intención de disculparme por ello.

—¿Cómo entró en mi casa?

—Esa es una pregunta sobre el método. No voy a contestarla, porque el método no es lo importante. Lo importante es que entendiera, con esa entrada concreta, que no hay ningún espacio en su vida que pueda considerar completamente seguro, igual que yo nunca tuve ningún espacio seguro durante veinticuatro años, ni siquiera el espacio diminuto de mi propia celda, que el sistema podía revisar, registrar y alterar sin necesitar ninguna explicación.

Irene cerró los ojos un momento. Cada palabra de Rubén estaba construida con la misma precisión calculada que ella misma había usado, hacía veinticuatro años, para construir argumentos que sonaran razonables incluso cuando no lo eran del todo.

—¿Qué espera que haga ahora?

—Por ahora, nada. Solo quería que escuchara mi voz, que entendiera que detrás de cada objeto que ha encontrado hay una

persona real, con una historia real, no una amenaza abstracta que pueda resolver con suficiente tiempo y suficientes contactos.

Irene se quedó callada un momento, apoyada todavía contra la encimera. La conversación, lejos de terminar, apenas empezaba a abrir un espacio que los dos, de alguna manera extraña, necesitaban llenar después de veinticuatro años de silencio mutuo.

—¿Por qué me cuenta todo esto por teléfono, en vez de venir a buscarme en persona? —preguntó finalmente, casi sin pensarlo, genuinamente curiosa por primera vez desde que había contestado.

—Porque todavía no estoy seguro de qué versión de mí mismo se presentaría delante de usted si lo hiciéramos cara a cara tan pronto. El teléfono me da una distancia que necesito, por ahora, para seguir pensando con claridad.

CAPÍTULO 39

VEINTICUATRO AÑOS EXACTOS

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

—No voy a negar nada —dijo Irene, después de un silencio que se extendió más de lo que ninguno de los dos pareció dispuesto a romper primero—. Imagino que eso no es lo que esperaba escuchar.

—No esperaba nada en concreto. Lleva veinticuatro años siendo, para mí, una abstracción. Una fiscal con un nombre en unos papeles. Verla en persona, hace unas semanas, frente a los juzgados, fue la primera vez que entendí que era una persona real, con una vida real, exactamente como yo tuve una vida real que usted decidió que no importaba lo suficiente para protegerla.

—¿Qué edad tenía usted entonces? —preguntó Irene, aunque conocía la respuesta con precisión absoluta, necesitando, por algún motivo que no conseguía nombrar del todo, escucharlo decir el número en voz alta.

—Diecinueve. Tenía diecinueve años, ninguna condena previa, ningún motivo real para estar donde estaba esa noche más allá de la mala suerte de conocer a la persona equivocada en el momento equivocado. Y usted decidió, en menos de cuarenta y ocho horas, que mi vida entera valía menos que proteger la de su hijo.

—Mi hijo tenía diecisiete años. Era un niño.

—Y yo tenía diecinueve. Apenas dos años más, y esos dos años bastaron para que el sistema entero decidiera que yo era plenamente responsable de mis actos mientras él todavía necesitaba protección.

Irene cerró los ojos, sintiendo el peso completo de un argumento que ella mismo había usado, internamente, durante veinticuatro años para justificar lo que había hecho, escuchándolo ahora devuelto desde el otro lado, despojado de cualquier justificación, reducido a su crueldad esencial.

—Tiene razón. No hay ninguna manera de que pueda explicar esa decisión sin que suene exactamente tan injusta como fue.

—No llamé para que me la explicara. Llamé para que supiera que yo también puedo decidir cosas en cuarenta y ocho horas, si quiero. O puedo tomarme veinticuatro años más, si eso es lo que hace falta para hacerlo bien. Tengo todo el tiempo del mundo, Irene. Es lo único que el sistema me dejó con generosidad.

Colgó sin esperar ninguna respuesta más, dejando a Irene de pie en la cocina, con el teléfono todavía pegado a la oreja, escuchando el silencio vacío de la línea cortada, comprendiendo que aquella llamada, breve como había sido, le había dicho con absoluta claridad algo que ninguna de las pruebas plantadas hasta entonces había conseguido comunicar del todo: que esto no iba de dinero, ni de venganza impulsiva, sino de un hombre dispuesto a tomarse exactamente el tiempo que necesitara para conseguir lo que había venido a buscar.

Se quedó de pie en la cocina mucho después de que la pantalla del teléfono volviera a oscurecerse, repasando mentalmente cada palabra de la conversación, intentando identificar algún punto débil, alguna grieta en la determinación de Rubén que pudiera usar a su favor en algún momento futuro. No encontró ninguna. Cada respuesta que él había dado estaba construida con la misma solidez calculada, sin ningún hueco visible por donde pudiera intentar entrar con una negociación o una súplica.

Pensó en las decenas de interrogatorios que había presidido a lo largo de su carrera, en la habilidad que había desarrollado para detectar el momento exacto en que un testigo o un acusado empezaba a ceder, a mostrar la primera fisura en una versión cuidadosamente construida. Buscó esa misma fisura en la voz de Rubén, en el ritmo de sus pausas, en la elección exacta de sus palabras, y no encontró absolutamente nada que pudiera interpretar como debilidad.

Era, comprendió con un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura de la cocina, exactamente el tipo de adversario que ella misma habría temido enfrentar en una sala de juicio: alguien

completamente preparado, sin ninguna prisa, dispuesto a jugar cada pieza exactamente cuando más daño pudiera causar.

Se quedó de pie en la cocina, sin moverse, hasta que el frío del suelo bajo sus pies descalzos se volvió lo bastante incómodo para devolverla, aunque sólo fuera parcialmente, a la realidad concreta de su propia casa, su propia vida, las decisiones inmediatas que todavía tenía que tomar esa misma noche, antes de poder permitirse procesar del todo la magnitud completa de lo que la llamada acababa de confirmarle.

CAPÍTULO 40

EL SUELO DEL DESPACHO

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Fernando la encontró en el suelo del despacho, no de la planta baja sino del pequeño cuarto que usaba como vestidor en la habitación principal, sentada con la espalda contra la pared y las piernas dobladas contra el pecho, en una postura que él no le había visto adoptar nunca, ni siquiera en los momentos más difíciles de sus treinta años de matrimonio.

—Irene. —Se agachó a su lado, con una urgencia que dejaba claro que esta vez no iba a aceptar ningún «no es nada» como respuesta—. ¿Qué ha pasado?

Ella no contestó enseguida. Tenía el teléfono todavía en la mano, la pantalla apagada hacía varios minutos, y los ojos fijos en un punto indefinido de la pared opuesta, como si todavía estuviera procesando cada palabra de la llamada que acababa de terminar.

—Ha llamado —dijo finalmente, con una voz que Fernando tampoco reconoció del todo, despojada de la firmeza profesional que normalmente la sostenía incluso en los peores momentos—. El hombre del que te hablé. Ha llamado directamente.

—¿Qué te ha dicho?

Irene levantó la vista hacia él, y por primera vez en treinta años de matrimonio, Fernando vio en los ojos de su mujer algo que nunca había estado ahí antes, ni siquiera en los días más duros de su carrera, ni siquiera cuando perdieron a la madre de Irene hacía una década: terror puro, sin ninguna de las capas habituales de control profesional que normalmente lo cubrían todo.

—Necesito contarte algo, Fernando. Algo que debería haberte contado hace muchos años, y que ya no puedo seguir posponiendo.

Fernando se sentó en el suelo junto a ella, sin soltarle la mano, preparándose para lo que fuera que viniera a continuación con la misma determinación silenciosa con la que había afrontado cada

crisis anterior de su matrimonio, sin saber todavía que esta era distinta de todas las anteriores, que esta iba a cambiar, de una manera que ninguno de los dos podría predecir todavía con precisión, el resto de la vida que les quedaba por compartir.

—Te escucho. Lo que sea, Irene. Te escucho.

Irene se quedó mirando sus propias manos durante un momento, buscando, sin éxito, alguna manera de empezar que no resultara todavía más brutal que la verdad misma que estaba a punto de contar. Finalmente, sin levantar la vista, empezó a hablar con una voz que apenas reconocía como propia, distinta de la voz firme y controlada que había usado durante treinta años de matrimonio para hablar de cualquier otro tema, por difícil que fuera.

—Hace veinticuatro años, cuando Hugo tenía diecisiete años, hizo algo terrible. Una chica murió, en una fiesta, después de una discusión con él. Y yo, en lugar de dejar que la justicia siguiera su curso normal, manipulé pruebas para que la culpa cayera sobre otra persona.

Fernando no dijo nada durante un momento que se extendió más de lo que Irene podía soportar sin necesidad de llenarlo con más palabras, más explicaciones, más contexto que pudiera, de alguna manera imposible, hacer que lo que acababa de confesar sonara menos monstruoso de lo que era.

—¿Quién? —preguntó finalmente, con una voz que se esforzaba, sin conseguirlo del todo, por mantenerse neutral—. ¿A quién condenaron en su lugar?

—Un chico de diecinueve años. Rubén Sotelo. Cumplió la condena íntegra, veinticuatro años, sin reducción alguna, porque nunca aceptó fingir un arrepentimiento por algo que no había hecho.

—Y ahora ha salido.

—Hace unos días. Y lo sabe todo, Fernando. Tiene pruebas, documentos, todo lo que necesitaría para destruirme completamente si decide hacerlo.

Fernando se quedó en silencio otra vez, y esta vez Irene no intentó llenar el vacío, esperando, con un terror que no había sentido nunca antes en su vida, la reacción de un hombre al que

había mentido, de una manera u otra, durante prácticamente toda la relación que habían construido juntos.

—Necesito tiempo —dijo finalmente Fernando, soltando su mano por primera vez desde que se había sentado a su lado en el suelo—. No para dejar de quererte, Irene. Eso no va a cambiar esta noche, ni mañana. Pero necesito tiempo para entender quién es la persona con la que he compartido treinta años de mi vida, porque ahora mismo no estoy seguro de reconocerla del todo.

Se levantó, despacio, y salió de la habitación sin decir nada más, dejando a Irene sentada sola en el suelo del vestidor, con el teléfono todavía en el regazo y la certeza fría de que aquella confesión, por necesaria que hubiera sido, acababa de abrir una distancia entre ellos que ninguna disculpa, por sincera que fuera, podría cerrar de la noche a la mañana.

CAPÍTULO 41

LA DIRECCIÓN

Estudio de arquitectura de Hugo Salgado, Madrid

Hugo no le había contado a su madre lo que pensaba hacer, en parte porque sabía que ella intentaría disuadirlo con argumentos que probablemente eran correctos, y en parte porque, por primera vez en su vida adulta, sentía la necesidad de resolver algo por sí mismo, sin que nadie más cargara con el peso de arreglarlo en su lugar.

Llamó a Diego Ferrán esa misma mañana, el antiguo compañero de instituto cuyo primer mensaje, semanas atrás, había desencadenado todo lo que estaba sucediendo ahora.

—Necesito que me ayudes con algo —dijo, sin preámbulos—. Necesito localizar a Rubén Sotelo. En persona.

Diego se quedó callado un momento al otro lado de la línea, con la misma cautela de alguien que empieza a sospechar que ha abierto una puerta mucho más peligrosa de lo que pretendía.

—Hugo, no creo que sea buena idea. Si la periodista esa, Bermúdez, está construyendo algo contra ti, lo último que necesitas es darle munición adicional acercándote a él directamente.

—Necesito hablar con él. De hombre a hombre. Necesito entender qué quiere exactamente, y necesito que sepa que estoy dispuesto a asumir mi parte de responsabilidad, sea lo que sea que eso signifique.

—¿Y si lo que quiere es destruirte? ¿Has pensado en eso?

—Lo he pensado constantemente durante los últimos días, Diego. Y prefiero enfrentarlo directamente que seguir esperando a que decida cuándo y cómo hacerlo.

Diego suspiró, y Hugo pudo escuchar, a través del silencio que siguió, el sonido de unas teclas pulsándose al otro lado de la línea.

—No tengo una dirección exacta de Rubén. Pero tengo algo que podría servirte: la dirección de Sara Bermúdez, la periodista. Si están conectados de la manera en que sospecho, es razonable pensar que

él esté viviendo con ella, o al menos pasando mucho tiempo en su apartamento.

—Dámela.

—Hugo, en serio, piénsalo dos veces antes de...

—Dámela, Diego. Por favor.

Diego le dictó la dirección, un apartamento en un barrio del sur de Madrid, con una resignación que dejaba claro que sabía que cualquier advertencia adicional sería inútil frente a la determinación que percibía en la voz de su antiguo compañero de instituto.

Hugo colgó el teléfono, escribió la dirección en una nota de su propio móvil, y se quedó mirándola durante varios minutos, sintiendo una mezcla de determinación y terror que no recordaba haber sentido con tanta intensidad desde la noche misma en que todo esto había empezado, hacía veinticuatro años, en una terraza que todavía visitaba en sueños más a menudo de lo que estaba dispuesto a admitir ante nadie.

Pensó en llamar a Patricia, en contarle al menos parte de lo que estaba a punto de hacer, pero descartó la idea casi tan rápido como se le ocurrió. Patricia no sabía nada todavía, ni de Marta, ni de Rubén, ni de la decisión que su propia madre había tomado hacía veinticuatro años para protegerlo. Contárselo ahora, antes de saber siquiera cómo iba a resolverse la situación, solo añadiría una capa más de pánico a algo que ya era suficientemente difícil de gestionar.

Salió del estudio a media tarde, con la excusa improvisada de una reunión con un proveedor que en realidad no existía, y condujo hacia la dirección que Diego le había dado, repasando mentalmente, una y otra vez, lo que pensaba decir cuando finalmente se encontrara cara a cara con el hombre cuya vida entera había quedado destruida por una decisión que ni siquiera había sido suya, sino de su madre, actuando para protegerlo de algo que él mismo, en el fondo, sabía que merecía algún tipo de consecuencia.

Aparcó a media manzana del edificio, apagó el motor, y se quedó observando la entrada con una paciencia que no sabía que poseía, sin saber todavía que la persona a la que esperaba ya lo había detectado mucho antes de lo que él mismo era capaz de imaginar.

Pasaron casi cuarenta minutos sin que nada sucediera, y en ese tiempo Hugo tuvo ocasión de repasar, una y otra vez, las palabras exactas que pensaba usar, ensayando mentalmente distintas versiones de una disculpa que nunca había llegado a articular en voz alta ante nadie, ni siquiera ante sí mismo, en veinticuatro años completos.

CAPÍTULO 42

EL RECONOCIMIENTO

Calle cercana al apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Rubén notó el coche por primera vez a media tarde, aparcado en un lugar desde el que se podía ver, con cierta claridad, la entrada del edificio donde vivía con Sara. No era inusual, en sí mismo, ver coches aparcados en esa calle —era una zona residencial con pocos aparcamientos disponibles— pero algo en la manera en que el conductor permanecía dentro, sin salir, sin ninguna actividad aparente que justificara la espera, le activó la misma alerta silenciosa que había desarrollado durante veinticuatro años de prisión, donde aprender a leer las intenciones de los demás antes de que se manifestaran abiertamente había sido, muchas veces, la diferencia entre un día tranquilo y uno violento.

Salió del edificio por la puerta de servicio, dando un rodeo deliberado que le permitió observar el coche desde un ángulo distinto, y entonces lo reconoció: el mismo rostro que había visto, semanas antes, subiendo a un coche frente a una casa en El Viso, rodeado de dos adolescentes con mochilas escolares.

Hugo Salgado.

Rubén sintió, durante un momento, la tentación inmediata de evitarlo, de dar marcha atrás y esperar a que se cansara de vigilar y se marchara, dejando que el encuentro se postergara para un momento que él mismo pudiera controlar mejor. Pero algo en la situación —la torpeza visible con la que Hugo intentaba pasar desapercibido, la manera en que cambiaba de postura cada pocos minutos como alguien que claramente nunca había hecho algo así antes— le hizo reconsiderar.

Hugo no estaba ahí para hacerle daño. Estaba ahí porque, igual que su madre, había llegado a un punto en que la espera pasiva se había vuelto insoportable, y necesitaba hacer algo, lo que fuera, para sentir que tenía algún control sobre lo que se avecinaba.

Rubén volvió a entrar brevemente en el edificio, subió al apartamento, y se quedó observando desde la ventana del salón, con las cortinas ligeramente entreabiertas, estudiando los movimientos de Hugo con la misma atención clínica que había aplicado a cada otra pieza de este rompecabezas durante días. Cada pocos minutos, Hugo cambiaba de postura en el asiento del conductor, miraba el teléfono, volvía a guardarlo sin escribir nada, en un patrón de nerviosismo que confirmaba exactamente lo que Rubén ya sospechaba: que aquel hombre no tenía absolutamente ninguna experiencia real en este tipo de confrontación, que toda su vida adulta había transcurrido en un terreno de comodidad construido, sin que él lo supiera del todo, sobre los cimientos de un sacrificio ajeno.

Sara llegó al apartamento poco después, y al ver el coche desde la entrada, subió corriendo las escaleras con una expresión de alarma que Rubén tuvo que calmar antes de que ella misma considerara llamar a la policía.

—Es Hugo Salgado —le explicó—. Lleva ahí más de media hora.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a hablar con él. Es hora de que esta historia tenga, al menos una vez, una conversación directa entre las dos personas que más responsabilidad cargan en ella, sin que ninguna autoridad ni ningún documento medie entre nosotros.

Sara quiso protestar, pedirle que esperara, que pensara con más calma antes de exponerse directamente al hijo de la mujer que llevaba días amenazando, pero algo en la expresión decidida de Rubén le dijo que cualquier objeción llegaría demasiado tarde para cambiar nada.

Rubén caminó directamente hacia el coche, sin ningún intento de ocultarse, y se detuvo junto a la ventanilla del conductor antes de que Hugo, todavía concentrado en vigilar la entrada del edificio, terminara de procesar que el hombre que se acercaba era exactamente la persona a la que había venido a buscar.

—Si vas a seguirme, deberías hacerlo con un coche menos llamativo —dijo Rubén, golpeando suavemente el cristal con los nudillos—. Y deberías cambiar de postura de vez en cuando. Llevas

inmóvil casi cuarenta minutos. Cualquiera con un mínimo de entrenamiento te habría detectado en los primeros diez.

Hugo se quedó paralizado durante un segundo entero, con las manos todavía sobre el volante, antes de que su cuerpo reaccionara con una mezcla de pánico y determinación que le hizo bajar la ventanilla en lugar de arrancar y huir, una decisión que sorprendió incluso a Rubén, que había anticipado, basándose en lo que sabía del carácter de Hugo a través de Marina y de sus propias observaciones, una reacción mucho más cobarde.

—Necesito hablar contigo —dijo Hugo, con una voz que apenas conseguía mantener firme.

—Entonces hablemos. Pero no aquí, en mitad de la calle, donde cualquiera podría vernos. Camina conmigo.

CAPÍTULO 43

LA CALLE

Calle residencial, barrio sur de Madrid

Caminaron en silencio durante casi una manzana entera, Hugo todavía recuperándose de la sorpresa de haber sido descubierto con tanta facilidad, Rubén estudiándolo con la misma atención meticulosa con la que había estudiado cada otra pieza de este rompecabezas durante semanas.

—Sé lo que mi madre te hizo —dijo finalmente Hugo, rompiendo el silencio con una voz que intentaba sonar firme y conseguía, sobre todo, sonar desesperada—. Y sé que tengo que asumir mi parte de responsabilidad en esto. Pero necesito pedirte que pares. Por favor. Tengo una familia, hijos, una mujer que no sabe nada de esto. No puedo permitir que mi vida entera se destruya por algo que pasó cuando yo era un adolescente.

—¿Y la vida de Marta? ¿Esa sí podía destruirse sin ninguna consecuencia para nadie más que para ella?

—Eso fue un accidente. Yo no quería que pasara nada de eso.

—Lo sé. —Rubén se detuvo, girándose hacia él con una calma que resultaba más inquietante que cualquier muestra de rabia—. He tenido veinticuatro años para pensar en los detalles exactos de esa noche, mucho más tiempo del que tú probablemente le has dedicado en total. Sé que probablemente fue un accidente. Lo que nunca fue un accidente fue lo que vino después: la decisión de dejar que otra persona cargara con la responsabilidad completa de algo que ni siquiera hizo.

—Eso lo decidió mi madre, no yo. Yo era un niño.

—Tenías diecisiete años. La misma edad que tenía mi sobrina cuando empezó a votar en las elecciones de su instituto, lo bastante mayor para entender la diferencia entre lo correcto y lo conveniente, aunque decidieras, en ese momento y en todos los que vinieron después, no actuar según esa diferencia.

Hugo se quedó callado, incapaz de ofrecer ninguna respuesta frente a una acusación que, en el fondo, sabía que era completamente justa, y en ese silencio, algo en su determinación inicial pareció desmoronarse del todo, dejando paso a un gesto que Rubén no esperaba: Hugo se abalanzó hacia él, sin ninguna técnica, sin ninguna estrategia real, con la torpeza pura de alguien que nunca se ha peleado de verdad en su vida adulta, empujándolo contra la pared de un edificio cercano con una fuerza que sorprendió más por su desesperación que por su efectividad real.

Rubén no contraatacó. Se limitó a sostener los brazos de Hugo con una firmeza que neutralizó el empuje sin necesidad de devolver ningún golpe, dejando que el propio impulso de Hugo se agotara contra una resistencia que no cedía ni se transformaba en violencia adicional.

—Esto no te va a ayudar en nada —dijo, con la misma calma de antes, mientras Hugo, sin aliento y visiblemente avergonzado de su propio arrebato, se quedaba inmóvil contra la pared—. Y confirma exactamente lo que necesitaba saber.

—¿Qué necesitabas saber?

Rubén lo soltó, dando un paso atrás, y se quedó mirándolo con una expresión que mezclaba algo parecido a la lástima con una determinación que no había cambiado ni un grado desde el principio de la conversación.

—Que sigues siendo exactamente el mismo niño asustado de hace veinticuatro años, solo que ahora tienes mucho más que perder.

Hugo se enderezó, todavía recuperando el aliento, con la espalda apoyada contra la pared del edificio y una expresión de derrota que parecía sorprenderlo a él mismo más que a Rubén.

—¿Qué quieres de mí, entonces? Si no es dinero, si no es venganza directa, ¿qué es exactamente lo que esperas conseguir con todo esto?

—No lo sé del todo, todavía. —Rubén se metió las manos en los bolsillos del abrigo, mirando hacia la calle vacía con una calma que contrastaba violentamente con la agitación de Hugo—. Sé lo que quería al principio: que tu madre sintiera, una vez, lo que se siente

cuando el sistema decide en tu contra sin que puedas hacer nada. Pero cada pieza que he ido descubriendo en las últimas semanas ha complicado esa idea original, y ahora ya no estoy seguro de que el objetivo correcto sea solo ella.

—¿Estás diciendo que vienes a buscarme a mí también?

—Estoy diciendo que todavía no he decidido qué papel tienes en lo que viene después. Pero después de esta conversación, después de ver con mis propios ojos que en veinticuatro años no has cambiado nada esencial, sospecho que esa decisión va a ser más fácil de tomar de lo que esperaba.

Hugo se quedó en silencio, mudo ante lo que acababa de escuchar, y se separó de la pared con las piernas todavía temblando ligeramente, caminando de vuelta hacia su coche sin decir nada más, sintiendo que aquella conversación, breve y físicamente humillante como había sido, le había revelado algo sobre sí mismo que llevaba veinticuatro años evitando mirar de frente.

CAPÍTULO 44

LA PIEZA QUE FALTABA

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Hablamos. Intentó pegarme, sin mucho éxito.

Sara dejó lo que estaba haciendo y se sentó frente a él, con la expresión de quien intuye que lo que está a punto de escuchar es más importante de lo que el resumen breve sugiere.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Físicamente, no me hizo absolutamente nada. —Rubén se quedó callado un momento, organizando sus pensamientos con la misma precisión metódica de siempre—. Pero confirmó algo que necesitaba confirmar antes de decidir mi próximo paso.

—¿Qué confirmó?

—Que Hugo Salgado, a sus cuarenta y un años, con una familia, un negocio próspero, toda la vida que el sistema le permitió construir sin ninguna consecuencia real, sigue exactamente tan asustado, tan incapaz de asumir responsabilidad directa por sus propios actos, como lo estaba aquella noche en la terraza hace veinticuatro años. No ha cambiado nada esencial en él. Solo ha tenido más tiempo para esconderse detrás de una vida que parece normal desde fuera.

—¿Y eso por qué te importa, exactamente?

Rubén se quedó pensativo, mirando el vaso de agua sin tocarlo todavía, buscando la manera correcta de articular algo que llevaba formándose en su cabeza desde el momento mismo en que soltó a Hugo contra la pared de aquel edificio.

—Porque mi plan original se centraba completamente en Irene. En hacerle sentir, a ella específicamente, el peso de lo que hizo. Pero ahora me pregunto si eso es justo, o si estoy dejando que el verdadero origen de todo esto, el chico que causó la muerte de Marta y después dejó que su madre construyera toda una mentira

para protegerlo, se libre de cualquier consecuencia real simplemente porque decidió esconderse detrás de ella en lugar de actuar por sí mismo.

—¿Estás diciendo que quieres incluir a Hugo en lo que sea que estés planeando?

—Estoy diciendo que todavía no lo he decidido. Pero después de esta tarde, ya no estoy seguro de que destruir solo la carrera de Irene sea, en realidad, justicia completa. Quizá la verdadera pieza que me faltaba no era una prueba documental. Era ver con mis propios ojos que el daño no terminó la noche en que murió Marta. Siguió viviendo, sin consecuencias, en la persona que lo causó.

Sara se quedó mirándolo, midiendo con cuidado cada palabra antes de decidir cómo responder, consciente de que estaba presenciando algo que llevaba semanas temiendo sin conseguir nombrarlo del todo: el momento en que el objetivo original de Rubén, ya complicado de por sí, empezaba a ramificarse hacia algo todavía más amplio, más difícil de contener.

—Rubén, si empiezas a incluir a Hugo en esto, las consecuencias se multiplican. No solo legalmente. Emocionalmente. Tendrías que decidir qué hacer con dos personas en lugar de una, y cada decisión adicional es una oportunidad adicional para que algo salga mal.

—Lo sé. —Se levantó, dejando el vaso de agua todavía intacto sobre la mesa, y caminó hasta la ventana del salón, mirando hacia la calle donde, horas antes, el coche de Hugo había estado aparcado—. Pero también sé que si dejo a Hugo completamente fuera de esto, estaría haciendo exactamente lo mismo que el sistema hizo conmigo: decidir, de manera unilateral, quién merece pagar y quién no, basándome en quién resulta más fácil de alcanzar.

—Eso no es lo mismo en absoluto, y lo sabes.

—Quizá no. Pero tampoco estoy seguro de que sea tan diferente como me gustaría pensar.

Sara no insistió más esa noche, decidiendo que Rubén necesitaba tiempo para procesar lo que la confrontación con Hugo le había revelado antes de tomar cualquier decisión irreversible, aunque la inquietud que sentía, observándolo de pie junto a la ventana con la mirada perdida en la calle vacía, no desapareció en ningún momento

del resto de la noche, ni siquiera mucho después de que los dos apagaran finalmente la luz, cada uno despierto por separado, pensando en versiones distintas del mismo miedo.

CAPÍTULO 45

LA LLAMADA DESDE EL COCHE

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

El teléfono de Irene sonó mientras todavía estaba procesando, sentada sola en el salón después de que Fernando se marchara a pasar la noche en casa de su hermano, la magnitud completa de la distancia que se había abierto entre ellos la noche anterior.

Era Hugo.

—¿Diga?

—Mamá. —La voz de su hijo, al otro lado, temblaba con una intensidad que Irene no le había escuchado nunca, ni siquiera en los momentos más difíciles de su vida adulta—. Lo encontré. Hablé con él.

Irene sintió que el suelo, durante un segundo, se inclinaba bajo sus pies con una violencia que no esperaba.

—¿Qué has hecho, Hugo?

—Fui a buscarlo. Necesitaba hablar con él, pedirle que pare, explicarle que tengo una familia, que no puedo permitir que esto destruya todo lo que he construido.

—¿Y qué pasó?

Un silencio, al otro lado de la línea, que se extendió lo suficiente para que Irene escuchara, de fondo, el sonido del motor de un coche en marcha, la respiración irregular de su hijo intentando recuperar algo de control.

—Intenté hablar con él razonablemente. Y después... —Hugo se detuvo, y cuando continuó, su voz sonaba todavía más rota que antes—. Después perdí el control. Intenté pegarle. No conseguí nada, mamá. Ni siquiera consiguió hacerme daño de verdad, solo me sostuvo como si yo fuera un niño pataleando, y me dijo algo que no consigo dejar de escuchar en la cabeza.

—¿Qué te dijo?

—Que sigo siendo exactamente el mismo niño asustado de entonces.

Irene cerró los ojos, sintiendo una mezcla de emociones que durante un momento no consiguió separar del todo: furia hacia Hugo, por haber actuado por su cuenta, por haber convertido una situación ya extremadamente delicada en algo todavía más peligroso; terror ante las implicaciones de que Rubén hubiera tenido, ahora, un contacto físico directo con su hijo, una variable completamente nueva que ella no había anticipado ni podía controlar; y, debajo de todo eso, en un lugar que no quería examinar demasiado de cerca, un pensamiento que la asustó más que cualquier otra cosa que había sentido en las últimas semanas.

Que quizá, en algún nivel innombrable, Hugo se merecía exactamente lo que Rubén le había dicho.

—Vuelve a casa ahora mismo —dijo, finalmente, con la voz más firme que consiguió fabricar—. No hables con nadie más. No hagas absolutamente nada más por tu cuenta. Necesitamos pensar juntos cuál es el siguiente paso, y necesitamos hacerlo sin que tú sigas actuando solo, sin avisarme, cometiendo errores que ya no podemos permitirnos cometer.

—Mamá, lo siento. De verdad. No pensé que las cosas se complicarían tanto.

—Las cosas se complicaron hace veinticuatro años, Hugo. Tú solo acabas de empezar a verlo con claridad.

Hugo no contestó a eso, y el silencio que siguió, roto solo por el sonido del motor del coche todavía en marcha, le confirmó a Irene que su hijo, por primera vez quizá en toda su vida adulta, estaba empezando a comprender la magnitud completa de algo que había pasado veinticuatro años evitando mirar de frente.

—Ven a casa. Ahora.

—Voy para allá.

Colgó, y se quedó sentada en el salón, completamente sola, sintiendo que la situación, que ya le había parecido fuera de control la noche anterior, acababa de escalar hacia un territorio todavía más impredecible, donde ahora no solo tenía que gestionar las acciones calculadas de Rubén Sotelo, sino también las decisiones impulsivas y

desesperadas de un hijo que, exactamente como él mismo acababa de confirmar sin saberlo, seguía siendo incapaz de afrontar las consecuencias de sus propios actos sin que alguien más cargara con el peso de resolverlo en su lugar.

Se preguntó, mientras esperaba a que Hugo llegara, qué clase de madre había sido realmente durante todos esos años, si la protección constante que le había ofrecido había sido en realidad amor, o si había sido, sin que ella lo reconociera nunca del todo, una manera de mantener controlado algo que necesitaba seguir oculto para su propio beneficio tanto como para el de su hijo. La pregunta, formulada con tanta honestidad por primera vez, le resultó casi tan dolorosa como cualquier otra revelación que los últimos días le hubieran traído.

CAPÍTULO 46

LO QUE TE HICIERON

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Sara llevaba toda la noche despierta, dándole vueltas a la conversación de Rubén con Hugo, y a la mañana siguiente, antes incluso de que él hubiera terminado el café, decidió decir en voz alta algo que llevaba semanas formándose dentro de ella sin que se atreviera a verbalizarlo del todo.

—Lo que estás haciendo se está pareciendo cada vez más a lo que te hicieron a ti.

Rubén dejó la taza sobre la mesa, despacio, sin ninguna sorpresa visible en su expresión, como si hubiera estado esperando exactamente esa frase desde hacía días.

—Explícate.

—El sistema decidió, hace veinticuatro años, que tu vida importaba menos que la conveniencia de cerrar un caso rápido. Ahora tú estás decidiendo que la vida de Irene, la de Hugo, posiblemente la de gente que ni siquiera conoces todavía, importa menos que tu necesidad de que paguen por lo que te hicieron. No estoy diciendo que no tengas derecho a esa necesidad. Estoy diciendo que el método que estás usando para satisfacerla es exactamente el mismo método que te destruyó.

Rubén se quedó en silencio un buen rato, mirando el vapor que subía de su propio café, dejando que las palabras de Sara se asentaran sin la urgencia habitual con la que solía responder a cualquier objeción.

—¿Qué propones que haga en su lugar?

—No lo sé. Honestamente, no lo sé. Sé que la vía legal formal nunca te dio justicia la primera vez, así que entiendo por qué no confías en ella ahora. Pero también sé que cada paso que has dado hasta ahora ha implicado entrar en espacios donde no debías estar, manipular a gente que no tenía ninguna culpa, como Marina, y

ahora empezar a considerar si Hugo también merece formar parte de tu plan. Eso no es justicia, Rubén. Es venganza con una contabilidad muy cuidadosa.

—¿Prefieres que pare?

La pregunta cayó sobre la cocina con un peso que Sara no esperaba, y se dio cuenta, mientras intentaba formular una respuesta, de que llevaba semanas evitando precisamente esa pregunta, ayudándolo en cada paso sin permitirse examinar del todo hacia dónde conducía el conjunto.

—No sé si quiero que pares —admitió finalmente, con una honestidad que la sorprendió incluso a ella misma—. Quiero que tengas justicia. Quiero que el mundo sepa lo que te hicieron. Pero también empiezo a tener miedo de en qué te estás convirtiendo para conseguirlo, y no sé cómo separar esas dos cosas sin traicionar alguna de las dos.

Rubén asintió, despacio, sin ofrecer ningún consuelo fácil ni ninguna promesa que ambos supieran que probablemente no podría cumplir del todo.

—Dame un poco más de tiempo, Sara. Cuando esto termine, sea como sea que termine, prometo que vamos a tener esta conversación con toda la calma que merece. Pero ahora mismo no puedo parar a mitad de camino. No después de todo lo que ya he puesto en marcha.

Sara no insistió más, aunque la inquietud que sentía no desapareció en ningún momento del resto de la mañana, quedándose con ella como un peso constante mientras observaba a Rubén prepararse para salir, con la misma determinación metódica de siempre, hacia la siguiente pieza de un plan que ella ya no estaba segura de seguir comprendiendo del todo.

Se quedó sentada en la cocina mucho después de que él se marchara, repasando mentalmente cada paso que habían dado juntos desde la salida de prisión: la fotografía, el código en el coche, la carta certificada, el bolígrafo en la caja fuerte. Cada uno de esos pasos, visto de manera aislada, le había parecido en su momento una respuesta proporcionada a una injusticia real y documentada. Pero ahora, viéndolos en conjunto, como un patrón completo de

comportamiento, empezaba a reconocer en ellos algo que la inquietaba mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir incluso ante sí misma.

Pensó en los años que ella misma había dedicado a este caso, primero como estudiante de periodismo fascinada por una injusticia evidente, después como profesional comprometida con desenterrar la verdad completa, sin importar cuánto tiempo tardara ni cuántas puertas se le cerraran en el proceso. Nunca había imaginado, en todos esos años, que el día en que finalmente consiguiera ayudar a Rubén a recuperar algo parecido a la justicia, terminaría sintiendo este tipo de ambivalencia sobre los métodos exactos que él había elegido para conseguirla.

Encendió el ordenador, abrió un documento en blanco, y empezó a escribir, sin saber todavía si aquellas notas terminarían convirtiéndose algún día en un artículo, o si simplemente necesitaba procesar por escrito, con la misma disciplina profesional que aplicaba a cualquier investigación, la complejidad moral de la situación en la que se encontraba.

CAPÍTULO 47

EL INSPECTOR ANDRADE

Unidad de Casos Archivados, Comisaría General de Madrid

El inspector Pablo Andrade llevaba once años dirigiendo la unidad de revisión de casos archivados, un departamento pequeño dentro de la estructura policial madrileña, creado originalmente para aprovechar los avances en técnicas forenses que permitían reexaminar pruebas antiguas con una precisión que veinte o treinta años atrás habría sido impensable.

Aquella mañana, repasando el lote de expedientes asignados para revisión trimestral, se detuvo en uno en particular: el caso de Marta Lago, una adolescente fallecida hacía casi un cuarto de siglo tras una caída desde una terraza durante una fiesta, con condena firme contra un joven llamado Rubén Sotelo Marchena, recientemente excarcelado tras cumplir condena íntegra.

Lo que llamó su atención no fue el caso en sí, sino un detalle administrativo menor que cualquier funcionario menos meticuloso habría pasado por alto: la firma de la entonces fiscal en dos de los documentos clave del sumario presentaba una inconsistencia de trazo que, comparada con su firma en documentos de la misma época en otros casos, no terminaba de coincidir del todo.

Andrade había aprendido, a lo largo de once años revisando expedientes antiguos, a confiar en ese tipo de detalles aparentemente insignificantes. La mayoría de las veces no llevaban a ningún sitio, explicables por el cansancio de un funcionario al final de una jornada larga, o por la simple variabilidad natural de cualquier firma humana. Pero algunas veces, las menos, esos detalles eran la única grieta visible en una superficie que de otro modo parecía completamente sólida.

Pidió a su ayudante, la subinspectora Cabrales, que reuniera toda la documentación complementaria del caso: las declaraciones de testigos, los informes forenses originales, cualquier nota marginal

que pudiera arrojar luz sobre las circunstancias exactas de la investigación de hace casi un cuarto de siglo.

—¿Algo que te llame la atención en concreto? —preguntó Cabrales, mientras reunía las carpetas.

—Todavía no. Solo una firma que no acaba de convencerme. Probablemente no sea nada.

Cabrales asintió, acostumbrada al método pausado de su superior, que llevaba años enseñándole que la paciencia, en este tipo de trabajo, era casi siempre más valiosa que la velocidad. Salió del despacho con las primeras carpetas bajo el brazo, dejando a Andrade solo con el expediente original todavía abierto sobre la mesa.

Andrade se quedó estudiando las fotografías del caso, las declaraciones de los testigos originales, el informe forense que en su momento había sido determinante para la condena. Algo en la velocidad con la que se había cerrado la investigación, apenas cuarenta y ocho horas entre la denuncia inicial y la identificación del sospechoso principal, le pareció, con la perspectiva de once años de experiencia revisando casos similares, inusualmente rápida para un crimen con tan pocas pruebas físicas directas.

No era, en sí mismo, motivo suficiente para sospechar nada irregular. Algunos casos se resolvían rápido simplemente porque la evidencia circunstancial era abrumadora desde el principio. Pero combinado con la inconsistencia en la firma, ese ritmo acelerado de la investigación original empezaba a sugerir un patrón que merecía, como mínimo, una revisión mucho más exhaustiva de la que originalmente había planeado dedicarle.

Marcó en su agenda una reunión con Cabrales para la semana siguiente, dedicada exclusivamente a repasar línea por línea cada documento del expediente original, decidido a no dejar pasar ningún detalle, por pequeño que pareciera, antes de decidir si el caso merecía una reapertura formal o si, como tantas veces sucedía, las anomalías encontradas terminarían explicándose por la simple imprecisión administrativa de una época con métodos de archivo mucho menos rigurosos que los actuales.

Antes de salir esa tarde, volvió a mirar la fotografía de Marta Lago incluida en el expediente, una adolescente sonriente que nunca llegaría a saber que, casi un cuarto de siglo después de su muerte, alguien todavía se preocupaba lo suficiente por la verdad completa de lo que le pasó como para dedicarle el tiempo necesario para hacerlo bien.

Pero mientras lo decía, Andrade ya sabía, con la misma intuición que había desarrollado a lo largo de una carrera entera dedicada a desenterrar lo que otros habían decidido que merecía permanecer enterrado, que aquel «probablemente no sea nada» era exactamente el tipo de frase que solía preceder a los descubrimientos más significativos de su carrera.

CAPÍTULO 48

LA LLAMADA RUTINARIA

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

La llamada llegó a mediodía, con la cordialidad institucional habitual entre distintos departamentos de la administración de justicia, y durante los primeros segundos Irene no sintió ninguna alarma especial, asumiendo que se trataba de uno de los muchos trámites rutinarios que cruzaban su despacho cada semana.

—Señoría, soy el inspector Pablo Andrade, de la unidad de revisión de casos archivados. Disculpe la molestia, estamos haciendo una revisión trimestral de expedientes antiguos con nuevas técnicas forenses, y uno de los casos que nos ha tocado revisar data de su época como fiscal. Necesitaríamos acceso a cierta documentación complementaria que no consta en el archivo digital, solo para confirmar protocolo de la época.

—Por supuesto, inspector. ¿De qué caso se trata?

—El caso Lago. De hace casi veinticuatro años.

El nombre cayó sobre Irene con un peso que tuvo que esforzarse, con cada fibra de su entrenamiento profesional, por no dejar traslucir en su voz.

—Recuerdo el caso, sí. ¿Qué tipo de documentación necesitan exactamente?

—Nada urgente, señoría. Notas internas, correspondencia interna del momento, cualquier cosa que pueda ayudarnos a entender el contexto procesal exacto en que se tomaron ciertas decisiones. Es un procedimiento estándar, créame, no hay nada que sugiera ninguna irregularidad. Solo estamos siendo meticulosos, como nos exige el protocolo actual.

—Entiendo. Veré qué puedo localizar y me pondré en contacto con usted.

—Se lo agradezco mucho, señoría. Y disculpe de nuevo la molestia por algo de hace tantos años.

Colgaron, y Irene se quedó sentada frente al escritorio, con la mano todavía sobre el teléfono, sintiendo que el suelo de su despacho, por segunda vez en pocos días, se inclinaba bajo sus pies de una manera que ningún ejercicio de respiración conseguía estabilizar del todo.

No era Rubén. No era Sara Bermúdez, con su agenda personal y su determinación de casi dos décadas. Era el sistema mismo, actuando con la indiferencia administrativa de un procedimiento rutinario, empezando a acercarse, sin ninguna intención maliciosa específica contra ella, hacia exactamente el mismo punto que Rubén llevaba semanas amenazando con exponer.

Dos fuerzas completamente independientes, convergiendo hacia la misma verdad, sin que ninguna de las dos supiera de la existencia de la otra.

Llamó a Sonia y pidió, con un tono que se esforzó por mantener completamente rutinario, que localizara cualquier documentación complementaria del caso Lago que pudiera quedar archivada en los sótanos del edificio, justificando la búsqueda con la excusa de una solicitud de transparencia que en realidad nunca había llegado a su despacho.

—¿Hay alguna prisa especial, señoría?

—Ninguna en absoluto. Pero prefiero tenerlo localizado antes de que la unidad de revisión vuelva a llamar.

Sonia se marchó a cumplir el encargo, y Irene se quedó sola, repasando mentalmente qué documentos, exactamente, podían existir todavía en aquellos archivos antiguos, y cuáles de ellos, si caían en las manos equivocadas, podrían confirmar de manera irrefutable lo que durante veinticuatro años había conseguido mantener oculto detrás de la autoridad incuestionable de su cargo.

Pensó en llamar directamente al inspector Andrade, ofrecerle su colaboración completa, anticiparse a cualquier sospecha mostrando una transparencia que pudiera, al menos superficialmente, alejar cualquier atención de su propia conducta durante la investigación original. Pero descartó la idea casi tan rápido como se le ocurrió: cualquier colaboración demasiado entusiasta, viniendo de la propia fiscal del caso original, podría levantar exactamente el tipo de

sospecha que necesitaba evitar a toda costa. Lo más prudente, decidió finalmente, era responder con la cooperación mínima necesaria, sin ningún entusiasmo que pudiera parecer sospechoso, y esperar que el procedimiento administrativo siguiera su curso habitual sin que nadie examinara las cosas con más detalle del estrictamente necesario.

Pasó el resto de la tarde incapaz de concentrarse en ninguno de sus casos activos, repasando mentalmente cada documento que pudiera quedar en los archivos antiguos, intentando recordar con precisión exacta qué había incluido en el expediente oficial y qué había mantenido deliberadamente fuera de cualquier registro escrito. La memoria, después de veinticuatro años, ya no le ofrecía la certeza absoluta que necesitaba, y esa incertidumbre, sumada a todo lo demás, le resultaba casi tan inquietante como las propias amenazas de Rubén.

CAPÍTULO 49

DOS AMENAZAS

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Esa noche, sola en casa —Fernando seguía en casa de su hermano, y la distancia entre ellos, lejos de acortarse con los días, parecía ensancharse con cada hora que pasaba sin que se hablaran— Irene se sentó con un cuaderno en blanco y trazó dos columnas, intentando aplicar a su propia situación la misma claridad analítica que aplicaría a cualquier caso complicado.

En la primera columna escribió: Rubén Sotelo. Debajo, anotó lo que sabía: que tenía pruebas documentales, que conocía el caso con un detalle obsesivo, que se movía con una paciencia y una precisión que sugerían un plan cuidadosamente estructurado, pero que, hasta el momento, no había mostrado ninguna intención de acudir a canales oficiales. Su amenaza era personal, directa, pero contenida dentro de un espacio que, en teoría, todavía podía negociarse.

En la segunda columna escribió: Inspector Andrade. Debajo: actuaba por procedimiento, no por venganza ni por interés personal, lo cual lo hacía más impredecible en cierto sentido, porque no había ninguna negociación posible con un sistema que simplemente cumplía su función. Si encontraba algo concreto, lo seguiría hasta donde la evidencia lo llevara, sin ningún incentivo para detenerse a mitad de camino.

Las dos amenazas no se conocían entre sí, hasta donde Irene podía determinar. Pero si en algún momento llegaban a cruzarse —si Rubén decidía, por ejemplo, entregar sus pruebas directamente a la policía, o si Andrade, tirando del hilo de la firma sospechosa, llegaba por su cuenta hasta una conclusión similar— el resultado sería una convergencia que ella no tendría ninguna manera de controlar ni de negociar.

Se quedó mirando las dos columnas durante un buen rato, pensando que, por primera vez en toda su carrera, se encontraba en

la posición exacta de tantos acusados a los que había procesado a lo largo de los años: alguien atrapado entre fuerzas que no podía controlar, esperando el momento en que la combinación de circunstancias, por pequeñas que parecieran individualmente, terminara de cerrarse sobre ella sin ningún margen de escape.

Añadió una tercera columna, más pequeña, titulada simplemente: Lo que puedo controlar. Debajo, después de pensarlo largo rato, solo consiguió escribir una frase: Cómo decido responder a cada una de las dos amenazas, no si puedo eliminarlas.

Aquella frase, una vez escrita, le pareció al mismo tiempo la conclusión más obvia y la más difícil de aceptar de toda la situación. Llevaba veinticuatro años acostumbrada a controlar resultados, a manipular variables hasta conseguir exactamente el desenlace que necesitaba. Ahora, por primera vez, se enfrentaba a una situación donde el resultado final dependía de decisiones que otras personas iban a tomar, sin que ella tuviera ninguna manera real de influir en ellas más allá de su propia conducta.

Cerró el cuaderno, lo guardó en el bolso —el único lugar donde todavía confiaba en que algo pudiera permanecer seguro— y subió a la habitación, sola, a dormir en una cama que llevaba dos noches sintiendo demasiado grande para una sola persona.

Antes de apagar la luz, marcó el número de Fernando, sin saber todavía qué iba a decirle si contestaba. Sonó cuatro veces antes de saltar el contestador, e Irene se quedó escuchando su propia voz pidiéndole que dejara un mensaje, sin conseguir decidir, en los segundos que tuvo disponibles, qué palabras podrían empezar a cerrar la distancia que se había abierto entre ellos. Colgó sin dejar ningún mensaje, y apagó la luz, quedándose despierta mucho más tiempo del que habría querido admitir ante nadie, escuchando los sonidos vacíos de una casa que, sin Fernando, le resultaba extrañamente más grande y más silenciosa de lo que recordaba haberla sentido nunca en treinta años viviendo allí.

Pensó, ya muy tarde, en lo irónico que resultaba que las dos amenazas que ahora pesaban sobre ella —Rubén con su paciencia calculada, Andrade con su procedimiento meticuloso— compartieran, en el fondo, exactamente la misma cualidad que ella misma había

cultivado durante toda su carrera: la convicción de que la verdad, tarde o temprano, encuentra siempre la manera de salir a la superficie, si alguien está dispuesto a dedicarle el tiempo necesario para desenterrarla. Se durmió, finalmente, ya de madrugada, con esa idea todavía dándole vueltas en la cabeza, sin encontrar ninguna manera de hacerla menos incómoda de lo que ya le resultaba.

CAPÍTULO 50

EL CASO SE REABRE

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Sara entró en el apartamento con el teléfono todavía en la mano, la expresión de alguien que acaba de descubrir algo importante a través de sus propios contactos periodísticos, contactos que después de casi dos décadas cubriendo temas judiciales todavía respondían sus llamadas con una rapidez que la sorprendía gratamente.

—La policía ha reabierto el caso. Formalmente.

Rubén levantó la vista del libro que estaba leyendo, sin ninguna sorpresa visible en su expresión, como si hubiera estado esperando esa noticia desde hacía tiempo sin saber exactamente cuándo llegaría.

—¿Quién está al cargo?

—Un inspector llamado Pablo Andrade. Dirige una unidad de revisión de casos archivados. Según mi contacto, encontró algo en la documentación original que le llamó la atención, algo relacionado con una firma que no coincidía del todo.

Rubén se quedó pensativo un momento, calculando las implicaciones de esta nueva variable con la misma precisión metódica que aplicaba a cada otra pieza del rompecabezas.

—Esto cambia el ritmo de todo.

—¿En qué sentido?

—Si la policía llega a sus propias conclusiones antes de que yo decida qué hacer con lo que tengo, pierdo el control sobre cómo se presenta toda la historia. Pierdo la oportunidad de que Irene escuche, de mi propia voz, exactamente lo que necesito que escuche antes de que todo se convierta en un proceso judicial formal, gestionado por abogados y procedimientos que diluyen cualquier responsabilidad personal en tecnicismos legales.

—¿Vas a acelerar el plan?

—Voy a tener que hacerlo. —Rubén cerró el libro, dejándolo a un lado, y se quedó mirando a Sara con una expresión que mezclaba determinación y algo parecido a la urgencia, una emoción que no había mostrado con tanta claridad en ninguno de los pasos anteriores—. Necesito hablar con ella directamente, cara a cara, antes de que el inspector Andrade llegue por su cuenta hasta la misma conclusión. Necesito que escuche de mi boca lo que significa todo esto, antes de que se convierta en un expediente más que cualquier funcionario pueda gestionar sin entender realmente el peso humano de lo que contiene.

—¿Cómo piensas organizar ese encuentro? No puedes simplemente llamar a su despacho y pedir una cita.

—A través de ti. Necesito que seas el intermediario, que le hagas llegar la propuesta de una manera que ella pueda aceptar sin sentir que está cayendo en una trampa.

Sara se quedó pensativa, calculando los riesgos de involucrarse todavía más directamente en una negociación que hasta ahora había observado principalmente desde fuera, ofreciendo consejo y apoyo logístico sin convertirse en una pieza activa del propio mecanismo de presión.

—¿Y si se niega?

—No creo que se niegue. Lleva tiempo recibiendo pruebas de que esto es real, de que yo soy real. En algún momento, la curiosidad y la necesidad de entender exactamente a qué se enfrenta van a pesar más que cualquier instinto de evitación. Las personas como ella, acostumbradas a controlar cada variable de su entorno, no soportan bien la incertidumbre prolongada.

—Hablas de ella como si fuera un caso que estás estudiando, no una persona.

—Quizá es así como necesito pensarla, por ahora. Si empiezo a pensarla solo como persona, como alguien con miedos y vulnerabilidades reales, no sé si voy a conseguir mantener la claridad necesaria para terminar lo que empecé.

Sara asintió, sintiendo que el plan que llevaba semanas observando desarrollarse con una paciencia casi inquietante estaba a punto de entrar en una fase completamente distinta, una fase donde

la precisión calculada de Rubén iba a tener que enfrentarse, por primera vez, a la presión de un reloj que ya no controlaba del todo.

—No voy a ser yo quien dé el primer paso —dijo finalmente, dejando el teléfono sobre la mesa sin llegar a usarlo—. Si Irene quiere hablar contigo, va a tener que decidir ella misma cómo llegar hasta ti. Pero quiero que sepas que, cuando eso pase, voy a estar pendiente de cada detalle. No voy a dejarte solo en esto, Rubén, aunque cada día entienda menos hacia dónde nos está llevando exactamente.

Se quedaron los dos en la cocina un rato más, sin decirlo del todo, esperando a que llegara el momento en que Irene Salgado, sin ninguna otra opción disponible, decidiera finalmente intentar contactarlos por su cuenta.

CAPÍTULO 51

LA CITA

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

Irene tomó la decisión aquella misma mañana, después de una noche entera dándole vueltas a las dos columnas de su cuaderno: necesitaba hablar con Rubén directamente, en persona, antes de que la situación se le escapara del todo de las manos.

No sabía exactamente cómo contactar con él sin pasar por Sara Bermúdez, y la idea de llamar directamente a la periodista que llevaba años escribiendo artículos defendiendo la inocencia de Rubén le resultaba, en sí misma, profundamente incómoda. Pero no tenía ninguna alternativa mejor.

Marcó el número de la consulta de abogados donde, según había podido averiguar a través de una búsqueda discreta, Sara mantenía una colaboración ocasional como asesora legal para casos de revisión penal.

—Necesito hablar con Sara Bermúdez. Es urgente.

—¿De parte de quién?

—Dígale que es Irene Salgado.

Hubo un silencio al otro lado, y después la voz de la recepcionista, visiblemente desconcertada por la combinación de nombres que probablemente nunca había esperado escuchar juntos.

—Voy a transmitirle el mensaje. ¿Algún número de contacto?

Irene dio su número personal, no el del despacho, consciente de que cualquier comunicación a través de canales oficiales dejaría un rastro que prefería evitar a toda costa, y colgó, quedándose sentada frente al escritorio con una sensación extraña de haber cruzado, finalmente, una línea que llevaba semanas evitando cruzar.

La respuesta llegó dos horas después, un mensaje de texto desde un número que no reconocía: Rubén está dispuesto a hablar. Mañana, 11.00h, Parque del Retiro, junto a la fuente del Ángel

Caído. Solo usted. Sin grabadoras, sin teléfonos visibles, sin nadie más informado de este encuentro.

Irene leyó el mensaje tres veces. La cita, formulada con tanta precisión y tantas condiciones, confirmaba exactamente lo que ya sospechaba sobre el carácter metódico del hombre al que estaba a punto de conocer en persona después de veinticuatro años de existir, para ella, únicamente como un nombre en un expediente.

Contestó con un mensaje breve: De acuerdo. Allí estaré.

Y se quedó mirando la pantalla del teléfono un buen rato, preguntándose qué versión de Rubén Sotelo iba a encontrarse al día siguiente: el hombre frío y calculador que se desprendía de cada prueba plantada con precisión quirúrgica, o algo más complicado, más humano, que ella todavía no había conseguido imaginar del todo.

Pasó el resto de la tarde intentando concentrarse en el trabajo pendiente, sin demasiado éxito, repasando una y otra vez los argumentos que pensaba usar, las preguntas que necesitaba hacer, los límites que no estaba dispuesta a cruzar bajo ninguna circunstancia. Pensó en llamar a algún abogado de confianza para que la acompañara, alguien que pudiera asesorarla sobre los riesgos legales de un encuentro así, pero la condición explícita del mensaje —solo ella, sin teléfonos, sin grabadoras— le dejaba claro que cualquier intento de añadir protección adicional probablemente cancelaría la cita por completo.

Esa noche, sin Fernando en casa para hacerle compañía, se sentó en el sofá del salón con un vaso de vino que apenas tocó, repasando mentalmente cada detalle del mensaje recibido, cada palabra elegida con la misma precisión calculada que había caracterizado todo lo demás. Pensó que, si Rubén Sotelo había construido su vida entera, durante los últimos veinticuatro años, alrededor de la disciplina necesaria para llegar exactamente a este punto, ella merecía, como mínimo, presentarse al encuentro con la misma seriedad y la misma preparación.

Se acostó temprano, aunque sabía que el sueño tardaría en llegar, decidida a presentarse a la cita del día siguiente con la mente lo más despejada posible, consciente de que cualquier error de

cálculo en aquella conversación podría determinar el curso del resto de su vida. Repasó mentalmente, una última vez antes de cerrar los ojos, cada escenario posible, cada respuesta que pudiera necesitar. Se preparaba para aquel encuentro con la misma intensidad con la que se habría preparado para el caso más importante de toda su carrera judicial, consciente de que ningún año de experiencia profesional la había preparado realmente para una conversación como la que tenía por delante.

Pensó, ya casi dormida, en lo extraño que resultaba que después de veinticuatro años evitando incluso pensar en el nombre de Rubén Sotelo, ahora se encontrara repasando mentalmente, con el mismo cuidado que dedicaría a cualquier negociación profesional de alto riesgo, exactamente qué palabras usar al encontrarse cara a cara con él por primera vez. Se preguntó si esa preparación meticulosa era una forma de control, o simplemente la única manera que conocía de afrontar el miedo: convirtiéndolo en algo que pudiera planificar, estructurar, anticipar, en lugar de sentirlo simplemente como lo que era, un terror puro ante lo desconocido.

CAPÍTULO 52

LA FUENTE DEL ÁNGEL CAÍDO

Parque del Retiro, Madrid

Irene llegó diez minutos antes de la hora acordada, y se quedó de pie junto a la fuente, observando el agua caer sobre la estatua del ángel derrotado con una atención que en otro momento le habría parecido completamente irrelevante, pero que ahora, con los nervios a flor de piel, le ofrecía algo concreto en lo que concentrar la mirada.

Lo reconoció antes de que él dijera nada, con la misma certeza instantánea con la que había reconocido, semanas antes, el peso de cada objeto que le había hecho llegar: un hombre de complexión media, pelo oscuro con las primeras canas, una expresión que combinaba una calma estudiada con algo más profundo, más antiguo, que ninguna fotografía de juicio había conseguido capturar nunca.

—Irene Salgado —dijo él, deteniéndose a una distancia prudencial, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, calculada con la misma precisión que todo lo demás.

—Rubén Sotelo.

Se quedaron mirándose durante un momento que se extendió más de lo cómodo, dos personas que durante veinticuatro años habían existido la una para la otra únicamente como abstracciones, como nombres en papeles oficiales, confrontando ahora la realidad física de un rostro, una voz, una presencia que ningún documento podía haber preparado del todo para sentir.

—Gracias por venir —dijo finalmente Rubén, indicando con un gesto un banco cercano, lo bastante alejado de los caminos principales del parque para garantizar cierta privacidad sin resultar sospechosamente aislado.

Se sentaron, manteniendo una distancia que ninguno de los dos pareció dispuesto a acortar, y durante varios segundos ninguno habló, como si ambos necesitaran ese tiempo adicional para

procesar la magnitud de estar, finalmente, en el mismo espacio físico después de tanto tiempo de existir solo en la imaginación del otro.

—Imagino que tiene preguntas —dijo Rubén, finalmente.

—Tengo una pregunta que importa más que cualquier otra. ¿Qué quiere de mí?

Rubén se quedó mirando la fuente durante un momento, eligiendo sus palabras con el mismo cuidado meticuloso que había aplicado a cada decisión de las últimas semanas.

—Quiero que entienda, de una manera que ningún documento ni ninguna prueba puede comunicar del todo, exactamente lo que se siente cuando alguien decide, en cuarenta y ocho horas, que tu vida importa menos que la conveniencia de otra persona. No quiero dinero. No quiero verla en la cárcel, aunque legalmente probablemente merezca estarlo. Quiero que sienta, aunque solo sea una vez, el peso exacto de lo que yo he tenido que cargar durante veinticuatro años.

—¿Y cree que viniendo aquí, hablando conmigo en persona, va a conseguir eso?

—No lo sé todavía. —La miró directamente, por primera vez desde que se habían sentado—. Pero es el único experimento que me queda por probar antes de decidir qué hacer con todo lo que tengo.

Irene se quedó observándolo, intentando leer en su expresión algo más allá de la calma controlada que mantenía en cada palabra, buscando el rastro de la rabia que cualquier persona en su situación tendría todo el derecho de sentir, y que sin embargo no conseguía detectar con la claridad que esperaba. Lo que veía, en cambio, era algo mucho más complicado: una determinación construida sobre capas y capas de disciplina, donde la emoción original que probablemente lo había impulsado al principio había quedado, después de tanto tiempo, transformada en algo más parecido a un método de trabajo que a una pasión incontrolada.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Irene, finalmente, rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos—. ¿Cómo sobrevivió veinticuatro años sin perder esta claridad? La mayoría de las

personas, sometidas a algo así, se habrían consumido en la rabia, en la desesperación, mucho antes de llegar a este punto.

Rubén se quedó pensativo, observando el agua de la fuente caer con un ritmo constante sobre la estatua del ángel derrotado.

—Estuve cerca de consumirme, varias veces, especialmente los primeros años. Lo que me salvó, supongo, fue decidir que la rabia sin dirección no servía absolutamente para nada, mientras que la rabia convertida en disciplina, en estudio, en preparación metódica, al menos me daba un propósito concreto cada día. No sé si eso cuenta como sobrevivir bien. Solo sé que es la única manera que encontré de sobrevivir sin destruirme completamente por dentro.

Irene asintió, sintiendo que aquella respuesta, ofrecida con una honestidad que no esperaba, le revelaba algo sobre el hombre sentado frente a ella que ninguna de las pruebas plantadas durante las últimas semanas había conseguido transmitir con tanta claridad.

CAPÍTULO 53

LO QUE QUIERE

Parque del Retiro, Madrid

—Lleva mucho tiempo construyendo un caso completo contra mí —dijo Irene, después de un silencio que ninguno de los dos pareció dispuesto a romper primero—. Documentos, pruebas, un perito grafólogo, según parece. Si quiere justicia formal, ya tiene casi todo lo necesario para conseguirla a través de los canales legales correspondientes.

—Los canales legales me condenaron a mí, hace veinticuatro años, sin que la verdad importara demasiado frente a la conveniencia de cerrar un caso rápido. No tengo ninguna confianza ciega en que esos mismos canales vayan a hacer ahora lo correcto solo porque las pruebas apuntan en otra dirección.

—Entonces qué espera. Concretamente. Si no es el sistema legal, ¿qué es exactamente lo que está esperando de mí en este momento?

Rubén se quedó pensativo, mirando hacia un grupo de niños que jugaban cerca de la fuente, completamente ajenos a la conversación que estaba teniendo lugar a pocos metros de distancia.

—Quiero que confiese. No a la policía, no en un tribunal, aunque eso pueda venir después. Quiero que confiese ante su hijo, ante su marido, ante usted misma, sin ninguna de las protecciones profesionales que ha usado durante veinticuatro años para evitar mirar de frente lo que hizo. Quiero que diga, en voz alta, sin matices legales ni justificaciones maternales, que destruyó la vida de un hombre inocente para proteger la de su hijo, y que viva el resto de su vida con esa frase pronunciada, sin poder retirarla nunca.

—¿Y eso le daría paz?

—No lo sé. —Por primera vez, algo en la voz de Rubén dejó entrever una grieta, una incertidumbre que contrastaba con la firmeza de todo lo anterior—. Llevo veinticuatro años imaginando

este momento sin saber, con certeza absoluta, qué necesito exactamente de él para sentir que algo se ha resuelto. Quizá nada lo resuelva del todo. Quizá esa sea la parte más cruel de todo esto: que ni siquiera su confesión completa me va a devolver los años que perdí.

Irene se quedó mirándolo, sintiendo, por primera vez desde que había llegado al parque, algo parecido a la comprensión genuina de la magnitud de lo que había hecho, no como un concepto abstracto que llevaba semanas evitando examinar de cerca, sino como el peso concreto de la vida de un hombre real, sentado a pocos metros de distancia, todavía buscando algo que quizá no existiera en ninguna forma que ella pudiera ofrecerle.

—¿Y si le digo que estoy dispuesta a confesar? —preguntó finalmente—. No solo ante usted. Formalmente. Ante un tribunal, si es necesario.

—Entonces le creería, si estuviera dispuesta a hacerlo sin que yo tuviera que presionarla más de lo que ya lo he hecho. Pero algo me dice que esa disposición no es completamente genuina todavía. Sospecho que todavía está calculando cómo minimizar el daño antes de aceptar que el daño completo, sin minimizar, es exactamente lo que se merece.

—No es tan sencillo, Rubén. Tengo un hijo. Tiene una familia propia ahora, hijos que no tienen ninguna responsabilidad en nada de esto. Cualquier confesión completa los arrastra también a ellos, a una exposición pública que no han elegido y que no merecen.

—Yo tampoco elegí la exposición pública que sufrí, Irene. Y tenía diecinueve años, casi la misma edad que tienen ahora mismo los hijos de Hugo. Nadie se preocupó, en su momento, por cómo mi familia iba a cargar con las consecuencias de mi condena. ¿Por qué debería preocuparme ahora, de manera especial, por proteger a la familia de la persona que causó todo esto?

Irene no tuvo ninguna respuesta inmediata para eso, y el silencio que siguió, cargado de la asimetría evidente entre ambas situaciones, le confirmó algo que ya sospechaba: que cualquier argumento que intentara construir para proteger a su propia familia iba a sonar, inevitablemente, igual de hueco que cualquier

justificación que ella misma hubiera podido inventar hace veinticuatro años para explicar por qué la vida de Hugo importaba más que la de un desconocido.

Se quedó observando el agua de la fuente, buscando algo que decir que no sonara a excusa fácil, y finalmente sólo consiguió ofrecer la verdad más simple que tenía disponible.

—Tiene razón. No tengo ninguna manera de defender esa asimetría sin sonar exactamente igual de egoísta de lo que fui entonces.

CAPÍTULO 54

EL RECHAZO

Parque del Retiro, Madrid

—Puedo ofrecerle algo —dijo Irene, después de varios minutos de silencio compartido—. No solo una confesión privada. Recursos. Contactos. Podría ayudarle a reconstruir su vida de una manera que el sistema, hasta ahora, nunca le ha permitido. Podría conseguir que su historia llegara a la gente adecuada, que su rehabilitación pública fuera más rápida, más completa de lo que conseguiría por sí solo.

Rubén la miró con una expresión que mezclaba algo parecido a la decepción con una calma que resultaba, de algún modo, más inquietante que cualquier muestra de rabia.

—¿Me está ofreciendo comprarme, Irene? ¿Después de todo lo que hemos hablado, su primera oferta concreta es exactamente el mismo tipo de transacción que el sistema usa para resolver problemas incómodos sin tener que afrontarlos directamente?

—No es eso lo que quiero decir.

—Es exactamente eso. —Se levantó del banco, dando un par de pasos hacia la fuente antes de girarse de nuevo hacia ella—. Lleva veinticuatro años pensando en términos de recursos, contactos, soluciones prácticas para problemas que en realidad son morales. Eso es precisamente lo que la llevó a hacer lo que hizo en primer lugar: pensar que cualquier problema, incluida la muerte de una adolescente, podía resolverse con la combinación correcta de influencia y manipulación discreta.

—No estoy intentando comprarla, perdón, comprarlo. Estoy intentando encontrar alguna manera de reparar, aunque sea parcialmente, algo que sé que no tiene reparación completa posible.

—Entonces empiece por entender que no todo en la vida se resuelve con recursos. Algunas cosas solo se resuelven con verdad, dicha en voz alta, sin condiciones ni compensaciones adjuntas.

Irene se quedó sentada, con el rechazo doliéndole más de lo que esperaba, comprendiendo que la única moneda que Rubén Sotelo estaba dispuesto a aceptar era exactamente la que más le costaba a ella entregar.

—Necesito tiempo para pensar en cómo hacer eso. En cómo confesar de la manera que usted necesita, sin que eso implique también destruir completamente la vida de mi hijo, que tiene una familia propia ahora, hijos que no tienen absolutamente ninguna culpa en nada de esto.

—Tiene hasta que se confirme su nombramiento en el Supremo —dijo, repitiendo el plazo que ya le había comunicado por escrito semanas antes—. Después de esa fecha, ya no va a depender de mí cómo se cuenta esta historia.

Se levantó del banco, dando por terminada la conversación con la misma determinación con la que la había empezado, pero antes de alejarse del todo, se detuvo un momento, mirándola con una expresión que por primera vez parecía dudar entre dos versiones distintas de lo que quería decir a continuación.

—Una cosa más, Irene. No vine aquí esperando odiarla más después de conocerla en persona. Pensé que verla, escucharla hablar, confirmaría todo lo que había imaginado sobre usted durante veinticuatro años: una mujer fría, calculadora, dispuesta a sacrificar a cualquiera por su propia conveniencia. Y en parte, supongo, eso es exactamente lo que es. Pero también veo a alguien atrapada en su propia mentira durante tanto tiempo que ya ni siquiera sabe cómo sería su vida sin ella. Eso no la disculpa de nada. Pero hace que esta situación sea más complicada, humanamente, de lo que esperaba que fuera.

Irene se quedó observándolo alejarse hacia la salida del parque, sin prisa alguna en sus pasos, exactamente la misma calma metódica que había mantenido durante toda la conversación, y se quedó sentada en el banco un buen rato después de que él desapareciera de su vista, sintiendo el peso completo de aquella última reflexión, que le había dolido, de algún modo extraño, más que cualquier amenaza explícita que hubiera recibido hasta entonces. Caminó de vuelta hacia su coche mucho más despacio de

lo habitual, repasando cada palabra de la conversación, sin conseguir decidir todavía si lo que sentía era alivio por haber sobrevivido al encuentro, o un terror nuevo ante la certeza de que el plazo que él le había dado ya corría, sin posibilidad de negociación adicional, contando ya, mentalmente, los días exactos que le quedaban.

Condujo de vuelta a casa por el camino más largo posible, sin prisa por llegar a una casa que, sin Fernando, ya no le ofrecía el refugio habitual de otros tiempos. Pensó en llamar a Hugo, contarle al menos parte de lo que había hablado con Rubén, pero descartó la idea casi de inmediato: cualquier información adicional que le diera a su hijo en este momento, dado su historial reciente de decisiones impulsivas, probablemente solo conseguiría empeorar una situación que ya era suficientemente delicada sin necesidad de añadir más variables incontrolables.

CAPÍTULO 55

LOS AÑOS DE DERECHO

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

De vuelta en casa, todavía procesando cada detalle de la conversación en el parque, Irene se sentó frente al ordenador y empezó a investigar, con la misma meticulosidad profesional que aplicaría a cualquier expediente, la vida exacta que Rubén Sotelo había llevado durante sus veinticuatro años de prisión.

Encontró, a través de una solicitud formal de información pública sobre programas de reinserción —una solicitud que presentó usando su cargo, justificándola con un pretexto académico sobre eficacia de programas educativos penitenciarios— que Rubén había completado, a lo largo de dieciséis años, un grado completo en Derecho a través de la educación a distancia, además de varios cursos especializados en procedimiento penal y derecho probatorio.

El expediente académico, frío y administrativo en su formato, revelaba una trayectoria que a Irene le costó procesar del todo: calificaciones consistentemente altas, sin ninguna interrupción significativa a lo largo de más de una década y media, una dedicación que sugería no solo inteligencia sino una disciplina obsesiva, la misma disciplina que ella había experimentado de primera mano en cada pieza del plan que Rubén había ido desplegando contra ella.

No era un hombre actuando por impulso ni por rabia descontrolada. Era, comprendió con un escalofrío que no conseguía aplacar del todo, un hombre que había dedicado dieciséis años exactos a convertirse en alguien capaz de entender, con precisión profesional, exactamente cómo había sido destruido, y exactamente qué herramientas necesitaría para responder con la misma precisión que se había usado contra él.

Pensó en todos los años que ella misma había dedicado a su propia carrera, ascendiendo paso a paso desde fiscal joven hasta

magistrada de prestigio, y se preguntó, con una honestidad que no se permitía con frecuencia, si la diferencia entre ambos era realmente tan grande como el sistema judicial habría querido hacer creer: ambos habían dedicado décadas a estudiar el mismo sistema, a entender sus mecanismos internos con un detalle que pocos profesionales alcanzaban, solo que ella lo había hecho desde la libertad y el privilegio, y él lo había hecho desde una celda de nueve metros cuadrados, con el único propósito de entender exactamente cómo el sistema lo había destruido.

Cerró el ordenador, y se quedó sentada en la penumbra de su despacho. Cada nueva pieza de información sobre Rubén Sotelo no hacía sino confirmar lo que ya sabía, en algún nivel innombrable, desde el primer momento en que vio su nombre en la pantalla del sistema penitenciario: que estaba enfrentando a un adversario que, en cualquier otro contexto, ella misma habría admirado profesionalmente sin reservas.

Pensó en lo que él le había dicho en el parque, sobre verla atrapada en su propia mentira durante tanto tiempo que ya no sabía cómo sería su vida sin ella, y sintió que aquella observación, formulada por alguien que apenas la conocía en persona, capturaba algo más certero sobre su situación actual que cualquier conversación que hubiera tenido con Fernando o con Hugo en las últimas semanas.

Buscó, casi sin pensarlo, si existía algún registro público de las publicaciones académicas o trabajos que Rubén hubiera podido producir durante sus años de estudio, y encontró, para su sorpresa, un breve artículo publicado en una revista jurídica universitaria de acceso abierto, firmado con sus iniciales, donde analizaba con una sofisticación notable los problemas estructurales de las revisiones de condena en el sistema español. Lo leyó completo. Cada párrafo, escrito por un hombre que en ese momento llevaba ya quince años encerrado, demostraba una claridad de pensamiento que muchos profesionales en ejercicio nunca llegaban a desarrollar del todo. Cerró el navegador finalmente, ya entrada la noche, con la sensación incómoda de haber pasado la tarde entera admirando, casi sin darse cuenta, la inteligencia del hombre que tenía todo el poder necesario

para destruir el resto de su vida, una admiración que no sabía cómo reconciliar con el miedo que sentía cada vez que pensaba en lo que él podría hacer con esa misma inteligencia.

Se preparó para acostarse, sola otra vez en una cama que ya no sabía si volvería a compartir con Fernando de la misma manera que antes, y antes de apagar la luz, sacó el artículo de Rubén una última vez en el teléfono, releyendo el párrafo final, donde el autor, todavía joven entonces, apenas en sus primeros años de condena, escribía sobre la importancia de que el sistema judicial reconociera sus propios errores con la misma rapidez con la que exigía que los acusados reconocieran los suyos. Aquella frase, escrita por un hombre todavía relativamente nuevo en su propia tragedia, le resultó devastadoramente profética vista desde la distancia de casi un cuarto de siglo después.

CAPÍTULO 56

LA PRUEBA QUE ESPEJEA

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Después de la conversación en el parque, Rubén pasó el domingo entero encerrado en la habitación que usaba como estudio improvisado, construyendo, pieza a pieza, algo que llevaba semanas considerando sin atreverse del todo a empezar: una prueba falsa, diseñada con la misma precisión meticulosa que había usado para todo lo demás, que replicaría exactamente el mecanismo que Irene había usado contra él hace veinticuatro años.

El plan era simple en su concepción y complejo en su ejecución: si conseguía colocar, en algún punto del proceso de revisión que el inspector Andrade ya había iniciado, un documento que pareciera implicar a Irene en algo que en realidad no había hecho —una manipulación adicional, una prueba de obstrucción activa durante las últimas semanas, algo que un tribunal pudiera interpretar como evidencia de mala fe continuada— podría asegurarse de que cualquier defensa legal que ella intentara montar resultara mucho más difícil de sostener.

No era estrictamente necesario. Las pruebas reales que ya tenía —la declaración manipulada, el testimonio del perito grafólogo, posiblemente su propia confesión si conseguía arrancarla— probablemente serían suficientes para destruir su carrera sin necesidad de añadir nada falso. Pero Rubén, trabajando con la misma disciplina obsesiva que había aplicado a sus estudios de Derecho durante dieciséis años, quería un margen de seguridad, una garantía adicional de que ningún tecnicismo legal pudiera permitirle escapar de las consecuencias completas de lo que había hecho.

Pasó horas redactando un documento que imitaba el formato exacto de las comunicaciones internas del juzgado, insertando referencias temporales que situarían a Irene interfiriendo activamente con la investigación de Andrade en fechas concretas,

citando reuniones que nunca habían existido con personas reales que, si alguien llegaba a preguntarles directamente, probablemente no recordarían con precisión suficiente para desmentir del todo la versión fabricada.

Era, sin que él se permitiera reconocerlo del todo mientras lo hacía, exactamente el mismo tipo de documento que Irene había fabricado hacía veinticuatro años: preciso, calculado, diseñado para parecer auténtico ante cualquiera que no examinara cada detalle con un escepticismo que la mayoría de los procedimientos administrativos rutinarios no aplicaban.

Guardó el documento en una carpeta digital cifrada, sin decidir todavía cuándo, ni si, iba a usarlo, pero sintiendo, mientras cerraba el ordenador esa noche, una satisfacción incómoda que no esperaba sentir: la satisfacción específica de haber construido algo con una competencia técnica que demostraba, de una vez por todas, que él también era capaz de jugar el mismo juego que lo había destruido.

Se quedó tumbado en la cama esa noche, repasando mentalmente cada detalle del documento fabricado, buscando algún error, alguna inconsistencia que pudiera comprometer su credibilidad si alguna vez llegaba a presentarlo formalmente. No encontró ninguno que pudiera identificar con la misma meticulosidad que aplicaba a todo lo demás, y esa misma ausencia de fallos detectables, en lugar de tranquilizarlo del todo, le produjo una inquietud nueva que no había sentido en ninguno de los pasos anteriores: la sospecha de que, al construir algo tan perfecto, había necesitado activar en sí mismo exactamente el mismo tipo de frialdad calculadora que durante años había atribuido, casi como una característica esencial, únicamente a Irene Salgado.

Se preguntó, mirando el techo en la oscuridad, si esa capacidad para la frialdad calculada había estado siempre latente en él, esperando las circunstancias adecuadas para manifestarse, o si era algo que el propio sistema, con sus veinticuatro años de aislamiento y estudio obsesivo, había terminado de cultivar en él sin que se diera cuenta del proceso completo hasta este momento concreto. No encontró ninguna respuesta satisfactoria antes de quedarse finalmente dormido, ya de madrugada, con el documento fabricado

guardado, esperando una decisión que él mismo todavía no se sentía preparado para tomar, mientras la ciudad entera, al otro lado de la ventana, seguía su curso normal, ajena por completo a la guerra silenciosa que se estaba librando dentro de aquel apartamento.

A la mañana siguiente, despertó con la misma pregunta todavía sin resolver, y se quedó tumbado un rato más, escuchando la respiración tranquila de Sara a su lado, pensando que ella, al menos, seguía durmiendo con la conciencia relativamente limpia de alguien que no había necesitado fabricar nada para sostener su parte de esta historia. Esa diferencia, por pequeña que pareciera, le pesó más de lo que esperaba mientras se levantaba, despacio, intentando no despertarla, para enfrentar solo, una vez más, las decisiones que todavía tenía pendientes.

CAPÍTULO 57

EL BORRADOR

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Sara encontró el documento por accidente, buscando en el ordenador compartido un archivo relacionado con uno de sus propios artículos pendientes, y al abrir lo que pensaba que era una carpeta de investigación legítima, se encontró en cambio con el borrador completo de la prueba falsa que Rubén había construido durante el fin de semana.

Lo leyó dos veces, completo. Cada línea le confirmaba algo que llevaba días temiendo sin atreverse a nombrarlo del todo: que Rubén había cruzado, sin decírselo, una línea que ella misma le había advertido, repetidamente, que no debía cruzar bajo ninguna circunstancia.

Cuando él volvió esa noche, encontró a Sara sentada frente al ordenador, con el documento todavía abierto en la pantalla, esperándolo con una expresión que no había visto en ella en todo el tiempo que se conocían.

—¿Qué es esto, Rubén?

Él clavó la vista en la pantalla un momento, sin ninguna sorpresa visible por haber sido descubierto, como si en algún nivel hubiera anticipado que este momento llegaría exactamente así.

—Es un seguro. Algo que probablemente nunca use, pero que necesito tener preparado por si las pruebas reales no resultan suficientes.

—Es exactamente lo que ella te hizo a ti. Una prueba fabricada, diseñada para parecer real, destinada a destruir a alguien independientemente de si la verdad real justificaba esa destrucción.

—No es exactamente lo mismo. Yo era inocente. Ella no lo es.

—¡Eso no cambia el método, Rubén! —La voz de Sara se elevó por primera vez en todo este tiempo, con una urgencia que ella misma pareció sorprenderse de sentir con tanta intensidad—. El

método es idéntico, da igual cuál sea tu justificación moral para usarlo. Si presentas esto, te conviertes exactamente en lo que ella fue hace veinticuatro años. No importa cuánta razón tengas sobre el resto. Esto te convierte en alguien dispuesto a fabricar pruebas para conseguir el resultado que quieres, independientemente de la verdad.

Rubén se quedó en silencio, mirando el documento en la pantalla con una expresión que, por primera vez desde que Sara lo conocía, parecía genuinamente insegura, como si las palabras de ella hubieran encontrado, finalmente, una grieta en la determinación que había mantenido inquebrantable durante semanas.

—Necesito pensarlo —dijo finalmente, cerrando el ordenador sin borrar el documento—. Pero no te prometo destruirlo todavía, Sara. No hasta que sepa con certeza que no lo voy a necesitar.

—¿Qué tendría que pasar para que supieras eso con certeza?

Rubén se quedó pensativo, sin una respuesta inmediata, y Sara, observando la duda genuina en su expresión, sintió que aquella pregunta, sin respuesta clara todavía, era en sí misma un avance respecto a la certeza absoluta con la que él había actuado durante todas las semanas anteriores.

—Quizá necesito ver que ella está dispuesta a confesar la verdad completa por sí misma, sin que yo tenga que recurrir a ninguna fabricación adicional. Si hace eso, si encuentra el valor suficiente para hacerlo, entonces quizá ya no necesite ningún seguro adicional.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces no lo sé, Sara. Sinceramente, no lo sé.

Se quedaron los dos en silencio en la cocina, cada uno procesando a su manera la incertidumbre que acababa de instalarse entre ellos, sintiendo que el plan que había parecido tan claro y tan calculado durante semanas, empezaba ahora, por primera vez, a mostrar grietas que ninguno de los dos sabía todavía cómo resolver. Sara se levantó finalmente, y le puso una mano en el hombro antes de irse a la habitación, un gesto pequeño que, sin ninguna palabra adicional, le comunicó a Rubén algo que las semanas de presión constante no habían conseguido borrar del todo: que ella seguía a su lado, incluso ahora, incluso con todas las dudas que ambos

compartían sobre el camino que habían tomado, y que esa lealtad, por frágil que pareciera en momentos como este, todavía no se había roto del todo.

Rubén se quedó solo en la cocina durante un rato más, con el ordenador todavía abierto sobre la mesa, mirando el documento fabricado sin decidirse a hacer nada con él, ni borrarlo ni avanzar en su uso. Pensó en Marta, en cómo ella nunca habría imaginado que su muerte terminaría convirtiéndose en el centro de una guerra silenciosa entre dos adultos que, en su momento, ella ni siquiera conocía del todo. Esa idea, formulada con tanta claridad por primera vez, le produjo una sensación de vergüenza que no había anticipado sentir, como si estuviera utilizando su memoria para fines que ella misma, de haber podido opinar, probablemente habría rechazado.

CAPÍTULO 58

LA GRIETA

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

A la mañana siguiente, Rubén se despertó antes que Sara, y se quedó tumbado en la oscuridad, repasando la conversación de la noche anterior con una atención que no había aplicado a ninguna de sus propias dudas en semanas.

Sabía que ella tenía razón. Lo sabía con la misma claridad intelectual con la que entendía cualquier argumento legal bien construido, esa capacidad analítica que había desarrollado durante dieciséis años de estudio metódico. Pero también sentía, con la misma intensidad, una resistencia visceral a abandonar la única garantía adicional que tenía contra la posibilidad de que, después de todo lo que había sacrificado para llegar hasta aquí, el sistema legal encontrara alguna manera técnica de proteger a Irene de las consecuencias completas de lo que había hecho.

Se levantó sin despertar a Sara, y se preparó un café que no consiguió terminar, sentado en la misma silla de la cocina donde había leído, días atrás, las veinte páginas que había guardado durante todo el tiempo de su condena. Pensó en la frase que había escrito hacía quince años, en la página doce de aquel cuaderno: Si algún día salgo, no va a ser para hacerle daño. Va a ser para que entienda.

Esa frase, pronunciada con tanta convicción cuando todavía era solo una idea abstracta, ahora le resultaba difícil de reconciliar con el documento que tenía guardado en una carpeta cifrada, diseñado específicamente para hacer daño de una manera que iba mucho más allá de simplemente hacer entender.

Sara entró en la cocina poco después, y se quedó de pie en el umbral, observándolo con una expresión cautelosa, como si no supiera todavía qué versión de Rubén iba a encontrarse esa mañana después de la conversación de la noche anterior.

—¿Lo has pensado? —preguntó finalmente.

—Lo he pensado. —Rubén levantó la vista hacia ella, con una determinación que, por primera vez en semanas, no parecía completamente sólida—. Y todavía no sé qué voy a hacer. Sigo creyendo que necesito ese documento, por si acaso. Pero también empiezo a entender que mantenerlo guardado, aunque nunca llegue a usarlo, ya me está cambiando de una manera que no estoy seguro de querer aceptar.

—Eso es un comienzo, al menos.

—Quizá. —Se levantó, dejando el café sin terminar—. Pero todavía no es una decisión, Sara. Solo es una grieta. Y no sé todavía si esa grieta va a ensancharse hasta convertirse en algo real, o si voy a terminar cerrándola otra vez en cuanto la presión vuelva a apretar.

Salió del apartamento sin decir nada más, necesitando caminar, despejar la cabeza con el ritmo físico de sus propios pasos, algo que había descubierto durante las últimas semanas como una de las pocas estrategias efectivas para procesar pensamientos demasiado complicados para resolverlos sentado en una habitación cerrada.

Caminó durante casi una hora sin rumbo concreto, repasando cada conversación que había tenido con Sara desde su salida de prisión, cada advertencia que ella le había hecho y que él había escuchado sin terminar de internalizar del todo, hasta este momento. Pensó en la frase que había escrito hacía quince años, en la página doce de su cuaderno, y se preguntó si todavía era el mismo hombre que había escrito esas palabras con tanta convicción, o si los últimos meses, con toda su planificación meticulosa y sus pruebas calculadas, lo habían transformado en alguien que ese hombre de hace quince años apenas reconocería.

Cuando volvió al apartamento, ya entrada la tarde, encontró a Sara trabajando en uno de sus artículos pendientes, y se sentó frente a ella sin decir nada durante un buen rato, hasta que finalmente habló.

—Voy a darte el documento. No para que lo destruyas todavía, sino para que lo guardes tú, lejos de mí, donde no pueda acceder a él en un momento de presión sin que tú lo sepas primero.

Sara levantó la vista, sorprendida por la propuesta, y asintió despacio, entendiendo que aquel gesto, modesto en apariencia, era probablemente lo más cerca que Rubén iba a llegar, por ahora, de aceptar que necesitaba alguien capaz de frenarlo cuando él mismo no consiguiera hacerlo. Le tendió la mano, y él le entregó el dispositivo donde había guardado el documento, sintiendo, mientras lo hacía, una mezcla extraña de alivio y pérdida, como si entregar ese seguro adicional significara también renunciar a una parte del control absoluto que había mantenido sobre cada aspecto de su plan desde el primer día.

CAPÍTULO 59

EL DESEO DE CASTIGAR

Audiencia Provincial de Madrid, Sala Segunda

La fase de conclusiones del caso Olmedo llegó esa semana, con ambas partes presentando sus argumentos finales antes de que Irene tuviera que retirarse a deliberar la sentencia, y desde el primer momento de la sesión, Irene notó algo en sí misma que la inquietó profundamente: un deseo, casi físico, de condenar a Cristina Olmedo con una dureza que ninguna prueba presentada durante el juicio justificaba del todo.

El fiscal pedía seis años de prisión por encubrimiento y obstrucción a la justicia. La defensa argumentaba por una pena mínima, apelando a las circunstancias atenuantes de una madre actuando bajo el shock inmediato de una crisis familiar. Irene, escuchando ambos argumentos con la atención profesional que el cargo exigía, se sorprendió a sí misma calculando mentalmente una pena que excedía ampliamente lo que el propio fiscal había solicitado, una severidad que no tenía ninguna base legal sólida más allá de un impulso que ella reconocía, con una claridad incómoda, como una forma de castigo desplazado.

No estaba juzgando a Cristina Olmedo. Estaba juzgando, a través de ella, la versión de sí misma que durante veinticuatro años había evitado cualquier consecuencia real, y ese desplazamiento, una vez reconocido, le resultó tan perturbador que tuvo que esforzarse, con todo el control profesional acumulado durante dos décadas, para apartar ese impulso antes de que contaminara cualquier decisión real que tuviera que tomar.

Durante el receso de mediodía, se quedó en su despacho, repasando mentalmente cada prueba presentada durante el juicio con una objetividad forzada, recordándose a sí misma, con la disciplina de quien ha pasado toda una carrera profesional aprendiendo a separar lo personal de lo profesional, que su trabajo

no era vengarse de sí misma a través de otra mujer, sino aplicar la ley con la proporcionalidad que cualquier caso similar merecía, independientemente de las resonancias personales que pudiera tener.

Pero la lucha por mantener esa objetividad, ese día concreto, le costó un esfuerzo que no recordaba haber necesitado en ningún otro caso de su carrera, y esa misma dificultad, reconocida en privado sin que nadie más pudiera verla, le confirmó algo que ya empezaba a sospechar: que la distancia profesional que había mantenido durante veinticuatro años, esa armadura que le había permitido vivir con lo que hizo sin que afectara visiblemente a su trabajo, empezaba a resquebrajarse de una manera que ya no podía controlar del todo.

Marina entró al despacho a media tarde con unos documentos que necesitaban su firma, y se detuvo un momento, observando a Irene con una preocupación que no intentó disimular.

—Señoría, ¿se encuentra bien? Lleva toda la semana con un aspecto distinto.

—Estoy bien, Marina. Solo cansada. El caso Olmedo está resultando más complicado de gestionar emocionalmente de lo que esperaba.

—Es comprensible. Cualquiera se vería afectado por un caso así. —Marina dejó los documentos sobre la mesa, sin prisa por marcharse—. Si necesita hablar de algo, fuera del ámbito estrictamente profesional, sabe que puede confiar en mí. Han sido nueve años, señoría. Conozco las señales de cuándo algo le pesa más de lo habitual.

Irene sintió una punzada de culpa al escuchar la genuina preocupación de Marina, sabiendo que su propia conducta de las últimas semanas, sus preguntas extrañas sobre seguridad, su petición de que tuviera cuidado con desconocidos, ya había generado suficiente inquietud en la vida de alguien que no merecía absolutamente ninguna parte de la carga que ella estaba arrastrando.

—Gracias, Marina. Lo tendré en cuenta.

Marina se marchó, y Irene se quedó sola otra vez, firmando los documentos pendientes con una mano que, por primera vez en

mucho tiempo, no conseguía mantener completamente firme. Se quedó mirando su propia firma en el último documento, comparándola mentalmente, sin poder evitarlo, con la firma falsificada que Rubén había hecho analizar por su perito, preguntándose cuánto de su identidad profesional entera, construida durante décadas con tanto cuidado, dependía en realidad de esa misma capacidad para proyectar una firmeza que ya no sentía del todo por dentro, una firmeza que empezaba a sentir, cada día más, como una máscara cada vez más difícil de sostener.

Recogió sus cosas para marcharse, ya entrada la tarde, y se detuvo un momento frente al espejo del baño del despacho, mirando su propio reflejo con una atención que normalmente no se permitía dedicar a algo tan vanidoso como su propia imagen. La mujer que la miraba desde el espejo seguía pareciendo, desde fuera, exactamente la misma magistrada segura de sí misma que había sido siempre. Solo ella sabía cuánto esfuerzo le costaba ya, cada día, mantener esa apariencia intacta.

CAPÍTULO 60

EL ALEGATO DE LA DEFENSA

Audiencia Provincial de Madrid, Sala Segunda

La sesión de la tarde se centró en el alegato final de la defensa, y el abogado de Cristina Olmedo, un hombre de mediana edad con una voz pausada que contrastaba deliberadamente con la urgencia de sus argumentos, construyó su defensa alrededor de una idea que golpeó a Irene con una fuerza que no esperaba.

—Señoría, mi clienta no actuó como una criminal calculadora. Actuó como actúa cualquier madre cuando su instinto más primario, el de proteger a su hijo, entra en conflicto directo con sus obligaciones como ciudadana. Pedimos que el tribunal considere que existe una diferencia fundamental entre la persona que comete un delito para beneficiarse a sí misma, y la persona que comete un delito, igualmente grave en sus consecuencias legales, motivada exclusivamente por un amor que el propio sistema legal reconoce, en otros contextos, como una de las fuerzas más poderosas y comprensibles de la experiencia humana.

Irene sintió que cada palabra del abogado, sin que él tuviera ninguna manera de saberlo, describía con precisión exacta la justificación que ella misma había usado, durante veinticuatro años, para vivir con lo que había hecho. El amor como excusa. El instinto maternal como atenuante moral, incluso cuando las consecuencias legales y humanas de ese instinto resultaban devastadoras para alguien completamente ajeno a la situación.

—No estoy pidiendo que se ignore la gravedad de lo que hizo —continuó el abogado—. Estoy pidiendo que el tribunal reconozca que la severidad del castigo debe considerar no solo el acto en sí, sino la naturaleza completamente comprensible, aunque legalmente inaceptable, de la motivación que lo produjo.

Irene escuchó el resto del alegato con una atención dividida entre su responsabilidad profesional inmediata y una introspección

que no conseguía silenciar del todo, preguntándose si ella, en algún tribunal hipotético donde finalmente tuviera que responder por sus propios actos, encontraría algún abogado capaz de construir un argumento similar en su defensa, y si ese argumento, por elocuente que fuera, podría alguna vez compensar realmente el peso de veinticuatro años robados a un hombre inocente.

Cuando la sesión terminó, se retiró a su despacho para empezar a redactar la sentencia, sabiendo que cualquier decisión que tomara sobre Cristina Olmedo iba a estar, inevitablemente, contaminada por la pregunta más grande y más personal que llevaba semanas sin conseguir responder: qué sentencia, si alguna, merecía ella misma por lo que había hecho hace veinticuatro años.

Se sentó frente al ordenador y empezó a redactar, eligiendo cada palabra con un cuidado que excedía ampliamente lo que cualquier sentencia rutinaria habría requerido, consciente de que estaba escribiendo, sin que ningún lector pudiera saberlo todavía, algo mucho más personal que un simple fallo judicial sobre un caso de encubrimiento familiar.

Pensó en las palabras exactas del abogado defensor, en la distinción que había trazado entre el delito cometido por beneficio propio y el delito cometido por amor, y se preguntó cuántas veces, a lo largo de su carrera, había aplicado esa misma distinción, sin nombrarla nunca explícitamente, para justificar internamente decisiones que en cualquier otro contexto habría condenado sin reservas.

Trabajó en la sentencia durante varias horas, deteniéndose con frecuencia para repasar lo que ya había escrito, tachando frases que sonaban demasiado severas, suavizando otras que de pronto le parecían excesivamente comprensivas, atrapada en un ejercicio de equilibrio que sabía, en algún nivel, que nunca conseguiría resolver del todo mientras su propia situación siguiera sin resolverse.

Cuando finalmente guardó el borrador, ya entrada la noche, se quedó sentada en la oscuridad del despacho, sintiendo que cada palabra que había escrito sobre Cristina Olmedo era, de algún modo extraño, también una palabra escrita sobre sí misma, sin que ningún tribunal llegara nunca a leerla con esa doble intención. Apagó el

ordenador, recogió sus cosas, y salió del edificio casi a oscuras, siendo una de las últimas personas en abandonar la planta, llevando consigo el peso de una sentencia que todavía no sabía si sería capaz de pronunciar sin que la voz, por primera vez en su carrera, terminara de quebrársele del todo delante de toda la sala.

Condujo hacia casa en silencio, sin radio, sin ninguna distracción que pudiera apartarle la atención de los pensamientos que llevaba toda la tarde acumulando, y al llegar, encontró la casa exactamente como la había dejado esa mañana: vacía, silenciosa, sin ningún rastro de Fernando, que llevaba ya más de una semana entera sin volver, ni siquiera para recoger ropa o revisar el correo acumulado sobre la mesa de la entrada.

CAPÍTULO 61

LA CASA VACÍA

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Llevaba ya nueve días sin que Fernando volviera a casa, nueve días de mensajes breves y educados —estoy bien, necesito más tiempo, no es nada que tenga que ver contigo en este momento concreto— que a Irene le resultaban, cada vez más, una cortesía vacía sostenida sobre un abismo que ninguno de los dos sabía todavía cómo cruzar.

Aquella tarde, sin avisar, Fernando llamó al timbre en lugar de usar su propia llave, un gesto que a Irene le dolió más de lo que esperaba: la casa donde había vivido durante treinta años, convertida de pronto en un espacio al que ya no sentía derecho a entrar sin pedir permiso.

—Pensé que debíamos hablar en persona —dijo, todavía de pie en el umbral, sin decidirse a entrar del todo.

—Por favor. Pasa.

Se sentaron en el salón, en los mismos sillones donde habían tenido tantas conversaciones triviales a lo largo de tres décadas, y durante un momento ninguno de los dos consiguió encontrar las palabras adecuadas para empezar algo tan distinto de cualquier conversación anterior.

—He estado pensando mucho en estos días —dijo Fernando, finalmente—. Y todavía no sé qué siento exactamente. Hay una parte de mí que entiende, intelectualmente, el miedo de una madre por su hijo. Y hay otra parte que no consigue conciliar a la mujer que conozco, la que ha dedicado su vida a la justicia, con la mujer que hizo lo que me contaste.

—Las dos son la misma persona, Fernando. Esa es la parte más difícil de aceptar, supongo. No hubo dos versiones de mí, una buena y otra mala. Solo hubo una mujer que tomó una decisión terrible en un momento de pánico absoluto, y que después construyó una vida

entera intentando merecer, retrospectivamente, una versión de sí misma que ya había traicionado.

Fernando se quedó en silencio, mirando sus propias manos, y cuando volvió a hablar, su voz tenía un cansancio que Irene no le había escuchado nunca en treinta años de matrimonio.

—No sé si puedo seguir viviendo aquí, contigo, fingiendo que esto no cambia nada. Pero tampoco sé si quiero irme del todo. Necesito más tiempo, Irene. Y necesito que entiendas que ese tiempo no es un castigo. Es simplemente lo que necesito para decidir quién soy yo en esta historia, ahora que sé toda la verdad.

—Lo entiendo. —Irene sintió que las lágrimas, contenidas durante días con la misma disciplina con la que había contenido todo lo demás, finalmente empezaban a ganar la batalla—. Y quiero que sepas que, sea lo que sea que decidas, no voy a pedirte que te quedes solo porque eso sería más conveniente para mí. Te mereces decidir esto con la cabeza despejada, no presionado por mi necesidad de que las cosas vuelvan a la normalidad.

Fernando asintió, se levantó, y antes de marcharse de nuevo, se detuvo junto a la puerta.

—Voy a venir más a menudo. No para quedarme todavía, pero para que esto no se convierta en un silencio completo entre nosotros. Mereces al menos eso, después de treinta años.

Se marchó, y Irene se quedó sola en el salón, escuchando el motor del coche alejarse por la calle, sintiendo que aquella visita, breve y dolorosa como había sido, representaba al menos un avance respecto al silencio absoluto de los últimos nueve días. Se quedó sentada en el mismo sillón durante mucho rato, repasando mentalmente cada palabra de la conversación, intentando decidir si la promesa de Fernando de «venir más a menudo» era un signo de esperanza genuina, o simplemente la manera más amable que él había encontrado de prolongar una despedida que ambos sabían, en algún nivel, que probablemente terminaría siendo definitiva.

Pensó en todos los años que habían construido juntos, en las decisiones grandes y pequeñas que habían tomado como pareja sin que ella le hubiera contado nunca la verdad completa sobre el episodio más determinante de toda su vida adulta. Se preguntó si

esa omisión, mantenida durante tres décadas enteras, no había sido en sí misma una forma de traición tan grave como el acto original que había decidido ocultar, una traición silenciosa y constante, renovada cada día que pasaba sin que ella encontrara el valor de confesar.

Subió a la habitación esa noche, sola otra vez, y se quedó tumbada mirando el lado vacío de la cama donde Fernando debería haber estado, preguntándose cuántas noches más iba a tener que acostumbrarse a esa ausencia antes de saber, con alguna certeza, si era temporal o permanente.

CAPÍTULO 62

LA PERIODISTA

Cafetería cerca de la Gran Vía, Madrid

Fernando había decidido, después de varios días dándole vueltas a la idea, que necesitaba entender al hombre cuya vida Irene había destruido, no a través de los documentos fríos que ella misma le había mostrado, sino a través de alguien que lo conociera de verdad, alguien capaz de contarle quién era Rubén Sotelo más allá del nombre en un expediente judicial.

Localizar a Sara Bermúdez no le resultó especialmente difícil: sus artículos eran públicos, su información de contacto profesional figuraba en varias publicaciones, y cuando finalmente la llamó, presentándose simplemente como «el marido de Irene Salgado», hubo un silencio largo al otro lado de la línea antes de que ella aceptara, con una cautela comprensible, reunirse con él.

—No vengo a defenderla —dijo Fernando, en cuanto se sentaron en una mesa apartada de la cafetería—. Vengo porque necesito entender, de alguien que lo conozca de verdad, quién es Rubén Sotelo. Mi mujer me ha contado lo que hizo. Necesito saber qué le hizo a él, en sus propias palabras, no en las mías.

Sara se quedó observándolo un momento, calibrando la sinceridad de la petición, y finalmente empezó a hablar, describiendo con un detalle que solo años de dedicación al caso podían ofrecer: la juventud robada, los años de estudio obsesivo, la negativa sistemática a fingir un arrepentimiento por algo que nunca había hecho.

—Es el hombre más íntegro que he conocido en mi vida —dijo finalmente—. Y también es alguien que, después de veinticuatro años, está empezando a hacer cosas que me preocupan profundamente. No sé si todavía es completamente el hombre que entró en esa cárcel, o si el sistema ha terminado creando, sin querer,

una versión de él capaz de cosas que el chico de diecinueve años nunca habría considerado.

—¿Qué tipo de cosas?

Sara dudó, evaluando cuánto podía revelar sin traicionar la confianza de Rubén, y finalmente decidió ofrecer solo lo esencial.

—Cosas que se parecen, cada día más, a lo que le hicieron a él. Y eso me asusta, porque significa que ya no sé con certeza dónde va a terminar todo esto, ni qué clase de persona va a ser él cuando finalmente termine, si es que alguna vez termina del todo.

Fernando se quedó pensativo, procesando aquella respuesta con la misma atención meticulosa que aplicaba a cualquier documento legal complejo en su antigua profesión de notario.

—¿Cree que hay alguna manera de que esto termine sin que nadie más resulte destruido en el proceso?

—Sinceramente, no lo sé. Pero agradezco que alguien, por primera vez en esta historia, se haga esa pregunta pensando en el bienestar de todos, no solo en proteger a una sola persona.

Fernando se quedó callado un momento más, removiendo el café que se le había quedado frío durante la conversación, antes de hacer la pregunta que en realidad le había costado más esfuerzo formular que ninguna de las anteriores.

—¿Cree que él podría perdonar a Irene algún día? No le pido que me diga si debería hacerlo. Solo le pregunto si, en su opinión, alguna vez será posible.

Sara se quedó considerando la pregunta con la misma seriedad con la que la había planteado Fernando, sin ofrecer una respuesta apresurada.

—No lo sé. Hay días en que pienso que sí, que Rubén tiene una capacidad de comprensión que muy pocas personas en su situación habrían conservado después de tanto sufrimiento. Y hay otros días, como los últimos, en que veo en él algo más oscuro, más decidido a hacer pagar a quien sea responsable, sin importar el coste. Creo que la respuesta depende, en gran medida, de lo que Irene esté dispuesta a hacer en los próximos días. Si encuentra alguna manera de ofrecer verdad completa, sin condiciones ni cálculos adicionales, quizá exista todavía un camino hacia algo parecido a la

reconciliación. Si sigue protegiéndose, sospecho que el desenlace va a ser mucho más destructivo para todos los implicados.

Fernando asintió, pagando la cuenta antes de que Sara pudiera ofrecerse, y se despidieron en la puerta de la cafetería con un apretón de manos que, sin ninguna palabra adicional, comunicaba un respeto mutuo inesperado entre dos personas que, hasta esa tarde, habían existido únicamente como nombres en la historia complicada de la otra.

CAPÍTULO 63

EL INFORME CONFIRMADO

Unidad de Casos Archivados, Comisaría General de Madrid

El informe del perito grafólogo oficial, solicitado por la propia unidad de Andrade tras semanas de revisión preliminar, llegó aquel viernes con una conclusión que confirmaba, con el peso de la autoridad pericial completa, lo que la observación inicial de Andrade solo había sugerido.

—Las firmas son falsificadas —dijo Cabrales, dejando el informe sobre el escritorio de Andrade con una expresión que mezclaba satisfacción profesional y la gravedad evidente de lo que el documento implicaba—. El perito confirma con un noventa y siete por ciento de certeza que ambas firmas fueron reproducidas por la misma mano, distinta de la mano original del firmante registrado, usando una técnica de imitación consistente con alguien con acceso directo a múltiples muestras auténticas previas.

Andrade leyó el informe completo, línea por línea, sintiendo que la confirmación oficial, aunque esperada, todavía conseguía producirle una descarga de adrenalina que solo los casos verdaderamente significativos lograban activar después de once años en este puesto.

—Esto cambia todo el caso. Ya no hablamos de una irregularidad administrativa menor de hace veinticuatro años. Hablamos de falsificación documental deliberada en un proceso penal que resultó en una condena de prisión íntegra.

—¿Quién habría tenido el acceso necesario para hacer algo así?

Andrade se quedó pensativo, repasando mentalmente la lista de personas que habrían tenido autoridad suficiente sobre el expediente original para manipular documentos sin levantar sospechas inmediatas.

—Alguien con acceso directo y sin supervisión al expediente completo durante la fase de instrucción. Probablemente alguien con

autoridad oficial sobre el caso, no un funcionario subalterno que habría necesitado justificar cada acceso ante un superior.

—La fiscal del caso —dijo Cabrales, completando el pensamiento que Andrade todavía no había verbalizado del todo.

—La fiscal del caso —confirmó él—. Que ahora, según mis últimas comprobaciones, es magistrada de la Audiencia Provincial y candidata a una vacante en el Tribunal Supremo.

Cabrales se quedó en silencio un momento, procesando la magnitud política de lo que aquella conclusión implicaba.

—¿Cómo quieres proceder?

—Con extremo cuidado. Y con toda la documentación posible antes de hacer ningún movimiento que pueda alertarla de la solidez exacta de lo que ya tenemos confirmado.

Andrade se levantó de su escritorio y caminó hasta la ventana de su despacho, mirando hacia el tráfico de la calle mientras organizaba mentalmente los siguientes pasos del procedimiento. Once años dirigiendo esta unidad le habían enseñado que los casos con mayor relevancia política eran, precisamente, los que exigían mayor meticulosidad procesal, porque cualquier error de forma, cualquier irregularidad en la cadena de custodia de las pruebas, sería utilizado de inmediato por la defensa para intentar desacreditar el conjunto de la investigación.

—Quiero una copia certificada del informe pericial enviada inmediatamente al juez de instrucción de guardia, junto con una solicitud formal de medidas cautelares sobre cualquier documentación adicional que pueda existir todavía en los archivos de la Audiencia Provincial relacionada con este expediente. No quiero arriesgarme a que, una vez que ella sospeche la solidez de lo que tenemos, algún documento adicional desaparezca antes de que podamos asegurarlo.

—¿Crees que sería capaz de algo así? Destruir pruebas activamente, quiero decir.

—No lo sé con certeza. Pero después de once años en este trabajo, he aprendido que subestimar la capacidad de autopreservación de alguien con tanto que perder es siempre el

error más caro que se puede cometer en una investigación como esta.

Cabrales asintió, y empezó a redactar la solicitud formal mientras Andrade seguía revisando el informe pericial completo, buscando cualquier detalle adicional que pudiera reforzar todavía más la solidez del caso antes de su presentación formal.

Pasó el resto de la mañana comparando, línea por línea, las conclusiones del perito con las propias notas que había tomado durante su revisión inicial del expediente, asegurándose de que cada pieza del razonamiento encajara sin ninguna fisura que un abogado defensor competente pudiera explotar más adelante. Era un trabajo meticuloso, casi obsesivo, pero Andrade había aprendido, a lo largo de once años en este puesto, que la diferencia entre un caso que prosperaba judicialmente y uno que se desmoronaba en los tribunales residía, casi siempre, en este tipo de verificación exhaustiva que pocos investigadores tenían la paciencia de completar del todo.

CAPÍTULO 64

LA CITACIÓN FORMAL

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

La notificación llegó por canal oficial, no por la llamada cordial e informal de semanas anteriores: una citación formal para una entrevista en calidad de testigo cualificado en relación con la revisión del caso conocido administrativamente como expediente Lago, a celebrarse en dependencias policiales, con fecha fijada para dentro de cuatro días.

Irene leyó el documento dos veces. La diferencia de tono entre esta notificación y la llamada telefónica original —de la cortesía profesional entre departamentos a la formalidad fría de un procedimiento que ya empezaba a tratarla, aunque todavía no explícitamente, como sospechosa potencial— confirmaba que el inspector Andrade había encontrado algo concreto, algo lo bastante sólido para justificar este cambio de registro.

Llamó a un abogado penalista de su confianza, alguien con quien había colaborado profesionalmente durante años en casos completamente distintos, y le explicó, con la mínima información posible, que necesitaba asesoramiento sobre sus derechos en una entrevista de este tipo.

—¿Eres sospechosa de algo, Irene? —preguntó el abogado, con la directness que solo permite años de confianza mutua.

—Todavía no lo sé con certeza. Pero prefiero estar preparada para cualquier escenario.

—Entonces te aconsejo, antes que nada, que no acudas sin representación legal. Y que cualquier respuesta que dés sea cuidadosamente medida, sin ofrecer información adicional a la estrictamente solicitada.

Colgó, y se quedó sentada frente al escritorio. El reloj que llevaba semanas corriendo de manera abstracta había adquirido ahora una fecha concreta, una hora exacta, un lugar físico donde tendría que

enfrentar, ya de manera oficial, las preguntas que durante veinticuatro años había conseguido evitar a través de la autoridad incuestionable de su propio cargo.

Pensó en llamar a Rubén, pedirle directamente que confirmara si había sido él quien había proporcionado la información que llevó a esta citación, pero descartó la idea casi de inmediato: cualquier contacto directo, en este punto, solo podría interpretarse como un intento de obstrucción que empeoraría todavía más su posición legal.

Pasó el resto de la mañana repasando, una vez más, cada documento que pudiera todavía conservar relación con el caso original, intentando anticipar qué preguntas concretas podría formular Andrade durante la entrevista formal, y qué respuestas podía ofrecer sin comprometerse más allá de lo estrictamente necesario. Llamó a Sonia y le pidió, con un pretexto administrativo cualquiera, que reorganizara su agenda de los próximos días para liberar el tiempo necesario antes y después de la entrevista, sin explicar el motivo real de la solicitud.

Cuando finalmente salió del despacho esa tarde, notó que ya no estaba simplemente reaccionando a las acciones de Rubén Sotelo. Estaba enfrentando, de manera directa y oficial, exactamente el tipo de proceso que durante veinticuatro años había evitado con éxito, y esa sensación, por aterradora que fuera, le producía también algo parecido a un alivio extraño: el alivio de que, finalmente, la incertidumbre prolongada empezaba a convertirse en algo concreto con lo que podía, al menos, intentar lidiar directamente.

Condujo hacia casa pensando en cómo contarle a Hugo lo que se avecinaba, sabiendo que su hijo, dada su tendencia reciente a actuar impulsivamente sin pensar en las consecuencias, necesitaría instrucciones muy claras sobre la importancia de no intervenir de ninguna manera en el proceso formal que ya estaba en marcha. Se preguntó, no por primera vez en las últimas semanas, si todavía tenía la autoridad moral necesaria para pedirle a su hijo que asumiera la responsabilidad y la contención que ella misma nunca había sido capaz de demostrar en el momento más importante de su propia vida.

Llegó a casa ya entrada la noche, y se quedó sentada en el coche durante varios minutos antes de entrar, reuniendo la energía necesaria para enfrentar, una vez más, el silencio de una casa que ya no se sentía completamente suya sin Fernando presente. Pensó que, de todas las consecuencias que esta situación había desatado, quizás la pérdida de la normalidad doméstica era, paradójicamente, la que más le costaba sobrellevar día a día, más incluso que la amenaza legal formal que ahora se cernía sobre su carrera entera. Aparcó frente a la casa vacía, apagó el motor, y se quedó un momento más dentro del coche antes de reunir la energía necesaria para entrar.

CAPÍTULO 65

LA ENTREVISTA

Comisaría General de Madrid

La sala de entrevistas era pequeña, funcional, sin ninguna de las formalidades arquitectónicas de las salas judiciales donde Irene había pasado la mayor parte de su carrera profesional, y esa diferencia, por pequeña que pareciera, le produjo una sensación de desorientación que se esforzó por no dejar traslucir en su expresión.

—Gracias por venir, señoría —dijo Andrade, con una cortesía profesional que no ocultaba del todo la tensión subyacente de la situación—. Esto es solo una entrevista informativa, no una declaración formal bajo juramento, aunque quiero que sepa que cualquier cosa que diga aquí puede tener relevancia en el procedimiento que estamos llevando a cabo.

—Lo entiendo. Mi abogado está presente, como puede ver.

—Por supuesto. Empecemos, si le parece, por el procedimiento estándar de la época para la custodia de documentación sensible en un caso de este tipo.

La entrevista avanzó durante casi una hora, con Andrade formulando preguntas aparentemente rutinarias sobre protocolos administrativos generales, antes de empezar, gradualmente, a estrechar el cerco hacia aspectos cada vez más específicos del caso original.

—¿Recuerda quién tenía acceso directo a las firmas originales de los testigos durante la fase de instrucción?

—El equipo de instrucción completo, según el protocolo habitual de la época.

—¿Y usted, en su calidad de fiscal a cargo, tenía acceso sin supervisión adicional a esos documentos?

Irene sintió la pregunta acercarse exactamente al punto que más necesitaba evitar, y respondió con la cautela profesional que su abogado le había recomendado.

—Tenía el acceso habitual de cualquier fiscal a cargo de una instrucción, sí.

Andrade asintió, anotando algo en su cuaderno, y continuó con preguntas que, una a una, construían un perímetro cada vez más estrecho alrededor de la misma conclusión que el informe pericial ya había confirmado.

Cuando la entrevista terminó, casi dos horas después, Irene salió de la comisaría con la certeza absoluta de que Andrade ya sabía, con un grado de seguridad que probablemente excedía lo que ella misma estaba dispuesta a admitir, exactamente lo que había pasado hace veinticuatro años.

Su abogado la acompañó hasta el coche, repasando en voz baja algunas de las preguntas más comprometedoras de la entrevista, intentando evaluar qué nivel de exposición legal real existía ya en este punto del proceso.

—Has manejado bien las preguntas más directas —dijo él, una vez dentro del vehículo, lejos de oídos ajenos—. Pero no me ha gustado el tono de las últimas, las relacionadas con el acceso sin supervisión a la documentación original. Sonaba como alguien que ya tiene una conclusión clara y solo está completando los detalles formales antes de actuar sobre ella.

—¿Crees que va a presentar cargos?

—Creo que va a presentar un informe muy sólido ante el juez de instrucción, y que ese informe probablemente va a incluir tu nombre de una manera que ningún tecnicismo legal va a conseguir suavizar del todo. Necesitamos empezar a preparar una estrategia de defensa real, Irene, no solo respuestas evasivas para entrevistas informativas.

Irene asintió, sintiendo el peso completo de aquella recomendación, y se quedó en silencio durante el resto del trayecto de vuelta a su despacho, repasando mentalmente las opciones que todavía le quedaban disponibles, cada una de ellas, por primera vez en toda su carrera, completamente fuera de su control directo.

Cuando llegó a su despacho, encontró a Marina esperándola con una expresión preocupada, claramente al tanto, aunque solo de manera parcial, de que algo significativo estaba sucediendo.

—Señoría, ¿necesita que cancele algo de su agenda para los próximos días?

—Sí, Marina. Cancela todo lo que pueda posponerse sin generar demasiadas preguntas. Y si alguien pregunta por mi ausencia, simplemente di que estoy gestionando un asunto personal urgente. No necesitas saber más detalles que esos, y prefiero que sea así, por tu propia protección.

Marina asintió, sin hacer ninguna pregunta adicional, pero su expresión dejaba claro que entendía, con una intuición que nueve años de trabajo conjunto le habían proporcionado, que la situación había escalado hacia algo mucho más grave de lo que cualquiera de las explicaciones parciales que Irene le había ofrecido hasta entonces sugería.

—Señoría, antes de que se vaya. Sea lo que sea esto, quiero que sepa que para mí sigue siendo la misma jueza que he admirado durante nueve años. No sé qué está pasando exactamente, pero confío en que tiene sus razones, sean las que sean.

Irene sintió aquellas palabras como un peso adicional más que como un consuelo, sabiendo que la confianza ciega de Marina, sostenida sobre una versión incompleta de los hechos, probablemente no sobreviviría intacta una vez que la verdad completa saliera finalmente a la luz.

CAPÍTULO 66

EL REFUERZO

Unidad de Casos Archivados, Comisaría General de Madrid

—¿Qué impresión te ha dado? —preguntó Cabrales, en cuanto Irene salió de la sala de entrevistas.

—La de alguien entrenada durante décadas para no revelar nada que no quiera revelar. —Andrade se quedó mirando sus propias notas, repasando cada respuesta con la atención meticulosa que aplicaba a cualquier testimonio complejo—. Pero también la de alguien que sabe, con la misma certeza que nosotros, que el cerco se está cerrando.

—¿Crees que va a intentar algo? ¿Destruir pruebas adicionales, presionar a algún testigo?

—No lo sé. Pero prefiero no arriesgarme. Quiero refuerzos en este caso, Cabrales. Necesito a alguien dedicado exclusivamente a revisar cualquier movimiento que pueda intentar hacer en los próximos días, y necesito que aceleremos la obtención de cualquier prueba adicional antes de que ella tenga oportunidad de neutralizarla.

Cabrales asintió, ya escribiendo en su propio cuaderno la lista de tareas inmediatas que aquella conversación generaba.

—¿Vamos a contactar con Rubén Sotelo directamente? Si alguien tiene información de primera mano sobre lo que pasó realmente esa noche, es él.

—Todavía no. Quiero que el caso se sostenga sobre pruebas documentales sólidas, no sobre el testimonio de alguien con un motivo evidente de venganza personal contra la acusada. Si su testimonio termina siendo necesario, prefiero que llegue después, como refuerzo de algo que ya tenemos confirmado por otras vías, no como la base principal de la acusación.

—Es una estrategia prudente.

—Es la única estrategia que va a sobrevivir el escrutinio de cualquier abogado defensor competente, y dado quién es la acusada potencial, podemos asumir que su defensa va a ser exactamente así: extremadamente competente.

Andrade se quedó pensativo un momento más, mirando por la ventana de su despacho hacia el tráfico de la calle, calculando mentalmente cuánto tiempo más podía permitirse antes de que la presión política, inevitable dado el perfil de la persona implicada, empezara a complicar un proceso que necesitaba avanzar con la máxima limpieza procesal posible.

—Hay algo más que me preocupa —dijo finalmente, volviéndose hacia Cabrales—. Si Rubén Sotelo está, como sospecho, detrás de parte de la información que nos ha llegado de manera indirecta, necesitamos asegurarnos de que él no decida tomar ningún tipo de acción paralela que pueda comprometer la integridad del proceso judicial formal. Un hombre que ha pasado veinticuatro años esperando este momento podría sentirse tentado a acelerar las cosas por su cuenta, especialmente si percibe que el proceso oficial avanza con la lentitud burocrática habitual.

—¿Quieres que establezcamos algún tipo de vigilancia sobre él?

—Discreta, sí. No quiero interferir con su vida ni tratarlo como sospechoso de nada. Pero necesito saber si está planeando algo que pueda poner en riesgo todo lo que hemos construido hasta ahora con tanto cuidado procesal.

Cabrales tomó nota de la instrucción, y los dos continuaron repasando los siguientes pasos del procedimiento, conscientes de que el caso, ya complejo en sus dimensiones puramente legales, se complicaba todavía más por las pasiones personales que inevitablemente lo rodeaban desde todos los ángulos posibles.

—Una cosa más —añadió Andrade, antes de que Cabrales saliera del despacho—. Quiero que prepares también un resumen ejecutivo del caso, accesible para cualquier superior que pueda necesitar entenderlo rápidamente si la presión mediática o política se intensifica una vez que esto se haga público. No quiero que nos pille desprevenidos si el caso termina atrayendo la atención que probablemente va a atraer, dado el perfil de la persona implicada.

—Lo tendré listo para mañana.

Andrade se quedó solo en su despacho, repasando una vez más cada pieza del expediente, sintiendo la satisfacción profesional habitual de un caso bien construido, mezclada con una conciencia incómoda de que, detrás de cada documento, cada firma, cada fecha cuidadosamente verificada, había vidas humanas reales que su trabajo estaba a punto de transformar de manera irreversible.

Pensó, brevemente, en su propia hija, de una edad similar a la que tenía Marta Lago cuando murió, y sintió que aquel pensamiento, aunque profesionalmente irrelevante, le recordaba con una claridad incómoda por qué este tipo de trabajo, a pesar de su frialdad procesal aparente, importaba tanto como importaba: porque detrás de cada expediente archivado había una persona que merecía que alguien, eventualmente, se tomara la molestia de descubrir la verdad completa.

CAPÍTULO 67

LA TESTIGO SILENCIOSA

Apartamento de Lucía Ferrer, Madrid

Sara había encontrado el nombre de Lucía Ferrer entre las listas de asistentes a la fiesta de hace veinticuatro años, una compañera de instituto de Hugo y Marta que nunca había llegado a declarar formalmente durante el juicio original, mencionada solo de pasada en algunos testimonios secundarios como alguien que «también estaba en la terraza esa noche».

Localizarla había requerido semanas de trabajo discreto, rastreando un nombre de soltera a través de registros de matrimonio, hasta dar finalmente con una mujer de cuarenta y un años, profesora de instituto, viviendo en un apartamento modesto en un barrio periférico de Madrid, completamente ajena al hecho de que su nombre llevaba semanas siendo investigado.

—No sabía que alguien todavía estuviera interesado en aquella noche —dijo Lucía, después de que Sara se presentara y explicara, con la sensibilidad necesaria, el propósito de su visita—. Han pasado casi veinticinco años. Pensé que ya nadie más recordaba los detalles, salvo quizá las familias directamente implicadas.

—Llevo años investigando el caso. Y necesito preguntarle algo directamente, porque su testimonio podría ser crucial para entender lo que realmente pasó.

Lucía se quedó en silencio un momento, con una expresión que sugería años de cargar con algo que nunca había encontrado el valor de compartir.

—Llevo veinticinco años esperando a que alguien me hiciera esa pregunta —dijo finalmente—. Y llevo veinticinco años sin saber si tenía la obligación moral de contarlo yo misma, sin que nadie me lo preguntara.

—¿Qué vio esa noche, Lucía?

Ella se levantó, caminó hasta la ventana de su pequeño salón, y dejó la mirada perdida hacia la calle durante un momento, como si necesitara esa distancia física para encontrar las palabras adecuadas.

—Estaba en la terraza, en la parte más alejada, fumando un cigarrillo que no quería que nadie viera. Vi a Hugo y a Marta discutiendo. Vi a Marta intentar alejarse de él, asustada, no físicamente herida todavía, solo asustada por la intensidad de la discusión. Y la vi tropezar, sola, intentando huir de él, sin que Hugo llegara a tocarla en ningún momento.

Sara sintió que el peso completo de aquella revelación, esperada de alguna manera durante semanas de investigación, todavía conseguía golpearla con una fuerza que no había anticipado del todo.

—¿Por qué nunca lo contó?

—Porque tenía dieciséis años, y los padres de Hugo eran gente con mucho poder en aquel entorno, y mis propios padres me dijeron que lo mejor era no involucrarme en algo que no me incumbía directamente. Lo he cargado durante veinticinco años, sabiendo que mi silencio probablemente contribuyó, de alguna manera que nunca llegué a medir del todo, a que la historia se contara de una manera que no era la completa.

Sara dejó que el silencio se asentara un momento antes de continuar, dándole a Lucía el espacio necesario para procesar lo que acababa de admitir en voz alta por primera vez en décadas.

—¿Llegó a hablar con alguien de la policía en aquel momento? ¿Algún investigador la entrevistó directamente?

—Un agente joven vino a casa, sí, unos días después. Pero mis padres estaban presentes durante toda la conversación, y de alguna manera, sin que yo dijera nada explícitamente falso, terminé respondiendo con vaguedades que no contradecían la versión que ya circulaba, pero que tampoco la confirmaban del todo. Fue mi manera de no mentir directamente sin tener que enfrentar las consecuencias de contar la verdad completa frente a mis propios padres.

—¿Y después? ¿Nunca sintió la tentación de corregir el registro, una vez que pasó el tiempo y las circunstancias cambiaron?

Lucía se quedó mirando sus propias manos, con una expresión de vergüenza acumulada durante años.

—Cada año que pasaba, hablar se volvía más difícil, no más fácil. Al principio pensé que esperaría a ser mayor de edad. Después pensé que esperaría a terminar la universidad. Después, simplemente, la vida siguió, y el silencio se convirtió en algo tan arraigado que ya no sabía cómo romperlo sin que pareciera, de alguna manera, todavía más sospechoso después de tanto tiempo callada.

—¿Tiene miedo de las consecuencias de hablar ahora?

—Tengo miedo de muchas cosas. De que mis propios alumnos, si esto se hace público, me vean de manera distinta. De que la familia de Hugo intente, de alguna manera, hacerme responsable de no haber hablado antes. Pero tengo más miedo todavía de seguir viviendo el resto de mi vida sabiendo que un hombre inocente cumplió veinticuatro años de condena, en parte, porque yo decidí que mi propia comodidad importaba más que su libertad.

Sara asintió, reconociendo en aquella confesión la misma lucha moral que, de alguna manera, atravesaba a todos los personajes de esta historia: el conflicto constante entre la autoprotección inmediata y la responsabilidad hacia la verdad completa, sin importar el coste personal que esa verdad pudiera exigir.

CAPÍTULO 68

LO QUE REALMENTE PASÓ

Apartamento de Lucía Ferrer, Madrid

—Necesito que me cuente todos los detalles que recuerde —dijo Sara, sacando una grabadora con el permiso explícito de Lucía—. Cada cosa, por pequeña que parezca, puede ser importante.

Lucía asintió, y empezó a reconstruir, con la precisión sorprendente de un recuerdo que llevaba décadas reproduciendo internamente sin compartirlo nunca con nadie, la secuencia completa de aquella noche: Marta rechazando los avances cada vez más insistentes de Hugo durante la fiesta, la discusión que escaló hacia la terraza cuando él insistió en seguirla, las palabras exactas que alcanzó a escuchar, fragmentadas por la distancia y el ruido de la música del interior.

—Marta le dijo algo como «déjame en paz, Hugo, no quiero seguir hablando de esto», y él insistió, cada vez más alterado, acercándose a ella de una manera que daba miedo solo verlo desde lejos. Ella retrocedió, intentando alejarse, y entonces tropezó con algo, una maceta, creo, que estaba cerca del borde de la terraza. Cayó. Hugo se quedó paralizado, gritando su nombre, pero no la había tocado. Estoy completamente segura de eso. Nunca llegó a tocarla.

—¿Qué pasó después?

—Hugo entró corriendo, gritando que había sido un accidente, que ella se había caído sola. Y entonces, no sé exactamente cómo, pero en cuestión de minutos, la historia que empezó a circular era distinta. Que Hugo la había empujado en un ataque de celos. Nunca entendí del todo cómo se transformó tan rápido, pero para cuando llegó la policía, esa ya era la versión que todo el mundo repetía.

Sara apagó la grabadora, sintiendo el peso completo de lo que aquella revelación significaba para toda la arquitectura del caso: Hugo, durante veinticuatro años, no solo había permitido que otra

persona pagara por algo que él no hizo en el sentido más literal —no había empujado a Marta, ella había caído huyendo de él, sin que la tocara siquiera— sino que el encubrimiento completo, la manipulación de pruebas, la condena de un hombre inocente, todo había sido completamente innecesario desde el punto de vista legal estricto, porque la verdad, contada honestamente desde el principio, probablemente habría resultado en, como mucho, algún tipo de responsabilidad civil menor, no en ninguna condena penal significativa.

Irene había destruido la vida de un hombre inocente para proteger a su hijo de algo que, contado con honestidad, nunca habría merecido ese nivel de protección desesperada.

Sara se quedó sentada un buen rato después de que Lucía terminara su relato, intentando procesar la magnitud completa de aquella revelación, no solo en términos del impacto que tendría sobre el caso formal que Andrade ya tenía en marcha, sino en términos del peso humano que representaba para cada una de las personas implicadas. Pensó en Rubén, en cómo recibiría esta noticia, y sintió una punzada de aprensión que no había experimentado con tanta intensidad en ninguno de los desarrollos anteriores del caso.

—Lucía, ¿estaría dispuesta a repetir este testimonio formalmente, ante la policía o ante un tribunal, si fuera necesario?

Lucía se quedó pensativa, con una mezcla de miedo y alivio en su expresión, como alguien que finalmente ve la posibilidad de liberarse de un peso que ha cargado durante demasiado tiempo.

—Sí. Después de tantos años de silencio, creo que se lo debo, tanto a Marta como al hombre que pagó por algo que no hizo. Ya es hora de que la verdad completa salga a la luz, sin importar lo incómoda que resulte para nadie.

Sara le agradeció su disposición, y se despidió con la promesa de mantenerla informada sobre cualquier desarrollo que requiriera su participación formal, saliendo del apartamento con la grabación completa guardada con el mismo cuidado con el que protegería cualquier prueba decisiva en la investigación más importante de toda su carrera periodística.

Caminó varias manzanas antes de llamar a un taxi, necesitando ese tiempo adicional para procesar la magnitud de lo que acababa de descubrir, repasando mentalmente cómo iba a contarle esto a Rubén de una manera que no lo destrozara completamente, sabiendo, al mismo tiempo, que no existía ninguna manera suave de comunicar algo tan devastador como la confirmación de que su sufrimiento de veinticuatro años había sido, desde el principio, completamente evitable.

CAPÍTULO 69

LAS LÁGRIMAS DE RUBÉN

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Sara le contó todo a Rubén esa misma noche, reproduciendo cada detalle del testimonio de Lucía Ferrer con la precisión periodística que llevaba años aplicando a cada pieza de información relacionada con el caso, y observó, mientras hablaba, cómo la expresión de Rubén cambiaba progresivamente, pasando de la atención analítica habitual a algo mucho más crudo, mucho más difícil de contener.

—Entonces no hizo falta nada de esto —dijo finalmente, con una voz que apenas conseguía mantener firme—. Ni mi condena, ni la manipulación de pruebas, ni veinticuatro años enteros de mi vida. Todo esto, absolutamente todo, fue completamente innecesario.

—Rubén...

—No, Sara, necesito decir esto en voz alta. Si Hugo hubiera dicho la verdad desde el principio, si Irene hubiera dejado que la investigación siguiera su curso normal sin manipular absolutamente nada, probablemente él habría enfrentado, como mucho, alguna responsabilidad menor por no haber actuado con más cuidado. Yo nunca habría sido sospechoso de nada. Mi vida entera habría seguido su curso normal, sin ninguna de las cosas que terminé perdiendo.

Se levantó del sofá, caminando hacia la ventana con una agitación que Sara no le había visto nunca, ni siquiera en los momentos más tensos de las últimas semanas, y por primera vez desde que se conocían, Sara lo vio llorar, con un llanto silencioso pero profundo, las lágrimas cayendo sin que él hiciera ningún esfuerzo por contenerlas o disimularlas.

—Todo este tiempo pensé que al menos había una lógica retorcida en lo que me pasó. Que Irene había hecho un cálculo cruel pero racional, sacrificando una vida para proteger otra. Pero ni siquiera eso es verdad. Sacrificó mi vida entera por miedo, por un

miedo que ni siquiera estaba justificado por los hechos reales. Veinticuatro años, Sara. Veinticuatro años por absolutamente nada.

Sara se acercó y lo abrazó, sin decir nada, dejando que él llorara el tiempo que necesitara, comprendiendo que aquella revelación, lejos de ofrecer algún tipo de consuelo o cierre, había abierto una herida nueva, más profunda incluso que la rabia calculada con la que había vivido durante semanas, una herida que no sabía todavía cómo iba a empezar a sanar.

Permanecieron así durante un largo rato, hasta que Rubén, finalmente, se separó un poco, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, en un gesto que a Sara le pareció extrañamente infantil viniendo de un hombre que había construido, durante semanas, una fachada de control absoluto sobre cada aspecto de su plan.

—Necesito tiempo —dijo finalmente, con una voz todavía quebrada—. No para decidir qué hacer con esta información. Solo para sentir lo que tengo que sentir, sin tener que calcular inmediatamente el siguiente paso estratégico.

—Tómate todo el tiempo que necesites. No hay ninguna prisa real en esto, Rubén, salvo la que tú mismo te has impuesto.

—Hay una prisa real. El nombramiento de Irene, el caso de Andrade avanzando. El reloj sigue corriendo, aunque yo necesite parar un momento para procesar todo esto.

Sara asintió, entendiendo la tensión imposible entre la necesidad humana de duelo y la presión externa de circunstancias que no esperaban a que nadie terminara de procesar sus propias emociones antes de seguir avanzando inexorablemente hacia su propia conclusión.

—Voy a quedarme aquí contigo esta noche —dijo finalmente—. No vamos a decidir nada más hasta mañana. Solo vamos a estar aquí, juntos, dejando que esto te duela tanto como tenga que dolerte, sin ninguna prisa por convertirlo en estrategia todavía.

Rubén asintió, agradecido por aquella oferta simple, y los dos se quedaron sentados en el sofá durante el resto de la noche, sin hablar mucho más, simplemente compartiendo el peso de una revelación que ninguno de los dos sabía todavía cómo iba a transformar el resto de la historia que estaban viviendo juntos. En

algún momento, ya de madrugada, Rubén se quedó dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Sara, y ella se quedó despierta un rato más, observándolo dormir con una expresión de ternura mezclada con una preocupación profunda sobre lo que el día siguiente, inevitablemente, iba a exigirle a ambos. Apagó la lámpara del salón sin moverse demasiado, dejando que la oscuridad envolviera la habitación, y se quedó así, despierta, hasta que el propio cansancio terminó por vencerla también a ella.

CAPÍTULO 70

LA PEOR REVELACIÓN

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

El correo de Sara llegó a través de una dirección anónima que Irene no reconoció al principio, con un archivo adjunto que contenía la transcripción completa de la grabación de Lucía Ferrer, sin ningún mensaje adicional más allá de una línea breve: Creo que merece saber esto, antes de decidir cómo proceder con el resto de su vida.

Irene leyó la transcripción completa, sentada sola en la cocina, sintiendo que cada palabra de Lucía Ferrer confirmaba algo que ella misma, en algún rincón de su mente que había mantenido cuidadosamente sellado durante veinticuatro años, quizás siempre había sospechado sin permitirse examinarlo del todo: que la versión que Hugo le había contado aquella noche, entre lágrimas y pánico, posiblemente nunca había sido la versión completa.

No había preguntado lo suficiente. Había aceptado la primera explicación que su hijo le ofreció, suficientemente plausible para justificar la acción inmediata que ella ya había decidido tomar antes incluso de escuchar los detalles completos, y había construido sobre esa explicación incompleta una manipulación de pruebas que destruyó la vida de un hombre completamente inocente, por algo que ni siquiera había requerido protección.

Se preguntó cuántas veces, a lo largo de su carrera como fiscal y después como magistrada, había acusado a otros de exactamente ese mismo error: aceptar la primera narrativa conveniente sin investigar lo suficiente para asegurarse de que era la verdad completa. Cuántas veces había condenado a alguien, con la autoridad incuestionable de su cargo, por no haber hecho precisamente lo que ella misma había fallado en hacer en el momento más importante de toda su vida.

Pensó en llamar a Hugo inmediatamente, exigirle una explicación, preguntarle por qué nunca le había contado los detalles

completos de aquella noche, pero se detuvo antes de marcar el número, comprendiendo que la pregunta más importante no era qué le había contado Hugo entonces, sino por qué ella, como fiscal entrenada profesionalmente para investigar con rigor cualquier versión de los hechos, había decidido no hacer ninguna pregunta adicional que pudiera complicar la solución rápida que ya había decidido implementar.

Se quedó sentada en la oscuridad de la cocina durante horas, sintiendo el peso de una culpa que ya no tenía ninguna manera de mitigar ni siquiera parcialmente, comprendiendo que había destruido una vida entera por un miedo que, examinado con la honestidad que nunca se había permitido aplicar a sus propias decisiones, nunca había estado realmente justificado.

Pensó en escribirle directamente a Sara, pedirle más detalles sobre la testigo, sobre las circunstancias exactas en que había recordado, después de tantos años, los eventos de aquella noche. Pero se detuvo, comprendiendo que cualquier intento de verificar o cuestionar aquel testimonio, en este momento, sonaría exactamente como lo que durante veinticuatro años había sido su instinto predominante: buscar maneras de controlar y minimizar el daño, en lugar de simplemente aceptar la verdad completa con la humildad que la situación exigía.

Se levantó finalmente, cerca de la medianoche, y subió a su despacho, donde abrió la caja fuerte por última vez, sacando la carpeta con los documentos originales que había guardado durante todo este tiempo. Los miró uno por uno, cada firma falsificada, cada decisión tomada en aquellas cuarenta y ocho horas determinantes, y por primera vez se permitió verlos no como evidencia de un error calculado, sino como lo que realmente eran: la prueba irrefutable de que había sacrificado la vida de un inocente por un miedo que ni siquiera había tenido la decencia de verificar antes de actuar.

Se quedó sentada en el suelo del despacho, rodeada de los documentos esparcidos, hasta que el amanecer empezó a filtrarse por las ventanas, sin haber dormido absolutamente nada, pero sintiendo, por primera vez en veinticuatro años, una claridad extraña sobre lo que tenía que hacer a continuación, aunque todavía no

encontrara el valor suficiente para nombrarlo del todo, ni siquiera en la privacidad de sus propios pensamientos. Recogió finalmente los documentos, los devolvió a la caja fuerte, y se preparó para otro día más fingiendo, ante el mundo entero, una normalidad que cada hora que pasaba le costaba más sostener. Se duchó, se vistió con el mismo cuidado profesional de siempre, y salió hacia el trabajo exactamente a la hora habitual, como si aquella noche entera de revelaciones devastadoras no hubiera alterado, en absoluto, la rutina externa de su vida cotidiana.

CAPÍTULO 71

EL DOCUMENTO DE VUELTA

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

—Necesito el documento de vuelta —dijo Rubén, a la mañana siguiente, con una determinación que había recuperado durante la noche, después de horas de llanto silencioso y de una rabia que se había ido transformando, gradualmente, en algo mucho más frío y mucho más decidido.

Sara lo miró, reconociendo de inmediato a qué se refería.

—Pensé que habíamos acordado que yo lo guardaría, lejos de ti, hasta que estuvieras seguro de no necesitarlo.

—Eso fue antes de saber que todo esto fue completamente innecesario. Que Irene destruyó mi vida por un miedo que ni siquiera tenía fundamento real. Eso cambia todo, Sara. Ya no se trata solo de hacerle sentir lo que se siente cuando el sistema decide en tu contra. Se trata de que pague exactamente la misma moneda que ella usó conmigo, sin ningun atenuante, sin ninguna comprensión hacia las circunstancias, exactamente la misma falta de piedad que ella demostró hacia mí.

—Rubén, lo que descubrimos ayer no cambia la naturaleza de lo que estarías haciendo. Sigue siendo fabricar pruebas falsas. Sigue siendo convertirte en exactamente lo que la destruyó a ella.

—¡Pero ahora tengo una razón mejor! —La voz de Rubén se elevó, con una intensidad que Sara no le había escuchado en semanas—. Ahora sé que no hubo ninguna lógica detrás de lo que me hizo. Solo miedo ciego, irracional, que ni siquiera se molestó en verificar antes de destruir mi vida entera. Si ella no necesitó verdad completa para condenarme, ¿por qué debería yo necesitar pureza moral absoluta para hacer que pague?

Sara se quedó en silencio. El argumento de Rubén, por comprensible que fuera emocionalmente, repetía exactamente la misma lógica circular que había destruido tantas vidas a lo largo de

la historia de este caso: cada acto de injusticia justificando el siguiente, cada parte convenciéndose de que su propia crueldad estaba moralmente justificada por la crueldad previa de la otra.

—Te lo voy a devolver —dijo finalmente, con una resignación que no ocultaba su profunda inquietud—. Porque no tengo ningún derecho real a impedírtelo. Pero quiero que sepas, antes de que tomes esta decisión final, que si lo usas, no solo vas a destruir a Irene. Vas a confirmar, de una vez por todas, que el sistema tenía razón sobre ti desde el principio: que eres exactamente el tipo de persona capaz de fabricar pruebas para conseguir lo que quiere, sin que la verdad importe lo suficiente para detenerte.

Fue a buscar el dispositivo donde había guardado el documento, en un cajón de su propio dormitorio, y se quedó sosteniéndolo un momento antes de entregárselo, como si aquel gesto físico pudiera, de alguna manera, transmitirle a Rubén el peso completo de lo que estaba a punto de hacer.

—Aquí lo tienes. Pero quiero que sepas que voy a estar observando cada paso que des a partir de ahora, y que si en algún momento decides no usarlo, voy a estar aquí, exactamente igual que he estado durante los últimos años, sin ningún juicio adicional sobre lo que decidas.

Rubén tomó el dispositivo, sintiendo su peso físico mínimo en contraste violento con el peso moral que representaba, y se quedó mirándolo durante un momento largo, sin decir nada, mientras Sara, sin añadir ninguna palabra más, se retiraba hacia la habitación, dejándolo solo con la decisión que solo él podía tomar finalmente.

Se quedó en la cocina durante horas, con el dispositivo sobre la mesa frente a él, sin tocarlo, sin abrirlo, simplemente observándolo como si fuera un objeto capaz de decidir por sí mismo qué hacer con él. Pensó en cada una de las personas que esta decisión podría afectar: Irene, Hugo, los hijos de este, Fernando, Marina, todas las vidas tangenciales que se habían visto arrastradas, sin haberlo elegido, hacia el centro de esta historia que él mismo había puesto en marcha con tanta determinación inicial. La madrugada lo encontró todavía sentado en el mismo lugar, sin haber tomado ninguna decisión definitiva, pero al menos sin haber cedido tampoco

a la tentación de actuar precipitadamente bajo el peso de una rabia que, esa misma noche, había aprendido por fin a distinguir de la claridad genuina.

CAPÍTULO 72

LA ÚLTIMA COMPROBACIÓN

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Rubén pasó el resto del domingo repasando, una última vez, cada detalle del documento fabricado, verificando que cada fecha, cada referencia, cada nombre incluido resistiera el escrutinio que inevitablemente recibiría si llegaba a presentarse formalmente como prueba en el proceso que el inspector Andrade ya tenía en marcha.

Las palabras de Sara seguían resonando en su cabeza, compitiendo con la rabia fría que la revelación sobre Marta había desatado, y se descubrió, varias veces durante la tarde, deteniéndose a mitad de una verificación técnica para preguntarse, con una honestidad que llevaba semanas evitando, si de verdad era esto lo que quería ser cuando finalmente consiguiera lo que había venido a buscar.

Pensó en la frase de la página doce de su cuaderno, la que había escrito hacía quince años: Si algún día salgo, no va a ser para hacerle daño. Va a ser para que entienda. Aquella frase, que durante años había sido su brújula moral, su justificación para cada paso que había dado desde su salida de prisión, ahora le sonaba distante, casi pronunciada por otra persona, alguien más joven, menos consumido por la rabia acumulada de tantos años de espera.

Localizó, a través de los contactos de Sara, el momento exacto en que Andrade tenía previsto presentar formalmente su informe ante el juez de instrucción correspondiente: el miércoles siguiente, apenas tres días después. Si quería que el documento fabricado se incluyera en el expediente antes de esa fecha, tendría que actuar rápido, encontrando alguna manera de introducirlo en el proceso sin que su origen pudiera rastrearse hasta él.

Pasó horas planificando la logística exacta: cómo hacer llegar el documento a la unidad de Andrade sin levantar sospechas, qué intermediario podría usar sin comprometer a Sara directamente, qué

consecuencias legales podría enfrentar él mismo si el plan llegaba a descubrirse.

Cuando finalmente se acostó esa noche, el plan estaba completo, cada detalle verificado y reverificado con la misma precisión obsesiva de siempre. Pero por primera vez en semanas, sintió, mientras cerraba los ojos, una inquietud que no conseguía aplacar del todo, una sensación de que estaba a punto de cruzar una línea desde la que ya no habría manera de volver atrás.

Se despertó varias veces durante la noche, cada vez con la misma imagen repitiéndose en su cabeza: el rostro de Irene en el parque, su voz pidiendo tiempo para encontrar una manera de confesar sin destruir completamente a su familia, y se preguntó, en cada uno de esos despertares, si la mujer que había conocido en persona era realmente compatible con la villana absoluta que necesitaba que fuera para justificar, sin ninguna reserva moral, el siguiente paso que estaba a punto de tomar.

Hacia el amanecer, agotado por la falta de sueño, se levantó y caminó hasta la ventana del dormitorio, observando las primeras luces del día extenderse sobre los tejados de Madrid, pensando que en menos de cuarenta y ocho horas, una manera u otra, esta historia que había dominado cada minuto de su vida durante tantos años, finalmente empezaría a encontrar su resolución, fuera cual fuera la forma que esa resolución terminara tomando.

Sara se despertó poco después, y lo encontró todavía junto a la ventana, con una expresión que mezclaba agotamiento físico y una determinación renovada que ella no conseguía leer del todo con claridad, sin saber todavía si aquella determinación apuntaba hacia la ejecución final del plan, o hacia algo completamente distinto que él mismo todavía no había terminado de decidir. Se acercó a él en silencio, le puso una mano en la espalda, y los dos se quedaron mirando juntos el amanecer sobre Madrid, sin necesidad de palabras adicionales para comunicar lo que ambos sabían: que las próximas cuarenta y ocho horas iban a determinar, de una manera u otra, el resto de sus vidas. Permanecieron así un buen rato, hasta que el sol terminó de salir por completo, y solo entonces volvieron adentro, a preparar un café que ninguno de los dos tenía muchas ganas de

beber, pero que prepararon de todas formas, simplemente porque la rutina de los gestos pequeños, en momentos como este, era a veces lo único que conseguía sostener a una persona en pie.

CAPÍTULO 73

CUARENTA Y OCHO HORAS

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

La llamada de Andrade llegó temprano, con un tono que ya no se esforzaba en mantener la cordialidad rutinaria de las primeras comunicaciones entre ellos.

—Señoría, le llamo como cortesía profesional, ya que hemos colaborado en este proceso. Vamos a presentar formalmente nuestro informe ante el juez de instrucción este miércoles. A partir de ese momento, el caso pasa a manos judiciales, y cualquier decisión sobre cómo proceder ya no va a depender de nuestra unidad.

Irene sintió que la fecha, pronunciada con tanta precisión administrativa, le producía una sensación física de vértigo que tuvo que esforzarse en disimular durante el resto de la breve conversación.

—Entiendo, inspector. Gracias por la cortesía de avisarme con antelación.

—Es lo mínimo que podía hacer, dada su trayectoria profesional. Aunque imagino que entiende que esto no cambia las conclusiones a las que hemos llegado.

—Lo entiendo perfectamente.

Colgaron, e Irene se quedó sentada frente al escritorio, haciendo una cuenta atrás mental que no había hecho con tanta precisión desde sus primeros años como fiscal joven, esperando un veredicto en uno de sus primeros casos importantes. Cuarenta y ocho horas. Exactamente el mismo intervalo de tiempo que había usado, hace veinticuatro años, para decidir el destino completo de un hombre inocente.

La simetría no le pasó desapercibida, y se quedó pensando, durante el resto de la mañana, en cómo era posible que el tiempo, con una precisión casi poética, hubiera decidido devolverle

exactamente el mismo plazo que ella misma había usado para destruir una vida, ahora aplicado a la destrucción de la suya propia.

Llamó a su abogado, pidiéndole que se preparara para cualquier escenario que pudiera derivarse de la presentación formal del informe, y después se quedó sola, repasando mentalmente cada opción que todavía tenía disponible, sabiendo que el margen para actuar, fuera lo que fuera que decidiera hacer, se reducía ahora a un número de horas que podía contar con los dedos de las dos manos.

Pensó en llamar a Hugo, advertirle directamente sobre la importancia crítica de no intervenir de ninguna manera en las próximas cuarenta y ocho horas, pero decidió esperar hasta la tarde, necesitando primero ordenar sus propios pensamientos antes de tener fuerzas para gestionar también el pánico previsible de su hijo.

Salió a caminar durante la hora de comida, algo que no hacía nunca entre semana, simplemente para alejarse del despacho y de la presión constante de fingir normalidad ante cualquiera que pudiera cruzarse con ella en los pasillos del juzgado. Caminó sin rumbo concreto durante casi una hora, repasando mentalmente cada decisión de los últimos veinticuatro años, preguntándose si existía todavía alguna manera de salir de esta situación que no implicara la destrucción completa de todo lo que había construido, o si esa destrucción, examinada con la honestidad brutal que las últimas semanas le habían impuesto, era simplemente el precio justo que finalmente había llegado a cobrarse.

Pasó frente a la Audiencia Provincial sin entrar, mirando el edificio donde había construido prácticamente toda su carrera adulta, preguntándose cuántas veces más volvería a cruzar aquella entrada con la misma autoridad incuestionable que había proyectado durante dos décadas enteras, y sintiendo, por primera vez, que esa pregunta ya no le producía únicamente miedo, sino también algo parecido a un alivio extraño ante la perspectiva de finalmente dejar de cargar sola con un secreto que la había definido durante más años de los que estaba dispuesta a admitir. Volvió al despacho ya pasada la hora habitual, y se sentó frente al escritorio sin ninguna intención real de trabajar, simplemente esperando, con una paciencia que no sabía de dónde sacaba, que las próximas cuarenta y ocho horas terminaran

de definir, por fin, el rumbo del resto de su vida. Sonia le trajo café sin que ella lo pidiera, notando, con la sensibilidad de quien lleva años trabajando codo a codo con la misma persona, que algo grave se avecinaba aunque no consiguiera identificar exactamente qué. Irene le agradeció el gesto con una sonrisa breve, casi automática, y se quedó mirando la taza humeante sobre el escritorio durante varios minutos sin tocarla, perdida en pensamientos que ya no conseguía compartir con nadie de su entorno inmediato.

CAPÍTULO 74

EL ÚLTIMO ERROR DE HUGO

Vivienda de Hugo Salgado, Madrid

Hugo se enteró del plazo de cuarenta y ocho horas a través de una llamada angustiada de su madre, y la noticia, combinada con el peso acumulado de las últimas semanas, le produjo una sensación de pánico que no consiguió controlar con la misma disciplina que había intentado aplicar después del desastroso encuentro con Rubén.

Buscó, durante horas, alguna manera de intervenir directamente en el proceso, y finalmente localizó, a través de contactos profesionales que normalmente usaba para gestiones administrativas de su estudio de arquitectura, el número de teléfono personal del inspector Andrade.

—Inspector Andrade, soy Hugo Salgado. —Su voz temblaba, a pesar de sus esfuerzos por sonar firme—. Necesito hablar con usted sobre el caso que está investigando.

Andrade, al otro lado de la línea, reconoció de inmediato el apellido, y su tono se volvió instantáneamente más cauteloso.

—Señor Salgado, cualquier comunicación relacionada con este caso debería realizarse a través de los canales formales correspondientes, idealmente con representación legal presente.

—Solo necesito que entienda que mi madre actuó por amor, no por malicia. Que cualquier error que cometiera hace veinticuatro años fue motivado completamente por el instinto de proteger a su hijo, y que merece consideración por las circunstancias atenuantes que...

—Señor Salgado, le voy a pedir que termine esta llamada ahora mismo. Cualquier intento de influir en una investigación en curso, especialmente viniendo de alguien directamente relacionado con los hechos investigados, puede interpretarse como obstrucción a la justicia, y le aseguro que no quiere añadir ese cargo adicional a una situación que ya es suficientemente complicada para su familia.

Hugo colgó, sintiendo que su intento desesperado de ayudar había conseguido, con una precisión casi cómica en su torpeza, exactamente el efecto contrario al que pretendía.

Andrade, después de colgar, añadió mentalmente una nota a su expediente: El hijo de la investigada ha intentado contacto directo no autorizado, sugiriendo nerviosismo familiar significativo ante el avance del proceso. Recomiendo vigilancia adicional sobre posibles intentos de presión a testigos o de obstrucción adicional por parte de miembros de la familia.

Hugo se quedó sentado en su despacho durante un largo rato después de colgar, con las manos temblando, comprendiendo con una claridad dolorosa que cada intento que había hecho de ayudar a su madre, desde el encuentro fallido con Rubén hasta esta llamada desesperada, solo había conseguido empeorar su situación legal de maneras que él mismo era incapaz de prever del todo.

Llamó a Patricia, finalmente, decidido a contarle al menos una versión parcial de lo que estaba sucediendo, incapaz de seguir cargando solo con un peso que ya empezaba a manifestarse en problemas de concentración, insomnio y una irritabilidad que sus propios hijos habían empezado a notar en las últimas semanas. Su mujer escuchó la versión resumida con una expresión que mezclaba shock y una preocupación genuina por el bienestar de toda la familia, prometiéndole que afrontarían juntos lo que viniera, sin que ninguno de los dos supiera todavía con certeza qué forma exacta iba a tomar ese «lo que viniera».

Esa noche, después de que los niños se acostaran, Hugo y Patricia se quedaron hablando hasta tarde en la cocina, repasando juntos las implicaciones legales y familiares de lo que se avecinaba, y por primera vez en semanas, Hugo sintió que no estaba completamente solo enfrentando las consecuencias de algo que había sucedido mucho antes de que él mismo se hubiera convertido en el hombre que era ahora. Patricia, a pesar del shock inicial, le tomó la mano por encima de la mesa y le prometió que, sea lo que sea que pasara en los próximos días, ella y los niños seguirían a su lado, una promesa que Hugo no se sentía del todo seguro de merecer, pero que aceptó de todas formas, con una gratitud

silenciosa que no consiguió expresar completamente en palabras. Se quedaron así, sentados en la cocina, hasta bien pasada la medianoche, repasando una y otra vez los mismos temores, sin llegar a ninguna conclusión nueva, pero encontrando, al menos, algo de consuelo en no tener que enfrentar aquellos temores completamente solos. Cuando finalmente se fueron a dormir, Hugo se quedó despierto un rato más, escuchando la respiración tranquila de Patricia a su lado, agradecido por una comprensión que, en el fondo, sabía que no había hecho absolutamente nada para merecer.

CAPÍTULO 75

LA INTERPOSICIÓN

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Rubén tenía todo preparado: el documento fabricado, el intermediario contactado, el plan logístico completo para introducir la prueba falsa en el expediente antes de que Andrade presentara formalmente su informe al día siguiente por la mañana.

Se levantó del sofá, con el documento impreso ya en la mano, dirigiéndose hacia la puerta con la determinación fría que había recuperado durante los últimos dos días, y encontró a Sara, de pie, exactamente entre él y la salida, con una expresión que no dejaba ninguna duda sobre sus intenciones.

—No vas a hacer esto, Rubén.

—Apártate, Sara.

—No. —Ella no se movió, manteniendo su posición con una firmeza física que sorprendió a Rubén más que cualquier argumento verbal que hubiera podido ofrecer—. Llevo semanas viéndote convertirte, paso a paso, en alguien que ya no estoy segura de reconocer del todo. Y no voy a quedarme de brazos cruzados mientras das el último paso que te va a convertir, de manera irreversible, en exactamente lo que juraste que nunca serías.

—Tú no entiendes lo que se siente.

—¡Claro que no lo entiendo del todo! —La voz de Sara se quebró, mostrando una emoción que había mantenido contenida durante semanas de apoyo aparentemente estoico—. Pero he pasado dieciocho años de mi vida defendiendo tu inocencia ante un mundo que prefería creer la versión fácil de los hechos. No voy a quedarme callada ahora, viéndote destruir esa misma inocencia con tus propias manos, justo cuando finalmente tienes la oportunidad de demostrarla completamente limpia.

Rubén se quedó inmóvil, con el documento todavía en la mano, mirando a la única persona que había permanecido a su lado

durante cada momento de los últimos años. Notó cómo su determinación, sostenida durante días con una fuerza casi inquebrantable, empezaba finalmente a temblar bajo el peso combinado de su propia conciencia y de la desesperación genuina en los ojos de Sara.

—Si no hago esto ahora, puede que nunca tenga otra oportunidad.

—Entonces déjala pasar. Porque la alternativa es perderte a ti mismo de una manera de la que ya no vas a poder recuperarte, sin importar lo que le pase a Irene Salgado al final de todo esto.

Rubén alternaba la mirada entre el documento en su propia mano y Sara, una y otra vez, consciente de que cada segundo de aquel silencio prolongado representaba una versión distinta de quién podría llegar a ser a partir de esta misma noche. Pensó en Marta, en Lucía Ferrer cargando veinticuatro años de silencio culpable, en su propia rabia transformada lentamente en algo cada vez más parecido a la frialdad calculadora que siempre había atribuido, como rasgo definitorio, únicamente a la mujer que lo había destruido.

—No sé qué hacer —admitió finalmente, con una vulnerabilidad que no había mostrado en ninguno de los pasos anteriores—. Llevo veinticuatro años sabiendo exactamente qué quería. Y ahora, en el momento más importante de todos, no consigo encontrar ninguna certeza sólida sobre qué es lo correcto.

—Eso es, quizás, la señal más clara de que todavía eres la persona que escribió aquella frase en la página doce de tu cuaderno. La persona que decidió, hace quince años, que esto no iba a ser sobre hacer daño, sino sobre que se entendiera. Esa persona sigue ahí, Rubén, aunque las últimas semanas la hayan enterrado bajo mucha rabia acumulada.

Se quedaron los dos de pie en mitad del salón, ninguno moviéndose, mientras fuera, en algún lugar de Madrid, el reloj seguía corriendo hacia una fecha que ya no esperaba a que ninguno de ellos terminara de decidir qué iba a hacer con las últimas horas que les quedaban.

Finalmente, Rubén dejó el dispositivo sobre la mesa de la cocina, despacio, como si el simple gesto de apartarlo de su propia mano

representara ya, en sí mismo, una decisión que todavía no se sentía completamente preparado para verbalizar en voz alta. Sara lo observó hacerlo, sin decir nada, sin presionarlo hacia ninguna conclusión definitiva, simplemente sosteniendo el espacio necesario para que él llegara, por sus propios medios, a la decisión que ella ya esperaba desde hacía días que terminara tomando.

—Necesito dormir —dijo finalmente Rubén, con una voz agotada que parecía cargar el peso completo de todas las semanas anteriores —. Mañana, con la cabeza más despejada, voy a decidir qué hacer con esto. Pero esta noche, ya no puedo seguir cargando con esta decisión sin descansar primero.

Sara asintió, y los dos se fueron a la habitación juntos, dejando el documento sobre la mesa de la cocina, ninguno de los dos completamente seguro de qué amanecería decidido al día siguiente, pero ambos sintiendo, por primera vez en mucho tiempo, que al menos esa noche no iba a tomarse ninguna decisión irreversible bajo la presión inmediata de la rabia más reciente.

CAPÍTULO 76

LA MAÑANA DESPUÉS

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Rubén se despertó antes que Sara, como casi siempre, y se quedó tumbado en la penumbra del dormitorio durante un largo rato, escuchando su respiración tranquila. Sentía el peso exacto de la decisión que tenía pendiente, flotando sobre él de una manera que la noche anterior, agotado y desbordado por la emoción, no había conseguido afrontar del todo.

El documento seguía sobre la mesa de la cocina, donde lo había dejado. Se levantó con cuidado, se preparó un café, y se sentó frente a él, mirándolo con una atención distinta de la que le había dedicado durante las últimas semanas: ya no como un arma a perfeccionar, sino como la prueba física de una tentación que todavía no había terminado de resolver del todo dentro de sí mismo.

Sara entró en la cocina poco después, todavía con el pelo revuelto del sueño, y se sentó frente a él sin decir nada al principio, dejando que el silencio se asentara entre los dos antes de formular la pregunta que ambos sabían que tenía que llegar esa misma mañana.

—¿Lo has decidido?

Rubén tardó en responder, repasando mentalmente, una vez más, cada argumento que había considerado durante las últimas horas: la rabia legítima por veinticuatro años robados por una necesidad que nunca existió, la tentación de devolver exactamente el mismo golpe que él mismo había recibido, y, debajo de todo eso, una voz cada vez más insistente que sonaba como la suya propia de hace quince años, escribiendo en la página doce de un cuaderno la promesa de que esto, algún día, no iba a ser sobre hacer daño.

—Anoche, cuando estaba a punto de usarlo, sentí algo que no esperaba sentir. No fueron dudas sobre si Irene merecía las consecuencias. Las merece, completamente. Fueron dudas sobre

quién iba a ser yo, exactamente, en el momento en que decidiera fabricar pruebas para conseguirlo. Y no me gustó la respuesta que empecé a vislumbrar.

—¿Qué respuesta?

—Que me convertiría en alguien que el sistema, en cierto sentido retorcido, tendría razón en haber temido. No por lo que hice hace veinticuatro años, que fue nada. Sino por lo que estaría dispuesto a hacer ahora, con plena conciencia, sin la excusa de la inocencia que tenía entonces.

Sara se quedó observándolo, sin presionarlo hacia ninguna conclusión, dejando que él llegara, con sus propias palabras, al final del razonamiento que parecía estar construyendo en voz alta por primera vez.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Voy a destruirlo. Y después voy a hacer algo que no he hecho en veinticuatro años: voy a contar la verdad completa, sin manipular nada, confiando en que esa verdad, sin ningún adorno ni ninguna prueba fabricada, sea suficiente por sí sola.

Sara lo observó con atención. Aquella declaración, pronunciada con una calma que contrastaba radicalmente con la determinación fría de las últimas semanas, representaba el cambio más significativo que había visto en él desde que salió de prisión.

—¿Estás seguro de que la verdad, sin más, va a ser suficiente? Irene tiene recursos, abogados excelentes, una capacidad enorme para construir narrativas que minimicen su responsabilidad. ¿No te preocupa que, sin ninguna prueba adicional fabricada, ella encuentre alguna manera de salir relativamente indemne de todo esto?

—Me preocupa. Pero he decidido que prefiero esa incertidumbre a la certeza de convertirme en alguien que ya no podría reconocer ni respetar. Durante semanas pensé que la única manera de conseguir justicia era jugar exactamente el mismo juego que ella jugó conmigo. Pero anoche, mirando ese documento, entendí algo que debería haber entendido mucho antes: que si necesito mentir para que la verdad parezca suficientemente grave, entonces quizás la verdad, contada con toda su complejidad real, ya es suficientemente grave por sí misma.

Sara extendió la mano sobre la mesa, cubriendo la de Rubén con la suya, en un gesto simple que comunicaba más apoyo que cualquier palabra adicional que pudiera haber añadido en ese momento.

—Estoy contigo en lo que decidas a partir de aquí. Pero necesito que sepas que esto, lo que acabas de decidir, es probablemente la decisión más valiente que te he visto tomar en los años que llevo conociéndote de cerca.

—No la siento como valentía. La siento como agotamiento de cargar con tanto odio durante tanto tiempo. Quizás esa sea la única diferencia real entre la valentía y el simple cansancio de seguir luchando contra algo que ya no tiene sentido luchar de la manera en que llevaba luchando.

CAPÍTULO 77

EL FUEGO

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Rubén se levantó de la mesa, llevando el documento impreso en la mano, y caminó hacia la cocina con una determinación distinta de la que había mostrado en cualquier paso anterior del plan: no la frialdad calculadora de las últimas semanas, sino algo más parecido a un alivio que todavía no terminaba de reconocer del todo en sí mismo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Sara, siguiéndolo, aunque ya sospechaba la respuesta por la dirección que estaba tomando.

—Quemarlo. Aquí mismo, ahora, antes de que tenga oportunidad de cambiar de opinión otra vez.

Encendió uno de los fogones de la cocina, ajustando la llama a una intensidad moderada, y sostuvo el documento sobre el fuego con una mano firme, observando cómo el papel empezaba a ennegrecerse por los bordes antes de prender del todo.

El fuego consumió rápidamente las páginas, las fechas fabricadas, los nombres de personas reales insertados en un contexto que nunca había existido, cada detalle meticulosamente construido durante semanas de planificación obsesiva, reducido en cuestión de segundos a cenizas que cayeron sobre el fregadero de acero inoxidable.

Rubén se quedó observando los restos carbonizados, sintiendo algo que no esperaba sentir con tanta intensidad: no la satisfacción de la justicia consumada, ni la frustración de un plan abandonado, sino algo más parecido a la sensación física de soltar un peso que había cargado, sin darse cuenta del todo, durante mucho más tiempo del que la propia fabricación del documento había requerido.

—Se ha ido —dijo, casi para sí mismo, observando cómo el agua del grifo terminaba de dispersar las últimas cenizas hacia el desagüe.

—¿Cómo te sientes?

Rubén se quedó pensativo, buscando la palabra exacta que pudiera capturar la complejidad de lo que estaba experimentando.

—Libre, de una manera que no esperaba. No de las consecuencias legales que probablemente todavía me esperan por algunas de las cosas que ya he hecho. Libre de la persona que estaba a punto de convertirme. Eso es lo que realmente acabo de quemar, Sara. No solo un documento. Una versión de mí mismo que ya no quiero llegar a ser.

Sara se acercó y lo abrazó. Sentía que el hombre que sostenía entre sus brazos era completamente, sin reservas ocultas, la persona que ella siempre había creído que era, antes de que veinticuatro años de espera y de rabia acumulada hubieran amenazado con transformarlo en algo distinto.

—Estoy orgullosa de ti —dijo, simplemente, sin necesidad de añadir nada más elaborado a un momento que ya contenía, en sí mismo, todo lo que necesitaba decir.

Se quedaron así, abrazados en la pequeña cocina, durante un tiempo que ninguno de los dos midió con precisión, y cuando finalmente se separaron, Rubén caminó hasta la ventana del salón, mirando hacia la calle con una expresión que Sara no le había visto nunca antes: la de alguien que, después de mucho tiempo cargando un peso enorme, finalmente empieza a sentir, aunque sea de manera incipiente, la posibilidad de un futuro que no esté completamente definido por el pasado.

—¿Sabes qué es lo más extraño de todo esto? —dijo, sin girarse del todo—. Durante veinticuatro años, lo único que tenía claro era el objetivo. Sobrevivir, estudiar, entender exactamente qué me habían hecho, prepararme para el día en que pudiera hacer algo al respecto. Ahora que acabo de renunciar a la parte más oscura de ese plan, no tengo absolutamente ninguna idea de qué viene después. Es aterrador, de una manera completamente distinta a todo lo que he sentido hasta ahora.

—Eso es lo que se siente al empezar a vivir de verdad, Rubén. Sin un objetivo de venganza organizando cada minuto de tu existencia. Da miedo, sí. Pero también es, sospecho, exactamente lo

que necesitabas sentir para empezar a recuperar algo parecido a una vida normal.

Él se giró finalmente, mirándola con una expresión vulnerable que contrastaba con la determinación fría que había mantenido durante semanas, y a Sara le pareció que, esta vez, estaba viendo, sin máscara protectora alguna, exactamente quién era Rubén Sotelo cuando dejaba de calcular cada movimiento estratégico. Se quedaron así un momento, en silencio, antes de empezar a preparar juntos algo tan simple como el desayuno.

CAPÍTULO 78

LA LLAMADA A ANDRADE

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

—Necesito el número directo del inspector Andrade —dijo Rubén, después de que los dos hubieran desayunado en un silencio relativamente tranquilo, el primero que habían compartido en semanas sin la tensión constante de la planificación pendiente.

Sara se lo proporcionó sin preguntar exactamente qué pensaba decirle, aunque podía adivinarlo con bastante precisión basándose en la decisión que él acababa de tomar esa misma mañana.

Rubén marcó el número con una calma que contrastaba notablemente con la agitación de los días anteriores, y esperó, escuchando los tonos de la llamada, sintiendo una extraña sensación de inevitabilidad sobre el paso que estaba a punto de dar.

—Inspector Andrade.

—Inspector, mi nombre es Rubén Sotelo Marchena. Creo que ya conoce mi caso, dado que está investigando las irregularidades del expediente original.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea, el tipo de pausa que sugería que Andrade estaba reorganizando rápidamente sus expectativas sobre cómo iba a desarrollarse esta conversación.

—Señor Sotelo. Sí, conozco su caso con bastante detalle. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero ofrecerle mi testimonio completo, voluntariamente, sin condición alguna ni ningún requerimiento legal previo. Quiero contarle exactamente lo que sé sobre la manipulación de pruebas en mi proceso original, y quiero hacerlo de manera que pueda usarse formalmente en cualquier procedimiento que estén considerando contra la fiscal responsable.

—Eso es... extremadamente útil, señor Sotelo. Aunque debo preguntarle, dada la naturaleza personal evidente de su interés en

este caso, ¿hay alguna razón por la que decide ofrecer esto precisamente ahora?

Rubén se quedó pensativo un momento, eligiendo cuidadosamente cómo formular una respuesta que fuera completamente honesta sin necesitar revelar más de lo estrictamente relevante.

—Porque he pasado las últimas semanas considerando seriamente tomar la justicia en mis propias manos, de maneras que no habrían sido legales ni moralmente defendibles. Y he decidido, esta misma mañana, que la única manera correcta de conseguir lo que necesito es a través de la verdad completa, presentada de la manera más limpia posible, sin que yo manipule nada más.

—Le agradezco esa honestidad, señor Sotelo. ¿Estaría dispuesto a venir a comisaría esta misma tarde para formalizar su declaración?

—Estaré ahí a la hora que me indique.

Colgó el teléfono, y se quedó sentado un momento más en la cocina, sintiendo el peso de la decisión que acababa de poner en marcha de manera irreversible. A diferencia de cada paso anterior de su plan original, cuidadosamente calculado para mantener el control total sobre cómo y cuándo se revelaría la información, esta llamada representaba exactamente lo contrario: entregar voluntariamente el control del proceso a las autoridades formales, confiando en que el sistema, esta vez, funcionara correctamente.

Sara lo observó terminar la llamada con una mezcla de alivio y aprensión que no intentó disimular del todo.

—¿Cómo te sientes después de hacer eso?

—Extraño. Llevo veinticuatro años desconfiando completamente de cualquier proceso oficial, convencido de que el sistema siempre encuentra la manera de proteger a quienes tienen poder e influencia. Y ahora acabo de poner mi caso, voluntariamente, exactamente en las manos de ese mismo sistema.

—¿Y si te vuelve a fallar?

—Entonces, al menos, voy a poder decir que esta vez hice lo correcto, independientemente del resultado. Eso es algo que no podía decir durante el primer juicio, cuando no tenía ningún control sobre nada de lo que me estaba pasando. Esta vez, sea cual sea el

desenlace, va a ser el resultado de una decisión que yo mismo tomé, con plena conciencia de las alternativas disponibles.

Se preparó para la cita de esa tarde con una meticulosidad distinta de la que había aplicado a la planificación de su venganza original: ya no calculando cada palabra para conseguir un efecto estratégico específico, sino simplemente organizando, con la claridad que solo la honestidad completa permite, cada detalle de lo que necesitaba contar para que la verdad quedara registrada con toda la precisión que merecía.

Sara lo acompañó hasta la puerta de la comisaría, sin entrar con él, respetando su necesidad de afrontar este momento completamente solo, después de semanas en las que ella había estado presente en cada paso del proceso. Se quedó esperando en el coche, viendo el edificio donde Rubén iba a pasar las próximas horas reconstruyendo, con palabras propias y sin manipular nada, la historia completa que había definido su vida entera desde aquella noche de hace veinticuatro años.

CAPÍTULO 79

SIN MARGEN PARA NEGOCIAR

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

La noticia le llegó a Irene a través de su propio abogado, que a su vez la había recibido de un contacto dentro de la comisaría, con la rapidez informal con la que ciertas informaciones sensibles circulaban entre profesionales del sistema legal madrileño antes incluso de hacerse oficiales.

—Rubén Sotelo se ha presentado voluntariamente a testificar —dijo el abogado, sin preámbulos, en cuanto Irene contestó la llamada—. Parece que ha decidido colaborar completamente con la investigación de Andrade, ofreciendo su testimonio directo sobre lo que sabe del caso.

Irene sintió que el suelo de su despacho, por enésima vez en las últimas semanas, se inclinaba bajo sus pies con una intensidad que ya empezaba a resultarle dolorosamente familiar.

—¿Qué significa esto exactamente para mi situación?

—Significa que ya no estamos hablando de un caso construido únicamente sobre una evidencia documental, por sólida que esa evidencia ya fuera. Ahora hay un testimonio directo de la víctima original, presentado voluntariamente, sin ninguna coacción aparente. Eso refuerza enormemente la posición de la fiscalía si decide presentar cargos formales contra ti.

—¿Hay alguna manera de negociar en este punto? ¿Algún acuerdo posible que pueda limitar el daño?

El abogado se quedó en silencio un momento, sopesando cómo formular una respuesta que fuera honesta sin resultar completamente desalentadora.

—Irene, en mi experiencia profesional, cuando una víctima decide testificar voluntariamente, sin que medie ningún tipo de acuerdo previo o compensación, suele ser porque ya ha decidido que la verdad importa más que cualquier negociación práctica. Eso,

generalmente, deja muy poco margen para cualquier tipo de acuerdo que pueda limitar significativamente las consecuencias.

Irene colgó el teléfono, y se quedó sentada en su despacho, comprendiendo de golpe que el plazo que Rubén le había dado, el margen de tiempo que ella había estado calculando con tanta precisión, ya no tenía relevancia real alguna. Él había decidido, por su propia voluntad, sin esperar a que ella encontrara el valor de confesar por sí misma, que la verdad completa merecía salir a la luz independientemente de lo que ella decidiera hacer.

Sintió, mezclado con el terror evidente ante las consecuencias legales inminentes, algo parecido a un alivio extraño: la sensación de que, finalmente, la decisión sobre cómo y cuándo confesar ya no dependía completamente de su propio valor, que durante semanas había demostrado ser insuficiente para actuar por sí mismo.

Llamó a Sonia y le pidió que cancelara todas las citas restantes del día, necesitando un espacio de silencio absoluto para procesar la magnitud de lo que se acababa de poner en marcha. Se quedó sola en su despacho, con las luces apagadas a pesar de que todavía era media tarde, repasando mentalmente cada conversación que había tenido con Rubén, buscando algún indicio que hubiera podido anticipar esta decisión, y reconociendo, con una honestidad que se permitía cada vez con más frecuencia, que en realidad había subestimado completamente la profundidad moral del hombre al que durante veinticuatro años había reducido, en su propia mente, a la categoría simplificada de víctima abstracta.

Pensó en llamarlo directamente, agradecerle, de alguna manera retorcida, el hecho de haber elegido la vía honesta en lugar de la manipulación que ella misma habría esperado de cualquier persona en su posición. Pero descartó la idea casi de inmediato, comprendiendo que cualquier gesto de ese tipo, en este momento concreto, sonaría exactamente como lo que durante toda su carrera había sido su instinto predominante: intentar gestionar y suavizar las consecuencias de sus propios actos, en lugar de simplemente aceptarlas con la dignidad que la situación finalmente exigía.

Pensó en llamar a Fernando, simplemente para escuchar su voz, pero se detuvo antes de marcar el número, sin saber todavía qué

palabras usar para empezar una conversación que, fuera como fuera, iba a tener que abordar tarde o temprano la pregunta que ninguno de los dos había verbalizado del todo: si él iba a volver, y cuándo.

Se quedó sentada un rato más en la oscuridad de su despacho, sintiendo que el colapso inminente de su carrera avanzaba ahora en paralelo con una incertidumbre igual de profunda sobre el resto de su vida personal, como si el universo hubiera decidido, con una ironía casi deliberada, que ningún momento de esta historia iba a ofrecerle una sola certeza sin contaminarla con una pregunta igual de grande, todavía sin respuesta.

CAPÍTULO 80

LOS CARGOS SE AMPLÍAN

Unidad de Casos Archivados, Comisaría General de Madrid

El testimonio de Rubén, grabado y transcrito con el rigor procesal habitual, añadía una dimensión completamente nueva al caso que Andrade ya había construido sobre la base sólida del informe pericial y la confirmación posterior de Lucía Ferrer.

—Con esto —dijo Andrade, repasando la documentación completa junto con Cabrales y el fiscal asignado al caso— ya no hablamos únicamente de falsedad documental y prevaricación judicial. El testimonio directo de Sotelo, combinado con el de la testigo Ferrer, nos permite añadir cargos por obstrucción continuada a la justicia, dado que la manipulación no se limitó al momento original, sino que se ha extendido, según los indicios que tenemos, hasta las últimas semanas, con intentos adicionales de influir en el desarrollo de esta misma investigación.

El fiscal asignado, una mujer de mediana edad con una reputación de extrema meticulosidad procesal, revisó cada documento con la misma atención exhaustiva que Andrade había aplicado durante semanas.

—Esto es un caso sólido. Excepcionalmente sólido, considerando quién es la acusada y los recursos legales que indudablemente va a movilizar en su defensa. Pero con el testimonio directo de la víctima original, combinado con la testigo presencial y el análisis pericial confirmado, no veo ninguna manera realista de que esto no termine en cargos formales.

—¿Cuándo podemos presentar formalmente ante el juez de instrucción?

—Mañana mismo, si toda la documentación está lista. No quiero darle a la defensa ningún tiempo adicional para preparar estrategias dilatorias antes de que el caso quede formalmente registrado.

Andrade asintió, sintiendo la satisfacción profesional de un caso que, después de semanas de trabajo meticuloso, finalmente alcanzaba el punto de solidez necesario para proceder sin ningún riesgo significativo de que se desmoronara por tecnicismos procesales. Pero también sintió, una vez más, el peso humano de lo que estaba a punto de poner en marcha: la destrucción formal y pública de la carrera de una mujer que, independientemente de lo que hubiera hecho hace veinticuatro años, también tenía una familia, una vida actual, personas que iban a sufrir las consecuencias colaterales de una decisión tomada hace tanto tiempo.

—¿Cómo fue el testimonio de Sotelo? —preguntó el fiscal, revisando la transcripción completa con atención meticulosa.

—Sereno. Extrañamente sereno, considerando la magnitud de lo que estaba relatando. No noté ningún intento de exagerar ni de presentar los hechos de manera más favorable a sí mismo de lo que la evidencia objetiva permitiría. Si tuviera que describir su actitud con una sola palabra, diría que fue de una honestidad casi dolorosa.

Cabrales, que había estado presente durante la toma de declaración, añadió su propia observación.

—Lo más llamativo fue que, en ningún momento, pidió nada a cambio. Ni compensación económica, ni garantías sobre el resultado del proceso, ni siquiera protección mediática adicional. Solo quería que constara, formalmente, exactamente lo que había pasado, dejando que el sistema decidiera el resto.

El fiscal cerró la carpeta con el testimonio completo, asintiendo con la satisfacción profesional de alguien que reconoce, después de años de experiencia, cuándo un caso tiene la solidez moral además de la solidez puramente procesal necesaria para sostenerse sin fisuras ante cualquier escrutinio público o judicial.

—Vamos a presentarlo mañana. Y vamos a asegurarnos de que cada pieza de esta documentación esté perfectamente organizada, porque dado el perfil de la acusada, este caso probablemente va a atraer mucha más atención mediática de la que estamos acostumbrados a manejar en esta unidad.

Andrade se quedó trabajando hasta tarde esa noche, repasando una última vez cada documento, cada testimonio, cada pieza del

rompecabezas que había tardado semanas en ensamblar con tanto cuidado. Pensó en lo extraño que resultaba que, después de once años revisando casos archivados sin demasiada atención pública, este expediente concreto fuera probablemente el que más iba a poner a prueba la solidez de todo el trabajo realizado por su unidad a lo largo de los años, precisamente por la combinación poco habitual de relevancia mediática y solidez procesal que rara vez coincidían con tanta claridad en un mismo caso. Apagó finalmente la luz de su despacho pasada la medianoche, llevándose a casa, mentalmente, el peso de un caso que sabía iba a recordar durante mucho tiempo después de que se resolviera formalmente.

CAPÍTULO 81

LA CONVOCATORIA

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Irene llamó a Hugo esa misma tarde, pidiéndole que viniera a casa esa noche, sin explicar completamente el motivo por teléfono, sabiendo que la conversación que tenían pendiente merecía el espacio y la seriedad de un encuentro en persona, no la inmediatez fragmentada de una llamada telefónica.

Hugo llegó poco después de las siete, visiblemente nervioso, habiendo intuido por el tono de su madre que algo significativo se avecinaba.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Siéntate, Hugo. Necesitamos hablar de algo importante, y necesito que me escuches completamente antes de reaccionar.

Le contó, con un detalle que no había compartido nunca antes con él de manera tan completa, exactamente cómo se estaba desarrollando la investigación de Andrade: el testimonio voluntario de Rubén, la confirmación de Lucía Ferrer sobre lo que realmente había pasado aquella noche, la ampliación de los cargos que la fiscalía estaba preparando, el plazo inminente para que todo esto se presentara formalmente ante un juez de instrucción.

Hugo escuchó todo en silencio, con una palidez creciente que reflejaba la magnitud completa de lo que estaba a punto de caer sobre su familia.

—¿Qué va a pasar contigo?

—Probablemente cargos formales por prevaricación, falsedad documental, obstrucción a la justicia. Mi abogado dice que, dada la solidez de las pruebas, es muy probable que termine en una condena, aunque todavía no sabemos con qué duración exacta.

—¿Y conmigo? ¿Voy a tener que...?

—No lo sé con certeza, Hugo. El delito original que tú cometiste, en términos legales estrictos, ya prescribió hace muchos años, dado

que ni siquiera fue un delito grave, según lo que ahora sabemos que pasó realmente. Pero tu nombre, inevitablemente, va a aparecer en todo esto. La gente va a saber lo que pasó aquella noche, y va a saber que yo destruí una vida entera para proteger algo que ni siquiera necesitaba protección tan desesperada.

Hugo se quedó en silencio, procesando la magnitud de lo que estaba a punto de exponerse públicamente, y por primera vez en toda esta historia, Irene vio en su expresión algo que no había visto nunca antes: no pánico egoísta, sino una vergüenza genuina, profunda, que parecía estar reconociendo finalmente la magnitud completa de lo que su propio silencio, sostenido durante veinticuatro años, había costado a otra persona.

—Mamá, le debo a ese hombre una disculpa que llevo veinticuatro años sin ofrecerle.

Irene se quedó mirando a su hijo, sintiendo una mezcla compleja de emociones que no esperaba experimentar con tanta intensidad en este momento concreto: alivio por verlo finalmente reconocer su propia responsabilidad, tristeza por comprender que ese reconocimiento llegaba demasiado tarde para evitar el daño ya causado, y una especie de respeto renovado hacia un hijo que, a pesar de todos sus errores acumulados, todavía conservaba la capacidad de avergonzarse genuinamente cuando finalmente confrontaba la verdad completa de sus propios actos.

—¿Qué crees que deberíamos hacer ahora? —preguntó Irene, genuinamente interesada en escuchar la perspectiva de su hijo, en lugar de simplemente dictar, como había hecho durante toda su vida, cuál era el siguiente paso correcto.

—No lo sé con certeza. Pero sé que necesito contarle la verdad completa a Patricia, sin omitir nada. Y sé que necesito encontrar alguna manera de disculparme con Rubén Sotelo, aunque no tenga ningún derecho a esperar que acepte esa disculpa después de todo lo que ha sufrido.

—Eso requiere mucho valor, Hugo. Más valor del que yo misma he sido capaz de demostrar durante la mayor parte de los últimos veinticuatro años.

—Quizás es hora de que alguno de los dos empiece a demostrarlo, mamá. Antes de que sea demasiado tarde para que signifique algo real.

Se quedaron sentados en silencio un momento más, cada uno procesando a su manera el peso de la conversación que acababan de tener, sin que ninguno de los dos sintiera todavía la necesidad de moverse del jardín ni de dar por terminada una charla que apenas empezaba a tocar lo más difícil.

CAPÍTULO 82

LA RESPONSABILIDAD DE HUGO

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

—¿Qué quieres hacer exactamente? —preguntó Irene, sorprendida por la determinación repentina en la voz de su hijo, una determinación que no le había escuchado en ninguna conversación anterior sobre este tema.

—Quiero hablar con él directamente. No de la manera en que lo hice antes, intentando convencerlo de que pare, intentando proteger lo que tengo. Quiero hablar con él para disculparme genuinamente, sin pedirle absolutamente nada a cambio, sin esperar ningún tipo de perdón ni de comprensión especial.

—Hugo, dado el estado actual de la investigación, cualquier contacto adicional con él podría interpretarse como un intento más de influir en el proceso.

—Lo sé. Y por eso voy a hacerlo a través de canales completamente formales, quizás incluso a través de su propio abogado, o del inspector Andrade directamente, dejando constancia explícita de que no busco ningún beneficio legal, solo la oportunidad de decirle, por fin, lo que debería haberle dicho hace veinticuatro años.

Irene observó a su hijo con una mezcla de orgullo y tristeza que no esperaba sentir con tanta intensidad simultánea: orgullo por verlo, finalmente, asumir una responsabilidad genuina por sus propios actos, y tristeza por comprender que esa madurez llegaba demasiado tarde para cambiar nada de lo que ya había sucedido durante veinticuatro años completos.

—Voy a contarle a Patricia toda la verdad esta misma noche —continuó Hugo—. No la versión parcial que le he estado dando hasta ahora. Todo. Lo que pasó, lo que tú hiciste, lo que yo permití que pasara sin nunca cuestionarlo ni una sola vez en veinticuatro años.

—¿Estás preparado para las consecuencias de esa conversación?

—No lo sé. Pero estoy más preparado para eso que para seguir viviendo el resto de mi vida con este secreto pesando sobre cada decisión que tomo, sobre cada mirada que les doy a mis propios hijos sin que ellos sepan la verdad completa sobre la familia a la que pertenecen.

Irene asintió. Aquella conversación, dolorosa como era, representaba quizás el primer momento genuino de crecimiento real que había visto en su hijo en mucho tiempo, un crecimiento que llegaba envuelto en la peor crisis posible, pero que, al menos, parecía auténtico de una manera que ninguna de sus interacciones anteriores había conseguido demostrar.

—¿Cómo crees que va a reaccionar Patricia? —preguntó Irene, después de un silencio que ambos necesitaban para procesar la magnitud de lo que se estaba decidiendo esa noche.

—No lo sé. Probablemente con shock, después con rabia, quizás con miedo sobre lo que esto significa para nuestra familia, para los niños. Pero prefiero enfrentar esa reacción honesta que seguir construyendo nuestra vida juntos sobre una mentira que nunca debería haber existido en primer lugar.

—¿Y si decide que no puede seguir contigo, sabiendo todo esto?

Hugo se quedó pensativo, considerando aquella posibilidad con una seriedad que no había mostrado en ninguna conversación anterior sobre el tema.

—Entonces, supongo, tendré que aceptar esa consecuencia, igual que tú vas a tener que aceptar lo que decida Fernando, igual que Rubén Sotelo tuvo que aceptar, sin ninguna opción real, las consecuencias de algo que ni siquiera había hecho. Quizás esa es la parte más justa de todo esto: que finalmente, todos en esta familia, vamos a tener que enfrentar consecuencias reales por nuestras propias decisiones, en lugar de que alguien más cargue con ellas en nuestro lugar.

Se quedaron sentados juntos en el salón durante un rato más, sin necesidad de decir mucho más, compartiendo el peso de un momento que ninguno de los dos había anticipado tener que enfrentar de esta manera tan directa, pero que, paradójicamente, los acercaba más de lo que habían estado en años.

Cuando Hugo finalmente se levantó para marcharse, Irene lo acompañó hasta la puerta, y antes de que él saliera, lo abrazó con una intensidad que no recordaba haber sentido desde que él era mucho más joven. Aquel abrazo, breve pero genuino, comunicaba algo que las palabras, en este momento concreto de sus vidas, ya no conseguían expresar del todo. Se quedó en el umbral viéndolo alejarse hacia su coche, preguntándose si aquella conversación marcaría, finalmente, el inicio de una relación más honesta entre los dos, después de tantos años construidos sobre la protección excesiva y el silencio mutuo.

CAPÍTULO 83

LA DECISIÓN DE FERNANDO

Casa del hermano de Fernando, Madrid

Fernando llevaba semanas en casa de su hermano, procesando la confesión completa que Irene le había hecho hacía ya casi dos semanas, y aquella mañana, después de la conversación que había tenido con Sara Bermúdez días antes, finalmente se sentó a escribir, con su propia letra cuidadosa de notario retirado, una lista de las preguntas que necesitaba responderse a sí mismo antes de poder decidir el rumbo del resto de su vida.

¿Podía seguir amando a la mujer que había conocido durante treinta años, sabiendo lo que ahora sabía sobre la decisión más determinante de su vida adulta? ¿Era posible separar a la persona íntegra que él había experimentado en su matrimonio cotidiano de la persona capaz de fabricar pruebas para condenar a un inocente? ¿Qué le debía, exactamente, a sus propios principios morales, y qué le debía a la complejidad real de una relación de tres décadas que no podía reducirse a una sola decisión, por terrible que esa decisión hubiera sido?

Su hermano Joaquín entró en la cocina mientras él seguía escribiendo, y se sentó frente a él con la paciencia silenciosa que había caracterizado siempre su relación.

—¿Has decidido algo?

—Creo que sí. —Fernando dejó el bolígrafo sobre la mesa, mirando la lista incompleta de preguntas que probablemente nunca terminaría de responder del todo—. Voy a volver. No porque perdone completamente lo que hizo, ni porque pretenda fingir que esto no cambia nada entre nosotros. Voy a volver porque, después de treinta años, todavía creo que la mujer que conozco es más que ese único error, terrible como fue. Y porque creo que enfrentar las consecuencias de esto, sea lo que sea que esas consecuencias

terminen siendo, es algo que ella necesita hacer sabiendo que no está completamente sola.

—¿Y si las consecuencias son una condena de prisión?

—Entonces voy a estar ahí también, de la manera que pueda estarlo. No aprobando lo que hizo. Como la promesa que le hice hace treinta años, de estar a su lado en lo bueno y en lo malo, incluso cuando lo malo resulta ser mucho más grave de lo que cualquiera de los dos imaginó nunca cuando hicimos esa promesa.

Llamó a Irene esa misma tarde, y le dijo, sin ningún preámbulo innecesario, que iba a volver a casa esa noche, no como si nada hubiera pasado, sino como alguien dispuesto a afrontar, junto a ella, lo que fuera que viniera a continuación, con todo el peso y toda la complejidad que esa decisión necesariamente implicaba.

Antes de colgar, añadió algo más, con la misma precisión cuidadosa con la que había redactado durante décadas los documentos legales más delicados de su carrera notarial.

—Irene, necesito que entiendas algo importante. Volver no significa que finja que esto no cambia nada entre nosotros. Significa que he decidido, después de mucho pensarlo, que la versión completa de quién eres, incluyendo el peor error de tu vida, sigue siendo alguien con quien quiero seguir construyendo lo que nos queda de vida juntos. Pero vamos a necesitar reconstruir muchas cosas, despacio, con honestidad completa de ahora en adelante, sin ningún secreto adicional escondido en ningún cajón cerrado con llave.

—Lo entiendo, Fernando. Y te prometo que no va a haber más secretos. Ya no tengo fuerzas para sostener ninguno más, ni siquiera si quisiera.

—Entonces nos vemos esta noche.

Colgó el teléfono, y Fernando se quedó sentado en la cocina de su hermano un rato más, sintiendo el peso de la decisión que acababa de tomar, una decisión que no le ofrecía ninguna garantía sobre cómo se desarrollaría el resto de su vida, pero que, al menos, le devolvía algo parecido a un propósito claro en medio de la incertidumbre absoluta que las últimas semanas habían instalado en cada aspecto de su existencia cotidiana.

Joaquín lo abrazó antes de que se marchara, sin ofrecer ningún consejo adicional, simplemente confirmando con ese gesto que estaría ahí, exactamente igual que siempre, fuera cual fuera el rumbo que tomara la historia de su hermano a partir de esa misma noche.

Fernando condujo de vuelta a casa con las ventanas bajadas, dejando que el aire fresco de la tarde le despejara un poco la cabeza antes de llegar, repasando mentalmente las palabras exactas que quería decirle a Irene en cuanto la viera, consciente de que esta conversación, aunque continuara una que ya habían empezado semanas antes, representaba en realidad el inicio de algo completamente nuevo entre los dos: un matrimonio reconstruido sobre la honestidad completa, en lugar de sobre el silencio cómodo que lo había sostenido durante treinta años enteros.

CAPÍTULO 84

LA ÚLTIMA SESIÓN

Audiencia Provincial de Madrid, Sala Segunda

Irene entró en la sala para la última sesión del caso Olmedo con la sensación extraña de estar interpretando, por última vez, un papel que había definido toda su identidad profesional durante más de dos décadas, sin saber todavía si después de aquella mañana volvería a tener la oportunidad de ocupar ese mismo lugar.

La noticia sobre su propia investigación, aunque todavía no oficialmente pública, ya circulaba en susurros por los pasillos del edificio: dos secretarias que dejaron de hablar abruptamente cuando ella pasó cerca, un compañero magistrado que la saludó con una formalidad excesiva que delataba más incomodidad que cortesía genuina, Sonia que entró al despacho con los ojos visiblemente enrojecidos, sin atreverse a preguntar directamente qué estaba pasando.

—Buenos días —dijo, con la voz tan firme como consiguió fabricarla, y la sala se puso en pie con el mismo ritual de siempre, aunque a Irene le pareció que algunos de los presentes, esa mañana concreta, la observaban con una atención distinta de la habitual, como si ya supieran, o sospecharan, que algo significativo estaba a punto de cambiar.

El fiscal y el abogado defensor presentaron sus últimas observaciones antes de que el caso pasara formalmente a fase de deliberación, y durante toda la sesión, Irene mantuvo una concentración profesional que le costó un esfuerzo casi físico sostener, consciente de que cada palabra que pronunciaba en esa sala podría ser una de las últimas que pronunciara nunca con la autoridad de su cargo.

Durante el receso de mediodía, Marina entró en su despacho con una expresión que ya no intentaba disimular la preocupación acumulada de las últimas semanas.

—Señoría, hay periodistas preguntando en recepción. No sobre el caso Olmedo. Preguntan por usted directamente, por algo relacionado con un caso antiguo.

Irene sintió que el momento que había estado temiendo, postergándolo mentalmente día tras día con la esperanza irracional de que pudiera evitarse, finalmente había llegado.

—¿Qué les has dicho?

—Que no tenía comentarios que ofrecer, y que cualquier consulta debía dirigirse al departamento de comunicación oficial. Pero señoría, han mencionado un nombre. Rubén Sotelo.

Irene cerró los ojos un momento, sintiendo que el suelo de su despacho, por última vez quizás, antes de que todo se hiciera completamente público, se inclinaba bajo sus pies con una violencia que ya empezaba a resultarle familiar.

—Gracias, Marina. Voy a necesitar que me ayudes a mantener algo de normalidad durante el resto de esta sesión, aunque sea solo apariencia.

Marina asintió, y antes de salir del despacho, se quedó un momento más en la puerta, con una expresión que mezclaba lealtad profesional y una preocupación genuina que ya no intentaba disimular del todo.

—Señoría, sea lo que sea que esté pasando, quiero que sepa que estos nueve años trabajando con usted han significado mucho para mí. Independientemente de lo que digan los periódicos en los próximos días.

Irene sintió aquellas palabras como un peso adicional, sabiendo que la lealtad de Marina, sostenida sobre una versión incompleta de los hechos, probablemente cambiaría una vez que la verdad completa saliera a la luz, pero agradeció, en ese momento concreto, tener al menos esa muestra de apoyo antes de que todo se complicara irreversiblemente.

Retomó la sesión de la tarde con el control profesional que veinte años de carrera le habían enseñado a proyectar incluso en las circunstancias más adversas, aunque cada minuto que pasaba sentía la presencia, cada vez más palpable, de los periodistas en la zona

reservada al público, observándola con una atención que ya no tenía nada que ver con el caso Olmedo en sí mismo.

Durante un breve receso, se permitió mirar discretamente hacia esa zona del público, identificando al menos tres rostros que reconoció de coberturas mediáticas anteriores de casos de alto perfil, periodistas especializados precisamente en el tipo de escándalo institucional que su propia situación estaba a punto de convertirse. Se preguntó cuánto tiempo más, exactamente, podría seguir fingiendo control profesional antes de que la presión acumulada de toda esta atención no deseada terminara quebrando, de manera visible para todos, la fachada que había mantenido con tanto esfuerzo durante semanas enteras. La sesión continuó, y ella siguió adelante, palabra por palabra, gesto por gesto, sin permitirse ningún desliz visible hasta que el mazo final marcó, por fin, el cierre de aquella larga jornada.

CAPÍTULO 85

LA SENTENCIA

Audiencia Provincial de Madrid, Sala Segunda

La sala estaba más llena de lo habitual para la lectura de la sentencia, con periodistas que normalmente no cubrían casos de este tipo ocupando varios asientos de la zona reservada al público, una presencia que Irene interpretó correctamente como el primer indicio visible de que la noticia sobre su propia situación ya empezaba a filtrarse más allá de los pasillos internos del edificio.

Se puso de pie, con el documento de la sentencia en la mano, y empezó a leer con una voz que se esforzaba en mantener completamente profesional, aunque cada palabra, escrita días antes con un cuidado que excedía ampliamente lo necesario para un caso de esta naturaleza, llevaba implícito un significado que solo ella, en aquella sala llena de desconocidos, podía comprender en su totalidad.

—En el caso seguido contra Cristina Olmedo Vázquez, por los delitos de encubrimiento y obstrucción a la justicia, este tribunal considera probado que la acusada actuó motivada por un instinto de protección hacia su hijo que, aunque humanamente comprensible, no puede eximirla de la responsabilidad legal derivada de sus actos.

Hizo una pausa. Las siguientes líneas, redactadas con tanto cuidado durante las noches anteriores, requerían toda la compostura profesional que pudiera reunir para pronunciarlas sin que la voz se le quebrara delante de toda la sala.

—Sin embargo, este tribunal también reconoce que la motivación detrás de un acto ilícito, por noble que parezca desde la perspectiva limitada de quien lo comete, nunca justifica las consecuencias reales que ese acto produce sobre terceros completamente ajenos a la situación original. El amor, incluso el amor materno más genuino, no constituye una licencia para sacrificar la verdad ni para trasladar a

otros el peso de decisiones que deberíamos asumir nosotros mismos con toda su gravedad.

Continuó leyendo el resto de la sentencia con la precisión técnica habitual, fijando la pena en tres años de prisión con la posibilidad de suspensión condicional dado que se trataba de la primera condena de la acusada, pero las palabras anteriores, pronunciadas con una intensidad que algunos de los presentes notaron sin comprender del todo su origen, quedaron resonando en la sala mucho después de que la sesión formal hubiera terminado.

Cuando finalmente terminó de leer, Irene se quedó de pie un momento más, mirando hacia Cristina Olmedo, que la observaba con una expresión que combinaba alivio por la relativa levedad de la condena con algo más profundo, más reconocedor, como si hubiera comprendido exactamente qué tipo de confesión personal acababa de escuchar disfrazada de fallo judicial.

El fiscal se levantó para hacer una última observación formal, agradeciendo la claridad del razonamiento jurídico expuesto, sin tener ninguna idea de cuánto de ese razonamiento trascendía con creces el caso concreto que estaba resolviendo. El abogado defensor, por su parte, anunció que no tenía intención de recurrir la sentencia, considerando que la pena impuesta, con la posibilidad de suspensión condicional, representaba un resultado razonable dadas las circunstancias del caso.

Irene golpeó el mazo por última vez, declarando formalmente cerrada la sesión, y se quedó observando cómo la sala se vaciaba poco a poco, los periodistas recogiendo sus cuadernos con cierta decepción evidente ante la falta de un titular más dramático, el público ocasional dispersándose hacia sus rutinas habituales, ajenos por completo a la tormenta que estaba a punto de desatarse sobre la propia magistrada que acababa de leer aquella sentencia con tanta autoridad aparente.

Se quedó sola en la sala vacía durante varios minutos, algo que no hacía nunca, disfrutando de aquel silencio extraño antes de tener que regresar a su despacho y enfrentar lo que fuera que la esperaba durante el resto de la tarde. Pensó en cuántas sentencias había dictado a lo largo de su carrera sin permitirse nunca, hasta este

momento concreto, la introspección personal que esta última había exigido de ella, y se preguntó cuántas de esas sentencias anteriores, examinadas ahora con la misma honestidad recién descubierta, revelarían patrones similares de proyección personal disfrazada de objetividad judicial.

Se levantó finalmente, recogiendo sus propios papeles de la mesa del estrado, y caminó hacia la salida de la sala con un paso más lento de lo habitual, sintiendo que cada segundo adicional que pasaba en aquel espacio, antes de tener que enfrentar el resto del día, merecía ser saboreado con una atención que normalmente nunca le concedía a los rituales rutinarios de su propio trabajo.

CAPÍTULO 86

DOS PALABRAS

Pasillo de la Audiencia Provincial de Madrid

Cristina Olmedo esperó hasta que la mayoría de los presentes hubieran salido de la sala, hasta que los periodistas, decepcionados por una sentencia relativamente moderada que no ofrecía suficiente material para un titular llamativo, se dispersaran hacia otros destinos, antes de acercarse a la puerta del despacho de Irene con su abogado todavía a pocos metros de distancia.

—Señoría, solo quería darle las gracias antes de irme.

Irene levantó la vista, sorprendida por la visita, consciente de que cualquier conversación con la acusada, ahora que la sentencia ya era oficial, navegaba un territorio ético mucho más permisivo del que existía antes de que el fallo se hiciera público.

—No tiene que agradecerme nada, señora Olmedo. Simplemente aplicé la ley con la proporcionalidad que el caso merecía.

—No sé si lo sabe, pero no es la sentencia lo que más me ha quedado de todo este proceso. —Cristina dudó un momento, como decidiendo si valía la pena terminar la frase—. Llevaba meses cargando con la culpa de no haber dicho la verdad antes, desde el principio. Y lo único que me ha ayudado a dormir, estas últimas semanas, ha sido aceptar que ya no puedo cambiar lo que hice. Solo lo que hago a partir de ahora.

Irene se quedó en silencio, sin saber qué responder a una confidencia que no había pedido y que, de alguna manera que no conseguía nombrar del todo, le pesaba más de lo que debería.

Cristina se despidió con un gesto breve de la cabeza, sin esperar ninguna respuesta, y se dio la vuelta para alejarse por el pasillo, seguida de su abogado, dejando a Irene de pie en el umbral de su propio despacho, con la sensación extraña de que una frase pensada por Cristina enteramente para sí misma acababa de encajar, sin que

la propia Cristina pudiera saberlo nunca, con una precisión devastadora en la vida de la persona que acababa de condenarla.

Volvió a su despacho, cerró la puerta, y se quedó sentada en silencio durante mucho tiempo, repitiendo mentalmente aquellas dos palabras, que representaban, con una economía perfecta, exactamente lo que necesitaba escuchar en este momento de su vida.

Pensó en lo extraño que resultaba que la persona que más claramente había conseguido nombrar su situación interior fuera precisamente la mujer a la que ella misma acababa de condenar, alguien que, lejos de guardarle rencor por la sentencia recibida, había encontrado en su propia experiencia el espacio necesario para ofrecerle, sin que nadie se lo pidiera, una compasión que Irene no se sentía del todo segura de merecer.

Se preguntó si aquella conexión inesperada entre las dos mujeres, forjada en circunstancias tan particulares, sobreviviría más allá de este momento concreto, o si simplemente representaba una de esas conexiones efímeras que la vida produce ocasionalmente entre personas que, por una combinación extraña de circunstancias, terminan reconociéndose mutuamente en un momento de vulnerabilidad compartida, sin que esa conexión necesite extenderse más allá de su propósito inmediato.

Pensó, mientras recogía sus propios papeles, en lo extraño que resultaba que precisamente este caso, entre los centenares que había gestionado a lo largo de su carrera, fuera el que terminara desvelando, con tanta crudeza, la distancia real entre la persona que había proyectado profesionalmente durante dos décadas y la persona que en realidad había sido siempre, debajo de esa proyección cuidadosamente construida. Recogió sus papeles y salió de la sala vacía, con el peso de ese pensamiento acompañándola durante todo el camino de vuelta a su despacho, un trayecto breve que esa tarde le pareció más largo de lo habitual, como si cada paso requiriera un esfuerzo consciente que normalmente ni siquiera notaba, un esfuerzo que solo en los últimos días había empezado a reconocer como parte del precio invisible de mantener, durante tanto tiempo, una doble vida tan cuidadosamente compartimentada, una

compartimentación que ahora, pieza a pieza, se desmoronaba sin que ella tuviera ya ninguna manera real de sostenerla, dejándola expuesta, después de tantas décadas, a la totalidad de quien realmente era, sin ningún velo profesional adicional detrás del cual seguir escondiéndose de sí misma.

Marina llamó suavemente a la puerta, interrumpiendo aquella reflexión, recordándole que todavía quedaban asuntos administrativos pendientes antes de poder cerrar formalmente la jornada, y Irene se levantó, recomponiendo la expresión profesional que durante años había usado para separar lo personal de lo institucional, aunque ya empezaba a sospechar que esa separación, tan cuidadosamente mantenida durante toda su carrera, estaba a punto de derrumbarse de manera definitiva e irreversible.

Firmó los últimos documentos sin apenas leerlos del todo, con la cabeza todavía ocupada por las palabras de Cristina, y cuando finalmente terminó, se quedó mirando por la ventana de su despacho durante un largo rato, observando cómo la luz de la tarde empezaba a declinar sobre los tejados de Madrid, preguntándose cuántas tardes más como esta le quedarían en aquel mismo despacho antes de que todo cambiara de manera irreversible.

CAPÍTULO 87

LA SALIDA

Audiencia Provincial de Madrid

Irene se quedó trabajando hasta bien entrada la tarde, no porque tuviera ningún asunto pendiente verdaderamente urgente, sino porque necesitaba ese tiempo adicional para procesar la sensación extraña de estar, posiblemente, viviendo sus últimas horas en aquel despacho que había ocupado durante años, rodeada de los libros y los diplomas que documentaban una carrera que estaba a punto de transformarse de manera irreversible.

Recogió algunos objetos personales, no todos, solo los que sentía que necesitaría tener cerca independientemente de lo que sucediera en los próximos días: una fotografía de Hugo cuando era pequeño, otra de su boda con Fernando, un pisapapeles de cristal que su madre le había regalado al licenciarse, hacía más de treinta años.

Sonia entró justo cuando estaba terminando, con una expresión que mezclaba tristeza y una lealtad que no había vacilado a pesar de las semanas de comportamiento extraño que Irene había mostrado.

—¿Necesita algo más antes de irse, señoría?

—No, Sonia. Gracias por todo, durante todos estos años.

Sonia se quedó un momento más en la puerta, como si quisiera decir algo adicional, y finalmente, con una valentía que sorprendió a las dos, se atrevió a formular la pregunta que probablemente toda la planta llevaba días haciéndose en privado.

—¿Va a estar bien, señoría?

Irene se quedó pensativa, sopesando cómo responder con honestidad sin comprometer información que todavía no era oficialmente pública.

—No lo sé, Sonia. Pero voy a intentarlo, sea lo que sea que eso signifique a partir de ahora.

Salió del edificio por la puerta principal, en lugar de la salida discreta que normalmente usaba para evitar encuentros innecesarios

con el público. Necesitaba, por última vez, cruzar ese vestíbulo con la cabeza alta, recordando exactamente cómo se sentía ocupar ese espacio con la autoridad incuestionable que había definido su identidad profesional durante más de veinte años.

El vestíbulo principal, a esa hora de la tarde, tenía el bullicio habitual de funcionarios terminando su jornada, abogados recogiendo documentación de última hora, algún ciudadano todavía esperando información en el mostrador de atención al público. Nadie pareció reconocerla con ninguna atención especial, lo cual le produjo un alivio momentáneo, sabiendo que probablemente sería de las últimas veces que podría caminar por aquel espacio sin que cada gesto fuera observado e interpretado por desconocidos que ya habrían formado una opinión sobre ella basándose en titulares de prensa.

El coche la esperaba en el aparcamiento habitual, y mientras conducía hacia casa, en el atardecer madrileño de un lunes cualquiera de octubre, sintió que estaba cruzando, sin ningún ritual formal que marcara la transición, la línea invisible entre la mujer que había sido durante toda su vida adulta y la persona, todavía sin nombre completo, que estaba a punto de convertirse.

Se detuvo en un semáforo, esperando el cambio de luz, y se quedó observando a los peatones cruzar la calle, gente corriente viviendo sus vidas corrientes, completamente ajenos a la tormenta que estaba a punto de desatarse sobre la suya. Pensó que, hasta hace apenas unas semanas, ella misma había sido exactamente así: una persona más caminando por la ciudad, asumiendo, sin cuestionarlo nunca, que su pasado seguiría enterrado bajo el peso de su prestigio profesional acumulado.

Llegó a casa con la sensación física concreta de que cada kilómetro recorrido la alejaba un poco más de la versión de sí misma que había sido durante veinticuatro años, y la acercaba, sin que ella tuviera ya ningún control real sobre el proceso, hacia algo completamente desconocido que todavía no sabía cómo nombrar.

Aparcó frente a su casa, apagó el motor, y se quedó sentada un momento más dentro del coche, mirando la fachada del hogar donde había construido, junto a Fernando, treinta años de vida compartida,

preguntándose si esa misma casa seguiría siendo un hogar reconocible una vez que todo lo que estaba a punto de suceder terminara de desarrollarse completamente. Finalmente, respiró hondo, salió del coche, y caminó hacia la puerta principal con los pasos lentos de alguien que sabe que está cruzando un umbral hacia algo irreversible. Cada gesto cotidiano, a partir de esta noche, iba a cargar un peso simbólico que antes nunca había tenido.

CAPÍTULO 88

EL REPORTAJE

Redacción digital, Madrid

El artículo de Sara se publicó a las seis de la mañana, con un título cuidadosamente formulado para transmitir la gravedad de los hechos sin caer en el sensacionalismo barato que probablemente habría generado más clics inmediatos: Veinticuatro años de silencio: la fiscal que fabricó pruebas para proteger a su hijo y el hombre que pagó la condena.

El reportaje, resultado de meses de investigación periodística meticulosa combinada con las últimas semanas de desarrollo acelerado, incluía el testimonio completo de Rubén Sotelo, la confirmación de Lucía Ferrer sobre lo que realmente había pasado aquella noche, extractos del informe pericial que confirmaba la falsificación de las firmas, y una cronología detallada de cómo la investigación de Andrade había llegado a sus conclusiones.

Sara había decidido, después de mucha deliberación ética con su editor, no incluir ningún detalle gratuitamente sensacionalista sobre la vida privada de Hugo o de su familia actual, centrando el reportaje en los hechos verificables y en el impacto humano sobre Rubén, sin convertir la pieza en un linchamiento mediático que pudiera resultar contraproducente para el proceso judicial formal que ya estaba en marcha.

A las siete de la mañana, el artículo ya circulaba ampliamente en redes sociales. A las ocho, dos cadenas de televisión habían contactado con la redacción solicitando entrevistas. A las nueve, el nombre de Irene Salgado encabezaba las tendencias de varias plataformas digitales, acompañado de reacciones que oscilaban entre la indignación moral más absoluta y, sorprendentemente, algunas voces que intentaban contextualizar la decisión dentro de la complejidad del instinto materno, generando un debate público que se extendería durante días.

Rubén leyó el artículo completo esa misma mañana, sentado en la cocina del apartamento, con Sara observándolo en silencio mientras procesaba ver, finalmente, su historia contada con toda la precisión y todo el respeto que merecía, sin manipulación adicional, sin ninguna prueba fabricada necesaria para que el impacto resultara suficientemente devastador.

—Es exactamente como debía ser —dijo finalmente, dejando el teléfono sobre la mesa—. La verdad, contada con precisión, sin necesitar ningún adorno adicional para que importe.

Sara se sentó frente a él, observando su expresión con una atención cuidadosa, intentando leer más allá de las palabras la complejidad emocional real que probablemente estaba experimentando en este momento tan determinante.

—¿Cómo te sientes viéndolo publicado, finalmente, después de tantos años imaginando este momento?

—Extraño. Satisfecho, sí, pero también extrañamente desconectado de la magnitud de lo que está pasando. Es como si hubiera estado tan concentrado en llegar hasta aquí que no preparé ninguna parte de mí mismo para lo que se siente realmente al haber llegado.

El teléfono de Sara empezó a vibrar repetidamente con mensajes y llamadas de otros medios que querían entrevistarla, comentar el reportaje, obtener declaraciones adicionales sobre cómo había conseguido reunir toda aquella documentación tan meticulosa. Ella revisó algunos mensajes rápidamente, sin contestar ninguno todavía, decidiendo que aquella mañana, al menos las primeras horas, las dedicaría completamente a estar presente con Rubén mientras él procesaba el momento que había estado esperando durante casi una cuarta parte de un siglo entero.

—¿Quieres salir a pasear? —preguntó finalmente, cerrando el portátil donde habían estado siguiendo la repercusión del artículo—. Creo que los dos necesitamos un poco de aire, lejos de las pantallas, antes de que esto se vuelva todavía más abrumador de lo que ya es.

Rubén asintió, y los dos salieron del apartamento poco después, caminando sin rumbo concreto por las calles de Madrid, descubriendo que podían simplemente existir en el mundo sin la

presión constante de un plan pendiente organizando cada minuto de su atención.

Caminaron durante más de una hora, deteniéndose ocasionalmente frente a escaparates sin ningún interés real en lo que mostraban, simplemente disfrutando del movimiento físico y de la sensación extraña de anonimato que todavía conservaban, sabiendo que probablemente no duraría mucho más, una vez que alguien empezara a reconocer el rostro de Rubén a partir de las fotografías que el reportaje había incluido. Volvieron al apartamento ya entrada la tarde, cansados pero con una calma que ninguno de los dos había sentido en semanas, listos para enfrentar lo que viniera al día siguiente con la cabeza algo más despejada.

CAPÍTULO 89

LA PRIMERA NOCHE

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Irene vio su propio nombre mencionado en el informativo de la noche, sentada en el sofá del salón junto a Fernando, que había insistido en estar a su lado durante lo que ambos sabían que sería una experiencia profundamente desorientadora.

La presentadora, con la gravedad profesional habitual de cualquier noticia de impacto significativo, resumió los puntos principales del reportaje de Sara Bermúdez, mostrando fotografías de Irene en actos públicos anteriores, fragmentos de su biografía profesional, y finalmente, una declaración breve del Consejo General del Poder Judicial anunciando que se abría un expediente informativo paralelo a la investigación penal en curso.

Irene se quedó mirando la pantalla, viendo su propia vida resumida en apenas tres minutos de televisión, sintiendo una disociación extraña entre la mujer que aparecía descrita en aquellas imágenes y la persona que en ese mismo momento estaba sentada en su propio salón, intentando procesar la velocidad con la que veinticuatro años de cuidadosa construcción profesional se desmoronaban ante los ojos de cualquier ciudadano con acceso a un televisor.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Fernando, apagando finalmente la televisión cuando el informativo pasó a otra noticia.

—No reconozco a la mujer que acaban de describir. Y al mismo tiempo, sé que es exactamente quien soy. Es la sensación más extraña que he experimentado en toda mi vida.

El teléfono de Irene no dejaba de vibrar con llamadas y mensajes que ella había decidido, por ahora, no contestar: periodistas solicitando declaraciones, antiguos colegas expresando shock o, en algunos casos, una solidaridad cautelosa, incluso algún mensaje anónimo de odio puro que prefería no leer del todo.

Se acostaron temprano, aunque ninguno de los dos consiguió dormir realmente, escuchando los sonidos de la noche madrileña, conscientes de que al día siguiente, cuando salieran de casa, ya no podrían contar con el anonimato relativo que habían disfrutado durante toda su vida en común, y que cada gesto público, a partir de ahora, sería observado e interpretado por un público que ya había formado su opinión basándose en apenas unas horas de exposición mediática.

Irene se levantó hacia las tres de la madrugada, incapaz de seguir fingiendo que el sueño llegaría en algún momento, y bajó a la cocina, donde se sentó sola en la oscuridad, escuchando el silencio absoluto de una casa que, por primera vez en su vida, le parecía un refugio frágil contra un mundo exterior que ya había decidido, sin necesidad de ningún juicio formal todavía, cuál era exactamente su culpabilidad.

Revisó su teléfono, a pesar de haberse prometido no hacerlo, y encontró decenas de notificaciones adicionales: artículos de opinión publicados durante las últimas horas, algunos analizando el caso desde una perspectiva puramente legal, otros adoptando un tono moralista que la condenaba sin ningún matiz, y unos pocos, sorprendentemente, intentando entender la complejidad humana detrás de una decisión tan terrible tomada hace tanto tiempo.

Encontró, entre todos esos mensajes, uno de Marina, enviado a las dos de la madrugada, que decía simplemente: He leído el artículo completo. Necesito tiempo para procesar todo esto, pero quería que supiera que no la odio, señoría. Estoy confundida, dolida, pero no la odio.

Irene leyó aquel mensaje varias veces, sintiendo que representaba, en su honestidad simple, exactamente el tipo de reacción compleja y matizada que probablemente iba a definir el resto de sus relaciones a partir de ahora: ni perdón completo, ni condena absoluta, sino algo intermedio, incierto, que cada persona en su vida tendría que negociar individualmente según su propia capacidad de comprensión.

Subió de nuevo a la habitación poco antes del amanecer, y se quedó tumbada junto a Fernando, que dormía con la respiración

irregular de alguien que probablemente tampoco había conseguido descansar del todo, esperando a que llegara la luz de un nuevo día que ya sabía que sería completamente distinto de cualquier día anterior de su vida adulta.

Cerró los ojos, sin esperanza real de dormir, simplemente necesitando descansar la vista de la luz constante de la pantalla del teléfono, y se quedó así, inmóvil, escuchando los primeros sonidos del tráfico madrileño empezando a despertar al otro lado de la ventana, marcando el inicio oficial de un día que iba a poner a prueba, de maneras que todavía no podía imaginar del todo, cada fragmento de fortaleza que le quedara disponible.

CAPÍTULO 90

EL ALIVIO Y EL VACÍO

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Rubén pasó la tarde entera viendo, con una mezcla de satisfacción y desorientación que no esperaba sentir con tanta intensidad simultánea, cómo su historia, finalmente contada con toda su complejidad real, se convertía en el tema de conversación dominante en prácticamente todos los medios de comunicación del país.

Había imaginado este momento durante veinticuatro años, construyendo mentalmente decenas de versiones distintas de cómo se sentiría finalmente ver reconocida públicamente la injusticia que había sufrido. Ninguna de esas versiones imaginadas se parecía del todo a la sensación real que estaba experimentando: un alivio genuino, profundo, mezclado con un vacío inesperado que no conseguía nombrar con precisión.

—¿Qué se supone que tengo que sentir ahora? —le preguntó a Sara, ya entrada la noche, sentados los dos en el sofá con la televisión apagada después de horas de seguimiento mediático constante—. Llevo tanto tiempo imaginando este momento que no sé qué hacer con él, ahora que finalmente ha llegado.

—Quizás no tienes que sentir nada en concreto. Quizás es suficiente con sentir exactamente lo que estás sintiendo, sin necesidad de que encaje en ninguna categoría predefinida de cómo debería sentirse la justicia finalmente conseguida.

—Siento alivio. Eso es innegable. Pero también siento que, de alguna manera, el objetivo que organizó cada día de mi vida durante veinticuatro años acaba de desaparecer, y no tengo absolutamente ninguna idea de qué va a ocupar ese espacio a partir de ahora.

Sara le tomó la mano, sintiendo la verdad de aquella confesión resonar con una claridad que ella misma, después de casi dos décadas dedicada profesionalmente a este caso, también empezaba a experimentar de alguna manera parecida.

—Quizás eso es exactamente lo que se supone que viene después de la justicia, Rubén. No una respuesta inmediata y completa sobre qué hacer con el resto de tu vida. Simplemente el espacio, por fin abierto, para empezar a descubrirlo poco a poco, sin la urgencia constante de la venganza pendiente organizando cada decisión.

—¿Y tú, Sara? ¿Qué va a pasar con tu propia vida, ahora que el caso que ha definido casi dos décadas de tu carrera profesional finalmente llega a su conclusión?

Sara se quedó pensativa, considerando aquella pregunta con la misma seriedad que normalmente reservaba para sus investigaciones más complejas.

—No lo sé del todo. Supongo que voy a seguir escribiendo, investigando otros casos que merezcan la misma atención que le he dedicado al tuyo. Pero también sospecho que nada va a sentirse exactamente igual después de esto. Has sido, de alguna manera extraña, el centro gravitacional de mi vida profesional adulta durante tanto tiempo que no sé todavía cómo se siente la ausencia de ese centro.

—¿Te arrepientes de algo?

—No. Ni un solo minuto de todos estos años. Pero sí me pregunto, ahora que finalmente puedo permitírmelo, qué habría sido de mi propia vida si hubiera dedicado esa misma intensidad a otra cosa completamente distinta.

Se quedaron sentados juntos en silencio durante un rato más, cada uno procesando a su manera la magnitud de un día que, después de tanta anticipación acumulada durante años, finalmente había llegado y empezaba ya a transformarse en pasado, dejando espacio para un futuro que ninguno de los dos sabía todavía cómo iba a construirse exactamente.

Finalmente, Sara se levantó y apagó las luces del salón, dejando solo la lámpara pequeña de la entrada encendida, y los dos se fueron a la habitación sin decir mucho más, sintiendo que las palabras, después de un día tan denso emocionalmente, ya habían cumplido su función y ahora solo quedaba el descanso necesario para empezar a afrontar, al día siguiente, lo que fuera que viniera

después de la justicia finalmente conseguida. Rubén se durmió antes que Sara esa noche, algo que no le sucedía desde hacía semanas, y ella se quedó despierta un rato más, escuchando su respiración tranquila, permitiéndose finalmente, también ella, la posibilidad de un descanso genuino, sabiendo que los días siguientes traerían consigo nuevas exigencias que todavía no podían anticipar del todo, pero confiando, por primera vez en mucho tiempo, en que fueran cuales fueran esas exigencias, los dos las afrontarían juntos, sin ningún plan oculto separándolos.

CAPÍTULO 91

LOS CARGOS FORMALES

Despacho de Irene Salgado, Audiencia Provincial de Madrid

La notificación formal llegó al día siguiente de la publicación del reportaje, entregada en mano por un funcionario judicial con la solemnidad burocrática habitual de cualquier comunicación de este tipo, independientemente de la magnitud personal de su contenido: cargos formales por prevaricación judicial, falsedad documental continuada, y obstrucción a la justicia, con una citación para comparecer ante el juez de instrucción dentro de cinco días.

Irene leyó el documento completo en la soledad de su despacho, ya vaciado en gran parte de los objetos personales que había retirado el día anterior. Cada palabra del lenguaje jurídico, tan familiar después de décadas de carrera profesional, adquiría ahora un significado completamente distinto al verse aplicado, por primera vez en su vida, directamente contra ella misma.

Firmó el acuse de recibo con la misma mano firme con la que había firmado miles de sentencias a lo largo de su carrera, pero notó, mientras lo hacía, que esa firma le temblaba ligeramente, un detalle físico mínimo que, sin embargo, le pareció enormemente significativo dado todo lo que representaba.

Llamó a su abogado inmediatamente después, repasando con él cada uno de los cargos formales y las posibles estrategias de defensa disponibles, aunque ambos sabían, después de las últimas semanas de desarrollo del caso, que las opciones reales eran limitadas dada la solidez de las pruebas acumuladas.

—¿Qué pena podríamos estar enfrentando, en el peor de los escenarios? —preguntó Irene, necesitando, por fin, una estimación realista en lugar de las evasivas profesionales habituales.

—Entre seis y diez años de prisión, considerando la gravedad acumulada de los tres cargos y la duración del encubrimiento. Aunque hay factores atenuantes que podríamos argumentar: tu

trayectoria profesional impecable hasta este momento, tu colaboración reciente con la investigación, la ausencia de antecedentes previos.

—No quiero que minimicemos nada, Diego. Si voy a enfrentar esto, quiero hacerlo con la misma honestidad que finalmente he decidido aplicar al resto de mi vida. Sin estrategias para reducir artificialmente mi responsabilidad real.

Su abogado se quedó en silencio un momento, sorprendido por aquella instrucción poco habitual viniendo de cualquier cliente, y mucho más viniendo de alguien con la experiencia legal de Irene para conocer perfectamente las implicaciones de renunciar a estrategias de defensa que legítimamente le correspondían.

—Entendido. Vamos a construir la defensa sobre la verdad completa, entonces. Va a ser un camino más difícil, pero respeto profundamente tu decisión de afrontarlo así.

Colgaron, y Irene se quedó sentada en su despacho casi vacío, repasando mentalmente cada uno de los cargos formales que acababa de recibir, sintiendo, por primera vez desde que todo esto había empezado, una claridad extraña sobre el camino que tenía por delante: no la incertidumbre angustiosa de las últimas semanas, calculando constantemente cómo minimizar el daño, sino la aceptación, todavía difícil pero genuina, de que las consecuencias que estaba a punto de enfrentar eran, simplemente, lo que correspondía después de lo que había hecho.

Pensó en llamar a Hugo, contarle los detalles concretos de los cargos, pero decidió esperar hasta esa noche, necesitando primero un poco de tiempo para procesar la realidad legal concreta antes de tener que gestionar también la reacción inevitable de su hijo.

Marina entró al despacho con los últimos documentos administrativos pendientes de la jornada, y se detuvo un momento al ver la expresión de Irene, claramente reconociendo que algo significativo acababa de suceder.

—¿Está todo bien, señoría?

—Acabo de recibir cargos formales, Marina. Prevaricación, falsedad documental, obstrucción a la justicia.

Marina se quedó callada un momento, procesando la noticia con una expresión que mezclaba shock y una tristeza genuina que ya no intentaba disimular.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Voy a comparecer ante el juez de instrucción dentro de cinco días. Y voy a hacerlo diciendo la verdad completa, sin ninguna estrategia para minimizar lo que hice. Es lo único que me parece correcto hacer, después de todo lo que ya he hecho mal.

Marina asintió, dejando los documentos sobre el escritorio, y antes de salir, se quedó un momento más en la puerta.

—Voy a seguir aquí, señoría, mientras pueda. Mientras el reglamento me lo permita.

Irene sintió aquellas palabras como un regalo inesperado en medio de un día que había estado lleno, hasta ese momento, exclusivamente de pérdidas acumuladas.

CAPÍTULO 92

LO QUE NO SE DICE DEL TODO

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Hugo llegó a casa de su madre la tarde anterior a la comparecencia formal ante el juez de instrucción, sabiendo que probablemente sería la última conversación tranquila que tendrían antes de que el proceso judicial empezara a dictar, con su propia lógica institucional, cuándo y cómo podrían volver a verse con normalidad.

Se sentaron en el jardín trasero, en las dos sillas de hierro forjado que Irene había comprado hacía años para las tardes de verano que rara vez tenían tiempo de disfrutar, y durante un largo rato ninguno de los dos dijo nada, simplemente compartiendo el silencio de una tarde de octubre que empezaba a refrescar con la llegada del atardecer.

—He hablado con Patricia sobre todo —dijo finalmente Hugo, rompiendo el silencio—. Sobre Marta, sobre lo que pasó realmente esa noche, sobre lo que tú hiciste para protegerme. Le he contado absolutamente todo.

—¿Cómo lo ha tomado?

—Con shock, al principio. Después con una rabia que no había visto nunca en ella, dirigida tanto hacia mí como hacia ti. Pero también, después de unos días, con algo parecido a la comprensión, aunque todavía no sé si esa comprensión va a sobrevivir el resto del proceso judicial que se avecina.

Irene asintió, sintiendo el peso de cada consecuencia ramificándose hacia personas que, hasta hace pocas semanas, ni siquiera conocían la existencia de este secreto que había definido, sin que ellas lo supieran, la arquitectura completa de su propia vida familiar.

—Hugo, hay algo que necesito decirte, y necesito que me escuches sin interrumpir hasta que termine.

—Te escucho.

—Lo que hice, lo hice por amor hacia ti. De eso no tengo ninguna duda. Pero también lo hice porque era más fácil resolver el problema de esa manera que confrontar la posibilidad de que mi propio hijo pudiera ser, de alguna manera, responsable de algo terrible. Elegí no preguntar lo suficiente, no porque confiara ciegamente en tu versión, sino porque no quería saber si esa versión era completa o no.

Hugo se quedó en silencio, procesando aquella confesión con una honestidad que él mismo no había sido capaz de ofrecer durante la mayor parte de su vida adulta.

—Eso significa que tu amor por mí estaba mezclado con algo más egoísta. Con la necesidad de protegerte a ti misma de una verdad que no querías enfrentar.

—Sí. Y necesito que sepas eso, aunque sea doloroso escucharlo, porque llevo veinticuatro años contándome una versión más simple, más heroica, de por qué hice lo que hice. Y ya no tengo derecho a seguir contándome esa versión simplificada.

Hugo se quedó mirando el jardín, ya casi a oscuras, procesando aquella honestidad con una madurez que no había mostrado en ninguna conversación anterior de toda esta historia.

—Yo tampoco puedo seguir contándome una versión simplificada, mamá. Durante veinticuatro años me dije que era solo un adolescente asustado, que no tuve ninguna culpa real en lo que pasó después, que tú tomaste todas las decisiones sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Pero la verdad es que tenía diecisiete años, no siete, y en algún momento, en algún punto de los años siguientes, podría haber dicho algo, podría haber buscado a Rubén, podría haber intentado corregir lo que sabía que estaba mal. Elegí no hacerlo, una y otra vez, durante más de dos décadas.

—¿Por qué crees que elegiste eso?

—Por la misma razón que tú, supongo. Porque era más fácil. Porque cuestionar la versión establecida significaba arriesgar todo lo que había construido encima de ella: mi carrera, mi familia, la vida entera que dábamos por sentada sin examinar nunca sus cimientos reales.

Se quedaron sentados en silencio durante un largo rato, observando cómo la última luz del atardecer desaparecía completamente, dejando el jardín en una penumbra que ninguno de los dos se molestó en iluminar con las luces exteriores.

—¿Vamos a estar bien? —preguntó finalmente Hugo, formulando la pregunta que había estado evitando toda la conversación.

—No lo sé, Hugo. Pero creo que, por primera vez en mucho tiempo, vamos a estar siendo honestos el uno con el otro, sea cual sea el resultado final de todo esto. Y eso, después de veinticuatro años de mentiras compartidas, ya es un comienzo distinto de cualquier cosa que tuviéramos antes.

CAPÍTULO 93

LA NOCHE ANTES

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Fernando se había acostado temprano, agotado por una semana entera de tensión acumulada, y a pesar de que dormía solo unas habitaciones más allá, Irene sintió, esa noche concreta, una soledad que ninguna presencia física cercana conseguía mitigar del todo.

Se quedó sentada en su despacho, el mismo lugar donde semanas atrás había abierto la caja fuerte por primera vez desde que todo esto empezó, repasando mentalmente cada detalle de lo que tenía que afrontar al día siguiente: la comparecencia formal ante el juez de instrucción, las preguntas que su propio abogado le había advertido que probablemente recibiría, la posibilidad real, ya no abstracta sino completamente concreta, de que aquella comparecencia marcara el inicio de un proceso que terminaría en una sentencia de prisión efectiva.

Pensó en Rubén, en cómo él habría afrontado, hace veinticuatro años, una noche similar antes de su propio juicio, sin ningún abogado de confianza que le ofreciera consejo estratégico, sin ningún cónyuge esperando al final del pasillo, sin ninguna certeza siquiera de que el sistema fuera a tratarlo con la mínima justicia que ella, a pesar de todo, todavía podía esperar razonablemente recibir.

Esa comparación, formulada con una honestidad que ya no se permitía evitar, le produjo una sensación de vergüenza que se sumaba a todas las demás emociones que llevaba semanas acumulando sin ningún descanso real entre una y otra.

Sacó del cajón cerrado con llave la fotografía de Marta que Rubén le había hecho llegar semanas antes, la misma que había guardado junto a los demás objetos que documentaban, pieza por pieza, la arquitectura completa de su propio crimen, y se quedó mirándola durante mucho tiempo, observando la sonrisa congelada de una adolescente que nunca llegaría a saber, ni siquiera ahora,

toda la complejidad de las vidas que su muerte había terminado afectando durante un cuarto de siglo entero.

—Lo siento —dijo en voz alta, a la fotografía, a la habitación vacía, a nadie en particular que pudiera escucharla—. Sé que esto no compensa nada. Pero necesitaba decirlo en voz alta, al menos una vez, antes de que todo lo demás empiece a suceder.

Se quedó sentada así, en silencio, hasta bien pasada la medianoche, sin prisa alguna por subir a dormir. Aquella vigilia solitaria, por dolorosa que fuera, representaba quizás el primer acto de honestidad completa que se permitía consigo misma desde que todo había empezado.

En algún momento, escuchó pasos en la escalera, y levantó la vista justo cuando Fernando aparecía en la puerta del despacho, despierto a pesar de la hora, con una expresión preocupada que sugería que había notado su ausencia prolongada en la cama.

—No podía dormir tampoco —dijo él, entrando despacio, observando la fotografía de Marta todavía sobre el escritorio—. ¿Es ella?

—Sí.

Fernando se sentó en la silla junto a la suya, sin decir nada más durante un momento, simplemente acompañándola en aquella vigilia que ella había estado experimentando completamente sola hasta ese instante.

—¿Quieres hablar de lo de mañana?

—No estoy segura de que hablar vaya a cambiar nada de lo que tengo que enfrentar. Pero agradezco que estés aquí, conmigo, en lugar de dejarme sola con esto.

—Te dije que iba a estar a tu lado, Irene. Y lo dije en serio, aunque las cosas hayan cambiado completamente entre nosotros desde que me lo contaste todo.

Se quedaron sentados juntos durante el resto de la madrugada, sin necesidad de hablar mucho más, compartiendo simplemente la presencia del otro en un momento que ninguno de los dos había imaginado nunca tener que afrontar de esta manera tan directa, hasta que finalmente, ya casi al amanecer, decidieron subir juntos a intentar dormir, aunque fuera solo durante las pocas horas que les

quedaban antes de que el día siguiente exigiera de ellos toda la fortaleza que pudieran reunir.

Ya en la cama, Fernando le tomó la mano por debajo de las sábanas, un gesto pequeño pero significativo que Irene sintió como la confirmación más clara, hasta ese momento, de que su decisión de volver no había sido solo una promesa pronunciada en un momento de debilidad, sino algo que él estaba dispuesto a sostener noche tras noche, incluso en las circunstancias más difíciles que ninguno de los dos había imaginado nunca tener que enfrentar juntos.

CAPÍTULO 94

SEGUNDA VISITA

Cementerio de la Almudena, Madrid

Rubén volvió a la tumba de Marta exactamente un mes después de su primera visita, esta vez sin la necesidad urgente de hacer ninguna promesa, sin el peso de un plan pendiente organizando cada palabra que pudiera pronunciar frente a la lápida.

Se agachó junto a la piedra, limpiando con la misma manga de la chaqueta el polvo acumulado durante las últimas semanas, y leyó el nombre grabado, las dos fechas, la frase que sus padres habían elegido hacía tanto tiempo. Cada palabra, leída ahora con la información completa de lo que realmente había pasado aquella noche, adquiría un significado distinto del que había tenido durante todos los años anteriores.

—Volví —dijo, en voz baja—. Esta vez no para pedirte nada ni para prometerte nada. Solo para contarte que ya se sabe la verdad completa. Que tú nunca tuviste la culpa de nada, ni siquiera de la caída. Que el chico que te asustó esa noche ha tenido que enfrentar, finalmente, la responsabilidad real de lo que hizo, aunque sea veinticuatro años después de lo que debería haber sido.

Sacó del bolsillo de su abrigo un objeto pequeño que había comprado esa misma mañana, en una tienda cercana a su antiguo barrio: un broche sencillo, plateado, con la forma de una mariposa, similar a uno que aparecía en una de las pocas fotografías de Marta que él había visto reproducidas en los periódicos de la época, donde ella lo llevaba prendido en una chaqueta vaquera durante lo que parecía ser una excursión escolar.

Lo dejó apoyado contra la base de la lápida, junto a las flores ya secas que alguien más, quizás Lucía Ferrer, quizás algún familiar lejano, seguía dejando allí periódicamente después de tantos años.

—No sé si esto significa algo para ti, donde sea que estés. Pero significa algo para mí. Significa que por fin puedo pensar en ti como

la persona que eras, no solo como la prueba de mi propia inocencia que necesité durante tanto tiempo para sobrevivir cada día dentro de aquella celda.

Se quedó un rato más, en silencio, sin necesidad de añadir nada adicional, disfrutando de la quietud del cementerio en aquella mañana fresca de octubre. Esta visita, a diferencia de la anterior, no cerraba ningún capítulo pendiente sino que simplemente confirmaba algo que ya había decidido en su interior: que podía visitar a Marta, de ahora en adelante, sin necesitar que esa visita resolviera ni demostrara absolutamente nada.

Caminó un poco por el cementerio antes de marcharse, observando otras lápidas, otros nombres y fechas que representaban, cada uno, una historia completa que él nunca conocería, pensando en cuántas de esas historias contendrían, ocultas bajo la superficie simple de un nombre y dos fechas, complejidades similares a las que él mismo había tardado veinticuatro años en desenredar completamente.

Se detuvo frente a la salida del cementerio, mirando hacia atrás una última vez, hacia la zona donde descansaba Marta, y notó, por primera vez desde que todo esto había empezado, una paz genuina, no la satisfacción calculada de un objetivo cumplido, sino algo más simple y más profundo: la sensación de haber hecho, finalmente, lo correcto, sin necesidad de que ese «correcto» implicara ningún tipo de venganza ni ninguna prueba fabricada para conseguirlo.

Salió a la calle, donde Sara lo esperaba en el coche, y subió sin decir nada al principio, simplemente disfrutando del silencio compartido mientras ella conducía de vuelta hacia el apartamento. Aquella mañana, sencilla en apariencia, representaba en realidad uno de los momentos más significativos de todo el proceso de sanación que apenas empezaba a vislumbrar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Sara, deteniéndose en un semáforo, mirándolo con la misma atención cuidadosa que le dedicaba siempre en los momentos importantes.

—En paz. Es extraño decirlo después de todo lo que ha pasado, pero por primera vez en mucho tiempo, siento una paz genuina, no

la calma calculada que necesitaba proyectar mientras planeaba cada paso de lo que casi llegué a hacer.

Sara sonrió, arrancando de nuevo cuando el semáforo cambió, y los dos continuaron el trayecto en un silencio cómodo, sabiendo que las palabras, en ese momento concreto, ya no eran completamente necesarias para comunicar lo que ambos sentían sobre el rumbo que sus vidas habían tomado finalmente.

CAPÍTULO 95

LO QUE VIENE DESPUÉS

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Sara, durante la comida, observando a Rubén con una curiosidad genuina sobre cómo pensaba reconstruir una vida que durante veinticuatro años había estado completamente organizada alrededor de un único objetivo, ya cumplido.

Rubén masticó despacio antes de responder, como si la pregunta, formulada con tanta simplicidad, requiriera en realidad una consideración mucho más profunda de la que su formato directo sugería.

—He pensado en terminar formalmente mis estudios de Derecho. No para ejercer como abogado necesariamente, aunque podría considerarlo. Más bien porque quiero entender si la disciplina que desarrollé dentro de prisión, estudiando casos ajenos durante tantos años, puede convertirse en algo útil para ayudar a otras personas en situaciones similares a la mía.

—¿Como una especie de defensor de causas de revisión penal?

—Algo así. Hay tantos casos como el mío, Sara. Personas condenadas por sistemas que decidieron, por conveniencia o por presión política, cerrar una investigación demasiado rápido. Si puedo usar lo que aprendí, lo que sufrí, para ayudar a que algunas de esas personas consigan lo que yo tardé veinticuatro años en conseguir, sentiría que todo este tiempo, por terrible que fuera, sirvió para algo más que mi propia supervivencia personal.

Sara sonrió. Aquella respuesta, ofrecida con una sinceridad que no necesitaba ningún adorno adicional, confirmaba exactamente el tipo de hombre que ella siempre había creído que Rubén era, debajo de toda la rabia acumulada de las últimas semanas.

—Me encantaría ayudarte con eso, si quieres. Tengo contactos, conocimiento del sistema, años de experiencia investigando casos

similares.

—Me encantaría que lo hicieras. Aunque esta vez, espero, sin la urgencia desesperada de las últimas semanas organizando cada decisión que tomemos juntos.

—¿Y nosotros? —preguntó Sara, después de un momento, formulando la pregunta que llevaba días considerando sin atreverse del todo a plantearla directamente—. ¿Qué va a pasar con nosotros, ahora que ya no tenemos un caso compartido organizando cada minuto de nuestra relación?

Rubén la miró con una ternura que no había mostrado con tanta claridad en ninguna conversación anterior, tomándole la mano por encima de la mesa.

—Espero que sigamos exactamente donde estamos. Juntos, sin ningún caso pendiente entre nosotros, simplemente descubriendo qué se siente al construir algo nuevo, sin la sombra de mi pasado organizando cada aspecto de nuestra vida compartida.

Sara sonrió, sintiendo que aquella respuesta, sencilla pero genuina, representaba exactamente lo que necesitaba escuchar después de casi dos décadas dedicadas, en mayor o menor medida, a este caso que finalmente empezaba a transformarse en historia pasada.

—Hay algo que quiero proponerte —dijo ella, después de un momento—. Quiero que escribamos un libro juntos. No un artículo más, ni una serie de reportajes. Algo más completo, que cuente toda la historia con el detalle y la complejidad que merece, incluyendo las partes que decidiste no usar, como aquel documento que terminaste destruyendo.

Rubén consideró la propuesta en silencio, con una seriedad que reflejaba cuánto había cambiado su relación con su propia historia en las últimas semanas.

—¿Crees que la gente necesita conocer también esa parte? ¿La parte donde estuve a punto de convertirme en algo que no quería ser?

—Creo que esa parte es, quizás, la más importante de toda la historia. Porque demuestra que la justicia genuina requiere, a veces, resistir la tentación de la venganza fácil, incluso cuando esa

venganza parecería completamente justificada desde cualquier perspectiva moral razonable.

—Entonces sí. Escribámoslo juntos. Toda la verdad, incluyendo las partes que no me hacen quedar como un héroe perfecto.

Terminaron de comer hablando de cómo estructurarían el libro, qué capítulos necesitarían más desarrollo, qué fuentes adicionales podrían consultar, sintiendo los dos que aquel proyecto compartido representaba exactamente el tipo de futuro que necesitaban construir juntos: no organizado alrededor de la venganza ni del dolor pasado, sino alrededor de la posibilidad de convertir esa experiencia en algo útil para otros que pudieran encontrarse, algún día, en circunstancias similares.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Rubén, recogiendo los platos vacíos de la mesa.

—Esta misma tarde, si quieres. No hay ninguna razón para esperar, ahora que finalmente tenemos tiempo de sobra para dedicarle a algo que de verdad importa, sin la presión de ningún plazo artificial pendiente sobre nuestras cabezas.

Rubén asintió, sintiendo una emoción extraña ante la perspectiva de convertir su propia historia, con toda su complejidad y sus contradicciones, en algo que pudiera servir de guía o de advertencia para otras personas atrapadas en circunstancias similares a las que él había tardado tanto tiempo en superar.

CAPÍTULO 96

EL ASIENTO DEL ACUSADO

Juzgado de Instrucción, Madrid

La sala estaba completamente llena cuando Irene entró, escoltada por su abogado, para su primera comparecencia formal como acusada, un giro que ninguna de las decenas de veces que había ocupado el estrado como magistrada le había preparado para experimentar desde la perspectiva exactamente opuesta.

Se sentó en el banquillo de los acusados, un mueble que físicamente no se diferenciaba demasiado de cualquier otro asiento de cualquier sala judicial que había conocido durante toda su carrera, pero que simbólicamente representaba una distancia que ella nunca había imaginado tener que cruzar en su propia vida.

Buscó con la mirada entre el público presente, identificando a Fernando en la segunda fila, con una expresión seria pero presente, sosteniendo su apoyo con la misma firmeza silenciosa que había demostrado desde que decidió volver a casa. Hugo estaba sentado a su lado, con Patricia, que había decidido, después de mucho pensarlo, acompañarlo en este momento tan determinante para toda la familia.

Y entonces, en la última fila, casi escondido entre el resto del público anónimo, reconoció un rostro que no esperaba ver presente en aquella sala.

Rubén Sotelo, sentado solo, observándola sin expresión de triunfo ni de rencor evidente, simplemente presente, como si necesitara, después de veinticuatro años, ver con sus propios ojos el momento en que el sistema finalmente empezaba a tratarla con el mismo rigor que le había aplicado a él hace tanto tiempo.

El juez de instrucción inició formalmente la sesión, leyendo los cargos completos con la precisión burocrática habitual: prevaricación judicial, falsedad documental continuada, obstrucción a la justicia. Irene escuchó cada palabra con la misma atención profesional que

había aplicado durante toda su carrera a cualquier procedimiento similar, aunque esta vez, por primera vez, las palabras estaban dirigidas exclusivamente contra ella.

—Señora Salgado, ¿cómo se declara respecto a los cargos presentados?

Irene se levantó, sintiendo el peso de toda la sala observándola, incluyendo la mirada serena de Rubén desde la última fila, y respondió con la voz más firme que consiguió reunir.

—Culpable, señoría. De todos los cargos, sin ninguna reserva ni ninguna estrategia para minimizar mi responsabilidad real.

Un murmullo recorrió la sala, periodistas anotando rápidamente aquella declaración inesperadamente directa, el propio juez de instrucción levantando la vista de sus documentos con una expresión que sugería que no esperaba una respuesta tan completa sin que mediara negociación previa alguna.

—Señora Salgado, ¿es consciente de que esta declaración de culpabilidad, sin ningún acuerdo previo con la fiscalía, puede resultar en la pena máxima contemplada para estos cargos?

—Soy completamente consciente, señoría. Y he decidido, después de mucho reflexionar, que merezco enfrentar esa posibilidad sin ningún intento de minimizar artificialmente algo que hice con plena conciencia hace veinticuatro años.

El juez asintió, anotando algo en sus propios documentos, y procedió a explicar los siguientes pasos del proceso: la fecha en que se fijaría formalmente el juicio, los plazos para la presentación de pruebas adicionales por ambas partes, las condiciones en las que Irene podría permanecer en libertad durante el desarrollo del proceso judicial completo.

Mientras escuchaba aquellas explicaciones procesales, Irene volvió a mirar hacia la última fila, hacia Rubén, que seguía observándola con la misma expresión serena, y por un momento, breve pero significativo, sus miradas se cruzaron directamente, sin ningún intermediario ni ninguna pantalla protectora entre ellos.

Él no sonrió, ni tampoco mostró ningún gesto de satisfacción evidente. Simplemente asintió, una sola vez, con un gesto mínimo que Irene interpretó, sin poder estar completamente segura de su

significado exacto, como un reconocimiento silencioso de que, finalmente, después de veinticuatro años, algo parecido a la justicia empezaba a tomar forma concreta delante de los dos.

La sesión continuó durante otra media hora más, repasando los aspectos procesales pendientes, fijando la fecha del juicio formal para dentro de tres meses, estableciendo las condiciones de su libertad provisional durante ese periodo de espera. Cuando finalmente terminó, Irene se levantó del banquillo con la misma dignidad con la que había entrado: aquella primera comparecencia, por dura que hubiera sido, representaba solo el principio de un proceso mucho más largo que todavía tenía que afrontar completamente.

Salió de la sala acompañada de su abogado, sin buscar ya ningún contacto visual adicional con Rubén. Aquel intercambio mínimo de miradas, ya consumado, había sido suficiente por el momento para comunicar todo lo que ambos necesitaban comunicarse sin palabras.

CAPÍTULO 97

LOS LÍMITES DEL SISTEMA

Comisaría General de Madrid

Andrade siguió la comparecencia a través de los informes que le llegaron durante el resto de la tarde, sintiendo, con la confirmación formal de la declaración de culpabilidad, la satisfacción profesional habitual de un caso que finalmente alcanzaba su resolución después de semanas de trabajo meticuloso.

Pero aquella satisfacción, esta vez, llegaba acompañada de una reflexión más profunda que no había experimentado con tanta intensidad en ninguno de los otros casos significativos de su carrera de once años dirigiendo la unidad de revisión.

Se quedó en su despacho, ya con la mayoría del personal habiendo terminado su jornada, repasando una última vez el expediente completo: la firma falsificada que había llamado su atención inicialmente, el testimonio devastador de Lucía Ferrer, la confesión voluntaria de Rubén Sotelo, y finalmente, la declaración de culpabilidad que cerraba formalmente, desde una perspectiva puramente legal, un caso que había tardado veinticuatro años en resolverse correctamente.

Cabrales entró en el despacho, encontrándolo todavía absorto en sus propios pensamientos.

—¿Todo bien, jefe?

—Sí. Solo pensando en lo extraño que resulta este tipo de victoria profesional. Hemos hecho exactamente lo que se supone que debe hacer este trabajo: descubrir la verdad, exigir responsabilidad, dar voz a quien fue silenciado injustamente durante tanto tiempo. Y sin embargo, no siento la satisfacción simple que esperaría sentir.

—¿Por qué no?

—Porque detrás de cada pieza de este caso hay vidas humanas reales que ya no van a ser las mismas, independientemente de lo

correcto que haya sido nuestro trabajo. Una familia destruida, una carrera profesional terminada, un hombre que recuperó la justicia pero perdió veinticuatro años que nunca va a poder recuperar de ninguna manera. El sistema, incluso cuando funciona correctamente, como creo que ha funcionado en este caso concreto, sigue dejando un rastro de daño que ninguna sentencia, por justa que sea, consigue reparar completamente.

Cabrales se quedó pensativa, considerando aquella reflexión con la misma seriedad con la que Andrade la había formulado.

—Quizás esa es exactamente la parte más honesta de este trabajo, jefe. Entender que la justicia, incluso cuando se consigue, nunca borra completamente el daño previo. Solo evita que ese daño siga acumulándose indefinidamente.

Andrade asintió, guardando finalmente el expediente en el archivador correspondiente, un gesto simbólico que marcaba, al menos desde la perspectiva de su propia unidad, el cierre formal de un caso que había dominado gran parte de su atención profesional durante las últimas semanas.

—¿Crees que aprenderemos algo de esto, como sistema, o simplemente vamos a archivarlo como un caso resuelto más, sin extraer ninguna lección institucional más profunda?

—No lo sé, jefe. Pero espero que al menos sirva para recordarle a alguien, en algún momento futuro, que ninguna posición de autoridad debería ofrecer inmunidad permanente frente a la rendición de cuentas, sin importar cuántos años hayan pasado desde la decisión original.

—Esa sería una buena lección para extraer. Aunque sospecho que el sistema, en su conjunto, tiene una memoria institucional bastante corta para este tipo de advertencias.

Cabrales se despidió poco después, dejando a Andrade solo en su despacho, repasando una última vez los nombres de todas las personas implicadas en este caso: Irene, Hugo, Rubén, Sara, Lucía Ferrer, cada uno cargando ahora con una versión distinta del peso que esta historia les había impuesto, sin que ninguna sentencia formal, por correcta que fuera, consiguiera devolverles

completamente la vida que tenían antes de que la verdad finalmente saliera a la luz.

Apagó finalmente la luz de su despacho, ya pasadas las ocho de la tarde, y caminó hacia su coche con la sensación habitual de cualquier caso cerrado: la satisfacción del trabajo bien hecho, mezclada con la conciencia inevitable de que, en algún lugar de la ciudad, varias vidas seguían reconstruyéndose, pieza a pieza, sobre los cimientos que su investigación había terminado de derribar.

Condujo hacia casa en silencio, sin radio, pensando en su propia hija, todavía adolescente, y en lo que querría que alguien hiciera por ella si algún día se encontrara en una situación similar a la de Marta Lago: que alguien, en algún momento, sin importar cuánto tiempo tardara, se preocupara lo suficiente por descubrir la verdad completa.

CAPÍTULO 98

UN DÍA CUALQUIERA

Apartamento de Sara Bermúdez, Madrid

Rubén se despertó aquella mañana sin ningún plan urgente organizando su jornada, una sensación que todavía le resultaba extraña después de veinticuatro años de rutina carcelaria seguidos de semanas enteras de planificación obsesiva centrada en un único objetivo.

Se quedó tumbado un momento más, simplemente escuchando los sonidos del apartamento, el agua corriendo en el baño donde Sara se estaba duchando, el tráfico distante de la calle empezando su jornada habitual, y decidió no tener ninguna prisa por levantarse.

Cuando finalmente se preparó para el día, se encontró ante una pregunta que en cualquier otro momento de su vida adulta habría resultado completamente insignificante, pero que esa mañana concreta le pareció cargada de un significado simbólico inesperado: qué quería comer esa noche.

Sara salió del baño, encontrándolo todavía frente a la nevera abierta, considerando las opciones disponibles con una concentración que ella no había visto nunca aplicada a algo tan trivial.

—¿Todo bien?

—Estoy decidiendo qué cenar esta noche. Sin razón estratégica de ningún tipo, sin que nadie más necesite que tome esta decisión por ningún motivo específico. Solo porque tengo hambre y me apetece algo concreto.

Sara sonrió, entendiendo la importancia simbólica oculta detrás de aquel gesto tan simple.

—¿Y qué has decidido?

—Todavía no lo sé. Pero me está gustando, por primera vez en mi vida adulta, el proceso de decidirlo sin presión externa alguna.

Pasó el resto de la mañana ocupándose de tareas pequeñas y completamente ordinarias: organizando algunos papeles personales, investigando en internet los trámites necesarios para terminar formalmente su carrera, incluso dedicando una hora entera a investigar, sin ninguna urgencia particular, qué cursos de especialización en revisión penal podría considerar matricularse el próximo semestre.

Era, comprendió hacia el mediodía, sentado en la cocina con un café que esta vez sí consiguió terminar completamente, la primera mañana en veinticuatro años que había transcurrido sin que ningún pensamiento relacionado con Irene Salgado organizara, aunque fuera mínimamente, el curso de sus propias decisiones.

Por la tarde, salió a caminar de nuevo, esta vez con un destino concreto: la facultad de Derecho donde había realizado sus estudios a distancia, para informarse en persona sobre los trámites necesarios para obtener formalmente su titulación completa, algo que había cursado académicamente desde dentro de prisión pero que nunca había tramitado del todo una vez en libertad.

La funcionaria que lo atendió, ajena por completo a la historia que había hecho posible su presencia en aquella oficina administrativa, le explicó los pasos necesarios con la misma indiferencia profesional que aplicaría a cualquier otro estudiante, y Rubén sintió, en aquel anonimato simple, una libertad que ninguna victoria pública había conseguido ofrecerle con la misma claridad.

Volvió al apartamento ya entrada la tarde, con una carpeta de documentación administrativa bajo el brazo. Aquel gesto burocrático tan ordinario representaba, paradójicamente, uno de los pasos más significativos hacia la vida normal que durante tanto tiempo había creído que nunca llegaría a experimentar.

Sara lo recibió con curiosidad genuina sobre cómo había ido la gestión, y los dos se sentaron en la cocina a repasar juntos los plazos y requisitos para completar formalmente su titulación, sintiendo, mientras planeaban aquellos pasos tan ordinarios, que estaban construyendo, ladrillo a ladrillo, los cimientos concretos de un futuro que apenas unas semanas antes ninguno de los dos había sido capaz de imaginar con tanta claridad.

—Esto se siente raro —dijo Rubén, mirando los papeles esparcidos sobre la mesa de la cocina—. Planear algo tan ordinario como completar una titulación universitaria, sin que ninguna urgencia mayor compita por mi atención.

—Acostúmbrate —respondió Sara, sonriendo—. Esto es lo que se supone que se siente vivir una vida normal. Vas a tener mucho tiempo para acostumbrarte a partir de ahora.

Terminaron de organizar los papeles, y Sara propuso salir a cenar fuera esa noche, simplemente para celebrar, sin necesidad de ninguna razón más elaborada, el simple hecho de seguir adelante, juntos, hacia lo que fuera que viniera después, sin que ningún plazo ni ninguna amenaza pendiente determinara ya el ritmo de sus decisiones cotidianas. Rubén aceptó, y los dos se vistieron despacio, sin prisa, disfrutando del lujo nuevo de una tarde sin nada urgente pendiente.

CAPÍTULO 99

LA CARTA

Domicilio de Irene Salgado, Madrid

Irene se sentó en su despacho, ya bastante vacío de los objetos personales que había retirado semanas antes, con una hoja de papel en blanco frente a ella, decidida finalmente a escribir algo que llevaba considerando desde la noche en que abrió la caja fuerte por última vez.

Querida Marta, escribió, sintiendo el peso de aquellas dos palabras, las primeras que dirigía directamente a la chica cuya muerte había definido, sin que ella lo supiera durante tanto tiempo, la arquitectura completa de su propia vida adulta.

No sé si las cartas a quienes ya no están sirven para algo más que para quien las escribe. Pero necesito intentarlo, porque llevo veinticuatro años hablando de ti en abstracto, como un nombre en un expediente, sin nunca permitirme pensarte como la persona real que fuiste, con tus propios miedos, tus propios sueños, una vida entera que se interrumpió antes de que pudieras descubrir quién ibas a llegar a ser.

Destruí la vida de un hombre inocente porque elegí no preguntar lo suficiente sobre lo que realmente pasó la noche en que falleciste. Elegí la versión que me permitía proteger a mi hijo sin tener que confrontar la posibilidad de que esa protección fuera, en realidad, completamente innecesaria.

No tengo ninguna manera de devolverte los años que él perdió, ni la vida que tú nunca llegaste a vivir. Lo único que puedo ofrecer, ahora, después de tanto tiempo, es la verdad completa, sin ningún adorno ni ninguna estrategia para minimizar mi propia responsabilidad.

Espero que, donde sea que estés, sepas que finalmente alguien dijo tu nombre completo, contó tu historia completa, sin reducirte a una simple pieza de evidencia en el caso de otra persona.

Releyó la carta terminada durante un largo rato, considerando si debía firmarla, y finalmente decidió no hacerlo, comprendiendo que una firma, en este contexto particular, sería exactamente el tipo de gesto formal y autoprotector que durante veinticuatro años había sustituido a la honestidad genuina que esta carta, sin firma, finalmente representaba.

Dobló el papel, lo guardó en un sobre sin destinatario, y lo colocó sobre su escritorio, sin decidir todavía qué hacer con él. El simple acto de haberlo escrito ya representaba un paso significativo hacia algún tipo de reconciliación parcial con la persona que había sido, y con la persona que todavía esperaba, contra todo pronóstico razonable, llegar a convertirse.

Se quedó sentada un rato más en su despacho, mirando aquel sobre cerrado, pensando en todas las cartas que nunca había escrito a lo largo de su vida, todas las confesiones que había evitado sistemáticamente en favor de versiones más cómodas y más simples de su propia historia personal.

Pensó en Fernando, dormido en la habitación contigua, en Hugo, intentando reconstruir su propio matrimonio sobre cimientos de honestidad que nunca habían existido antes, en Rubén, probablemente despierto en algún apartamento de Madrid, empezando a construir una vida que ya no giraba completamente alrededor de ella ni de la justicia pendiente que durante tanto tiempo había definido cada una de sus decisiones.

Se levantó finalmente, apagó la luz del despacho, y subió a la habitación, donde Fernando dormía con la respiración tranquila de alguien que, a pesar de todo lo que habían atravesado juntos en las últimas semanas, todavía conseguía encontrar una paz relativa durante las horas de sueño. Se metió en la cama a su lado, sin despertarlo. Aquella carta sin firma, guardada en su escritorio, representaba el primer paso de un proceso de honestidad que apenas empezaba, y que probablemente necesitaría mucho más tiempo del que cualquier sentencia judicial pudiera abarcar para completarse del todo.

Se quedó despierta un rato más, escuchando la respiración de Fernando, pensando en todo lo que todavía tenían por delante: el

juicio formal, la posible condena, la reconstrucción lenta y probablemente incompleta de la relación que su silencio había dañado durante tanto tiempo. Pero por primera vez en semanas, aquella incertidumbre no le producía el terror paralizante de las primeras noches. Le producía, en cambio, algo parecido a la determinación tranquila de alguien dispuesta, finalmente, a afrontar lo que viniera con los ojos completamente abiertos. Cerró los ojos, esta vez sí, y dejó que el sueño la alcanzara sin más resistencia.

CAPÍTULO 100

CAMINAR

Calle Mayor, Madrid

Rubén caminaba por el centro de Madrid sin ningún destino concreto, disfrutando simplemente del movimiento físico y de la luz dorada de un atardecer de octubre que teñía los edificios antiguos con un resplandor casi cálido a pesar del frío que empezaba a instalarse en el aire.

Pensó en los veinticuatro años transcurridos desde aquella noche en la terraza, en los veinticuatro años adicionales de condena, en las semanas recientes de planificación obsesiva que casi lo habían convertido en exactamente la persona que el sistema siempre había temido que fuera. Pensó en Marta, en Lucía Ferrer finalmente liberada de su silencio, en Sara, que esperaba en casa, en Irene, enfrentando ahora las consecuencias formales de una decisión tomada hace tanto tiempo.

No sentía rencor activo, ni tampoco un perdón completo que pudiera nombrar con honestidad. Sentía, simplemente, la sensación extraña y todavía desconocida de caminar por una calle cualquiera sin que ningún plan pendiente organizara cada paso, cada pensamiento, cada decisión sobre hacia dónde dirigirse a continuación.

Se detuvo frente a un escaparate, y se quedó observando su propio reflejo en el cristal: un hombre de cuarenta y tres años, con el pelo ya canoso en las sienes, una expresión que ya no cargaba la tensión constante de los últimos meses, alguien que, después de tanto tiempo organizado completamente alrededor de la supervivencia y después de la justicia pendiente, finalmente empezaba a parecerse a una persona simplemente viviendo su propia vida.

Sacó el teléfono y le escribió un mensaje breve a Sara: Voy para casa. ¿Pedimos la cena o cocinamos algo nosotros?

La respuesta llegó casi de inmediato: Cocinemos. Tengo ganas de quemar algo que no sea un documento.

Rubén sonrió, guardó el teléfono, y siguió caminando hacia casa, sin prisa. Cada paso, por primera vez en veinticuatro años, le pertenecía completamente a él mismo, libre ya de cualquier sombra del pasado dictando su dirección.

Pasó junto a un grupo de adolescentes riendo en una esquina, sin que ninguno de ellos tuviera la más mínima idea de quién era aquel hombre de pelo canoso que caminaba despacio entre ellos, completamente anónimo, libre ya de cualquier peso simbólico que su presencia pudiera haber cargado en cualquier otro contexto. Pensó, observándolos, que él mismo había tenido aproximadamente esa misma edad cuando todo lo que conocía de la vida se redujo, de la noche a la mañana, a una celda de nueve metros cuadrados y a la certeza devastadora de que el sistema había decidido, sin posibilidad real de apelación efectiva, que su existencia entera valía menos que la conveniencia de otra familia.

Ahora, veinticuatro años después, caminaba libre por las mismas calles donde, en otra vida que apenas reconocía como propia, había sido simplemente un joven de diecinueve años con toda la existencia por delante.

Llegó al apartamento cuando el sol ya casi había terminado de ponerse del todo, tiñendo el cielo de Madrid con los últimos tonos naranjas y violetas de un atardecer de octubre particularmente hermoso. Sara lo esperaba en la puerta, con un delantal puesto y la sonrisa de alguien genuinamente feliz de verlo llegar, sin ninguna agenda oculta detrás de aquel simple gesto de bienvenida.

—¿Qué vamos a cocinar? —preguntó él, entrando en el apartamento que durante semanas había sido el centro de operaciones de un plan de venganza, y que ahora, simplemente, era su casa.

—Lo que tú quieras. Por primera vez en mucho tiempo, no hay prisa, no hay plazo, no hay nadie esperando una respuesta urgente al otro lado de ninguna llamada.

Rubén se quitó el abrigo, lo colgó junto a la puerta, y caminó hacia la cocina con Sara. Aquella noche ordinaria, sin ningún

significado especial más allá de la simple compañía y la cena compartida, representaba exactamente el tipo de vida que durante veinticuatro años había creído imposible volver a tener.

Cocinaron juntos durante casi una hora, riendo de algunos errores menores en la receta, compartiendo una copa de vino mientras esperaban a que el horno terminara su trabajo, y esa noche, ninguno de los dos sintió la necesidad de mencionar absolutamente nada relacionado con Irene Salgado, con el juicio pendiente, ni con ninguna de las consecuencias que todavía quedaban por desarrollarse en los meses siguientes.

Caminó hacia la cocina.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no necesitó pensar en absolutamente nada más que en lo que tenía justo delante.

* * *

Dieciocho meses después

Centro Penitenciario de Mujeres, Alcalá de Henares / Sala de visitas

El juicio había durado once días. La sentencia, leída por un tribunal distinto al suyo, en una sala que Irene nunca había ocupado como magistrada, fijó la pena en cuatro años de prisión por prevaricación judicial, falsedad documental continuada y obstrucción a la justicia, con el voto particular de uno de los jueces pidiendo una condena mayor que no llegó a imponerse. El propio fiscal había reconocido, durante su informe final, que la colaboración voluntaria de la acusada con la investigación, la ausencia total de antecedentes y una declaración de culpabilidad sin ninguna estrategia de defensa, constituían atenuantes que ningún tribunal honesto podía ignorar del todo.

Lleva ya catorce meses cumpliendo condena. Le quedan, según el cálculo más optimista de su abogado, otros diez antes de poder solicitar el tercer grado.

Fernando la visita todos los sábados, sin ninguna excepción desde que ingresó, sentado siempre en la misma mesa de la sala común, con la paciencia silenciosa de alguien que decidió, hace ya

más de un año, que su matrimonio iba a sobrevivir esto o no iba a sobrevivir nada, pero que de cualquier manera necesitaba descubrirlo con los ojos completamente abiertos. No se han divorciado. Tampoco han vuelto a ser exactamente lo que eran antes. Han construido, en su lugar, algo más parecido a una alianza entre dos personas que se conocen demasiado bien para fingir que el daño no existió, y que han decidido, aun así, seguir presentándose cada semana a la misma mesa.

Hugo y Patricia siguen casados, aunque el primer año después de la confesión completa estuvo más cerca de no estarlo de lo que ninguno de los dos admite en voz alta delante de sus hijos. Fueron a terapia de pareja durante meses. Mateo, que ya tiene diecisiete años, dejó de hablarle a su padre durante casi un trimestre entero cuando se enteró de la versión completa de lo que pasó hace tantos años, antes de que él naciera, y solo empezó a dirigirle la palabra otra vez después de que Hugo, sin que nadie lo presionara, le contara la historia completa, sin ninguna parte editada, exactamente como había prometido hacérselo a Patricia aquella noche de octubre.

Hugo nunca llegó a tener la conversación que había planeado con Rubén Sotelo a través de canales formales. Rubén, cuando Sara le transmitió la petición, contestó con una sola frase que ella le repitió después con la misma economía con la que él la había pronunciado: Dile que ya no necesito nada de él. Que use ese tiempo en ser mejor padre del que yo nunca tuve oportunidad de tener.

El libro de Rubén y Sara se publicó hace tres meses, bajo un título que tardaron casi un año en decidir: La Madre: Lo que el sistema no quiso ver. Incluye, en su capítulo final, el fragmento exacto del documento fabricado que Rubén estuvo a punto de usar, transcrito completo, sin ninguna omisión, junto a la explicación detallada de por qué decidió destruirlo. Lo ha presentado en seis ciudades distintas. En todas las presentaciones, alguien del público le pregunta lo mismo: si alguna vez ha sentido, después de todo, algo parecido al perdón hacia Irene Salgado. Su respuesta, ya convertida casi en un guion que repite con una sinceridad que nunca pierde del todo su filo, es siempre la misma: que el perdón no es la

palabra correcta para lo que siente. Que lo correcto es algo más parecido al alivio de no tener ya, nunca más, que cargar con su historia sin que nadie supiera la versión completa.

Una copia del libro llegó a la biblioteca del centro penitenciario hace seis semanas, donada de manera anónima, aunque Irene no necesitó preguntar mucho para confirmar quién la había hecho llegar hasta allí.

Lo leyó completo en dos noches, sentada en el borde de su catre, con la luz mínima que el reglamento permitía después de las diez. Encontró su propio nombre en casi cada página, descrito con una precisión que no dejaba espacio para ninguna de las versiones suavizadas con las que ella misma había convivido durante veinticuatro años. No encontró, en ningún párrafo, ni una sola palabra que no fuera estrictamente cierta.

Aquella misma semana, pidió en la biblioteca un cuaderno en blanco, de los que la administración distribuía para quien quisiera solicitar uno, y empezó a escribir.

No fue una carta dirigida a nadie en concreto, ni una defensa legal adicional, ni un intento de explicar, una vez más, por qué había hecho lo que hizo. Fue, simplemente, un registro: cada decisión que recordaba con precisión de aquellas cuarenta y ocho horas de hace tantos años, cada pregunta que no había hecho cuando debió hacerla, cada momento posterior en que había elegido la versión más cómoda de su propia historia en lugar de la verdadera.

Escribió durante semanas, algunas noches solo un párrafo, otras varias páginas enteras, con la misma disciplina obsesiva que, según había leído en el libro de Rubén apenas un mes antes, él mismo había aplicado durante dieciséis años a un cuaderno parecido, en una celda parecida, esperando un día que tardó veinticuatro años en llegar.

No sabía todavía qué iba a hacer con aquellas páginas cuando estuvieran terminadas. No sabía si algún día alguien más las leería, ni si merecían leerse. Pero por primera vez desde que todo esto había empezado, escribir la verdad completa, sin ningún lector imaginado al que convencer ni ninguna estrategia legal que proteger,

le pareció exactamente lo único que todavía podía hacer con el tiempo que le quedaba por delante.

Cerró el cuaderno aquella noche, lo guardó bajo la almohada, y se quedó tumbada en la oscuridad de la celda, escuchando los sonidos distantes del módulo, pensando que en algún lugar de Madrid, un hombre al que nunca volvería a ver en persona había encontrado, finalmente, la manera de seguir adelante.

Ella, catorce meses después, apenas empezaba a aprender a hacer lo mismo.

FIN